

MAR VAQUERIZO

---

**NUNCA**

OLVIDES QUE

**TE QUIERO**

**Nunca olvides que te quiero**

Mar Vaquerizo

# Índice

[NUNCA OLVIDES QUE TE QUIERO](#)

[SINOPSIS](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[CAPÍTULO 52](#)

[CAPÍTULO 53](#)

[CAPÍTULO 54](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[LISTA DE CANCIONES](#)

# SINOPSIS

Nick O'Connor, Delta Force de las fuerzas armadas estadounidenses, está en España colaborando con el Equipo de SEALs que conoció tiempo atrás. Aquella misión que salvó a Madrid de un atentado que hubiese barrido la ciudad, era la más importante de su vida, hasta ahora. Valeria Devereux, su antiguo amor, está en peligro inminente. Su marido, un empresario con negocios turbios, se ha hecho con el poder de la empresa familiar de transporte para usar sus recursos y los contactos diplomáticos de su padre en sus trapicheos mafiosos.

Valeria nunca quiso casarse con Mark, pero las circunstancias familiares la arrastraron a un matrimonio concertado para salvarlos a todos, separándose de Nick, a quien no ha dejado de amar jamás. Han pasado los años y, convencida de que la ambición de su marido la llevará a la muerte, tiene que buscar la forma de ponerse a salvo.

El Equipo SEAL está dispuesto a ayudar a su hermano de armas, como siempre han hecho, pero necesitan información comprometida para lograrlo.

¿Podrán cazar al objetivo? ¿Conseguirán Valeria y Nick sobrevivir a la misión más difícil de sus vidas?

# Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, mayo 2019

© 2019 Mar Vaquerizo

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# **Nota del Editor**

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

*Para mi hijo Daniel.  
No hay palabras para describir cuánto te quiero,  
solo espero que nunca lo olvides.*



Desear no es querer.  
Se desea lo que se sabe que no dura.  
Se quiere lo que se sabe que es eterno.

**Rousseau**

# PRÓLOGO

EN ALGÚN LUGAR DEL CENTRO DE MADRID, EN LA ACTUALIDAD.

—¡Corred! —gritaba a nadie y a todos intentado que huyeran antes de que fuese demasiado tarde—. ¡Corred!

La devastación de la segunda explosión la atropelló en plena carrera.

Su cuerpo perdió el equilibrio desplazándose a merced de la onda expansiva, pero a media caída, una mano tiró de ella con fuerza sacándola de aquella bola de fuego que hubiese acabado con su vida.

No recordaba nada más. No vio quién la rescató de una muerte segura, solo que se sintió a salvo en ese abrazo que protegió su vida antes de perder el conocimiento por la conmoción.

Él la miró muerto de miedo. Estaba inerte entre sus brazos, ambos resguardados tras el muro de un amplio portal cercano que había servido de escudo.

¿No había llegado a tiempo?

Aterrorizado la tendió en el suelo, guardó la pistola, que aún empuñaba, en la cintura trasera del pantalón vaquero y le tomó el pulso.

Tras comprobar que estaba viva, se dejó caer contra la pared soltando el aire que le quemaba los pulmones.

El miedo lo mantenía en un estado de nervios y ansiedad como nunca había sentido en su vida.

Era militar, ¡por el amor de Dios! No podía permitirse estar así.

Esto tenía que acabar ya.

—¿Estás loco? —lo increpó el policía llegando hasta ellos con el arma en la mano para cubrirlos, mirando a su alrededor, fijándose en cada detalle, buscando amenazas—. Sal de aquí antes de que nos descubran. ¡Vamos! —le gritó.

—Hay que asegurar la zona y llevarla a un hospital con protección —dijo, negándose a abandonarla otra vez.

—Yo la llevaré. Sal de aquí. ¡Ya! —insistió observando el coche en llamas, la metralla esparcida por la calzada y a la gente que andaba sin rumbo, heridos, con las manos cubriéndose las orejas por el dolor de oídos tras las

detonaciones.

Había sido brutal. Aún no sabía cómo la mujer se había salvado. Era un milagro... Aquel tipo era su milagro... Tenía que reconocer que la pericia, la paciencia y la tenacidad del hombre la habían librado de una muerte segura.

Su compañero llegó hasta él a la carrera.

—¿Estáis todos bien? —preguntó apuntado a su alrededor con el arma, mientras sostenía el casco de la moto enganchado a su brazo.

El poli lo miró negando con la cabeza.

—Marchaos, por favor —pidió—. En cuanto sepa en qué hospital la ingresan, os avisaré.

Resignado, acepto. Se puso la capucha negra de la sudadera que llevaba bajo la cazadora de cuero.

No era el momento de echarlo todo a perder. Ahora estaban muy cerca de estar juntos por fin.

Contempló su precioso rostro manchado de sangre.

La rabia lo enfureció. Su piel estaba llena de cortes por la metralla y suciedad por la pólvora...

Él tenía el mismo aspecto, pero estaba acostumbrado a ello y no había perdido el conocimiento...

El madero lo miró enfadado.

El soldado estadounidense lo retó con la mirada.

—No te preocupes, joder, yo cuido de ella. La sacaré de aquí, pero vete antes de que descubras mi tapadera.

El militar sabía que aquel hombre no podía salvarle la vida, llegado el caso, ni protegerla lo suficiente, lo acababa de confirmar, pero aun así, obedeció.

La miró por última vez con el aire quemándole el pecho por la impotencia, la rabia, la furia y el desasosiego que se acumulaba al abandonarla una vez más...

Con decisión, se levantó y caminó junto a su compañero alejándose sin mirar atrás. Debía confiar.

Desaparecieron entre el humo, el eco de las sirenas de los camiones de bomberos, ambulancias y fuerzas de seguridad que se acercaban mezclándose con los gritos de los transeúntes. Si no lo hacía, no se separaría de ella aun a

riesgo de morir.

Pero debía huir antes de que los descubrieran en el lugar del atentado. Tanto trabajo no podía perderse por una negligencia como esa. Habían sido fantasmas hasta ese momento y así debía seguir siendo.

# CAPÍTULO 1

MADRID  
DÍAS ANTES DEL ATENTADO

Nick tomaba café en un bar de Carabanchel como acostumbraba cada mañana.

Solían acudir policías con los que tenía confianza después de tantos años y, a veces, por ser él, le filtraban datos.

Hacía tan solo veinticuatro horas que conocía la posibilidad de un atentado contra su exsuegro, pero su instinto militar desarrollado en la Fuerza Delta norteamericana a la que pertenecía y toda la información recabada durante años, le decían que no era contra Robert Cross contra quien se iba a atacar. Había muchas más posibilidades de que la víctima fuese Mark Devereux, el hombre que le robó a la mujer de su vida.

Eso solo significaba una cosa... Val estaba en peligro inminente.

Intentaba no pensar mucho en ella, en su vida con ella... eso era pasado e intentaba mantenerlo a raya, pero su seguridad era crucial para que él pudiese vivir tranquilo. Si le pasaba algo, no se lo perdonaría jamás.

Llevaba un año destinado en Madrid. Desde que Alex y Salma entraron en su vida y comprobó que es posible compaginar este trabajo de locos que adoraban, con una vida más o menos normal. No había querido alejarse de la ciudad donde vivía la única mujer a la que amaba, aunque no pudiese estar con ella. Al menos podría protegerla.

JJ, el hombre al que esperaba, siempre se hacía de rogar, algo que enervaba a la puntualidad de Nick, pero la vida de policía no es una ciencia exacta. Lo sabía bien. La de militar tampoco.

Lo vio aparcar su coche camuflado de la unidad de la policía secreta a la que pertenecía a través del gran ventanal. Se miraron unos segundos hablándose con ese gesto para confirmar que el encuentro era seguro.

En unos instantes, JJ estaba sentado junto a Nick.

—Alfonso, una cerveza —pidió con tranquilidad.

—¿No es demasiado pronto para eso? —preguntó Nick, dando un sorbo a su café solo doble. Eran las diez de la mañana.

—Todo depende de a qué hora te hayas acostado. Si es que lo has hecho —contestó JJ socarrón, mientras señalaba una jugosa tortilla de patata recién sacada de la cocina, para que el dueño del local le preparara un pincho como otras veces.

—¿Cómo va? —indagó Nick sobre la infiltración, a sabiendas de que no le iba a dar ningún dato sobre lo que había estado haciendo toda la noche.

—Como debe —contestó con sonrisa ladeada.

El norteamericano nunca perdía una oportunidad para sacar información hasta de debajo de las piedras. Su entrenamiento militar era tan extremo, que analizaban cualquier situación como una maniobra terrorista.

Ambos se retaron con la mirada unos segundos.

Nick sabía que JJ estaba vigilando a Val y a su familia desde hacía mucho tiempo. Era parte del operativo de seguimiento al que los sometían en busca de un hilo del que tirar para intentar averiguar la información necesaria y saber qué pasaba tras las paredes de aquella mansión, en las cuentas bancarias y en las empresas tapadera que aparecían y desaparecían a su antojo.

JJ era un policía de los que hay pocos... Había formado parte de todas las unidades especiales conocidas y de la policía judicial. GRECO, GEO, GOES, UDYCO... Lo que llamaríamos coloquialmente un «culo inquieto», algo que le había hecho ser de los agentes más completos de que disponía el cuerpo de seguridad nacional y por ello lo habían elegido para la misión.

Nick le decía en broma que ya podía hacer las pruebas de acceso para entrar en los Delta Force a los que él pertenecía o en los SEAL, sus hermanos de armas y de corazón.

El policía siempre ladeaba la boca en media sonrisa, lo miraba de medio lado y contestaba con aplomo: «Cuanto más sepa de mi trabajo, más opciones tendré de sobrevivir a mi profesión».

No podía tener más razón. Las fuerzas especiales eran así.

Después de unos minutos de silencio en los que Nick terminó su café y JJ devoró su tentempié, el militar atacó con decisión.

—¿Has podido verla? ¿Está bien?

JJ sabía de sobra que esa mujer sería la perdición de aquel hombre. Estaba arriesgando demasiado su posición en el país. Tenía buenos enlaces y amigos muy bien preparados pero, aun así, estaba al límite.

—Brooklyn —le llamó por su nombre en clave militar—, ella está bien. No creo que corra ningún peligro. Su querido marido la protege con una jaula humana de guardaespaldas las veinticuatro horas. No estoy muy seguro de para qué, pero no la dejan ni a sol ni a sombra.

Nick cogió aire y lo soltó intentando tranquilizarse.

Mark nunca le gustó. Su currículum laboral dejaba mucho que desear. Tenía dinero y posesiones, pero también malas intenciones, negocios sucios y, lo que más miedo y rabia le daba, esas malas formas para tratar a Val que lo desquiciaban.

—Eso es lo que me preocupa... ¿Por qué ese ejército? ¿Qué teme?

JJ guardó silencio mirando por el ventanal que daba a la calle. Intuía el motivo que provocaba ese despliegue, pero aún no era seguro.

Un par de patrullas de la Policía Nacional habían pasado por delante del bar en el que estaban. El tiempo se acababa.

—Mira, solo te diré que, si pasa algo, si veo alguna evidencia de que está en peligro, te doy mi palabra de que serás el primero en enterarte. Yo te llamaré personalmente, ¿de acuerdo? Aléjate antes de que sea demasiado tarde.

El soldado no estaba convencido.

Ni él, que estuvo junto a ella las veinticuatro horas del día durante muchos años, fue capaz de protegerla de su padre y ahora de su marido, mucho menos lo haría un policía que permanecía a su lado a turnos.

JJ no era tonto y lo conocía mejor de lo que creía...

—Deja que haga mi trabajo —le pidió por enésima vez.

—No pretendo que entiendas por qué hago esto, solo tienes que mantenerme informado. No nos descubrirán.

El policía lo entendía, más de lo que pensaba, pero también sabía que cuando intentas mantener a salvo a tu punto débil durante mucho tiempo, algo se escapa. No estás lúcido cuando el corazón sufre tanto.

—Te prometo que cuando sepa algo más, te llamaré, pero si quieres ayudar a esa mujer, habla con tus amigos de inteligencia naval. Ellos tienen mucho que hacer para desenmascarar a ese cabrón.

Nick cogió aire.

Ya habían hablado de eso antes. Sabía que los negocios ilegales a los que

verno y suegro se dedicaban no se quedaban en territorio español, iban mucho más lejos y desde luego no debían ser trapicheos. Eran trabajos a gran escala en los que se movía mucho dinero, material y personal, que hacía posible las transacciones, pero ¿el qué? ¿Armas? ¿Personas? ¿Arte?

—¿Ninguna pista al respecto?

JJ negó con la cabeza.

Había hecho sus cálculas. Al final, la intuición profesional es una gran guía, pero no había pruebas y sin pruebas no se podía intervenir.

—No hay documentos, ni órdenes directas sobre actuaciones, al menos a mi compañero y a mí nunca nos las ha dado y tampoco hemos escuchado nada. Debe tener dos o tres hombres de confianza con los que trabaja los temas ilegales. De cara a los demás, todo son negocios oficiales.

—Pero tiene que haber algo... —insistió.

—Sí, lo hay, el problema es que está tan oculto que nos está costando dar con algo que nos abra el camino a una detención y posterior investigación judicial.

Nick miró pensativo su taza vacía. No había un desenlace próximo y positivo a su situación.

—Ella... ¿La trata bien? ¿Es feliz? —preguntó sin mirarlo, porque sabía la respuesta. Era doloroso.

El policía conocía la verdad. Había presenciado muchas situaciones, escenas y palabras que, si se las contara, harían que se presentara en aquella casa y cometiera una locura. Sería una desgracia para todos.

—Valeria está bien. Nosotros la protegemos —declaró incapaz de contar una mentira más dulce. Solo podía protegerla hasta cierto punto si no quería levantar sospechas, pero él no debía saber aquellos detalles.

El soldado se levantó del taburete mientras cogía el casco negro de moto que había junto a él. Dejó dinero en la barra, en silencio, para pagar las consumiciones de ambos, susurró un «gracias» apagado y comenzó a caminar hacia la salida.

Sabía qué tipo de *protección* podía darle rodeado de aquellos tipos y más cuando el fin del operativo era desenmascarar los negocios sucios de la familia. Era frustrante, pero lo único que tenía.

—Nick, ella estará bien. Lo prometo —dijo JJ al hombre abatido.



Brooklyn levantó la mano en señal de despedida al dueño del bar, miró al policía un segundo, asintió con la cabeza y abatido se marchó.

Intentando mantener la calma se dirigió a la moto que había en la puerta, encendió el motor y tras montarse, salió del barrio lleno de rabia. Necesitaba desfogarse.

## CAPÍTULO 2

Nick apoyaba las manos sobre las rodillas con el cuerpo doblado hacia adelante, intentado recuperar el aliento.

—¿Eso es todo? —preguntó su contrincante provocándolo.

El Delta resopló lleno de rabia, chocó los guantes uno contra otro, se golpeó su propia cara cubierta por los protectores y lo llamó con una mano para que lo atacase.

Hunter, que conocía esa furia que te consume ante la falta de respuestas mejor que nadie en aquella pequeña familia de armas, estaría peleando con él el tiempo que hiciese falta. El soldado estaba en el filo del abismo y para eso están los hermanos, aunque aquel muchacho aún no perteneciera al equipo oficialmente.

A pesar de que el coronel Summers no quería que Jason, alias Hunter en el Equipo Seis SEAL, se licenciase, él pensaba que había llegado el momento.

Tras la intervención en Siria con Alex Blake, tiempo atrás, había pensado mucho hacia dónde dirigir su vida. Él fue su oficial al mando y había regresado a primera línea de fuego tras un retiro forzado, aunque no del mismo modo que antes.

La determinación de Alex para crear una agencia de seguridad junto a su pareja, Salma, le había dado ese empujón necesario para dar el paso.

Había muchas formas de avanzar en la vida sin dejar lo que más te gusta o lo único que sabes hacer.

AS era un negocio en alza. Tras su creación, el ejército seguía contando con la agencia para algunas intervenciones. Sus contactos y conocimientos, debido al antiguo trabajo de Salma como espía, eran muy valiosos y útiles.

Al fin y al cabo, formar parte de la agencia suponía seguir en activo y en contacto con sus hermanos, que era lo que él quería, pero sin la presión que suponía la élite de la élite de la inteligencia y contrainteligencia naval a la que había dedicado su carrera.

Todos lo lamentaron, era un gran soldado y nadie preparaba el armamento como él, pero estaba decidido, y desde hacía un par de meses había elegido la fecha en la que pasaría a formar parte de la empresa.

—Vamos. Ataca —le pidió el veterano.

Nick no lo dudó, tras un par de pasos en círculo midiéndose el uno al otro, comenzó a pelear.

Era un experto en artes marciales, pero a Hunter le gustaba más el kick boxing.

A él, con tal de soltar tensión y adrenalina, le daba igual una cosa que la otra.

—Estás despistado. ¡Céntrate! —le exigió el veterano cogiéndole de sus protecciones de la cara para acercar sus frentes.

Brooklyn asintió.

Lo intentaba, pero le costaba mucho no pensar en Valeria y todo lo que iba averiguando de su marido y su padre.

Nunca había estado tan expuesta como ahora y a él le estaba afectando más de la cuenta.

Sacudió la cabeza apartándose de su rival, golpeó de nuevo los guantes uno contra otro y dio un par de saltos adelante y atrás dispuesto a atacar a continuación.

Mantuvo el equilibrio para dar una patada a su contrincante, cuando Hunter, con un sutil barrido de su pierna, consiguió desnivelar a Nick, tirarlo al suelo y darle un puñetazo en las protecciones para rematar.

No era normal.

Una vez en el suelo, el joven se revolvió intentando zafarse, pero su contrincante no se lo permitió.

—Nick, sé lo que duele, lo que se siente y cómo te quema la rabia, pero si no estás concentrado en tu trabajo, no podrás protegerla —le advirtió mirándolo a los ojos.

El Delta Force los cerró, en parte impotente por no saber controlar sus sentimientos, en parte avergonzado.

—No sé cómo gestionarlo —confesó abatido.

—Como lo has hecho hasta ahora, compañero. Con frialdad, profesionalidad y valentía. Nada ha cambiado. Deja de ver a ese policía, de perder el tiempo divagando preocupado. Busca pruebas que nos dejen intervenir oficialmente y después lo machacamos.

—Sí, ha cambiado... Todo ha cambiado. Además, no las encuentro —lo

contradijo.

Hunter se levantó en silencio cogiendo aire. Centrar al muchacho iba a ser más difícil de lo que pensaba.

Era cierto que las cosas no eran como hacía unos meses.

Las informaciones que manejaban eran certeras. Valeria Devereux estaba en peligro inminente, pero no encontraban nada que los dejase entrar en acción.

Que la mujer de tu vida esté amenazada, afecta a cualquiera. Si no puedes estar junto a ella para protegerla, aun formando parte de uno de los escuadrones más condecorados de la armada norteamericana, mucho más. Era de locos y lo tenía desquiciado.

Nick y Val fueron una gran pareja hacía muchos años.

Inseparables, enamorados... eran perfectos el uno para el otro, pero aunque el diplomático Robert Cross dejó que su única hija disfrutara de aquella época haciéndole creer que mandaba en su vida, le arrebató todas las ilusiones en un segundo cuando creyó que había llegado el momento de ejecutar su plan.

El valiente soldado no pudo hacer nada... Luchó, lo intentó... pero ella se casó con Mark Devereux.

Durante todos estos años, Nick no había creído la versión que ella le contó. Estaba seguro de que no lo había engañado, que lo quería a él. Lo veía en sus gestos, su tristeza y el trato que se esforzaba en darle para que se alejara.

Tuvo que resignarse. Se la llevaron de Nueva York. Regresaron a España y él, comprometido también con su país formando parte del ejército, fue enviado a una misión a Oriente Próximo donde no pudo evitar el doloroso desenlace.

Agradeció no estar presente en su compromiso, durante la boda...

Sus amigos y gente cercana evitaron que viese la prensa esos días. Él renunció a todos los permisos que pudo, y sus superiores lo permitieron, para no ver, para no sentir... Tenía el rango, el historial y la edad adecuados para hacer las pruebas de acceso en los Delta Force.

Su admisión fue el bote salvavidas que necesitaba. Allí no podía pensar en nada más que en aquel infierno que vivía sin descanso, sin apenas comer,

centrándose solo en recuperarse del dolor de cada músculo si quería superarlo y pertenecer a la élite.

No había vuelto a mantener ninguna relación personal íntima. Durante alguna borrachera, en los escasos días libres que les concedían, se había acostado con alguna chica de las que se encontraba en la discoteca de turno y un par de veces, usó servicios sexuales a domicilio.

Hunter le tendió la mano para ayudarlo a que se levantara.

Una vez lo tuvo frente a él, aguardó a que se quitase las protecciones y los guantes.

—Nick, no sabemos lo que el destino nos tiene preparado en la vida. Ojalá hubiese podido evitar que mi mujer fuese a trabajar aquel maldito día. Estaba en casa, sabes que son días contados los que disfrutamos de algo así, había dormido con ella esa misma noche... —Calló unos segundos para reponerse. Hacía mucho tiempo que no hablaba de ello. Solía guardarse sus sentimientos al respecto y nunca mencionaba a Estela y su muerte en la Torre Sur del World Trade Center de Nueva York el 11S—. Piensa con esto —le aconsejó cogiendo su cabeza con las manos, intentado que no le temblara la voz. El dolor aún se sentía—, como siempre has hecho, y ella estará lo más segura que humanamente se pueda, pero tienes que estar preparado para cualquier cosa. Todos debemos estarlo.

El Delta Force asintió bajando la mirada al suelo. Había soñado muchas noches con Val manchada de sangre, tiznada del humo y la metralla, herida e inconsciente. Un sueño repetitivo del que se despertaba empapado en sudor y llorando impotente.

No lo quería vivir. Por eso lo intentaba. Intentaba mantenerla segura con todas sus fuerzas.

—Esta noche nos vamos a tomar unas cervezas. Todos. Este sitio me agobia. Estoy deseando que me licencien —confesó Jason con media sonrisa, desviando su atención a otra cosa. No hacían falta más palabras. Nick sabía de sobra qué hacer y qué no. Encontraría la forma.

—¿Se sabe quién te va a sustituir? —preguntó intentando cambiar de tema y seguir ese hilo que sutilmente le ofrecía su amigo.

—Por lo visto es un especialista en armamento, igual que yo, pero de la nueva escuela. Pilota drones —comentó sin darle mucha importancia.

—¿En serio?

—Eso dicen, pero no creo que sea tan bueno como yo con el cuchillo, por mucha maquinita de videojuego que maneje.

El Delta Force estalló en una carcajada.

—Las nuevas generaciones vienen pisando fuerte, Hunter —contestó cogiéndolo del hombro. Ambos empezaron a caminar hacia los vestuarios.

—Dijo el niño —replicó el SEAL.

Nick se carcajeó. Era cierto que era más joven que él, pero entraba en la media de edad. Con sus treinta y seis años muchos se licenciaban porque les pesaban, pero él seguía sin aparentarlos y a pleno rendimiento. Su aspecto seguía siendo juvenil. Jason nunca se había planteado licenciarse a pesar de superar los cuarenta con creces. Hasta ahora.

—El niño es Sugar. A no ser que el nuevo le quite el puesto.

—Habrá que verlo, pero si le quita el puesto en juventud y belleza, que Dios lo asista.

Ambos soldados abandonaron la zona de entrenamiento en dirección al vestuario entre risas y complicidad ajenos a su alrededor.

Por fin, Nick sonreía relajado y distendido, aunque solo fuese por unos minutos.

Alex Blake había observado toda la escena. Salía del despacho que el coronel Summers mantenía en la base de Torrejón de Ardoz en Madrid para sus intervenciones en Europa y Oriente Próximo, pero se mantuvo al margen. Había vuelto a la acción tras un tiempo alejado, pero aun así, lo conocía bien y asistía a la continua lucha interna del soldado, que en los últimos días era extrema. Hunter lo estaba ayudando mucho.

Brooklyn era un muy buen soldado, curtido a base de decepciones personales que lo habían llevado a un sufrimiento continuo. Esperaba poder ayudarlo llegado el momento, en cualquier faceta que lo necesitase. Los ayudó a salvar Madrid, a que su mujer encontrase el arsenal de NB y a su hermano Andrés. Estaba en deuda con todos los hombres que estuvieron a su lado en aquella misión suicida tiempo atrás y Nick estaba entre ellos.

Aunque Alex ya no pertenecía al ejército, después de evitar uno de los mayores atentados a la ciudad de Madrid envenenando el agua potable a la que tenían acceso todos los ciudadanos, se había casado con Salma, una agente del

CNI muy valiosa, que descubrió la trama junto a él y ayudó a desactivar la operación, aun a costa de la vida de su hermano Andrés, el químico al que utilizaron para crear el arma química.

Ambos dejaron pasar unos meses en los que descansar y pensar qué hacer con su vida después de todo aquello.

Volvieron con su agencia de seguridad privada AS con la que colaboran estrechamente con el ejército estadounidense y más en concreto con la unidad del actual coronel Summers, anteriormente capitán, ascendido tras sus logros en la neutralización del NB, pero que, a pesar del rango, no había querido dejar al equipo.

Después de lo que vivieron, nunca más trabajarían para un superior. Ellos serían sus propios jefes y tomarían sus propias decisiones.

—Está peor —afirmó Salma preocupada. La esperaba junto a la cristalera de la sala de operaciones con Spy, el segundo oficial al mando tras el coronel en cuanto se licenciase Hunter. Lo habían visto todo.

Alex asintió. No lo podía ocultar.

—Todos podemos imaginar el infierno por el que está pasando. Estaremos a su lado —aseguró Spy, recordando los tiempos en los que tuvo pareja. Muy a su pesar, no lo había olvidado.

—Son demasiados escollos que salvar. Proteger a su chica en la distancia y el anonimato, decidir qué hacer con su carrera militar, continuar con su trabajo de infiltración en Madrid para los Delta, sin dejar la vigilancia a la mujer, ni la búsqueda de información para poder intervenir... Es mucho... —aseguró Alex—. Debéis estar alerta. No quiero que haga ninguna locura por su cuenta. No está solo.

Salma asintió mirando con orgullo a su marido.

Ellos mejor que nadie sabían lo que era enfrentarse a algo así de duro sin respaldo, sin apoyo personal ni profesional. Ninguno de ellos debía pasar por una situación así.

—Hunter ha propuesto salir esta noche. No estaría de más para destensar un poco los ánimos. Además, partimos en un par de días a Siria. Es un buen momento —propuso Salma a los hombres.

—Esta noche entonces —afirmó Alex.

—¿Ha llegado el nuevo? —preguntó Salma al SEAL encargado del equipo

en acción.

—Los nuevos —corrigió el descendiente escocés en tono divertido.

—¿Los? —insistió la mujer sorprendida.

—Han decidido enviar a otro soldado para sustituir a Alex. Necesitamos un buen tirador. Llevamos semanas solicitándolo. Por fin, tenemos un equipo completo.

El aludido asintió conforme. Era necesario y le agradaba que ya pudiesen contar con los nuevos compañeros.

—Uffff. Me parece que los próximos meses habrá demasiado macho alfa a tope de testosterona por aquí. No sé si pedir vacaciones al jefe —insinuó la espía a su marido.

—No creas que no te las firmaba ahora mismo. Demasiados hombres cerca.

La pareja se besó con cariño entre risas.

En realidad, a Alex no le importaba cuántos hombres hubiese a su alrededor, confiaba en ella, sabía que lo amaba, pero le gustaba dejar en voz alta el comentario.

—Id a un hotel, por favor —sugirió Spy, negando con la cabeza mientras desaparecía por la puerta de la sala de operaciones entre risas.



## CAPÍTULO 3

Matt y Will entraban al bar cuando caía la noche.

El equipo del coronel Summers, que era el destino asignado para su incorporación inmediata, tomaba unas cervezas y los invitaban a unirse. Aún no se habían hecho las presentaciones oficiales, pero no quería dejarlos solos en la base mientras el resto tomaba algo para airearse.

A pesar del largo viaje y el *jet lag*, ambos aceptaron acudir a la reunión social. Estaban acostumbrados a dormir poco y mal. La cama que les esperaba esa noche en la base, era para ellos como la de un hotel de seis estrellas.

William McCoy, Mac cuando estaban en acción, acudía a sustituir a Alex Blake en la unidad. Era un tirador de élite con un gran currículum en su haber.

Siempre serio y callado. Se parecía más a Hunter de lo que creía, aunque no fuese su repuesto natural.

Su vida también había sido un infierno. Huérfano desde temprana edad, había vivido con sus abuelos hasta que fallecieron. Fue entonces cuando decidió alistarse en el ejército para ganarse la vida con honradez. Sus compañeros fueron desde entonces su familia, hasta que conoció a Victoria. Se enamoró, se casaron y creó un precioso hogar.

Desde hacía un par de años, todo había cambiado, su única vida era el compromiso que le unía para mantener a salvo a los ciudadanos.

El accidente de coche de su familia mientras hacía una incursión nocturna en Iraq, le había arrebatado lo único que tenía que valía la pena...

Le pudieron comunicar la noticia cuatro días después del suceso, cuando regresó de la misión. Ya no le quedaba nadie... estaba solo en el mundo. El ejército y los soldados con los que convivía, eran su único hogar.

Cada día pensaba en Vicky y la pequeña Valentina, no podía quitárselas de la cabeza. En cada misión e intervención, se ponía al límite de sus capacidades sin pensar en su propia vida. Ya no importaba.

Si con su muerte salvaba la de otros, bien estaba. Era la única forma de emprender el camino de regreso a casa, hacia sus amores, porque su compromiso y convicciones no le permitían tomar el camino fácil suicidándose, aunque varias veces lo había pensado con el arma cargada en la

mano.

Desde luego, jamás había dicho en voz alta nada sobre ello. Lo apartarían de la acción y lo obligarían a ir a terapia porque no lo entenderían. Solo alguien en sus mismas circunstancias sabría lo que se siente, se piensa, el doloroso día a día... Necesitaba tener la mente ocupada en su trabajo. No se lo podían arrebatarse.

Matthew O'Brien era un experto en armamento que desde hacía un par de años estudiaba y se entrenaba en el manejo de drones.

Aquellos aviones sin tripulación, con diferentes usos y tamaños, permitían realizar vigilancias antes imposibles, sobrevolar lugares inhóspitos o altamente peligrosos para un soldado de incognito, dar cobertura aérea a los compañeros en acción, recabar información inimaginable hacía cinco años. Era lo que siempre había deseado y estaba muy feliz de formar parte de la élite de los operadores capaces de manejar aquellos juguetes fuera de la base oficial en el estado de Nevada en Estados Unidos.

Siempre sumido en el entrenamiento, dedicaba poco tiempo a las relaciones sociales y personales. Era observador y poco hablador.

Sus padres aún vivían, pero cada uno por su lado. Separados desde su adolescencia, vio en el ejército un camino para estudiar alejado de las discusiones de su hogar. Deseaba formarse en campos que empezaban a despuntar, pero que la universidad civil no le proporcionaba.

Un día, paseando por el campus y tras una de las miles de discusiones de sus padres por teléfono por cualquier motivo sin importancia, vio una mesa donde dos hombres jóvenes vestidos con uniforme de gala repartían información sobre la vida militar.

Fue un descubrimiento que le hizo abrir los ojos y la mente frente a lo que tenía en casa. Aquello era una salida para su futuro.

No lo dudó y se alistó sin hablarlo con sus padres. Si les parecía bien, perfecto, si no... era su problema. Viviría alejado de esa vida negativa, centrado en él y la tecnología que deseaba aprender a usar y desarrollar.

Dejó a la chica con la que tonteaba desde el instituto y entró al ejército sin ningún lastre. Dedicado en cuerpo y alma a su formación y entrenamiento.

Entrar en los SEAL fue un reto con un elevado coste mental y físico, pero sabía que, si lo conseguía, tendría acceso a las últimas innovaciones, ellos las

usaban en primer lugar y, debido a que pocos llegaban con la formación tecnológica que él había desarrollado con mucho estudio previo, podría usarlos en el trabajo de campo facilitando cobertura inmediata.

En cuanto entraron al local, identificaron el grupo que los esperaba. Eran inconfundibles. Los soldados norteamericanos no pasaban desapercibidos, aunque estando en el centro de la ciudad, los hacía pasar por turistas.

El coronel Summers acudió a su encuentro dispuesto a realizar las presentaciones oficiales sin rango militar.

—Chicos, quiero que deis la bienvenida a Will y Matt. Se unen a nuestro grupo de trabajo y creo que sus habilidades especiales serán de gran ayuda.

Sugar, Spy y Warrick los miraron con seriedad durante unos segundos que al coronel se le hicieron eternos.

Más valía que las cosas empezaran con buen pie o los próximos meses serían un infierno.

Will observó al trio unos segundos, para después ignorarlos cambiando la mirada hacia resto de personas que formaban la reunión.

La mujer destacaba sobre todos. Sonriente, miraba divertida la situación. No le pasó por alto el gesto del hombre que estaba a su lado. Le tocó la pierna arrastrando su mano por ella en una caricia. William levantó las cejas divertido sin decir ni una palabra. Había quedado claro que era la mujer de aquel tipo.

Hizo un gesto con la cabeza en forma de saludo hacia ella.

—Señorita —dijo galante acompañando el movimiento.

Salma se levantó de la silla alta donde estaba sentada y se acercó a él.

—Encantada, Will —contestó, tendiéndole la mano, como era costumbre de los estadounidenses en un primer encuentro—. Soy Salma y pertenezco a la agencia de operadores especiales —susurró, más cerca para que nadie la escuchara—. Estos son Alex, tu antecesor y Jason, que es el de Matt —saludó al aludido con otro apretón de manos y una sonrisa. La intensidad de la mirada de aquel tipo le recordó un poco a la de Spy. Misteriosa y seductora—. Bienvenidos a Madrid y a este grupo tan... ¿simpático?

Todos rieron ante el comentario.

La mujer tenía razón. Iban a ser compañeros por mucho tiempo. La

disolución del grupo original no había sentado bien a nadie, pero se veía venir desde que Alex tuvo que huir tiempo atrás. Esto era la evolución natural que sucedería tarde o temprano.

—Bienvenidos —saludó Alex más distendido—. Soy el marido de Salma.

—Un honor conocerlo, señor —saludó con un apretón de manos efusivo el nuevo francotirador. El teniente Blake era ya una leyenda. Sustituirlo era un reto.

—El honor es mío, Will. Conozco tu carrera. Es brillante. Te mereces este puesto —susurró, acercándose mientras palmeaba su espalda para que los oídos indiscretos no escucharan la conversación.

Hunter miraba a Matt con curiosidad. No estaba tan fuerte como él y parecía un cerebritito más que un SEAL, pero por lo que le habían informado, era muy habilidoso con el armamento de tierra, aunque también con el que los mandos usaban en la actualidad, los ojos del aire. Era un gran complemento para el grupo.

—Bienvenido, Matthew —lo saludó estrechándole la mano.

—Gracias, señor. Encantado de conocerlo. Espero aprender mucho de usted en estos días de convivencia antes de su partida.

A Hunter ya le cayó bien con aquella frase. Orgulloso de lo que acababa de escuchar, se dirigió a sus compañeros.

—Aprendan, señoritas. Matt llegará lejos.

Sugar negó con la cabeza. Conocía de sobra al veterano y sabía que su ego se había inflado como un pez globo.

—Matt, la has cagado. Nos va a tocar aguantarlo insoportable unos cuantos días —dijo, estrechándole la mano—. Soy Justin y estos son Evan, un escoces al que no debéis perder de vista porque se entera de todo y además ahora manda y Patrick, que tiene facilidad para hacer saltar todo por los aires si se le antoja, ya me entendéis —explicó con disimulo las funciones en el grupo de Spy y Warrick.

Matt y Will saludaron a todos con media sonrisa divertida, mientras un camarero se aproximaba con una bandeja de cervezas.

—A esta ronda invito yo —anunció el coronel Summers, gesto que fue aplaudido por todos.

Cogieron cada uno su jarra dejando la que sobraba en la bandeja.

—No va a venir —declaró Sugar con pesar.

—Vendrá —aseguró Salma.

Los recién llegados miraron al resto sin entender.

—Nos falta un miembro —explicó la mujer—. Nick. Aunque quizá lo conozcáis como Brooklyn —en cuanto mencionó el apodo militar, miró a Matt. Si era experto en drones, era probable que participara con el Delta en la operación que recabó los datos necesarios que les llevó hasta el NB.

—Sé quién es —asintió Matt—. No sabía que estaba en la agencia.

—No lo está. Sigue en su puesto —contestó sin dar más datos. Entre ellos no era necesario—. Está en la ciudad desde hace un año aproximadamente. Convive con nosotros.

Los nuevos asintieron comprendiendo. En esta época tan convulsa en la que los riesgos estaban tanto en el frente como en las ciudades, era habitual convivir con gente de diferentes puestos militares o de agencias. CIA, SEAL, Delta, operadores privados contratados para misiones concretas. Todos tenían el mismo fin, salvaguardar el bienestar de la población y para ello, colaboraban juntos.

—Me prometió que vendría y vendrá —dijo Hunter, mirando a la puerta—. Porque si no viene, le voy a dar una paliza que no se va a poder levantar en semanas.

Todos sonrieron.

Sabían que Hunter comprendía mejor que nadie la situación a la que se enfrentaba el muchacho y estaba preocupado por las decisiones que pudiera tomar, por los problemas que se iba a encontrar...

Los recién llegados observaron al resto sin hacer ningún comentario al respecto.

El coronel, viendo como la incertidumbre y el pesimismo se instalaba en la reunión por ese largo silencio, les explicó la situación.

—Nick está investigando un caso que lo relaciona directamente con una persona muy importante para él, alguien que formó parte de su vida hace años.

—¿Su exmujer? —se aventuró Will. Le estaba dando demasiadas vueltas. Si fuese otro tipo de parentesco tendría un nombre claro. Padre, madre, hijo, primo, tío, abuelo, pero cuando se trataba de una mujer a la que estabas unido

sentimentalmente, todo era delicado de expresar.

—Algo parecido —intervino Salma—. Fue su pareja hace mucho tiempo, pero la vida y la familia los separaron. Ahora está en peligro, en medio de la trama a la que él dedica día y noche... Es complicado mantenerse al margen o intentar que no te afecte algo así —finalizó, cogiendo a Alex de la mano, consciente de cada palabra y cada sentimiento porque lo había vivido en su propia piel.

—Tú eres Roma, ¿verdad? —preguntó Matt, reconociendo a la espía—. Conozco tu historia. Lo siento mucho. Espero que a Nick le vaya mucho mejor.

—Todos lo esperamos. Lo deseamos —añadió Alex, besando la mano de su mujer. El recuerdo de Andrés era agri dulce.

Hunter levantó la vista al horizonte y se levantó como un resorte.

Todos se giraron en aquella dirección.

Nick acababa de entrar en el bar.

—Os lo dije —apostilló, saliendo a su encuentro.

El coronel respiró más tranquilo.

El muchacho no estaba bajo su mando, pero después de tanto tiempo por allí y lo compartido, lo sentía como uno más del equipo.

—Buenas noches a todos —saludó, mirando a los compañeros y estrechando la mano a Will y Matt—. Soy Nick.

Sugar le pasó la cerveza sin esperar ni un segundo más.

—Venga, vale ya —pidió que le siguieran el simpático y divertido soldado con un gesto de la mano, colocándose en medio de todos—. Por el equipo Seis y sus amigos —susurró para que solo ellos lo escuchasen.

Tras elevar la jarra, los demás lo imitaron. Chocaron unas con otras y rieron a carcajadas.

Salma contempló a los hombres.

Tenían pocas ocasiones de estar juntos, relajados y compartiendo buenos momentos. Casi siempre estaban de misión o preparándolas, con la posibilidad de que alguno no regresara pululando por sus cabezas... Eran una familia, una de verdad que se había construido con cimientos sólidos y fortalecidos con el tiempo, la convivencia y los sentimientos que genera salvarse la vida unos a otros.

Esperaba que aquellas relaciones, el amor fraternal que se profesaban

entre ellos, durasen para siempre y la suerte les hiciera superar su trabajo con vida.

Pidieron algunas raciones y hamburguesas para cenar, vieron el partido de la Champions League en el que jugaba el Real Madrid clasificándose para la final, mientras bebían cervezas entre risas y complicidad.

Will y Matt se sintieron cómodos desde el principio, como unos miembros más del grupo. Aquella reunión había sido todo un acierto.

—Bueno, ¿dónde están tus amigas? —preguntó Sugar a Salma levantando las cejas con picardía.

—¿Qué amigas? —preguntó la mujer.

Aprendió a no tener amigas en cuanto comprendió que no las podría mantener. No podía dedicarles el tiempo y la atención que necesitaban y acabarían mal. Se ahorraba el trago.

—No sé... ¿alguna vecina? ¿La panadera de tu barrio? ¿La peluquera? ¡Algo! —exclamó Warrick.

Alex comenzó a reírse. Llevaban meses con eso. Era divertido.

—Estoy todo el santo día con vosotros o con una *pipa*<sup>1</sup> en la mano. ¿Se puede saber cómo voy a tener amigas con las que ir a tomarme un café o de compras?

Los soldados callaron. Era cierto.

Salma ya había visto a un grupo de chicas que los miraba desde que habían entrado. Era lógico, aquellos hombres llamaban la atención y que solo una mujer estuviese con ellos, era raro.

Divertida por la situación, levantó el dedo en señal de que esperasen un momento y sin más, se dirigió a ellas.

Los militares la siguieron con la mirada.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Spy preocupado.

—Traeros chicas para que la dejéis en paz —contestó Alex, sonriendo por aquella idea. Se giró para mirarlos a todos—. Comportaos, ¿de acuerdo? —ordenó.

—Tú ya no mandas —apostilló Sugar.

—Pero yo sí —respondió Spy—. Comportaos —ordenó de inmediato, repitiendo el gesto de Alex.

Hunter sonrió ante el diálogo innecesario. Los conocía, eran unos

caballeros, el comentario sobraba, igual que sabían que a él aquellas mujeres, ni ninguna otra, lo atraían.

Observó como Will se daba la vuelta dando un buen trago a su cerveza, como estaba a punto de hacer él mismo.

Su intuición le decía que aquel muchacho tenía un mal pasado igual que él, igual que Nick... Estaría atento.

—Chicos —dijo Salma, con un grupo de cinco mujeres tras ella—. Estas chicas os quieren conocer. Kim, Emma, Silvia, Lucía y Victoria.

En cuanto Will escuchó el nombre de la última mujer, se levantó del asiento y, sin mirar a nadie, huyó al baño.

Escuchar su nombre le había cogido desprevenido. Aún dolía su ausencia.

—¿Se encuentra bien? —preguntó aquella chica. Estaba confundida. La forma en que había abandonado la reunión tras mencionar su nombre, no parecía ni amigable ni educada, pero por algún extraño motivo, el desprecio no le sentó mal... veía tristeza en el gesto del perfil de su rostro...

—Sí. Hoy ha hecho un viaje muy largo y está cansado —le excusó Salma sonriente, pero preocupada. El hombre estaba bien antes de llegar con el grupo de chicas. Esperaba no haberlo molestado.

Hunter, con disimulo, abandonó su silla y lo siguió al baño.

Lo encontró frente a un espejo, con las manos apoyadas en el lavabo y la cabeza debajo del grifo.

—¿Demasiada cerveza o cansancio acumulado? —preguntó, en tono cómplice—. Cuando quieras irte, solo tienes que decírmelo. Te llevaré a la base.

Will salió de debajo del chorro frío y lo miró a través del espejo mientras el agua caía por su rostro y hombros mojando la camiseta negra.

Estuvo a punto de mentir afirmando cualquiera de esas opciones, pero algo le decía que aquel tipo lo descubriría.

—Gracias, Jason. No es nada de eso.

Hunter terminó de orinar y se dirigió con calma a otro lavabo para lavarse las manos sopesando las palabras.

—Entonces tu cabeza te puede. Conozco los síntomas. Lo vivo en mi propia piel y como habrás imaginado por lo que Salma ha contado antes, Nick



también.

El soldado se alegró de haber sido sincero. Rara vez lo hacía, pero algo le decía que aquel tipo lo entendía y quizá encontrase un poco de paz en esa complicidad.

—Mi mujer se llamaba Victoria —confesó, cogiendo aire tras la frase. Le había costado decir su nombre.

—La mía, Estela —contestó el veterano, entendiendo lo que había pasado ahí fuera hacía unos minutos con las recién llegadas.

Will asintió comprendiendo que no era el único viudo por allí.

Era la primera vez que se encontraba con algún compañero en su situación. Lo habitual era que fuesen las mujeres quienes habían perdido a sus maridos caídos en alguna misión. KIA<sup>2</sup> era el código con el que los nombran en la jerga militar.

—Accidente de coche. Un kamikaze que circulaba en dirección contraria en la autopista chocó con ellas. Mi hija Valentina también murió —confesó sin pausa, como si pensara que, o lo contaba en ese momento o nunca sería capaz de decirlo.

—Torre Sur del World Trade Center. 11S.

Se mantuvieron la mirada unos segundos. Sintiendo el dolor propio y el del otro.

—Te invito a unos chupitos en la barra —propuso Hunter, cogiéndolo con cariño de un hombro. ¿Qué más se iban a decir?

—Acepto —contestó Will, imitando el gesto. No era bebedor, pero a veces tomar un par de tragos anesthesiaba un poco el dolor.



Mientras tanto, Nick intentaba centrarse en sus compañeros, en sus amigos y aquellas chicas tan simpáticas y divertidas que animaban la noche charlando con ellos, pero lo superaba.

No quería estar allí. Quería estar con Valeria.

Con la excusa de pedir otra cerveza, se instaló en la barra alejado de la diversión. Cogió el botellín entre las manos y bajó la mirada a la etiqueta.

Le dolía la cabeza, la sentía embotada desde que había hablado con JJ esa mañana.

No podía hacer caso a Hunter porque si dejaba de hablar con el poli, perdería información valiosa y a un aliado. Eso estaba descartado, pero las vías de investigación se acababan y si no encontraba pronto hilos de los que tirar, iban a quitarle la vigilancia o cerrar el caso, algo que significaría enviarlo a un nuevo destino que sería fuera de España casi con toda probabilidad o de vuelta a Fort Bragg en Carolina del Norte, la base de los Delta Force, y entonces no podría proteger a Val.

—¿Un chupito? —preguntó Hunter a su lado, dándole una palmada en el hombro. De inmediato, le sacó de sus pensamientos pesimistas—. Will y yo lo necesitamos. Creo que tú también.

Nick sonrió. Lo conocía bien.

—Gracias.

Mientras Hunter se sentaba a su lado, Will hizo lo propio al otro flaqueándolo.

—Hunter me ha contado que tienes algo personal entre manos. —El soldado levantó la vista de golpe—. Sin detalles, tranquilo, con eso es suficiente. —Nick lo miró confuso. No sabía qué pensar de aquella frase. Esperaría a que acabase para juzgar—. Quiero que sepas que puedes contar conmigo. No soy de salir por ahí en mi tiempo libre. Si necesitas ayuda, avísame.

El Delta sonrió tranquilo. Aquel tipo solo quería tenderle una mano aun sin conocerlo. Gran gesto.

Cogió su cerveza y la chocó con la que le acababan de servir a su compañero SEAL.

—Gracias, toda ayuda es poca.

—Ya me pondrás al día cuando lo creas necesario. Bebamos —sugirió. Ya era suficiente por hoy. Debía intentar alejar el estrés, aunque fuese por unos segundos.

Salma, sentada junto a Alex, observaba la escena.

—Creo que se entienden —susurró a su marido al oído.

—No cabe duda —confirmó, cogiéndola de la mano—. Hunter y Will son viudos, aunque por distintas circunstancias y Nick como si lo fuera. —Salma

se sorprendió, Will era muy joven, pero enseguida comprendió por qué había huido en cuanto las mujeres entraron a escena, su gesto taciturno. Se parecía a Jason.

—Espero que Nick consiga recuperar a Valeria con vida —susurró preocupada.

—Lo conseguiremos —prometió Alex—. Lo tengo todo preparado para intervenir a la mínima oportunidad.

Salma lo miró orgullosa con una sonrisa que le iluminó la cara. Él también sonrió mientras le guiñaba un ojo.

—Eres increíble —dijo en un suspiro, dejando un beso en sus labios que Alex recibió con deseo.

—Nick es de la familia, me da igual el color de su uniforme o quién esté al mando de sus misiones. Me salvó la vida, la tuya. Al equipo. Estaremos con él cuando nos necesite y donde nos necesite.

Salma lo besó de nuevo con pasión. Alex era el mejor hombre que había conocido y cada día le demostraba que así seguía siendo.

—¿Bailas conmigo? —murmuró el hombre en su boca, al escuchar los ritmos de *Passionfruit* de Drake. La quería cerca.

La mujer asintió dejándose llevar por los movimientos sensuales de Alex que era el mejor bailarín que se podía tener.

Las chicas que acompañaban a los soldados, contemplaron embobadas la complicidad que había en aquella pareja, generando algún suspiro que otro.

Sugar, que no había quitado el ojo de Emma en ningún momento, le tendió la mano mientras le guiñaba el ojo.

La chica, contenta con la propuesta, aceptó sin dudar.

Warrick no quería quedarse atrás. Cogió a Silvia por la cintura y ambos comenzaron a bailar.

Matt sonrió a Lucía disculpándose por no bailar. Spy lo imitó haciendo lo propio con Kim.

Los dos hombres se miraron un segundo tras ver como las chicas se iban a bailar juntas.

—No se me da bien. Lo evito a toda costa —explicó Matt.

—Te entiendo. Me pasa exactamente lo mismo. —Chocó Spy la cerveza con la de su nuevo compañero, que por lo visto no lo iba a ser solo en el

campo de batalla.

—Y así nunca encontraréis una chica —añadió Victoria que estaba tras ellos. Se había quedado allí de forma discreta. Los hombres se giraron hacia ella y fue como se dieron cuenta de que Nick, Hunter y Will se marchaban. Ella también observó la huida. Miró al recién incorporado francotirador, sin saber que lo era, con una mezcla de pena, atracción y curiosidad. Ya no tendría oportunidad de intentar conocerlo.

—Casi seguro —afirmó Spy, convencido de que así sería, al menos hasta que su vida militar terminase.

—¿Sabéis qué le pasa? —preguntó sin mirarlos, viendo como desaparecía por la puerta sin mirar atrás.

—Eso es algo que solo él puede explicar —contestó Matt, con seriedad —, pero te aconsejo que busques a otro hombre porque no está interesado en nadie.

A Vicky aquella afirmación tan rotunda le dio un vuelco al corazón. Tenía que haberle sucedido algo muy grave para haber decidido algo tan duro y triste.

Pensativa, se alejó junto a sus amigas y tras un par de minutos, se marchó.

Estaba agotada después de su turno de trabajo de doce horas y, aunque necesitaba la copa, había llegado el momento de retirarse.

---

1 Pipa, pistola en el argot policial.

2 KIA son las siglas de Kill In Action para el ejército estadounidense, que traducido al castellano corresponde a: Caído en Combate o Muerto en Combate.

## CAPÍTULO 4

Después de aquella fiesta nocturna y con el día siguiente libre para descansar o disfrutar, según los casos personales, todos se reunieron en la sala de operaciones de la base el día previsto para la intervención, tras dejar sus móviles en unos cajetines a la entrada. Toda precaución era poca cuando se trataba de una misión y en la era de los *hackers*, no podían dejarles ni una oportunidad.

El coronel Summers quería mantener una reunión con todo el grupo ya completo, los operadores externos y demás implicados.

Tenían una misión que realizar de forma inminente y había que ajustar detalles.

Nick también estaba, pero no prestaba atención real a lo que sucedía. No podía parar de dar vueltas a la información de que disponía para intentar buscar una brecha por la que meter mano al marido y al padre de Val, como le habían pedido JJ y Hunter.

Llevaba tiempo observando el tránsito del Mediterráneo y aún no entendía cómo, una tras otra, las embarcaciones conseguían entrar por aguas italianas, griegas o españolas, aguas vigiladas por ejércitos y policías marítimas, llenas de inmigrantes que arriesgaban su vida y la de sus hijos muy pequeños, incluso recién nacidos.

El paso de pateras era lo habitual, pero ahora eran barcos los que conseguían entrar con demasiada asiduidad. Barcos enteros cargados hasta los topes de gente dispuesta a morir por la falsa promesa de una vida mejor.

Algo se les estaba escapando.

Era cierto que con el conflicto sirio se había agravado la situación hasta límites impensables tiempo atrás, pero había algo más... Muchos no eran sirios huyendo de la guerra...

Además... ¿A cambio de qué? ¿De un refugio mugriento en un centro de recepción de inmigrantes saturado? Y eso teniendo mucha suerte...

Pero la realidad era que, un simple camastro y tres raciones de comida al día, lo era todo para ellos si lo conseguían. Había visto de dónde venían, de dónde venían de verdad, no lo que se ve en la televisión como propaganda

política o noticias filtradas de forma soportable para occidente.

Y lo peor no era eso... Aquella gente pagaba cantidades desorbitadas o se endeudaba de por vida por un pasaje a la muerte. Porque no nos engañemos, una cantidad brutal moría en el intento, ya fuera en el desierto, en el recorrido encerrados en camiones o en el último tramo en el mar y Robert Cross, es decir su exsuegro, parecía ser uno de los implicados en aquella barbarie.

Si conseguía pruebas, tendría también a Devereux y podría liberar a Val para siempre.

¿Sabría ella lo que hacía su familia? ¿Estaría Malena, la madre de Val, al corriente de los movimientos de su marido y su yerno? ¿Por qué no había evitado aquella boda?

Era tan cómplice como los hombres hasta que se demostrase lo contrario y, por cómo había actuado hasta el momento, era más que probable que estuviese implicada.

—Céntrate, Brooklyn —ordenó Alex.

—Lo intento —confesó el Delta Force, pasándose las manos por el pelo mientras expulsaba el aire retenido de golpe. Debía estudiar aquellos planos, no pensar en Valeria.

—Ella estará bien —lo animó Salma—. Es fuerte y muy inteligente. Ha aguantado todo este tiempo sin ti. —Nick levantó la vista con sonrisa triste. Sí que lo era, pero ¿lo suficiente?

—Val no es como tú. Es una civil —replicó asustado.

No tenía ni idea de defensa personal, por eso la enseñó a usar una pistola cuando estaban juntos, como protección. Estaba convencido de que no había vuelto a hacer prácticas de tiro desde que se separaron, nadie la habría llevado ni permitido ir, mucho menos dejar un arma a su alcance llegado el caso. Los hombres que la habían rodeado desde la infancia la habían tratado como una muñequita y eso lo sacaba de quicio. Ella era mucho más que una mujer a la que exhibir en los eventos y reuniones. Esperaba que recordara las instrucciones que le dio en su reencuentro de años atrás si se sentía en peligro. Rezaba cada día para que siguiera cada una de ellas al pie de la letra.

—Puede que sea cierto, pero no sabes qué ha hecho en este tiempo. —Generó una duda en él que le hizo tener esperanza. Salma creía que si ella era tan resuelta como le había contado en alguna ocasión, habría encontrado la

forma de guardarse las espaldas. Estaba segura. Era inteligente, tenía que salvaguardar su vida y lo más importante, la de su hijo, aunque Nick no quisiera hablar nunca de él y ellos no lo mencionaran por respeto. Sabían que le dolía—. De lo que estoy segura, por todo lo que me has contado, es que ha sacrificado su vida por ti y eso es muy valiente, Nick —insistió—. Claro que es igual de fuerte que yo, cariño. Puede que más...

Alex, que escuchaba la conversación, entendía a la perfección por lo que estaba pasando el hombre. Él había tenido que cambiar su mentalidad tras conocer a Salma y enamorarse perdidamente, si no quería que le diera un derrame cerebral preocupándose por ella.

Las mujeres eran capaces de más cosas de las que imaginaban, incluso de forma más astuta que ellos, pero su educación y sobre todo su educación militar había sido aún bastante machista. Nick debía acostumbrarse, cambiar el chip con Val, igual que había hecho con Salma, y centrar sus esfuerzos, primero en la misión, y después en su parte respecto a Valeria. Era importante.

Se acercó hasta él antes de hablar. Tenía mucha complicidad con todos ellos, aunque ya no fuese un miembro de los SEAL.

—Hermano, estamos en ello. Estamos contigo —lo apoyó dándole una palmada en la espalda—. Te prometo que la sacaremos de allí, pero antes tenemos que desmantelar esa base insurgente que usa armas estadounidenses y su estación de telecomunicaciones. Es urgente.

Nick lo sabía. Era consciente de su trabajo y cuál era su deber, solo que a veces es difícil conciliar el corazón con la cabeza.

Valeria era lo más importante que había tenido en la vida y si ella no vivía, él tampoco podría hacerlo.

—En cuanto regresemos, nos ponemos con ello —prometió Spy—. Los barcos de tu suegro traen mercancías ocultas que comprometen la seguridad. Estamos casi seguros. Solo necesitamos saber en cuál, cuándo y dónde se dirige. Estamos muy cerca de conseguirlo. Ahora necesitamos a Brooklyn aquí, colega.

Nick asintió. Sus compañeros no habían parado de buscar información que les sirviera para abrir una misión oficial y poder ayudarlo en la causa. No se rendirían hasta conseguirlo.

—¿Hablaste con JJ? —intervino Sugar—. Es un chulo engreído, pero es



un buen tipo. —Todos lo miraron con las cejas enarcadas sin creer lo que acababan de escuchar de su boca—. Más que yo, ¿vale? —se defendió el más joven de la unidad.

Nick sonrió triste bajando la mirada. ¡Claro que había hablado con él! Pero hasta ahora había servido de muy poco. Eso sin contar que a Hunter aquellos encuentros no le hacían ninguna gracia y le había pedido que dejase de verlo.

—Sí, claro que he hablado con él, como cada puta semana, pero no me da información para usarla contra Robert o Mark. Solo sé que ella está bien.

—Es muy celoso de su trabajo, pero es el mejor —intervino Salma, intentando calmarlo. Lo conocía bien de sus tiempos de espionaje para el Gobierno—. Confía en él.

Hunter carraspeó para dejar patente su desacuerdo.

La mujer ignoró el gesto. Ya lo habían discutido y ella estaba de acuerdo con Nick en hablar con el poli. Era un buen tipo y si aquellos encuentros le hacían estar más tranquilo, bienvenido fuera. Era su única fuente fiable de información sobre el estado de Valeria.

—Lo intento, pero a veces me cuesta... —reconoció a su pesar, mirando a la espía—. No sabes cuánto...

Salma lo cogió del hombro comprensiva, mientras entraba el coronel a la sala.

—Señores, ha llegado el momento —intervino. Había finalizado la conversación telefónica que lo había mantenido ausente por unos minutos—. Me hubiese gustado tener unos días para entrenar junto a los nuevos miembros, pero no es posible. El deber nos llama. Debemos partir. Confío en que todo saldrá bien. Somos la élite de la élite y nos amoldamos a lo que sea, ¿verdad? —Todos asintieron—. Matt, Will, sé que estaréis cómodos con nosotros y los operadores externos. Somos un gran equipo. —Los hombres asintieron. Había mucha complicidad en aquella sala y eso era una ventaja enorme en las misiones—. Salma, ¿preparada? Tu pájaro está listo en el hangar.

—Por supuesto —contestó cogiendo el iPad de seguridad donde le habían incluido todos los datos del vuelo. Puso la palma de la mano sobre ello para activarlo. Su huella era la llave.

Ella era la piloto del equipo siempre que el coronel contaba con la

colaboración de su agencia AS para la misión y sucedía a menudo. Sobre todo, las intervenciones más complicadas. Una ayuda extra siempre venía bien y lo más importante, con ella como piloto eran autosuficientes.

El Gobierno estadounidense veía con buenos ojos que colaboraran con ellos tras el éxito en la misión para neutralizar el NB tiempo atrás.

Alex y ella eran agentes expertos en antiterrorismo. Él era un antiguo miembro, todos se conocían y trabajaban con una coordinación excepcional. Contar con ambos era un seguro de vida y de triunfo.

—Las órdenes son claras —continuó el superior—. Entráis, destruíis la base de telecomunicaciones, el arsenal bélico y salís. Rápido y limpio —exigió—. No quiero cabos sueltos.

Todos los hombres repitieron al unísono «oído» para hacerle saber que lo habían entendido.

—Una duda, señor —habló Matt—. ¿Por qué no enviamos un dron y lanzamos un misil teledirigido? Podría hacerlo, mi coronel.

Summers sonrió asintiendo.

—Lo sé, O'Brien, pero hay población civil cerca y es un búnker. Debemos entrar y destruirlo desde el interior para asegurarnos de que no queda nada que puedan usar. Gracias por su oferta.

El hombre asintió y comenzó a estudiar las fotos aéreas de las pantallas que había por toda la sala.

—¿Habrá pasillo aéreo? —consultó la piloto mirando los datos del vuelo.

—Sí —confirmó Summers—. Tenéis tres horas una vez entréis en zona hostil. Los F-18 os esperan. Además, la policía aérea de la OTAN está avisada y protegerán la frontera.

Salma asintió con media sonrisa alentadora.

Esta vez tenían guardaespaldas.

Era buena señal que más gobiernos y departamentos se implicaran en la misión. Todo apoyo era poco tratándose de terroristas.

—¿De qué país son? —preguntó la mujer con curiosidad, refiriéndose a ese escuadrón concreto de polis del aire. Cada cierto tiempo rotaba la guardia y le correspondía el turno a un país diferente dentro de la organización de la alianza del Atlántico Norte.

—Son españoles —contestó Hunter, guiñándole un ojo. Se notaba que el más duro de todos los presentes había suavizado el carácter desde que la mujer aterrizó en la unidad.

—Perfecto —replicó Jack, con sonrisa socarrona desde la puerta de la sala. Había llegado tarde, pero se había enterado de lo importante. Aún no se terminaba de llevar bien con los militares. Ni siquiera con los de su misma nacionalidad...

Salma lo miró sonriendo, aliviada de verlo sano y salvo.

Jack Swan había vuelto hacía unas pocas semanas.

Cuando se neutralizó el atentado con NB y se detuvo a Castillo, su jefe y principal colaborador con la célula terrorista que casi envenena a toda la ciudad, desapareció unos meses.

Aquello le había dejado fuera de juego. Confiaba en sus superiores, en sus compañeros y no entendía cómo habían estado a merced de uno de aquellos monstruos a los que perseguían tanto tiempo, sin percatarse de que algo no iba bien.

Necesitaba replantear su futuro.

Estuvo tentado de incorporarse a AS. La oferta de Alex y Salma era tentadora, pero las heridas personales no estaban tan curadas como para estar continuamente con aquella pareja.

Todo estaba bien entre Salma y él, también con su marido, pero prefería distancia.

Decidió volver a sus orígenes como espía y como ciudadano. Era norteamericano y pertenecía a la CIA. Estuvo trabajando en su país como agente de campo, refrescando sus conocimientos y la mente.

Le había venido muy bien.

Por fin, estaba preparado para regresar. Le habían destinado a aquel puesto operativo a petición personal.

Su percepción de los hombres que estaban en la habitación había cambiado tras regresar de aquella misión suicida.

Eran de fiar y quería seguir trabajando con ellos. Se entendían, aunque nunca lo diría en voz alta. Tampoco era necesario. Los gestos y las miradas hablaban más claro que las palabras.

Sabía que su espalda estaba bien guardada por cualquiera de aquellos

hombres. Por supuesto, él guardaría las tuyas con su vida si era preciso. No podía solicitar otro destino a la agencia que no fuese colaborar con aquel equipo SEAL del DEVGRU.

—Todavía no entiendo ese celo continuo hacia los militares —le reprochó Warrick, mirándolo fijamente. Estaba sentado justo en frente—. ¿Tan mal nos portamos contigo?

—Aún me debes un par de cervezas. Seguiré sin fiarme. No cumplís vuestra palabra —bromeó el espía con seriedad, mientras dejaba un beso en la mejilla de Salma, que la mujer devolvió con cariño. Después dio un apretón de manos y un abrazo a Alex.

—Si hubieses venido anoche, te las habría pagado —contestó el SEAL, recostándose sobre la silla satisfecho con sus palabras.

—Algunos tenemos trabajo —recriminó metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón de traje. Solía vestir elegante aun estando en la base, a diferencia del resto que dentro llevaban uniforme negro o de camuflaje. Ropa civil en el caso de la agencia externa.

Nunca se sabía cuándo tendría que salir. Ahora llevaba pantalón gris oscuro, camisa blanca sin corbata arremangada hasta medio brazo.

—Señoritas, un poco de orden —exigió Alex, ejerciendo de teniente como antaño, aunque fuese Spy quien disfrutase de ese privilegio de forma oficial. Al escoces no le gustaba mucho mandar, pero por rango y antigüedad tras la próxima salida de Hunter, era su deber.

Matt y Will asistían a aquella conversación sin decir ni media palabra. Aún no conocían muy bien a cada miembro ni sus relaciones personales. Era mejor mantenerse al margen.

—¿Han acabado? —preguntó el coronel mirándolos con seriedad, aunque realmente le gustaba verlos tan dinámicos y unidos. Era importante aquella complicidad y confianza.

Todos se callaron al instante.

—Señor, quizá sea interesante que Matt lleve sus juguetes en el avión. Puede sernos de utilidad como vigía —propuso Salma—. Si en la intervención del NB lo hubiésemos tenido, habría acudido antes a rescatarlos. Tener una sombra sobre el objetivo es una ventaja.

—Matt, ¿preparado para ser los ojos del equipo? —consultó el hombre,

antes de comprometer al soldado.

—Por supuesto, señor —aceptó el piloto el reto con una sonrisa. Entraba en acción con lo que mejor se le daba. Era un gran comienzo en aquel grupo.

—Esto se pone interesante —comentó Jack, contento por el rumbo que estaba tomando el equipo. Cada vez eran más completos. Sin duda, un punto a favor de la supervivencia.

—Will, irás con Alex. Seréis el equipo Águila. Os ocultaréis en esta formación montañosa cercana al objetivo con vuestras armas de precisión y cubriréis al equipo de asalto. ¿Entendido?

—Oído, señor —contestaron ambos, mirándose mientras asentían con sus cabezas.

—Spy, comandarás el equipo en tierra. Debéis neutralizar el armamento y las comunicaciones. Recuperar toda la información que podáis. —El escocés iba a replicar que, si quería que la intervención fuese rápida y silenciosa, era incompatible con esa petición, pero el coronel se adelantó—. Sé lo que me vas a decir, lo sé, pero puede haber algo interesante que nos sirva para encontrar más escondites, información sobre posibles objetivos o cualquier cosa que nos haga estar más cerca de eliminar a estos fanáticos.

—Es inútil. Se multiplican como las moscas. Allí, aquí... es igual. ¿De qué servirá eliminar este búnker? La gente está muriendo en Europa, en Norteamérica, en cualquier parte del mundo y las armas no vienen de lugares como estos. Están aquí —replicó Hunter. Estaba cansado de todo aquello y se notaba. Nada había cambiado desde 2001.

Salma miró al coronel Summers pidiéndole un momento. El hombre se lo concedió con un gesto.

—Jason, tú y yo sabemos lo que es perder a alguien por culpa de esta gente y sus fanatismos... Debemos hacer todo lo posible para que nadie más pase por eso. Si en lugar de llegar cien armas hasta ellos, entran diez, ya sea aquí o allí, son noventa locos sin balas y más posibilidades de que sobreviva gente inocente. —El hombre la miró cogiendo aire. Tenía razón, pero a veces los recuerdos eran dolorosos—. No podemos hacer nada por los que ya no están, pero sí por los que aún quedan.

El militar asintió sin palabras, abatido por sus sentimientos encontrados. Eran muchos años persiguiendo este problema.

—De acuerdo —dijo el coronel—. Hunter, Sugar, Warrick y Spy, sois el equipo de asalto directo Trueno uno. Nick y Jack, cubrís la retaguardia y el transporte con Matt y su dron. Seréis Trueno dos. —El Delta estaba en desacuerdo. Necesitaba acción, pero el superior no lo dejó—. También sé lo que me vas a decir y te pido por favor que te quedes cubriendo a Salma. La última vez fue un acierto. Entre los cuatro sois un equipo de apoyo perfecto.

El chico no replicó. Estaba agotado.

El coronel respiró tranquilo al ver que se quedaba conforme. Sabía que psicológicamente no estaba al cien por cien y no quería exponerlo. No podían pedir ayuda al gabinete médico porque si lo hacían, lo apartarían del puesto hasta que hubiese un veredicto psicológico, algo que lo volvería loco de verdad.

Entre todos tenían el tema controlado. El muchacho trabajaba muy bien y se esforzaba en superarse. De momento no había de qué alarmarse.

Además, lo conocía y sabía que a la mínima situación que comprometiera a los demás, antes desertaría o pediría que le concedieran la baja voluntaria para irse a la agencia de Alex, que verse apartado del caso de su vida.

—De acuerdo entonces, señor —confirmó Alex.

—¿Todo claro? ¿Alguna pregunta? —Se aseguró de que todos estaban de acuerdo—. Bien, entonces los espero a la vuelta. Desde aquí coordinaré todo el operativo. Tenemos la unidad de respuesta rápida Delta en Sicilia en alerta uno, así como la unidad SEAL de Afganistán para cubrirnos. Los cazas, prevenidos. La palabra clave para esta misión es Bethany.

—Oído, señor —dijeron todos a una.

—Salís en media hora. Regresad sanos y salvos. Tenemos mucho que vivir aún.

El equipo al completo se agrupó alrededor del coronel para saludarlo, con un apretón de manos en el caso de los civiles colaboradores o al estilo militar los que pertenecían al ejército.

Una nueva intervención en territorio hostil comenzaba.

Ojalá regresasen todos.

## CAPÍTULO 5

Como cada día, Valeria acudía a llevar a Tommy al colegio en su propio coche, aunque sabía que la vigilancia de su marido Mark estaba cerca.

Su rutina no cambiaba ningún día del calendario escolar.

Tras salir de casa, dejaba al niño en clase y se marchaba a un gimnasio cercano durante un par de horas. Después de entrenar, regresaba de nuevo a su domicilio y, la mayoría de días, no volvía a salir hasta que llegaba la hora de la recogida del pequeño.

No tenía libertad. Dentro de la casa era como estar enjaulada y, cuando salía, siempre había algún escolta cerca vigilándola, no solo para mantenerla segura, también para informar a su marido de los lugares que frecuentaba y con quién.

Al principio, creyó que en el gimnasio estaría a salvo de ojos indiscretos al menos por un rato, pero no era cierto. El día que quiso cambiar una cita en la peluquería con un teléfono diferente a su móvil porque este se había bloqueado, comprendió la gravedad de su situación y el peligro que corría junto a aquel hombre.

El móvil quedó sin señal y varios escoltas del servicio de su seguridad personal aparecieron como si allí se estuviese cometiendo un atentado.

No entraban al recinto deportivo, pero permanecían en el exterior atentos a sus movimientos, fueran los que fueran y entrarían ante cualquier cambio en su rutina.

Lo peor no fue eso.

Cuando Mark se enteró de que había llamado desde otro terminal que no era el suyo, la sometió a un interrogatorio digno de la CIA.

Aquello la asustó mucho. Fue determinante para actuar.

Sabía de sobra cuál era su delicada situación desde que su padre habló de aquel compromiso, al igual que el trato que le brindaba su marido desde tiempo atrás, pero nunca pensó que llegaría a tanto.

No se había sentido nunca segura con él, ni querida, ni comprendida, pero tampoco en peligro.

Tras aquel episodio, su instinto le decía que era urgente tomar decisiones

de forma discreta e inminente para sacar a su hijo de esa casa lo antes posible.

En otros tiempos, en los que fue más ingenua, habría acudido a su padre, pero desde que la obligó a casarse con Mark, comprendió que no la protegía, la usaba para sus fines empresariales. Físicamente, demostrado con el intercambio en aquella boda impuesta. Intelectualmente, por sus conocimientos diplomáticos.

Había tenido mucho cuidado de no implicarla en negocios turbios, de que no se enterase de lo que hacía con Mark, pero le pedía estudios e informes sin especificar con qué fin y que solo apuntaba a movimientos sospechosos. Había visto facturas infladas, dinero en efectivo en grandes cantidades sin justificar, papeles que no cuadraban con las cuentas de la empresa, incluso pasaportes falsos.

Su padre la conocía y sabía que el silencio con el que trabajaba en todo lo que le solicitaba, no era bueno. Si ella no hacía preguntas, era porque estaba intentando hacer el puzle con todo aquello antes de decir nada.

Con el embarazo de Tommy, encontró la excusa perfecta para apartarla de todo. Era la razón para que no se lo discutiera.

Aceptó. Estar alejada de ellos le daría libertad de movimientos y podría seguir investigando por su cuenta, pero entonces descubrió que no podría hacer nada sin que se enterasen.

Tras mucho tiempo sopesándolo y preparándose para lo que podría venir, sin olvidar el susto de aquel día de la llamada inocente, había ideado un plan para ponerse en contacto con la única persona que podía ayudarla, y lo más importante, que acudiría sin reproches, sin pensarlo, sin preguntas.

Lo echaba tanto de menos...

No paraba de recordar su reencuentro con él años atrás en el viaje que hizo sola a Nueva York para el entierro de la madre de su amiga de infancia y universidad, Samantha.

A aquello se sumaron los días siguientes en su compañía en aquella ciudad donde antaño se conocieron y vivieron su amor.

Fue el soplo de aire que necesitaba para seguir, para luchar por su libertad. Eso sí, en silencio absoluto, sin alertarle ni mostrarle ni un ápice del miedo que tenía a volver junto a aquel tipo que ostentaba el título de marido, cuando aquellos días de ensueño acabasen porque eso le haría cometer una



locura.

Era militar y no uno cualquiera, Nick era un Delta Force, parte de la élite del ejército estadounidense. No podía dejar que tirase toda su vida a la basura por ella.

Ya se la había destrozado una vez. No lo haría dos.

Aún no estaba preparada para escapar, para luchar, pero ese día llegaría y él sería el primero en saberlo.

Fue muy duro despedirse por segunda vez. No solo porque lo echaba tanto de menos que dolía, que ya era suficiente sufrimiento, también porque su marido comenzó con la vigilancia exhaustiva sobre ella sin razón aparente, lo cual le hizo sentir una cautiva en su propia casa, en su vida.

Habían pasado años y muchas cosas que prefería no recordar, pero ya no había tiempo.

Era el momento de luchar y necesitaba la ayuda de Nina, una periodista de investigación *freelance* que firmaba con seudónimo sus reportajes para salvaguardar su identidad.

Amigas desde que regresó a España tras separarse de Nick para casarse con Mark, había demostrado que era la única persona con la que podía contar en aquel plan suicida.

—¿Estás preparada? —le preguntó con discreción en cuanto se saludaron como cada mañana.

—Sí —contestó, mientras entraban juntas al vestuario.

Sin detenerse ni un segundo, se encaminaron al pasillo de las taquillas abriendo las suyas como cada día.

Dejaron los bolsos y los móviles dentro, sacaron unas sudaderas diferentes a las que llevaban, se las pusieron, se colocaron las capuchas y se dirigieron a una puerta de emergencia de un lateral que daba a la calle de atrás.

Nina lo tenía todo pensado. Había probado a salir y entrar por allí en varias ocasiones, sin que sonara la alarma ni dejar pistas. Había depurado la técnica para poder regresar más tarde.

Con un gesto de cabeza tras colocar un inhibidor de frecuencia electrónico junto a la cerradura, abrió, dobló una pestaña en el borde de la puerta metálica, tocó el enganche interno del pestillo y salieron.

—Vamos. Nos espera un coche.

Ambas mujeres se montaron en un vehículo negro.

Nina había alquilado un UberBlack de cristales tintados para moverse con discreción por la ciudad.

El conductor, que ya sabía dónde tenía que llevarlas, arrancó en cuanto estuvieron dentro.

Valeria miró alrededor para comprobar que nadie las había visto marcharse.

—No te preocupes, no nos van a seguir. De momento solo han instalado un localizador en tu móvil y lo hemos dejado en la taquilla.

Valeria asintió mirando a su amiga.

Aquella mujer tenía muchos recursos debido a su trabajo. Sabía que, si seguía sus indicaciones, todo iría como debía y estaría segura. Era muy importante que aquello saliese bien.

—Gracias por todo lo que estás haciendo por mí y mi hijo. Si lo logramos, será por ti.

—Bueno, por mí y por tu hombre misterioso. Estoy deseando conocerlo, a ver si con suerte tiene algún amigo interesante —replicó haciendo que Val sonriera.

—Estoy desando hablar con él. No sabes cuánto... —susurró cogiendo aire. Los nervios hacían que respirase con dificultad.

Cerró los ojos recordando cada milímetro de su rostro, de su sonrisa... sintiendo sus labios sobre los suyos...

—Tu padre fue muy hijo de puta, Val. Mucho. Aún no puedo creerme que te separase de él a la fuerza. Menudo padre...

No quiso contestar. Le dolía la realidad de su familia, aunque hacía años que era consciente de que todos eran moneda de cambio y mercancías para los fines del patriarca. Cogió aire, lo expulsó y dejó la mirada perdida en el horizonte recordando a Nick.

Su sonrisa traviesa, sus miradas sensuales, cómo la besó en cuanto tuvo oportunidad aquella noche en que se reencontraron en casa de Sam...

Metió la mano debajo de su camiseta y abrió una cremallera.

Llevaba una riñonera pegada al cuerpo con su documentación, los datos de su hijo, fotos y una tarjeta que había guardado escondida como un tesoro

desde aquel viaje.

Lo sacó para mirar la letra que le recordaba a cartas y notas que le arrebataron físicamente cuando su madre eliminó toda prueba de que aquel hombre había existido alguna vez en su vida, pero que eran imposibles de borrar en su memoria, en su corazón.

La memoria y los recuerdos pueden hacernos la vida muy difícil, pero también pueden ser un arma con la que sobrevivir.

Val había aprendido a usarlos para soportar cada día, cada momento con Mark que no deseaba, sugestionarse para continuar hacia la libertad. Y allí estaba. Buscándola.

—Deberías memorizar eso y destruirlo —le aconsejó la periodista señalando el papel.

—Lo sé, pero es lo único que me queda de su puño y letra —explicó con la voz quebrada por la emoción.

Nina asintió con tristeza. Comprendía lo que suponían esas palabras. También aferrarse a un objeto para no olvidar que alguna vez fue real y no fruto de su mente.

—Se acabará pronto. Confía en mí. Confía en esas palabras del final.

De nuevo miró el texto.

Una dirección, un teléfono y una frase.

«Nunca olvides que te quiero».

Podía escucharlo susurrárselo al oído como antes, como siempre...

El coche paró delante de un edificio abandonado a las afueras de Madrid.

Regresó a la realidad al instante, acabando con los recuerdos. Se limpió una lágrima de la mejilla antes de escrutar el exterior.

Había plásticos y contenedores de unas supuestas obras que no habían finalizado.

Era uno de los tantos esqueletos de hormigón que había dejado la burbuja inmobiliaria que nos había llevado a la crisis, aunque en su familia no lo habían notado.

Ambas bajaron mientras el conductor esperaba en el vehículo. Tenía órdenes de aguardar allí hasta que regresaran.

Las mujeres observaron la mole que tenían ante ellas.

—Tenemos que subir a la segunda planta. Vamos —animó Nina

encabezando la marcha.

Entraron a una especie de *hall* sin terminar de construir lleno de escombros del que salía un tiro de escaleras. Se dirigieron hacia allí para ascender a la segunda planta.

Para su sorpresa, había una construcción interna con una puerta negra blindada.

Llamaron.

Al otro lado las observaban por una cámara que se movió en un lateral del dintel. Miraron en esa dirección al escuchar el sonido.

Sin preguntas, tan solo su imagen, bastó para que les abrieran.

Nina miró a Valeria y la cogió de la mano para mostrarle que estaba con ella.

Empujaron la puerta y caminaron al interior.

Era una especie de oficina con luz tenue, plagada de ordenadores y un centro de datos propio.

Ambas se miraron sorprendidas. ¿Qué era ese sitio?

—¿Valeria? —preguntó alguien tras ellas.

Las mujeres se dieron la vuelta para ver quién estaba detrás de todo eso.

Un hombre vestido con vaqueros, camiseta blanca y chaqueta de cuero, de unos cuarenta años, las esperaba con una sonrisa.

—Soy yo —contestó a aquellos ojos azul claro de mirada dulce que no se correspondían con la dureza del resto de él.

—Pensé que no llamarías, que no vendrías, aunque Nick estaba seguro de que lo harías. Me alegro de haberme equivocado.

Val respiró tranquila por fin.

No conocía a aquel hombre, ni sabía quién era, pero si Nick tenía previsto que lo necesitase desde hacía más de tres años y él la esperaba desde entonces, era de fiar. Solo había una persona que no la había decepcionado nunca. Él.

—Disculpe, pero no sé cómo se llama. Nick solo me dio esta dirección.

—Lo sé. Soy James Taylor —las mujeres guardaron silencio esperando algo más—. FBI.

A Valeria no la sorprendió. Era consciente de lo que tenía en su casa, de lo que era Nick, de lo que hacía, por eso había llegado hasta allí.

Conociendo a su Delta Force, sabía que jamás la llevaría a ningún sitio que la expusiese a más peligro, al contrario, la dejaría en buenas manos.

En cambio, Nina enarcó las cejas sorprendida por el descubrimiento.

Sabía que lo que le pasaba a su amiga era grave. Al entrar allí y ver aquella puerta de seguridad, todos esos ordenadores, le hizo pensar que quizá era más de lo que imaginaba, pero que el FBI estuviese de por medio, solo podía significar que la situación era, como poco, extrema.

Al agente no le pasó desapercibido el gesto de la mujer, así como la forma en que revisaba todo como si lo estuviese fotografiando con detalle para después buscar en su memoria.

—¿Y usted es? —se dirigió a la morena periodista interrumpiendo su análisis.

—Nina. Amiga de Val. Solo vengo para acompañarla —contestó con sonrisa alegre.

—Y periodista, no lo olvides. Encantado, Carol Pic. —Le tendió la mano llamándola por el nombre que usaba para firmar sus reportajes.

La mujer lo miró incómoda.

Nadie sabía quién era Caroline Picture, Carol Pic en sus publicaciones, Nina en su vida real, ni siquiera se lo había contado a Val. Era mejor mantener al margen de sus investigaciones a la gente que quería. Su seguridad era lo más importante y en el caso de su amiga, ya tenía bastante con su situación personal.

Valeria la miró pensando en la cantidad de esos reportajes que había visto y leído en relación a su padre, su marido y las empresas que supuestamente movían el dinero negro que conseguían con sus diferentes negocios sucios.

Aquel tipo las miró confirmando sus sospechas.

Ambas tenían secretos.

—No te preocupes. Nadie más sabe tu identidad —confesó con media sonrisa—, pero es mi trabajo saber quién entra en mi centro de operaciones.

Val, que no podía perder el tiempo, disponía de muy poco para estar allí, se adelantó.

—Solo tengo unos minutos para hablar con usted, debo volver antes de que la vigilancia a la que me somete mi marido sepa que no estoy donde se

supone. —El hombre asintió. Lo sabía. La vigilaba—. Nick me dijo que, si alguna vez me sentía en peligro, acudiera aquí, que habría alguien para ayudarme. Imagino que esa persona es usted.

—Nick me contó sus miedos hacia tu situación. Manejamos información clasificada que imagino ya sabrás de qué habla. Si has llegado hasta aquí es porque quieres salir de esa casa y avisarlo de que estás preparada para que venga a por ti. —Valeria asintió—. Bien. ¿Has traído lo que te indicó?

La mujer abrió la riñonera que tenía pegada a su cuerpo, sacó los documentos y fotografías. Se los tendió mirándolo con esperanza.

—Creo que no falta nada. También están los datos de Tommy. Espero que no haya ningún problema para que se incluya al niño. No sé si Nick sabe que existe... —contó preocupada—, aún no lo tenía cuando me dio todo esto y no voy a ir a ningún sitio sin él. Es mi prioridad. Quiero que lo lleven a un lugar seguro en cuanto sea posible. Si el plan solo está pensado para una persona, quiero que saquen a mi hijo.

James la miró unos segundos admirando su valor, su sacrificio, comprendiendo.

—No te preocupes. Ya había pensado en eso, lo esperaba. Él también tendrá sus documentos.

Respiró tranquila. Le sonrió con los ojos brillantes por las lágrimas de alivio retenidas. Por fin, comenzaba el principio del fin de su sometimiento.

—Nick me dijo que desde aquí podría llamarle a un teléfono seguro —añadió nerviosa—. Me gustaría hacerlo.

El agente asintió mientras Nina lo observaba curiosa por su aplomo al hablar, sus movimientos seguros, cómo analizaba cada gesto, palabra o sonido que había a su alrededor. Estaba hipnotizada.

Con una mano les pidió que caminaran hacia una habitación contigua.

Cuanto entraron, James le tendió un teléfono satélite encriptado con un número ya marcado.

Daba señal.

Valeria respiraba profundamente intentando calmar los nervios. Estaba deseando escuchar su voz y la promesa de que iría a buscarla enseguida.

—Coronel Summers. ¿Quién habla? —contestaron al otro lado de la línea.

La mujer se quedó bloqueada. No esperaba a otra persona que no fuese Nick.

—¿Hola? Quería hablar con Nick O’connor —dijo con voz temblorosa. No sabía qué significaba que él no hubiese cogido el teléfono. Ahora podía pertenecer a otra persona, incluso que él ya no estuviese vivo.

James le pidió el teléfono al ver el miedo en su rostro.

—Hola, soy James Taylor. ¿Con quién hablo?

—Coronel Summers. ¿Quién pregunta por Brooklyn? He escuchado a una mujer.

—Señor, soy el agente Taylor del FBI. Es Valeria Devereux quien necesita hablar con el activo. ¿Sería posible? Tenemos indicaciones de él mismo para ponernos en contacto en este teléfono en caso de emergencia.

En cuanto el coronel escuchó el apellido de la mujer, comprendió de quién se trataba y por qué llamaba. El muchacho se lo había explicado hacía tiempo. Entonces pensó que el chico estaba perdiendo el norte, pero al parecer tenía una visión de la situación y del futuro muy certera, tanto que daba miedo.

Se prometió que, cuanto lo tuviese delante, le tendría más en cuenta aún si cabe.

—No es posible, agente. Partieron hacia Siria hace horas a una misión de asalto rápido. —Guardó silencio unos segundos sopesando qué decir y qué no, pero según pintaba el asunto, era mejor que aquel hombre la vigilase por el momento. Ellos tenían mucho trabajo que hacer—. Siento comunicarle que hemos perdido la comunicación con la unidad. De momento tendrá que protegerla usted.

# CAPÍTULO 6

HORAS ANTES, EN ALGÚN PUNTO DEL MEDITERRÁNEO,  
CERCA DE LA FRONTERA DEL LÍBANO

En cuanto entraron en el pasillo de seguridad, dos cazas se situaron a los flancos del Chinook V-22 de Salma.

Las órdenes eran claras. En tres horas, tenían que estar de vuelta.

Tras el *OK* de la piloto, permanecieron en posición, cubriéndoles la salida, pero habían pasado cuatro interminables horas y aquellos aviones se quedaban sin combustible. Un tercer avión estadounidense llegó para realizar el relevo.

—Lobo uno a base —dijo uno de los pilotos, pidiendo comunicación—. Tenemos que retirarnos. No hay rastro del operativo, no contestan a las comunicaciones y estamos secos. Solicitamos relevo con Atila cinco siete cero y la presencia de la policía de la Alianza para cubrirlo hasta nuestro regreso.

El superior de aquellos hombres dio el *OK* a la maniobra. Ya habían movilizado a un par de aviones de la base de Grecia a la espera del equipo SEAL.

—Atila cinco siete cero en posición —habló tras unos minutos el capitán al mando de aquel F-18, mientras se incorporaba al vuelo la unidad de vigilancia de la OTAN.

—Bienvenidos —dijo el coronel Summers—. Gracias por la respuesta temprana. Mis hombres deberían estar regresando a casa, pero hemos perdido toda comunicación con ellos. Espero que aparezcan de un momento a otro.

—Entendido, señor. Esperaremos unos minutos. Si no hay contacto, valoraremos de nuevo la situación. La inteligencia Libia está comenzando a impacientarse.

—Oído, capitán —confirmó el superior, desde la base en Madrid—. Los equipos Delta y SEAL más próximos están en alerta REDCON 2 preparados para intervenir.

—Copiado. Esperaremos diez minutos más —replicó el piloto.

Todas las unidades próximas estaban prevenidas. La situación era



peligrosa, sobre todo porque podía ocasionar un altercado internacional.

¿Qué les estaba pasando? Tras varios intentos de comunicación e incluso intentar intervenir a distancia el dron que Matt había llevado consigo, sin éxito, retomaron la conversación.

—Atila cinco siete cero —se comunicó con su código de identificación—. Señor, solicito permiso para entrar en espacio aéreo enemigo —pidió el piloto con serenidad—. La policía aérea cubrirá la salida.

—Negativo, Atila cinco siete cero. Nadie sabe que estamos ahí dentro. Se podría comprometer aún más la seguridad del operativo. Mantenga la posición.

—Perdone que insista, coronel, pero las lecturas de las imágenes vía satélite que me llegan, así como las del dron vigía que se ha desviado hasta el punto de movilización, no son esperanzadoras. Alguien lo tiene que confirmar.

El coronel Summer observó las imágenes de las que hablaba, comenzaban a llegar a las pantallas del centro de operaciones de la base de Torrejón de Ardoz.

No podían verlo con claridad porque el humo y el polvo del desierto dejaban una niebla sobre el objetivo, pero el Chinook de Salma parecía situarse frente al búnker que debían destruir posado en el suelo. Lo que sí veía claro era la refriega que estaba teniendo lugar gracias a la imagen térmica.

—¿Señor? —insistió el piloto.

—Atila, luz verde para incursión en territorio hostil. Informe de inmediato de la situación en cuanto tenga confirmación visual para movilizar a las unidades de intervención rápida.

—Copiado.

El piloto incremento la velocidad alejándose de los otros cazas que cerraron filas esperando en aquella línea imaginaria.

SIRIA

PUNTO DE OPERACIÓN EQUIPO SEIS SEAL

—¡Último cargador! —gritó Spy oculto debajo del helicóptero.

En cuanto llegaron allí, supieron que era una trampa.

Aquellos insurgentes intervinieron sus comunicaciones vía satélite. Tan solo podían comunicarse entre ellos con la radio por morse o a viva voz.

El equipo de asalto directo formado por Hunter, Sugar, Warrick y Spy, se vio rodeado por un grupo numeroso de terroristas que, ni con las dos águilas, Alex y Will cubriéndolos, era viable reducir.

Cuando Nick detectó que las comunicaciones habían caído y que el dron que había enviado Matt como vigía sobre ellos había sido abatido, nada más entrar en la zona que debían controlar, supo que estaban acorralados.

Alex y Will intentaban defender a sus compañeros, pero en cuanto dispararon, delataron su posición.

Salma no lo dudó. Arrancó la aeronave y acudió en ayuda de sus hombres, pero los estaban esperando.

Consiguió aterrizar a tiempo de que el helicóptero sufriera un daño irreparable. Aun con su pericia, algún proyectil impactó en un ala.

Salma y Matt intentaban recomponer aquel pájaro metálico para sacarlos de ahí, mientras el resto resistía como podía.

No les quedaba mucho tiempo. Llevaban más de cuatro horas de asedio y la munición se acababa.

—¡Nick! —gritó la mujer al Delta—. ¡Tienen que bajar de ahí ya o morirán!

El teniente lo sabía y llevaba rato pidiéndoselo a los francotiradores mediante reflejos con un espejo.

Poco a poco se iban acercando a ellos, pero era difícil. Debían defenderse además de abrir un pasillo para llegar hasta su posición.

Hunter y Warrick, con la ayuda de Jack, habían conseguido escabullirse al interior del búnker para llevar a cabo la misión. Si no sobrevivían, al menos que aquel puesto terrorista desapareciera del mapa.

—Afina bien —pidió Sugar, cubriendo la retirada de los compañeros que bajaban la colina, mientras sacaba los dos últimos cargadores de uno de los bolsillos en el chaleco. Los colocó entre Spy y él.

El descendiente escocés lo miró entendiendo.

Eso era todo lo que tenían para sobrevivir si no sucedía un milagro.

—Ha sido un honor servir contigo, Justin —confesó el hombre.

—Lo mismo digo, Evan —contestó apuntando a uno de los hombres que corría hacia ellos disparando.

El caza de Scott entró en escena cuando casi daban todo por perdido.

Alex miró al cielo de reojo.

—Vamos, Mac —llamó por su apellido abreviado a Will. Era el nombre operativo que había tomado—, tenemos que llegar al helicóptero y agruparnos. Esa es la única ventaja que vamos a tener. Aprovechémosla —dijo señalando al avión. Era posible que los defendiera desde el aire, pero tenía que tener controlada su posición para no herirlos con fuego amigo. Sin radio, no podían arriesgar.

El soldado asintió y siguió corriendo colina abajo con el arma apuntado y disparando a cuanto se moviera a su alrededor.

Era su única oportunidad.

Lo estaban consiguiendo...

O casi...

—Aquí Atila cinco siete cero sobrevolando zona de combate. Chinook caído. Repito. Chinook en tierra. —El coronel Summers dio un puñetazo en la mesa. Maldijo en voz baja y tras desahogarse, esperó a obtener toda la información—. El equipo está acorralado a su alrededor. Lo están defendiendo. Se están reagrupando. Los francotiradores descienden la montaña con una horda de terroristas pisándoles los talones. Solicito permiso para atacar.

—¿Están todos? ¿Puede verlos? —indagó el coronel antes de dar su *OK*.

—Desconozco ese dato, señor. No puedo comunicar con ellos. Veo disparos de defensa desde el aparato y a dos de sus hombres intentando repararlo. —El superior al mando dudó. Si se equivocaba, morirían—. Necesito prioridades, señor. Cubro a sus hombres o destruyo el búnker. No hay tiempo. Seré alcanzado en minutos, con suerte. Tienen defensa aérea —informó viendo las torretas en un par de vehículos acercándose.

El coronel lo sabía. Estar allí era como poner una diana para que todos disparasen hacia él.

Se giró en dirección a los soldados que recababan datos de los equipos de respuesta rápida.

—¿Tiempo estimado de llegada? —consultó.

—Al menos media hora, señor.

—Atila cinco siete cero, no tengo confirmación de la agrupación de mi unidad, es probable que algunos hombres estén completando la misión dentro

del búnker. Repito. Puede haber hombres dentro del búnker.

—Entendido, señor. Parte del equipo dentro del búnker. Abro fuego de cobertura. Aguantaremos lo que podamos.

—Copiado, capitán. Suerte.

Cuando Will llegaba al helicóptero, un grupo de hombres les cortó el paso. Venían desde el lado del edificio y no los habían visto.

Dispararon hacia ellos mientras corrían para resguardarse junto a Sugar y Spy, cubriendo a Salma y Matt. Si conseguían reparar el ala, al menos saldrían de allí e intentarían llegar a la base norteamericana más cercana.

William cayó un par de metros antes.

Alex no pudo cubrirlo. Spy y Sugar no tenían casi balas.

Los soldados acudieron en su ayuda tirando de él para meterlo dentro de la aeronave.

En cuanto Salma lo vio sangrando, dejó las herramientas, cogió la bolsa médica y se puso unos guantes arrodillándose ante él.

—No te muevas, Mac —le pidió, observando la herida.

—Pon una venda y deja que salga ahí fuera —ordenó cargando el rifle con una sola mano.

Salma miró el hombro. No parecía grave a simple vista, pero sangraba mucho.

Alex, que disparaba al exterior apostado en la puerta, la miró afirmando que lo dejase volver a su puesto. Estaban muertos de todas formas. Lo necesitaban para intentar resistir un poco más.

Hizo lo que le pedía. No tenían otra opción si podía disparar y tenía munición.

Cuando acabó la cura, cada uno regresó a su posición, aunque la mujer se demoró un segundo más para tocar la espalda de su marido. Él la miró al pasar.

Tenía miedo por ella, por todos...

Rezó para que una vez más la suerte estuviese de su lado, aunque era la situación más complicada en la que se veían desde que eliminaron el NB de la circulación.

—Creo que esto ya está, Roma —declaró Matt a Salma terminando de

soldar unos circuitos.

La mujer regresó al trabajo. Inspeccionó lo que el hombre le indicaba y tras asentir satisfecha con media sonrisa, lo miró esperanzada.

—Vamos a intentarlo, solo tenemos una oportunidad. Debemos reagruparnos.

No podían arrancar el aparato antes de la huida. Si lo hacían, todos aquellos terroristas se lanzarían a por ellos. Debían aguantar.

En aquel instante las radios comenzaron a emitir un ruido metálico. Se miraron entre ellos.

A un volumen muy bajo, a Nick le pareció escuchar la palabra clave. ¿Lo habrían conseguido?

Una ráfaga de disparos aéreos barrió el alrededor del helicóptero. Scott estaba dándoles una oportunidad.

Sugar se aproximó a la radio.

—Bethany —escuchó decir con claridad a Hunter.

No era el único que lo había oído. Las comunicaciones regresaban. Jack había conseguido reestablecerlas, al menos para poder seguir las instrucciones de salida.

—Atila cinco siete cero sobrevolando punto de conflicto. ¿Me escucha equipo Trueno? —lo intentó también Scott.

Spy no dudó.

—Aquí equipo Trueno. Bienvenido, Atila.

—No hay tiempo. Me van a derribar. Necesito autorización para reventar el búnker.

Spy desconocía la posición de sus hombres dentro de aquel recinto ni tampoco sabía si habían colocado todos los explosivos o no. La onda expansiva podía barrerlos a todos.

—Negativo. El equipo se ha dividido. Hay hombres dentro colocando explosivos. Cubra su salida.

—¿Y su helicóptero? —se interesó por el vehículo.

—Creemos que reparado. En cuanto estemos agrupados, nos largamos a la base norteamericana más cercana. No podemos llegar mucho más lejos con seguridad.

—Copiado. Mucha suerte.

Spy sacó un poco su cuerpo de debajo del aparato para ver como aquel hombre sobrevolaba a los insurgentes y arrasaba lo que podía, disparando justo antes de que una de las cargas antiaéreas fuesen disparadas en su dirección.

Sugar intentó evitarlo, pero no lo consiguió a tiempo.

El avión de Scott, que ya no tenía más cargas de evasión, entró en barrena a los pocos segundos, cayendo en picado hasta impactar contra una pequeña colina.

—Tenemos que ir a buscarlo —dijo Nick al ver un paracaídas caer. El piloto había conseguido salir del aparato a tiempo—. Ningún hombre queda atrás.

Matt conectó un diminuto dron en forma de pájaro. El único que les quedaba y que podía usar gracias al regreso de las comunicaciones.

—Vamos a ver si sigue vivo.

Mientras Matt intentaba confirmar que Scott, el piloto del caza, estuviese vivo, Salma se preparaba para un despegue inminente.

Hunter, Warrick y Jack regresaban con pesadas bolsas de lona negras y mochilas a la espalda, con toda la información que creyeron podía ayudarlos a encontrar más agujeros como ese y escondites en Occidente de terroristas preparados para cualquier cosa.

—Vamos, vamos, vamos —gritaban Sugar y Spy apostados contra el helicóptero cubriendo a sus compañeros.

Alex fue cantando en voz alta los nombres de los hombres que iban entrando en la aeronave mientras Salma arrancaba.

—Sigue vivo. El piloto sigue vivo —confirmó Matt, al ver en la pantalla como el hombre, arma en mano, avanzaba hasta ellos.

—De acuerdo, señoritas —dijo Salma esperando a que Jack pudiese ocupar su lugar de copiloto—. Todos dentro. ¡Nos vamos!

—¡Oído! —gritaron al unísono.

Will ocupó un lugar estratégico junto a Alex cerca de la puerta, por si necesitaban fuego de cobertura de emergencia.

El aparato hizo dos amagos de elevarse infructuosos, pero al tercero consiguió levantarse lo suficiente para poder alejarse de la zona, mientras las ametralladoras de defensa hacían su trabajo.

—¿Dónde está el piloto? —preguntó el exespía a Nick.

El Delta Force señaló la dirección que debía tomar agarrándose al asiento y el techo metálico para ver lo que había ante ellos.

Salma se fijó en la herida que sangraba en su brazo.

—Nick —susurró preocupada tocando la zona sangrante.

—No es nada. Debemos rescatar a ese piloto.

Salma empezaba a pensar que ya nada le dolía excepto lo que tenía que ver con Valeria. Esperaba que todo se solucionase pronto o lo iban a perder.

En un minuto lo divisaron.

Había caído muy cerca.

—Puerta abierta —gritó la mujer para que los hombres estuviesen atentos al rescate.

Will y Alex se apostaron en el suelo para cubrir los flancos, mientras el piloto, disparando las balas que le quedaban, entró en tropel dentro del aparato.

—¡Vuela, Roma! —gritó Alex a su mujer.

En cuanto recibió aquella orden, cerró la escotilla y elevó el vuelo.

Un estruendo con una gran onda expansiva, sacudió el aparato justo después del cierre.

Una vez más, Warrick había hecho un cóctel de explosivos perfecto para no dejar rastro de lo que alguna vez hubo allí.

—Buen trabajo —lo felicitó Spy cuando estuvieron fuera de peligro—. Enhorabuena equipo —dijo emocionado al ver que, aunque heridos, todos estaban dentro y con vida.

—Vámonos de aquí —susurró Salma intentado templar los nervios. Debían llegar a la base estadounidense lo antes posible. Aún no estaban a salvo, aunque la calma hiciese pensar en lo contrario.

# CAPÍTULO 7

MADRID

Valeria y Nina regresaban muy preocupadas de vuelta al gimnasio en aquel coche negro.

Las noticias que habían conseguido del paradero de Nick en aquella base clandestina del FBI, no eran nada alentadoras.

—Tienes que calmarte, Val. Nadie puede notar que algo va mal —reprendió la periodista.

—Lo sé, solo necesito un minuto —dijo la aludida metiendo la cara entre las manos. Cerrando los ojos cogiendo aire. El miedo se la comía, pero no se lo podía permitir.

—Eres muy valiente. No puedes estropearlo ahora. Casi lo has conseguido.

Sí, había pasado por mucho, aguantado y soportado lo indecible, pero no tenía claro que estuviese cerca del final.

—Si Nick muere... Si no regresa... Necesito que saques a mi hijo de allí —declaró refiriéndose a su casa—. Iremos a por él al colegio, igual que nos hemos escapado hoy, y te lo llevarás con el agente del FBI. —Nina la miró con aprensión. No quería pensar que las cosas fueran a acabar así, pero su olfato periodístico y todo el trabajo de investigación sobre su familia, le decían que la probabilidad de que les sucediese algo grave, era muy alta—. Sé cosas que no debería saber, que me costarán la vida si no cambia la situación. Necesito asegurarme de que lo harás por mí. Que Tommy estará a salvo. Eres la única persona en la que puedo confiar.

La periodista asintió muy despacio. No estaba segura de querer hacerlo, conocía los compromisos que ese sí implicaba, pero ¿qué podía hacer? Si llegaba el momento, no iba a dejar a un niño indefenso.

—Lo prometo —susurró, cogiendo la mano de su amiga.

Tras llegar de nuevo al gimnasio, entraron con sigilo por la puerta que habían trucado. Abrieron con rapidez sus taquillas, se quitaron la sudadera de su salida clandestina, la guardaron y salieron a las máquinas de correr para hacer un poco de ejercicio como si jamás hubieran abandonado el recinto.





JJ, oculto en su moto, vio bajar a las dos mujeres de un coche negro. Aún no había dormido, pero si quería tener controlada a Valeria, tenía que hacer horas extras.

Sacó un teléfono móvil del bolsillo.

Al ver quién lo llamaba no se sorprendió.

—Taylor, ¡qué sorpresa! —saludó con media sonrisa.

—Seguro —susurró, negando con la cabeza.

—La mariposa ha llegado, ¿verdad? —preguntó refiriéndose a Valeria. Nick le había hablado de su plan por si él no estaba llegado el momento, haciendo que el agente del FBI y el policía español estuvieran en contacto—. Se ha ido hace un rato. Debería haber regresado ya.

—Oye, confía un poquito más en mí, ¿vale? Acaba de hacerlo —contestó con seguridad.

—Tenemos un problema —dijo cogiendo aire—. Nick está desaparecido y el atentado es inminente.

JJ arrugó ceño. Aquel hombre era su única posibilidad.

—¿Lo sabe ella? —preguntó preocupado.

—La desaparición de Brook y los SEAL, sí. La sospecha del atentado, no —explicó escueto.

—Debemos vigilarla veinticuatro horas e intentar averiguar cuándo van a atentar.

—¿Has dormido? —indagó, sabedor de que la respuesta sería negativa.

—No, pero no es el momento —rehusó la posible propuesta que vendría después de la pregunta.

—Duerme, yo vigilaré. Salgo a hacerte el relevo.

—Aquí te espero —aceptó.

JJ intuía días complicados desde hacía tiempo. El problema era saber cuándo.

Parecía que los norteamericanos lo tenían claro y andaban nerviosos.

Hubiese preferido trabajar solo, aunque conocía la meticulosidad de Taylor y se fiaba de él.

Si las informaciones eran ciertas, Mark Devereux iba a ser objetivo de un atentado. Casi con seguridad, el motivo sería no pagar lo acordado en alguno de sus trapicheos; aunque el agente del FBI tenía otra teoría que JJ no descartaba. Desaparecer sin dejar rastro y operar en la sombra desvinculándose de su suegro era muy tentador, pero para ello nada debía ser extraordinario. Querría dejar el menor rastro posible de su partida. Nadie que reclamase dinero, que husmeara donde no debía y levantase sospechas.

Todo apuntaba a que sería cuando su familia estuviese con él. Estaba tan corrompido por el poder, tan cegado por la avaricia, que iba a sacrificarlos con tal de obtener más poder.

Casi con certeza, eso sucedería en veinticuatro horas cuando acudiesen a celebrar el cumpleaños de Malena, la madre de Valeria.

Tenían reserva en uno de los mejores y más caros restaurantes de Madrid, como era habitual año tras año. Era el momento y lo tenían encima.

Debían localizar al Delta Force.

Era urgente.

# CAPÍTULO 8

EQUIPO SEIS SEAL. CHIPRE

Salma consiguió llegar a la base estadounidense de Akrotiri en Chipre.

Tras elevar el vuelo y comprobar que el helicóptero respondía a los arreglos que había hecho junto a Matt, pusieron rumbo al pasillo de seguridad que, según Scott, los esperaba.

—Pensé que la poli estaba en el relevo español —dijo Salma, dándole la bienvenida a la cabina de pilotaje.

—Está, pero al ser una misión estadounidense, se ha solicitado apoyo militar para relevar a los aviones que os recibieron —contó, observando los mandos que ella manejaba.

—Gracias por tu ayuda. Sin ti no hubiésemos sobrevivido —dijo Alex palmeándole un hombro al pasar junto a él. Se arrodilló junto a su mujer y la besó en los labios.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupada, acariciando su rostro magullado y sucio con una mano. Alex asintió. Ella respiró tranquila. Levantó la mirada hacia el piloto que los observaba con curiosidad—. Gracias, Scott —dijo sonriente.

—Sois los operadores de la agencia, ¿verdad? —indagó—. La espía y el francotirador. —Ambos sonrieron asintiendo—. He oído hablar de vosotros y lo que hicisteis en Madrid. Quién tiene que estar agradecido soy yo por el rescate. Gracias por no dejarme allí. No estaba seguro de que pudieseis acudir a por mí.

—Ningún hombre queda atrás —replicó Alex el lema que siempre había llevado consigo. Scott asintió con sonrisa agradecida. El ex SEAL le palmeó el hombro—. El juguete de Matt nos ha chivado tu posición.

El experto en drones saludó unos puestos más atrás con el pájaro robótico en la mano. Ambos asintieron en señal de respeto mutuo.

—Por fin, la tecnología nos salva la vida —declaró el piloto, contento de haber dado con aquel equipo tan completo.

Una voz metálica se comunicó con Salma. Ordenaban descender para aterrizar en la base.

Eran conscientes de que pasarían unas cuantas horas hasta que pudiesen partir rumbo a Madrid, pero debían hacerlo cuanto antes para entregar el material extraído del búnker al coronel.

—Señor, con su permiso, me gustaría revisar lo que hemos conseguido sacar del edificio —solicitó Nick nervioso. Nunca se sabía dónde aparecería el nombre de su exsuegro o su yerno.

—No deberíamos tocarlo, Brooklyn —le reprendió Spy—, pero lo entiendo. Adelante —le dio permiso el hombre—. Asumo toda responsabilidad.

Sugar, Hunter, Warrick y Alex, se arrodillaron junto a Nick y las bolsas.

Matt, Will y Scott observaban cada movimiento con atención sin interferir. Parecía que aquel equipo sabía qué tenía que buscar.

#### SIMULTÁNEAMENTE EN MADRID

Valeria entró a casa con el sigilo habitual. Nunca sabía si Mark estaba allí o había salido. Intentaba no hacer ruido y pasar desapercibida lo máximo posible para evitarlo en lo posible, aunque no siempre lo conseguía.

Hoy esperaba que fuese uno de esos días en los que no apareciera hasta bien entrada la noche, cuando Tommy durmiera y ella pudiera simular que también lo hacía, con la esperanza de que la respetara.

Había aprendido a ser complaciente con él, a ser sumisa para evitar conflictos. Era la única forma de sobrevivir, aunque le costó entenderlo.

Debido a la imposibilidad de abandonarlo por los lazos y acuerdos familiares que la ataban a él, solo le quedaba luchar por un respeto que no llegaba. La violación de cualquiera de sus derechos, hasta de dormir, era continua, no hablemos ya de su cuerpo... no se rindió hasta que se quedó embarazada del pequeño, fue una batalla continua con cicatrices físicas y mentales por su resistencia. Después solo pensaba en proteger al pequeño y él se sintió ganador.

Cada día era una cuenta atrás hacia su libertad o su muerte. Lo tenía asumido desde hacía mucho tiempo, inclinándose más hacia la segunda opción, hasta que Nina comenzó a ayudarla para dar esquinazo a la seguridad que la rodeaba y llegar a la esperanza de hoy.

Rezaba para que Nick apareciera y regresara pronto sano y salvo o

morirían. Solo esperaba que, si llegaba ese momento, Tommy pudiese estar a salvo.

Era casi la hora de comer, pero no tenía hambre.

Se dirigió directa a su habitación, cogió unos vaqueros, una camisa y deportivas junto a la ropa interior y entró en el baño. En cuanto se diera una ducha, intentaría escapar de la seguridad de la casa y de la personal para tratar de llegar a la base de Torrejón y hablar con aquel coronel. Nina la ayudaría de nuevo.

Tenía que saber qué había pasado con Nick antes de acudir a recoger al niño al colegio.

Todo parecía ir bien, hasta que al salir del baño escuchó el picaporte de la puerta.

Con toda la calma que fue capaz de reunir tras el día que llevaba, cogió el albornoz que había colgado en el interior de la gran zona de ducha y se lo puso con premura, cruzándolo sobre el pecho para que tapara lo máximo posible, abrochando bien fuerte el cinturón.

Salió con rapidez intentado no quedarse acorralada.

—No te oí entrar —dijo Mark apoyado en la puerta.

—Pensé que no estabas —dijo por respuesta, lo más natural posible, mientras se secaba el pelo con una toalla frente al espejo, sin acercarse a él.

El hombre levantó el labio en una sonrisa ladeada que a Valeria le heló la sangre.

—He venido a por unos documentos y a picar algo ligero antes de ir a la oficina. En un rato me marchó. Esta noche no podemos llegar tarde a la cena —explicó, irguiéndose antes de comenzar a caminar hacia la mujer—. Ha sido una sorpresa encontrarte por aquí —añadió, llegando a ella.

Valeria tembló al sentirle detrás, cómo rodeaba su cintura con los brazos para desabrochar el cinturón del albornoz.

—¿Esta noche? —preguntó confusa—. El cumpleaños de mi madre es mañana —rebatía aquella cita.

—Sí, pero tu padre y yo tenemos una reunión muy importante que es posible que se alargue y no queremos hacer un desplante a Malena, así que... —explicó acariciando su cuello con los labios tras apartarle el pelo—, todo sigue según lo planeado, pero esta noche.

—Tengo que ir a buscar a Tommy —intentó excusarse de sus caricias sabiendo que no tenía salida, disgustada por el cambio de planes respecto a la cena, entorpecía la búsqueda de Nick.

—Aún queda mucho para que salga de clase y no tienes nada mejor que hacer. —La mujer negó con la cabeza como un autómata—. Yo tengo unos minutos para... —Hizo una pausa que le heló la sangre, pero intentó no mostrarle su miedo—... Algo rápido —declaró con lentitud paseando sus manos por la cintura desnuda, malentendiendo el temblor de la mujer. Ella no reaccionaba a él con deseo, sino con pánico.

Sabía que aquella disculpa no la iba a librar de tener que acostarse con él y, según sus planes, era probable que esta no fuese la única vez que sucediese hoy. En la fiesta bebería, llegarían tarde...

Intentó no pensarlo. Era mejor ir enfrentándose a las situaciones cuando llegasen o no tendría fuerzas.

Con toda la entereza que pudo, le sonrió mirándose en el espejo, aunque estuviese asustada.

—Tengo que hablar con la canguro. Hoy es jueves, Tommy tiene colegio mañana y quiero que se quede descansando esta noche. Mañana lo celebraremos con él —pidió como último recurso.

—Después —contestó sin darle más opción que transigir.

De forma mecánica se apresuró a recrear la imagen de Nick en su cabeza. En esta ocasión, no tenía mucho tiempo para sugestionarse lo suficiente como para engañar a Mark y engañarse a ella misma como acostumbraba.

La incertidumbre sobre el soldado, ahora que había dado el paso de buscarlo, no ayudaba. El cambio de planes para lo que quedaba de día, tampoco. Debía encargarse del bienestar del pequeño aquella noche antes de ir a ningún sitio y el tiempo se le echaría encima.

Tendría que posponer su escapada a la base militar para otro momento.

Respiró centrándose. Debía prepararse para no sentir dolor.

La giró sin delicadeza alguna para poder besarla, acariciar su cuerpo y entrar en ella cuando le pareciera oportuno sin contar con sus necesidades, ni sentimientos, como venía sucediendo desde que se casaron.

Los encuentros en los que ella, a pesar de no amarlo, pudo llegar a disfrutar algo o al menos no sentir dolor, quedaron en aquel breve noviazgo

que mantuvieron por el qué dirán, mientras preparaban la boda que él necesitaba para sus propósitos. Después, su vida se volvió un infierno.

Aguantó las lágrimas como pudo.

No era un buen día.

—Estás tensa. ¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó molesto. No era lo que esperaba.

—Lo siento —se disculpó, intentado no llorar—. No me encuentro muy bien.

Él no dijo nada al respecto, ni siquiera se interesó en saber qué le sucedía. Se limitó a intentar entrar en ella como había planeado, haciendo que el dolor por la falta de lubricación vaginal la hiciese llorar.

Aguantó cada embestida, cada beso, cada gesto con un nudo en el estómago que no la dejaba respirar, pero pasó la prueba.

Eyaculó enseguida en su interior, como casi siempre. Se limpió y se vistió.

—Tienes que estar lista a las ocho y media. No lo olvides —advirtió, avanzando hacia la puerta sin mirarla. Esa era su amable y cariñosa despedida—. Y ponte el vestido rojo que te regalé. Viene gente importante y tienes que estar espectacular.

Valeria cogió aire despacio temblando de miedo. Con un susurrado «sí» en los labios apenas perceptible, se bajó del mueble del baño donde la había colocado. No era su mejor vestido, ni el más elegante, pero tendría que ponérselo.

Cerró los ojos de puro alivio al escuchar le clic de la cerradura al irse, dejándose resbalar sin fuerzas hasta sentarse en el suelo.

No había ido tan mal. Podía haber sido mucho peor.

Las lágrimas cayeron de sus ojos.

Lloró un par de minutos para retomar la calma. Se limpió las lágrimas con tranquilidad, se levantó, se quitó el albornoz tirándolo al suelo, vomitó como cada vez que estaba con él y regresó a la ducha para intentar quitarse su olor.

Odiaba la sensación que le dejaba en la piel...

Durante unos minutos, permaneció bajo el agua para que le limpiase cualquier rastro de aquel hombre que había destrozado su existencia.

Si seguía con vida, era porque Tommy estaba por encima de todo. Sin él, quizá, no lo hubiese soportado. Hubiese muerto en sus manos o en la de los fármacos, pero estaba segura de que no estaría viva.

Intentando olvidar, su mente la situó muy lejos de allí, en Nueva York, en casa de su amiga Sam.

No sucedió en el mejor lugar del mundo, tampoco era el momento adecuado, pero fue lo que la hizo seguir adelante y luchar...

Samantha estaba pasando uno de los peores trances que se puede imaginar. A su madre, Gina, quien tanto había peleado contra la leucemia que padecía, solo le quedaban unos días de vida. Su fallecimiento era inminente.

Sabían desde hacía varios meses que el tiempo se le acababa y, mientras tuvo fuerzas suficientes, la mujer quiso disfrutar de lo que le quedaba fuera de un hospital.

La familia había viajado a Madrid para devolverle a Val, al menos, una visita de las muchas que en su convalecencia y tratamiento de años, la mujer había hecho cuando había tenido ocasión en viajes de trabajo, incluso desviando rutas unas horas para ir al hospital o un fin de semana, pasando más horas volando que en tierra y siempre bajo la vigilancia y supervisión del servicio de seguridad de su ausente marido para controlar sus movimientos. Entonces Tommy no había nacido y tenía libertad para hacerlo.

Mark comprobó los lazos que unían a Valeria con aquella familia durante la estancia en su casa y no puso ninguna objeción en que viajara sola a Estados Unidos al sepelio. ¿Qué iba a hacer su mujer en un momento así? Su suegro también estaba seguro de que todo iría bien, conocía a la familia, habían sido sus amigos durante la infancia de su hija, a lo que se podía sumar que sus sucios negocios no estaban tan al límite como sucedía en el presente.

Sam no permitió que Val fuese a ningún hotel.

Lo cierto era que a ella tampoco le apetecía estar sola en la ciudad de la que tantos recuerdos guardaba, en la que fue tan feliz y ahora sentía vacía e incompleta sin Nick.

Además, quería estar al lado de su amiga todo lo que fuese posible y acompañarla en tan duros momentos.

En otro instante de su vida habría pensado apenada en qué sería de ella si sus padres faltasen, pero viendo hasta donde eran capaces de llegar por la



avaricia, ya no sentía nada... Gina había sido más madre que la suya propia durante muchos años, Andrew como un padre y Sam cómo una hermana...

Sus palabras retumbaron en su mente como un mantra. Quizá refrescadas por el agua que caía sobre ella...

«Tienes que salir de ahí, Val. Tienes que vivir y con este tipo, en esa casa, te apagas... Quiero a mi amiga, a mi hermana que sonreía y reía cada día, que era feliz con lo más insignificante... Necesitas una luz que te saque de esta tristeza, que te encienda de nuevo con urgencia o me temo que nunca volverás a ser la mujer que conocí».

Las lágrimas no eran otra cosa que una afirmación de aquellas dolorosas palabras que tanto hablaban de ella, de su estado, de cómo Sam lo supo siempre...

Y lo hizo. Buscó esa luz. La única posible.

Una sonrisa asomó a los labios de Valeria al recordar a Nick entrando en casa de Sam el día del funeral.

Estaban preparando la recepción posterior, típica norteamericana, antes de ir al sepelio y el entierro, cuando lo vio entrar por la puerta. Tan elegante como recordaba, vestía traje entallado en color negro igual que la corbata y camisa blanca.

Ella avanzaba por el pasillo en dirección a la entrada con su vestido negro de falda por debajo de la rodilla, sin mangas y sin escote, portando un jarrón bastante pesado de rosas blancas, las favoritas de Gina, para colocarlas sobre la mesa del recibidor. Si no llega a ser porque él se aproximó veloz y sujetó el inmenso recipiente, se le hubiese caído. Le temblaban las manos.

Cuando lo abandonó, le mintió. Tuvo que hacerlo, y además con contundencia, o su soldado no se rendiría, pero si no lo dejaba estar, Mark y su padre lo enviarían a los peores destinos imaginables por una sola razón, conseguir que lo matasen sin tener que manchar sus manos y así quitarse un gran peso de encima.

Al parecer, él nunca creyó sus palabras porque allí estaba, mirándola como si hubiese visto un tesoro y el tiempo no los hubiera mantenido separados.

Nunca en su vida había estado tan nerviosa, y a la vez tan en paz y segura, que durante aquel funeral en el que no se separó de Sam y su padre en ningún

momento, con Nick un paso por detrás atento a ella, a cada gesto o respiración, sin decir ni una palabra, sin intervenir, sin acercarse más de lo debido, pero a su lado. Hasta que todo se precipitó...

Levantó la cara hacia el agua que caía de la ducha para recordar como aquel día se la mojó junto a él...

No había parado de llover en todo el entierro. Un mar de paraguas negros tapaba a los asistentes que arropaban a la familia con mucho cariño en aquel momento tan doloroso y difícil, pero la tormenta se desató una hora después.

Los relámpagos y truenos rugían en el cielo, como si se fuese a abrir en cualquier momento. El viento golpeaba los cristales intentando entrar en la casa que bullía de gente.

Gina había sido una mujer muy querida por la comunidad donde residían. Profesora en la escuela cercana donde habían estudiado todos los niños del barrio, era parte de la vida de muchos de los allí presentes. Les había formado e instruido en su vida académica, pero también habían conservado una gran relación personal.

Todo sucedió en unos segundos.

La luz se fue y las ventanas de la segunda planta cedieron ante el ataque de la ventisca.

Val se quitó los zapatos de tacón y subió corriendo a la planta superior, iluminando los peldaños de la escalera con su móvil para ver qué sucedía y así evitar que Sam o su padre abandonasen el salón donde estaban las personas que habían acudido a acompañarles.

Nick, que ya conocía datos sobre los hombres que la rodeaban, temió que aquel ruido no fuese a causa de la tormenta sino un ataque a Valeria, aprovechando que no llevaba vigilancia.

Muchos tenían ganas de dar un escarmiento a su marido por sus prácticas en los negocios sucios. El soldado creía que no lo atacarían directamente a él, sino que lo amenazarían usándola.

Corrió tras ella por la escalera, evitando tocar el arma que escondía en la cinturilla trasera del pantalón, hasta que ascendió el segundo tramo. Nadie lo veía allí. Entonces la sacó, la amartilló y apuntó en la oscuridad mientras la llamaba.

—¿Val?

Valeria salió al pasillo temblando.

Escucharle pronunciar su nombre después de tanto tiempo, la había dejado fuera de juego, aunque lo que le asustó fue el tono en que lo hizo.

Verlo con el arma apuntando a la nada oscura que se cernía tras ella, la impactó.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado. Mirándola un par de segundos que le aceleraron el corazón.

No pudo contestar. Asintió sin apartar la mirada de él.

Con mucho cuidado, sin perder de vista su alrededor y agudizando el oído al máximo posible, como había aprendido bien en los Delta Force, caminó hasta ella, se puso a su lado, se cercioró de que el lugar fuese seguro, la cogió por la cintura tirando de su cuerpo hacia el suyo acercándola a él para resguardarla a su espalda.

Hizo lo que le pedía sin rechistar.

Era consciente de lo que podía significar lo contrario. Él le había explicado muchas veces que un solo gesto, un solo segundo, era la diferencia entre vivir o morir y no lo había olvidado.

Se pegó a su cuerpo con una mezcla de miedo y excitación por la cercanía que cada día añoraba, que no dejaba que parase de temblar. Su olor, su calor... Cerró los ojos memorizando los detalles.

—Solo es la tormenta —le susurró pasados unos segundos, cogiéndose a los costados de la camisa blanca por debajo de la chaqueta entallada para tranquilizarlo.

Nick soltó el aire que retenía por la incertidumbre, la alerta implícita en su ADN debido a su trabajo en el ejército y la proximidad de la mujer.

Tras cerciorarse de que así era, puso el seguro al arma y la bajó con lentitud mirando al frente con ella aferrada a su cuerpo, respirando nerviosa a su espalda.

Con toda la calma que pudo, se giró para mirarle a los ojos mientras guardaba el arma.

—Nunca estás lo suficientemente segura para mí. Lo siento —se explicó, por su actitud con media sonrisa triste. Guardando la información que le hacía sospechar del peligro inminente para sí.

Valeria lo miró emocionada. No pensaba que él lo sintiera aún.

—Gracias —acertó a decir, notando el frío en sus manos vacías tras soltarse de su cuerpo.

Nick no sabía qué más decir... Todo lo que le venía a la mente era inapropiado para el momento, el lugar y menos a una mujer casada.

Decidió guardar silencio y solo asentir.

Un relámpago iluminó el pasillo, unido a una nueva racha de viento que los alertó de dónde estaba la ventana abierta.

Ambos corrieron en esa dirección.

Las cortinas ondeaban furiosas mientras las ventanas se golpeaban por la fuerza del viento abriéndose y cerrándose, dejando el suelo empapado.

Val corrió a cerrarlas.

Nick cogió una de ellas y con fuerza la llevó hasta el dintel de la ventana. La encajó en su lugar y le puso el seguro.

Ella luchaba por empujar la otra parte hacia la misma posición, pero la lluvia le mojaba la cara y la fuerza del viento no se lo permitía. El soldado la ayudó.

—¡Vaya! Hacía tiempo que no vivía una tormenta así —exclamó la mujer riendo, mientras miraba su vestido empapado y se retiraba el pelo de la cara.

—Yo tampoco. Hace años que no vengo por aquí —dijo Nick, quitándose la chaqueta mojada. La dejó sobre una cama. Valeria levantó la vista y lo vio. Se había desanudado la corbata y se desabrochaba la camisa. Estaban empapados.

El soldado la miró.

El aire que había en la habitación se hizo insuficiente al instante, la fuerte tormenta quedó en mera llovizna en comparación a lo que sus sentimientos formaban dentro de su cabeza y su corazón.

Valeria siempre había sentido que él la amaba, antes y después de casarse con Mark, con la misma intensidad, sin dilación, y ahora, delante de ella, era consciente de ello.

Nick no lo dudó. Caminó con lentitud los dos pasos que lo separaban de ella, de aquella mirada llena de amor, deseo y promesas que nunca se había apagado a pesar de que había intentado engañarlo.

Sin tocarla, solo con su presencia rozando escasamente su cuerpo, la sentía temblar.

—Sigo siendo el mismo —susurró con la voz quebrada por la emoción—, con los mismos sentimientos, con las mismas promesas y el deseo de ti quemándome. Como si nunca te hubieses marchado de mí... —Valeria cerró los ojos un par de segundos para aguantar las lágrimas—. Pero te hice una promesa y no puedo romperla si tú no me lo pides —le recordó aquellas absurdas palabras de su último encuentro. «Aléjate de mí, Nick. Necesitas a una mujer mejor que yo. Prométeme que me dejarás ir»—. No soy el mejor hombre del mundo, tengo mil defectos, pero cumplo mi palabra.

La mujer sentía su cuerpo junto al suyo, la respiración, el aliento sobre su piel, su perfume, su voz...

No era consciente de cuanto lo había echado de menos hasta ese momento.

Había sufrido su ausencia. Mucho. Nunca le podría contar cuánto, porque le haría daño. Ahora sabía cuánto lo necesitaba.

—No quiero que la rompas —dijo levantando la vista a sus ojos—. La romperé yo. Nunca debí pedírtelo.

Fue maravilloso ver como su gesto, lleno de sufrimiento y pena, cambiaba. Era como cuando sale el sol y los girasoles lo saludan felices. Su rostro se iluminó mientras su cerebro, algo más lento, procesaba aquellas palabras.

No le dejó tiempo a más. Se puso de puntillas para llegar a su boca mientras se cogía de su cuello para acercarlo a ella.

Nick se quedó sin respiración, asumiendo lo que estaba pasando tan rápido como sus embotados sentidos le permitieron, sintiendo sus labios en la boca.

Las manos no aguantaron en su posición mucho más de cinco segundos. Cerró los ojos disfrutando de la iniciativa mientras la envolvía entre sus brazos apretándola contra él para, al momento, coger su rostro entrelazando los dedos entre los mechones de pelo mojados para apartarla un poco y mirarle a los ojos.

—No juegues conmigo, Val —rogó, intentando mantenerse cuerdo un poco más.

—Te quiero —le dijo en un hilo de voz con las lágrimas en la garganta—. Siempre, pero no había comprendido la inmensidad de esa palabra hasta ahora

mismo. —Nick cogió aire apretándola contra él. Su mente iba a mil por hora, imaginándolos juntos de nuevo y a la vez deseando seguir escuchando cada palabra de lo que le tenía que decir. Sentía una mezcla de calma e impaciencia que nadie que no estuviese en su lugar podría entender—. No puedo quedarme contigo —confesó rota por el nulo futuro que les esperaba—, pero no quiero renunciar a ti. No puedo.

—Yo nunca lo he hecho —confesó. Comprendía cada palabra y sentía cada emoción como suya.

No dejó que dijese nada más. No era necesario.

La besó con intensidad, con el pensamiento de que era una relación con caducidad casi inmediata, pero a la que no podía renunciar.

Poco importaba si iban a ser dos horas, dos días o una semana. Importaba lo que eran en ese lapso de tiempo y ellos lo eran todo el uno para el otro.

Nick paró el beso. Ella intentaba llegar a la cremallera de la espalda del vestido.

Él cogió aire comprendiendo.

Intentando controlar los nervios que se habían disparado a su nivel máximo, puso sus manos sobre las de Val ayudándola a desabrocharla.

Una corriente de aire cerró la puerta de la habitación con un ligero clic que les hizo mirar en esa dirección. Aquella tormenta era su cómplice más fiel.

Se miraron del nuevo.

Val sacó los brazos de las pequeñas mangas de la tela y lo dejó caer a sus pies.

La sencilla lencería negra hizo que Nick soltase el aire que retenía.

—¿Estás segura de esto? —preguntó, antes de que fuese demasiado tarde.

—Nunca lo he estado tanto.

El soldado la besó con pasión, cogiendo primero su rostro, después bajando las manos por su cuerpo hasta las nalgas. La cogió con sus fuertes brazos y la elevó hasta quedar apoyada en él.

Valeria gimió al sentirle contra su cuerpo.

Se miraron.

Se besaron quedándose sin respiración.

Nick se sentó sobre la cama con ella encima y sus piernas enredadas en

las caderas.

Gimió de placer al sentir su miembro duro bajo la tela del pantalón.

Cerró los ojos disfrutando de lo que tanto echaba de menos.

El hombre la contempló. Era real, no uno de sus sueños.

—Te quiero —susurró incapaz de callárselo—. Hoy, ayer, mañana. Te quiero. Siempre.

Ella lo miró como hacía cuando estaban más enamorados.

—Nunca lo he olvidado. Nunca he dejado de quererte. He aprendido a no tenerte —confesó.

Nick cerró los ojos. Aquellas palabras eran las más duras que había escuchado decirle. Era mutuo.

—Estoy aquí. Siempre, Val.

La mujer le acarició el rostro.

—Lo sé —susurró con las lágrimas en la garganta.

El hombre suspiró, cogió su rostro de nuevo con las manos. La besó.

Valeria tampoco quería hablar más. Quería disfrutar de él, construir recuerdos que la ayudasen a sobrevivir a su vida.

Se desnudaron entre caricias.

Val se tendió en la cama. Nick se colocó sobre ella. La excitó entre caricias y besos hasta que llegó el momento perfecto.

La penetró con calma, dejando que sintiera cada centímetro de su invasión.

Valeria se quedó sin respiración. En su cabeza, había muchos recuerdos de momentos similares, pero después de vivir con Mark y su poca delicadeza, aquello era un soplo no solo de aire fresco ni de recuerdos, era vida.

Hacía mucho tiempo que no tenía un orgasmo. Creía que nunca más lo viviría, pero allí estaba y con el hombre de su vida.

Llegó al clímax entre lágrimas y una gran sonrisa.

Ella estaba bien. No tenía ningún problema. No estaba enferma, era cuestión de saber amar.

Sacando fuerzas de la esperanza que el hombre de su vida le había brindado aquel día, que recordaba cada vez que necesitaba esa luz de la que Samantha le hablaba, se enjabonó para terminar la ducha y ponerse en marcha.

No tenía tiempo para llorar ni para pensar en lo que había sucedido en

aquel baño minutos antes con Mark. Había aprendido a seguir hacia adelante y hoy iba a hacerlo más que nunca.

Debía salir de allí lo antes posible.

Tenía que encontrar a Nick.

Rezaba porque el reencuentro fuese pronto.

Él era el único capaz de sacarla de aquel agujero y recomponer su cuerpo y su alma.



# CAPÍTULO 9

CHIPRE

17:00H HORA LOCAL

16:00H HORA ESPAÑOLA

Nick estaba estudiando cada detalle del material que habían sacado de aquel búnker, mientras les reparaban el helicóptero en la base de Chipre. Tenían que regresar cuanto antes a Madrid.

Estaba nervioso, intranquilo y no sabía por qué.

—Roma, ¿queda mucho? —preguntó en un tono de inquietud, difícil de pasar desapercibido.

Salma le dedicó una bonita sonrisa intentando que lo animase, pero lo cierto es que quedaban al menos un par de horas para salir de allí.

—Todo va bien. Cuando esté listo nos avisarán.

El Delta Force se resignó regresando al trabajo.

Cada segundo era una eternidad. La inquietud inexplicable que sentía y no sabía identificar lo estaba comiendo por dentro.

Abrió uno de los libros que había sacado del interior de una de las bolsas de lona negra. No entendía nada. Estaba escrito en árabe, pero por la estructura, parecía un libro de cuentas.

Tras pasar minuciosamente una página tras otra analizando cualquier detalle que sirviese como pista, comenzaron a aparecer algunas hojas escritas en inglés.

Sin poder creer lo que leía, se levantó de la mesa como un resorte.

Hunter, Alex y Spy, que también analizaban documentos, se acercaron.

—Tranquilo, Brooklyn. ¿Qué has encontrado? —preguntó Alex, cogiéndolo del hombro. Sabía que estaba muy nervioso, pero aquello lo había alterado aún más.

—Es él.

Solo con esa afirmación, todos los hombres que estaban en esa sala analizando y buscando certezas entre los papeles, ordenadores y demás objetos sacados del búnker con minuciosa cautela, se colocaron a su alrededor.

—Explícanos, Brook —lo incitó Spy.

—Es un libro contable, la mayoría escrito en árabe, pero a partir de aquí las páginas están en inglés y hablan de la compra de material para construir barcas de madera, lanchas neumáticas de gran capacidad, motores náuticos y combustible. —Todos guardaron silencio esperando más información, aunque sus cabezas hilvanaban con rapidez los detalles. Nick los miró uno a uno. Era posible que hubiesen encontrado algo que los ayudase a intervenir—. Esto solo puede servir para crear transporte hacia Europa para migrantes que huyen de la guerra y el hambre y, si es así, son los libros de contabilidad de una de las mafias que engañan a esta pobre gente.

—Eso es muy común, hermano. Por desgracia, no nos lleva a ningún sitio nuevo —dijo Will, bajando el ánimo del grupo de golpe.

—Sí lo hace —lo contradijo con calma—. Todo lo firma Mark Devereux. —Calló unos segundos para que pensaran un instante en la importancia que tenía aquella afirmación—. ... Y él solo tiene declarados un par de barcos de transporte marítimo para sus empresas. Mi teoría empieza a cobrar sentido.

—¿Qué teoría? —se interesó Matt, buscando el máximo de información. Él y Will eran los últimos en llegar y había detalles como ese que se les escapaban.

—Creo que Mark y Robert, el padre de Val, se dedican a inundar el Mediterráneo de barcas cebo cargadas de estas pobres almas que pagan el dinero, que no tienen, intentando llegar a Europa, para colar sus barcos con material ilegal. —Nadie dijo ni una palabra. Todos esperaban escucharle—. No sé si son armas, drogas, arte o personas, pero eso es lo que hace, en lo que se basa su riqueza. Creo que acabo de descubrir la punta del iceberg de su *modus operandi*.

El teléfono satélite de Alex comenzó a sonar.

—Coronel Summers, lo escucho. —Rompió el ex SEAL el silencio mirando atentamente el gesto de sus hombres. Pensaban en lo que acababan de escuchar de boca de Nick, comprendiendo parte de mucho de lo que habían visto en los últimos años. Encontrando una explicación al brutal tránsito marítimo ilegal.

—Valeria Devereux está en peligro inminente. Meta a Brooklyn en un avión que hay esperando en el hangar y tráigalo de vuelta como sea. ¡Ahora!

Nick, que al contrario que los demás, miraba a Alex, observó cómo su rostro cambiaba y su mirada se dirigía directamente a él.

Supo de inmediato que tenía que salir de allí.

Sin ni siquiera una palabra, el soldado preparó su equipo en medio minuto aguardando las indicaciones de Alex, como uno de los jefes operativos de la misión.

—Deprisa. ¡Hangar uno! —le gritó abriendo la puerta del despacho para que saliera detrás de él. No hacía falta más. Llevaban esperando algo así desde hacía demasiado tiempo.

Echó la vista atrás para mirar a cada uno de los hombres que habían velado por su vida en aquella operación tan difícil que tantos datos les iban a aportar.

—Gracias por todo una vez más —les dijo, orgulloso de aquel grupo de guerreros valientes y honorables.

—Tranquilo, amigo —dijo Sugar saliendo tras él—. Pondremos toda la información a buen recaudo. Nos ayudará a ayudarte.

Nick sonrió por primera vez en mucho tiempo. En parte por las palabras de uno de sus mejores amigos en los últimos tiempos, pero también por los nervios incontrolables que le atacaban sin compasión.

Si tenía que salir de allí dejando al equipo atrás, era porque Valeria estaba en peligro inminente. El coronel no le haría abandonar la misión si no fuese por ello, algo que solo le llevaba por dos caminos. Llegar a tiempo y sacar a Val de las garras de aquel tipo al que tenía tantas ganas o que moriría intentado conseguir la oportunidad de una vida mejor, al menos para ella.

—Te acompañaré —dijo Will, caminando ya por la pista que los llevaba al avión que esperaba con el motor arrancado.

—Estás herido, Mac. No hagas locuras —le reprendió—. Nos veremos pronto —intentó despedirse.

—El coronel y Spy están de acuerdo.

Nick lo miró extrañado mientras confirmaba su identidad colocando la mano para plasmar su huella en la tableta electrónica que un soldado le tendía antes de entrar al avión.

Will se identificó del mismo modo y entró tras él. Ambos se acomodaron en dos asientos contiguos. El aparato estaba vacío.

—Brooklyn, Mac, bienvenidos —les habló otro soldado, mientras arrancaban para coger pista—. Soy el teniente Rivers, copiloto de este avión. Os trasladamos a la base de Torrejón de Ardoz en Madrid con carácter de emergencia. —A Nick el corazón se le subió a la garganta. No sabía la gravedad de la situación, no tenía ninguna información al respecto y aquellas palabras no eran alentadoras—. El tiempo estimado del vuelo en circunstancias normales es de aproximadamente cuatro horas, pero vamos a intentar hacerlo en menos si la meteorología, este trasto y Dios lo permiten. Abrochaos los cinturones y vamos allá.

—¿Puedo hablar con el coronel Summers? —pidió Nick. Necesitaba saber.

—Lo intentaremos cuando estemos sobre el Mediterráneo y las comunicaciones sean seguras.

—Copiado —contestó inquieto.

Aquel hombre regresó al interior de la cabina sin demorarse un segundo más. El avión cogía velocidad y debía sentarse en su puesto de inmediato.

Mac, que comprendía la aprensión que sentía su compañero en aquel momento, le dio una palmada en el hombro. Esas horas que quedaban hasta llegar a tierra y poder hacer algo, lo que fuera, pero algo que le hiciese sentirse útil y no permanecer suspendido en el tiempo mientras atravesaban el Mediterráneo, podían pasarle factura.

—Intenta descansar, Nick, vas a necesitar todas tus fuerzas y los *seis* sentidos cuando este trasto aterrice —dijo, haciendo referencia a ese sexto sentido que dicen tienen los hombres de las fuerzas especiales y que los salva de una muerte segura en muchas ocasiones.

—En cuanto hable con el coronel y sepa qué está pasando —le aseguró poco convencido de que pudiese lograrlo.

MADRID

16:00H HORA ESPAÑOLA

Valeria estaba furiosa. La seguridad a su alrededor había sido inexpugnable. Ni siquiera con la ayuda de Nina había podido darles esquinazo.

En un bar, frente al colegio de Tommy, esperando que fuese la hora de

recogerlo, se sentía frustrada, triste y, a pesar de la compañía, muy sola.

Estaba a punto de tener un ataque de ansiedad.

—Debes tranquilizarte, Val. Todo está en marcha, aunque no hayas podido hablar con él —intentó animarla, sin decir mucho más. Nunca se sabía quién escuchaba.

—¿Te fías de él? —preguntó, refiriéndose a James, el agente del FBI al que habían conocido horas antes y del que no habían tenido oportunidad de hablar.

—Desde luego que sí. ¿Tú no? —Intentó averiguar Nina qué pasaba por la cabeza de su amiga, extrañada por la pregunta.

—Sí, pero... con el tiempo he aprendido a dudar hasta de mi sombra.

La miró un segundo entre la comprensión y la ofensa.

—¿Dudas de mí? —consultó.

—Me ha sorprendido saber quién eres en realidad. Has hablado de *lo mío* muchas veces en tus escritos —dijo sin especificar, refiriéndose a los supuestos negocios turbios de su marido y su padre— y no has sido capaz de contarme que los escribías tú... No sé qué pensar de la gente cuando no me puedo fiar ni de mi propia familia...

La periodista asintió. Valeria estaba sola, aunque le pidiese ayuda en determinados momentos, incluso aunque le contase algunas cosas... Había aprendido a no confiar y ahora que no lo soportaba más, solo se fiaría de Nick.

—Tienes razón, pero puedes fiarte de mí y de ese tipo. Estoy segura de que nos ayudará cuando sea necesario. Tu chico fue quien te llevó hasta él.

Valeria suspiró pensando en Nick.

No sabía qué había sido de él. ¿Lo habrían localizado?

Sin previo aviso, James, el agente del servicio federal estadounidense del que hablaban segundos antes, se sentó junto a Nina.

—Hola, cariño. Disculpa el retraso —dijo, besándola en los labios como si fuesen una pareja—. Hola, Val. ¿Cómo estás? —preguntó, tendiéndole la mano para que se la cogiese mientras con la mirada señalaba un punto al infinito.

La mujer, en cuanto tocó el papel que le pasaba con aquel saludo, comprendió la actitud y la mirada.

—Muy bien, Taylor —lo llamó por su apellido, para no delatar su identidad—, ¿y tú?

—Encantado de poder unirme a vosotras al fin —declaró, pasando un brazo por encima de los hombros de la periodista que asistía atónita a aquella conversación y no digamos a esa actitud con ella.

Intuyendo que era importante mantener la farsa y, por qué no decirlo, disfrutando de aquel tipo que la había interesado desde que lo vio, lo besó de nuevo en los labios.

—Nosotras también, amor —entró decidida en su papel.

Los ojos azules del norteamericano la miraron divertidos.

No se equivocó al evaluarla en su centro de operaciones. Era fuego y lo más importante, era inteligente y haría que todo saliera bien.

—Voy un momento al aseo antes de que sea la hora de ir a por Tommy.

La inesperada pareja asintió.

Tras dejar que se alejase, Nina lo miró intentado averiguar qué sucedía.

—¿Todo bien, cielo? —preguntó siguiendo el rol.

—Sí, mi amor. Aunque aventuro una tarde entretenida —declaró con media sonrisa traviesa, mientras inspeccionaba su alrededor. Ya había contado a cuatro guardaespaldas pendientes de la mesa en la que estaban, pero que ahora dirigían su atención a la puerta del baño donde continuaba Valeria.

—Ah, ¿sí? ¿Cuánto? —intentó averiguar.

—Más de lo que imaginas —dijo, acercándose a su cuello para besarla. Nina se tensó al instante. El contacto le aceleró el pulso—. Tenemos que llevarnos a Tommy para su seguridad. Están en peligro. He venido a por vosotros —susurró entre caricias, para que nadie sospechase—. Disimula, por favor. Sígueme el rollo. Ella está leyendo en una nota lo que sucede.

Nina no necesitaba disimular mucho. El contacto con aquel hombre era intenso y la excitaba a pesar de la situación, pero no le gustaba lo que acababa de escuchar.

Siguiéndole el juego, fue ella quien se aproximó a su oído. James, que no lo esperaba de forma tan efusiva, sintió una punzada de nervios en el estómago que hacía mucho tiempo no sentía.

—De acuerdo. Hare lo que sea necesario —le susurró, dejando un reguero de caricias con sus labios y lengua por su piel.

—¿Nos vamos? —preguntó Valeria ante ellos, rompiendo la escena y la complicidad. Jim se repuso como pudo de lo que inesperadamente le había provocado. Nina también. Ambos asintieron.

La mujer había leído la nota escondida en el baño.

Entre el pánico, la desesperación y la esperanza de que todo acabase, se había tomado un tranquilizante que llevaba en el bolso. Nina le había dado alguno en otras ocasiones por si alguna vez se sentía tan saturada y desesperada que pensase que la situación se le pudiera ir de las manos y cometiera una locura.

Tenía que estar lo más serena posible, llevar cada minuto con naturalidad e intentar llevar a Tommy a un ambiente seguro en el menor tiempo posible.

Las pautas estaban muy claras. El agente Taylor lo tenía todo pensado. Se había hecho pasar por la pareja de su amiga para poder estar con ellos sin levantar sospechas.

Tras recoger al niño del colegio, Nina y él se lo llevarían con la excusa del poco tiempo que había tenido para avisar a una niñera para que lo cuidase mientras acudían a la cena y lo convencería de que esta solución era lo más sencillo para todos.

Sin dudar ni un segundo, Nina se montó en el coche con Valeria y el pequeño, mientras James las seguía en el suyo.

—¿Estás bien? —preguntó una vez cerraron las puertas.

Valeria la miró con gesto amenazador.

Nina pensó que, si se refería al niño, tendrían cuidado con sus palabras, pero Val miró a su alrededor en señal de que las podían estar escuchando con algún micro en el coche, a través del móvil o de cualquier otra forma posible.

La periodista lo entendió y así se lo hizo saber por medio de un suave gesto de cabeza.

—Sí, genial. Es solo que tengo muchas cosas que hacer antes de la fiesta de mamá.

—Síiiii —gritó el pequeño Tommy, desde su silla de seguridad anclada en los asientos traseros—. Es el cumple de la abuela Malena y hay una fiesta.

Valeria le sonrió a través del espejo retrovisor.

—Es mañana, cariño. Mañana celebramos una fiesta con la abuela, hoy te vas a ir a casa de Nina y su amigo Jim mientras mamá acompaña a papá a un

sitio importante.

No quería decirle que también era una cena por el cumpleaños de su abuela o no querría perderselo.

—¡Jo! Pero yo quiero que sea ya la fiesta... —se quejó, frunciendo el ceño.

—Es que hoy también hay una fiesta —intervino Nina—. ¡La de mi casa! No creo que te la quieras perder, ¿verdad? Además, podrás conocer a Tambor, mi conejo enano. Es blanco y muy cariñoso.

Tommy abrió los ojos como platos por la sorpresa y comenzó a aplaudir.

—Bieeeeeeeen ¡Vamos a la fiesta de Nina! —dijo, sin parar de sonreír y dar palmas.

Valeria, que observaba la felicidad de su hijo con un ojo mientras con el otro vigilaba la carretera, sintió como las lágrimas se le hacían un nudo en la garganta y se le empañaba la vista.

Una de ellas consiguió rodar por su rostro cayendo sobre sus vaqueros.

Nina, que estaba muy pendiente de su amiga, puso la mano sobre la pierna de esta.

—Lo vamos a pasar genial, mamá —le dijo a Valeria, como si hablase por boca del pequeño—, y tía Nina y tío Jim me van a cuidar y todo va a ir muy bien.

La mujer asintió entendiendo la promesa implícita en esas palabras y sosegó sus sentimientos.

Sabía que en algún momento tendría que poner a salvo al niño, pero no que sería tan pronto y de forma tan inesperada.

«Nick ¿dónde estás?», preguntó mentalmente.

Estaba tan asustada... Tan asustada...



# CAPÍTULO 10

MADRID 20:00H  
CASA DEVEREUX

—¡Valeria! —gritó Mark al pie de la escalera en la planta inferior.

La mujer, que llevaba unos minutos intentando encajar la rosca del cierre de sus pendientes para bajar al encuentro de su despreciable marido a la hora acordada, dio un respingo al escucharlo.

Se había adelantado.

El corazón se le aceleró, las ganas de vomitar la invadieron y la incapacidad para ponerse el pendiente se multiplicó.

Cerró los ojos intentando calmarse. Si lo hacía, todo iría mucho mejor.

Se centró como pudo consiguiendo terminar de arreglarse, aun sabiendo que iba camino de Dios sabía qué.

Según le había explicado James, en las próximas horas se cometería un atentado contra Mark Devereux, pero no sabían cómo ni dónde.

La despedida de su hijo había sido la más amarga a la que se había enfrentado en su vida, solo comparable con la de Nick muchos años atrás en Nueva York obligada por su padre o la del día que le hizo partícipe del peligro que corría tras el funeral de Gina. Él, como si predijese el futuro, le dio las instrucciones que hoy hacían que Tommy estuviese a salvo.

Quería convencerse de que le dejaba en las mejores manos. ¿Quién lo iba a defender mejor que un agente del FBI?

La cabeza le daba vueltas, incapaz de encontrar la forma de enfrentarse a la situación con serenidad. Sobre todo, porque no lo comprendía.

Según aquel hombre, su marido era conocedor de la amenaza y, aun así, la paseaba junto a él, como si no le importase que ella muriese.

Conociéndolo, así era... No le importaba su muerte. Es más, a estas alturas podía pensar, sin miedo a equivocarse, que, probablemente y debido a lo que ella en su momento pudo saber sobre los trapos sucios que se traía con su padre y que era la heredera universal del imperio empresarial familiar, le viniese hasta bien que la quitasen del medio. Era una forma de asegurarse de que no tiraba de la manta.

Mirándose en el espejo de la habitación quizá por última vez, acarició la foto de Tommy que tenía enganchada al marco del tocador. Sin pensarlo, la cogió y la guardó en el bolso de mano.

Había llegado la hora.

Ojalá supiera de qué...

MADRID  
BASE DE TORREJÓN DE ARDOZ  
20:00H

Nick salió del avión a la carrera. Mac lo seguía a la zaga disimulando el dolor de su herida.

El coronel Summers lo esperaba a pie de pista en la zona segura.

—Debes cambiarte. Hay ropa de civil en la sala de operaciones. También un sistema de escucha, un arma corta y el equipo de tu moto.

—Gracias, señor. Gracias —le dijo emocionado.

—Estas son las coordenadas más probables para el atentado, pero no lo sabemos con seguridad. Un dron vigía está situado sobre la mansión Devereux. Te irán informando de la posición del coche y los posibles cambios. No desconectes las comunicaciones bajo ningún concepto. Te guiaremos en todo momento desde la base.

Nick lo miró con los sentimientos a flor de piel. Aquel hombre era como un padre para él.

—No sé cómo se lo agradeceré, pero tenga por seguro que lo haré, coronel. Le pagaré con mi vida si es necesario.

—Hijo, ese pago no lo quiero ni escuchar. Te deseo mucha suerte. Cuídate. Te quiero de vuelta con nosotros, ¿entendido? —le dijo, caminando junto a él al interior del complejo en busca de todo lo que le había dicho.

—Señor, me gustaría acompañar a Brooklyn.

El coronel había visto a Will McCoy acompañando al Delta Force, pero no tenía tiempo de preguntar. Sabía que estaba herido y daba por hecho que lo habían metido en aquel vuelo para que la asistencia sanitaria fuese en Madrid en lugar de Chipre.

—Ni lo sueñe, Mac. Está herido y debe ir al hospital de inmediato.

—Eso puede esperar, señor. Esto es mucho más importante que un rasguño. Deme un vehículo.

Summers lo retó con la mirada.

Aquel tipo era más cabezón que Hunter y si no se lo facilitaba, iría a buscarlo.

—De acuerdo, pero no intervenga. Vigile de cerca y cubra a Brooklyn sin abandonar el coche. Si es necesario acudiremos en su ayuda.

Conforme con la concesión, aunque convencido de que no seguiría sus órdenes en caso necesario, Mac tomó el camino a la zona de descanso donde tenía sus pertenencias. Aún no había buscado casa y sus enseres básicos estaban en una de las habitaciones disponibles para los que se quedaban en la base.

Sin reparar en el dolor de la herida, ya que había desaparecido al emerger la adrenalina de la acción inmediata, se desvistió con toda la premura que su estado le permitió. Se colocó una venda limpia, se vistió con camiseta y sudadera con capucha de color negro para que disimulase el sangrado en caso de hemorragia; vaqueros, deportivas y una gorra de béisbol.

Con rapidez fue a la sala de operaciones.

Nick estaba terminando de colocarse el sistema de comunicaciones. Enseguida dos soldados acudieron a colocarle otro a él.

El muchacho también vestía con vaqueros, ropa oscura y sudadera desgastada por el uso.

—Brooklyn, el enlace de la policía secreta infiltrado en la seguridad de Devereux está activo. No sabemos exactamente cuán cerca de ella está, pero forma parte del operativo que han desplegado para la salida de esta noche. — Nick asintió comprendiendo. JJ estaba cerca. Algo es algo, pensó—. Según las agencias gubernamentales, el riesgo de que el ataque suceda esta noche es del cincuenta por ciento. Nuestra certeza, por los datos de que disponemos gracias a usted, sus enlaces y la información recabada, creemos que es al menos de ochenta por ciento. —Nick asintió de nuevo. Estaba muy nervioso y deseando salir de allí. Necesitaba actuar.

—Entendido, señor.

—Te cubriré lo más cerca que pueda —dijo Will, mientras se guardaba el arma en la cinturilla trasera de los vaqueros con el brazo bueno.

Nick asintió agradecido.

Miró al coronel una última vez.

—Gracias a todos. Sin vosotros no podría salvarla.

—No pierdas un segundo más, muchacho. Tráela a casa —lo animó el mando de los SEAL.

Sin perder un segundo, Nick cogió la cazadora de cuero y el casco negro mate de su moto que lo esperaban sobre la mesa.

Salió por la puerta en compañía de Mac.

Las cartas estaban echadas.

Ojalá fuesen a su favor.

MANSIÓN DEVEREUX

20:15H

—Nos marchamos ya. Hay atasco por una manifestación de no sé qué de los derechos de las mujeres —dijo Mark en tono jocoso. También se notaba que había empezado con el cóctel sin llegar a la fiesta. Al menos, llevaba un par de *whisky* en el cuerpo, algo que empeoraba su carácter y comportamiento de forma notable—. Una pérdida de tiempo para ellas y lo que es más importante, para nosotros.

Valeria sintió asco por aquel hombre.

¿Cómo pudo su padre obligarla a casarse con él? ¿Cuánto dinero le había prometido en sus sucios negocios? O lo que era peor, ¿cuánto le debía para pagarle con ella?

A lo largo de estos años, las teorías habían sido muchas y no había conseguido averiguarlo ni llegar a una conclusión certera. Quizá fuese una confluencia de todas ellas.

—Cuando quieras —contestó, agarrando con fuerza el bolso de mano de piel. Era la única forma de mantener las manos sin temblores nerviosos.

El tranquilizante que había tomado unas horas antes empezaba a desvanecerse y no quería tomar otro porque su efecto sería mucho mayor que el anterior. Necesitaba estar lúcida para lo que fuese que estuviese por venir. Si estaba atontada, no podría defenderse o huir si encontraba la ocasión o fuera necesario.

—Estás despampanante con este vestido. Aunque lo cierto es que estoy deseando quitártelo.

No fue lo que había dicho, fue el tono en el que lo dijo lo que hizo que

cambiara el gesto complaciente que tenía automatizado cuando estaba con él, por uno de asco sin ni siquiera darse cuenta de que lo hacía.

Pero Mark sí...

Avanzó hasta ella con el ceño fruncido, enfadado por esa mueca de desprecio.

Valeria dio un par de pasos atrás, pero se topó con la gran mesa del salón. Se agarró al respaldo de una de las sillas para no caer.

El tipo se pegó a ella avasallador, muy molesto por su actitud.

La mujer no podía retroceder más a no ser que se subiera a la mesa.

Miró a su alrededor. El servicio de seguridad que siempre llevaba con él estaba presente, pero todos los hombres les daban la espalda como si lo que fuese a suceder allí no estuviese pasando o no fuese de su incumbencia. Nadie la iba a ayudar.

Silvana, una de las doncellas de la casa, más cercana y cómplice a ella desde que llegó, entró al salón. Valeria la miró de reojo asustada. Al contrario de lo que debía, no le pidió ayuda, con la mirada le rogó que saliese de allí de inmediato o después lo pagaría con ella. Por suerte, Mark no la había visto.

—¿Te doy asco, Valeria? —preguntó muy cerca de sus labios, cogiendo los extremos del vestido ajustado que la había obligado a ponerse para subirlo hasta las caderas. La mujer no contestó, mantuvo su posición mirándolo directamente a los ojos, recuperando un poco de la rebeldía y la lucha de hacía años.

Ante la falta de respuesta, paseó las manos por el interior de sus muslos hasta llegar a la ropa interior perfectamente conjuntada para que no se transparentase a través de la fina tela.

Intentó no moverse, no empeorar más las cosas y centrarse en lo importante que era sobrevivir a esa noche a toda costa para salir de allí para siempre, pero no fue capaz. Apretaba sus dedos contra sus partes íntimas y ella se tensaba. Le hacía daño.

—¿Me está rechazando, señora Devereux? —arrastró cada palabra en tono amenazante haciéndola temblar de miedo.

Ella consiguió no moverse, no contestar.

Mark subió una mano hasta el botón de la parte trasera del vestido que unía la tela en la parte superior en el cuello, dejando casi toda la espalda a la

vista. En cuanto lo hizo y solo deslizando un poco la tela hacia delante, dejó su pecho descubierto mientras con la otra, continuaba apretando los genitales sin que ella se quejase ni un ápice a pesar del daño que le hacía.

No llevaba sujetador, aquel vestido no lo permitía y ahora sabía por qué quería que se lo pusiera. Era fácil de quitar, fácil de acceder a su cuerpo de muchas formas con rapidez. Aguantó las náuseas como pudo.

Con sonrisa lujuriosa y sintiéndose ganador, acercó su boca a uno de los pechos y sin delicadeza alguna, lo succionó mientras se bajaba la cremallera de su pantalón.

Valeria sabía lo que pasaría a continuación, lo mismo que había pasado unas horas antes en el baño, pero esta vez sería aún más doloroso porque estaba enfadado.

Con premura le bajó la ropa interior, la hizo subir a la mesa y, sin dilación, la penetró una y otra vez hasta que encontró su clímax.

—Arréglate un poco. En cinco minutos te quiero subida en el coche.

Esas fueron sus únicas palabras tras acabar.

Tendida en la mesa mirando el techo, lloró impotente.

Solo pensar en que esa podía ser la última vez que la violara hizo que intentara levantarse.

—Vamos, señorita —susurró Silvana que había aguardado a que aquel hombre al que tanto odiaba se marchara para ayudar a su señora—, tiene que adecentarse.

Temblando consiguió incorporarse en la mesa. La sirvienta enseguida le tendió una toalla mojada que ella usó para limpiarse el pecho y el cuello. Tras acabar, la mujer le colocó el vestido en su lugar. Después la ayudó a bajar al suelo despacio y ponerse en pie.

—Vete, Silvana. Si te ve ayudándome... —No pudo acabar la frase. Las lágrimas invadieron sus ojos y el nudo que provocaron le cerró la garganta.

—Vamos, señorita. Vamos al aseo. Yo la ayudaré —insistió, cogiéndola de la cintura para que poco a poco fuese capaz de caminar sola.

Valeria se recompuso como pudo, acompañó a la mujer y entró al baño.

Tenía ganas de vomitar, pero no había tiempo.

Se arregló un poco el maquillaje con lo que llevaba en el bolso mientras la mujer traía un paquete de toallitas íntimas para que se limpiase.

—Tenga, esto servirá y póngase su ropa interior. —Val la miró sin saber qué decir. Estaba avergonzada. Se sentía tan vulnerable como un niño pequeño que no sabe qué hacer sin su madre. Silvana le sonrió—. No se preocupe, nadie sabrá lo que ha pasado aquí. Solo espero que alguien se encargue de darle su merecido a este cabrón algún día.

Aquella frase la hizo reaccionar.

Su doncella tenía razón y esperaba que ese día estuviese muy cerca.

EN ALGÚN LUGAR DEL CENTRO DE MADRID

NICK

20:30H

—Atención, el coche se dirige por la M-30 dirección Príncipe Pío —dijo una voz metálica al Delta Force que circulaba desde la otra punta de la ciudad.

—Recibido. ¿Sabemos dónde han realizado la reserva? —preguntó intentando disponer de la mayor información posible.

—La cena será en un local cercano a la calle Barquillo.

—Entendido.

Nick aceleró sin perder de vista a su guardián. Mac circulaba en coche pegado a él. No se conocía la ciudad, no lo podía perder.

Callejeando llegaron a la zona y Nick se dispuso a circular en dirección al coche que esperaban.

—¿Veis algo extraño? —preguntó a los espías del cielo.

—No, pero es probable que todo suceda en la Gran Vía. Es donde más daño colateral hará y más tumulto se provocaría.

El soldado estaba de acuerdo. Por desgracia, la realidad era así de dura y poniendo la mente en un hipotético atentado perpetrado por él mismo, así lo haría.

Sin dudar, circuló Gran Vía arriba en dirección a la plaza del Callao. Después, bajó hacia la plaza de España para poder girar en dirección a Príncipe Pío.

—Están subiendo la cuesta de San Vicente. Pasan ahora mismo por debajo del puente de la calle Bailén.

Y sin más, una explosión casi lo derriba.

No lo dudó, aceleró hasta llegar lo más cerca que pudo de la zona del ataque y se tiró de la moto sacando el arma.

Corrió por la acera de los edificios hasta llegar a un gran soportal con la entrada de un garaje. La escasa visibilidad no le permitía ver más. Tenía que pensar por dónde avanzar con seguridad.

A los pocos segundos, entre el humo y el fuego, vio a una mujer vestida de rojo a la que aún no podía distinguirle el rostro. Avanzaba en su dirección, a la carrera, entre lo que parecían disparos.



# CAPÍTULO 11

—¡Corred! —gritaba Valeria a nadie y a todos intentado que huyeran antes de que fuese demasiado tarde—. ¡Corred!

La devastación de la segunda explosión la atropelló en plena carrera.

Su cuerpo perdió el equilibrio desplazándose a merced de la onda expansiva, pero a media caída, una mano tiró de ella con fuerza sacándola de aquella bola de fuego que hubiese acabado con su vida.

No recordaba nada más. No vio quién la rescató de una muerte segura, solo que se sintió a salvo en ese abrazo que protegió su vida antes de perder el conocimiento por la conmoción.

Brooklyn la miró muerto de miedo. Estaba inerte entre sus brazos, ambos resguardados tras el muro de un amplio portal cercano que había servido de escudo.

¿No había llegado a tiempo?

Aterrorizado la tendió en el suelo, guardó la pistola, que aún empuñaba, en la cintura trasera del pantalón vaquero y le tomó el pulso.

Tras comprobar que estaba viva, se dejó caer contra la pared soltando el aire que le quemaba los pulmones.

El miedo lo mantenía en un estado de nervios y ansiedad como nunca había sentido en su vida.

Era un Delta Force, ¡por el amor de Dios! No podía permitirse estar así.

Esto tenía que acabar ya.

—¿Estás loco? —lo increpó JJ llegando hasta ellos con el arma en la mano para cubrirlos, mirando a su alrededor, fijándose en cada detalle, buscando amenazas—. Sal de aquí antes de que nos descubran. ¡Vamos! —gritó el policía.

—Hay que asegurar la zona y llevarla a un hospital con protección —dijo, negándose a abandonarla otra vez.

—Yo la llevaré, Brooklyn. Sal de aquí. ¡Ya! —insistió observando el coche en llamas, la metralla esparcida por la calzada y a la gente que andaba sin rumbo, heridos, con las manos cubriéndose las orejas por el dolor de oídos tras las detonaciones.

Había sido brutal. Aún no sabía cómo Val se había salvado. Era un milagro... Nick era su milagro... Tenía que reconocer que la pericia, la paciencia y la tenacidad de aquel hombre la habían librado de una muerte segura.

Mac llegó hasta él a la carrera.

—¿Estáis todos bien? —preguntó el SEAL apuntado a su alrededor con el arma, mientras sostenía el casco de Nick enganchado a su brazo.

JJ lo miró negando con la cabeza.

—Marchaos, por favor —pidió—. En cuanto sepa en qué hospital la ingresan, os avisaré.

Brooklyn, resignado, se puso la capucha negra de la sudadera que llevaba bajo la cazadora de cuero.

No era el momento de echarlo todo a perder. Ahora estaban muy cerca de estar juntos por fin.

Contempló su precioso rostro manchado de sangre.

La rabia lo enfureció. Su piel estaba llena de cortes por la metralla y suciedad por la pólvora, un hecho que contrastaba con aquel absurdo vestido rojo de fiesta.

Él tenía el mismo aspecto, pero estaba acostumbrado a ello y no había perdido el conocimiento...

JJ lo miró enfadado.

El soldado estadounidense lo retó con la mirada.

—No te preocupes, joder. Yo cuido de ella. La sacaré de aquí, pero vete antes de que descubras mi tapadera.

Nick sabía que aquel hombre no podía salvarle la vida, llegado el caso, ni protegerla lo suficiente, lo acababa de confirmar, pero aun así, obedeció.

La miró por última vez con el aire quemándole el pecho por la impotencia, la rabia, la furia y el desasosiego que se acumulaba al abandonarla una vez más...

Con decisión se levantó y caminó junto a Mac alejándose sin mirar atrás. Debía confiar.

Desaparecieron entre el humo, el eco de las sirenas de los camiones de bomberos, ambulancias y fuerzas de seguridad que se acercaban mezclándose con los gritos de los transeúntes. Si lo hacía, no se separaría de ella aun a

riesgo de morir.

Pero debía huir antes de que los descubrieran en el lugar del atentado. Tanto trabajo no podía perderse por una negligencia como esa. Habían sido fantasmas hasta ese momento y así debía seguir siendo.

Mac lo miraba por el rabillo del ojo sin perder de vista lo que les rodeaba.

Entendía su situación e imaginaba la tormenta que se desataba en su cabeza y sobre todo en su corazón.

—Vamos, Brook. Pronto podrás volver a verla. Volvamos a nuestro agujero —le aconsejó, refiriéndose a la base, con una promesa impresa en la mano que dejó sobre su hombro intentando animarlo.

El Delta no habló, ni siquiera lo miró. Intentaba contener la rabia, la frustración y las ganas de estar con ella, todo a la vez.

Se dedicó a obedecer.

En cuanto llegaron al coche, ambos se subieron con rapidez, Mac al volante.

Desaparecieron entre la circulación de la ciudad esquivando coches de policía, ambulancias y helicópteros que acudían a la zona cero del atentado.

—Nos esperan días moviditos —apreció Mac, mientras ponía la radio. Algo de música no les vendría mal.

El reggaetón apareció haciendo reaccionar a Nick.

—Odio esta mierda —murmuró, buscando en su móvil algo diferente. Lo encontró, se conectó a la wifi del vehículo y con un solo clic, lo que había en su teléfono se reprodujo en los altavoces del habitáculo—. Mucho mejor —declaró mientras *Give it Away* de Red Hot Chili Peppers hacía sonreír a Mac.

—Totalmente de acuerdo, hermano —contestó el SEAL, observando preocupado la cantidad de seguridad que se instalaba en la ciudad mientras intentaba llegar a la carretera de Barcelona para desaparecer lo antes posible dentro de la base. Iban a tener muy complicado moverse con libertad.

—Me encantaba esa moto —murmuró el propietario, al ver su casco en el asiento trasero al girar la cabeza para controlar su alrededor. La había dejado tirada en la carretera a pocos metros de la explosión. Era imposible de recuperar.

—¿Estaba a tu nombre?

—No. Si algo he aprendido de vosotros, es a tener mucho cuidado con ciertas cosas. El coronel Summers se encargó de eso, igual que hizo con las cosas de Alex cuando estuvo oculto. Nadie debe saber que es mía, ni que estoy aquí, ni siquiera que haya estado cerca de ella...

—No lo sabrán —confirmó Mac—. Me he ocupado de eso.

Nick asintió pensando que tan solo se había dedicado a recoger el casco, pero cuando vio el inhibidor de frecuencia que el SEAL le mostraba, lo entendió todo. Habría imágenes del atentado, pero no de después para no delatarlo.

—Sabes que tampoco tendremos imágenes de los causantes, ni siquiera del coche de Devereux, ¿verdad?

—Lo sé, pero es más importante que nadie sepa que estamos vigilando. Nosotros ya sabemos quiénes son los malos y con eso es suficiente —declaró con seriedad. Estaba totalmente comprometido con el tema—. Los machacaremos.

## CAPÍTULO 12

Cuando Nick llegó a la base, parecía un león enjaulado.

Fue a recibir a sus compañeros junto a un inseparable Mac, que no quiso ir al hospital hasta verlos a todos en tierra, incluido el piloto Wells, a quien recogieron *in extremis* en el desierto.

Por fin, regresaban desde Chipre sanos y salvos.

Tras reencontrarse y contarles lo que había pasado en las últimas horas, se separaron.

El nuevo francotirador del equipo había pensado un plan regresando de la zona del atentado. Quería que lo atendieran en el mismo centro hospitalario en el que ingresarán a Valeria, así podría estar al tanto de su estado, vigilarla e incluso protegerla.

El Delta Force respiró tranquilo al conocer aquellas intenciones. Nunca estaría lo suficientemente agradecido a aquellos hombres... No sabía con qué les podría pagar, pero para lo que lo necesitasen en su vida, lo tendrían.

Alex reconocía el estado del muchacho. Se veía reflejado en lo que vivió tiempo atrás, pero confiaba en su saber hacer.

—Te acompañaremos, Mac. Así Nick podrá revisar el lugar y os cubriremos —anunció el antiguo teniente de la unidad, refiriéndose a Salma y él—. Los muchachos necesitan descansar y poner al corriente de la operación al coronel.

Mientras tanto, el teléfono de Brooklyn comenzó a sonar.

Era un mensaje de JJ.

Alex lo miró y comprendió que ya tenían los datos que necesitaban.

—En marcha —dijo cogiendo a Salma de la mano. La mujer se enganchó a la de él al instante como si fuese su postura natural.

Los cuatro se montaron de nuevo en el vehículo que habían aparcado minutos antes. Conducía la mujer.

Si algo sucedía, ellos tenían mejor puntería. Ella mejor conducción de evasión.



JJ entró con Valeria en el Hospital Clínico de Madrid tras bajarse de la ambulancia.

—¿Es usted familiar? —le preguntó un hombre con un pijama de médico de color verde nada más traspasar la puerta.

—No. Soy su guardaespaldas —declaró para no exponer su tapadera.

El sanitario dudó.

—Debemos explorarla y...

—Por favor, hágalo —pidió el policía—, pero no puedo separarme de ella. No sabemos aún qué ha sucedido. Su vida puede estar en peligro.

El hombre asintió, levantó una mano y los camilleros continuaron el camino hasta un *box* donde enseguida enfermeras y médicos comenzaron a atenderla.

JJ, algo más tranquilo al ver que la mujer estaba asistida, cogió su móvil y escribió un mensaje de texto que envió al segundo.

Esperaba que cuando Nick llegase, pudiese decirle algo sobre su estado para mantenerlo tranquilo.

Esto era una gran putada y no le gustaría verse en su piel. No estaba seguro de poder soportarlo.

Marcó un número de su agenda y esperó la señal.

—Jim, está viva. Mantén al niño alejado de la televisión. Aún no sabemos el alcance del siniestro, pero no pinta bien. Él está en camino —aseguró.

—¿Y Mark? —preguntó el agente del FBI, mientras Nina lo miraba con el ceño fruncido al escuchar el nombre de aquel impresentable.

—No lo sé, pero por la información que me está llegando al móvil, parece que no ha sobrevivido, aunque habrá que comprobarlo.

—No me fio. Nick tenía claro que cuando algo sucediera, sería una puesta en escena espectacular para usarlo como cortina de humo con el fin de desaparecer.

—Lo sé. Pon tu magia a trabajar antes de que él te lo pida —dijo refiriéndose a todos los medios de que disponía. Oficiales y extraoficiales—.

Vendrá desesperado. No es para menos.

—Dile a Valeria que Tommy está bien, que no se preocupe por él. Nina lo cuida como si fuese suyo —declaró, mirándola jugar con el pequeño que acariciaba a Tambor, su conejito en miniatura, con una sonrisa en los labios.

—Ese tono de voz... —apuntó el policía, intentando evadirse, aunque fuesen unos segundos. A su amigo aquella tal Nina lo estaba afectando.

—Debo colgar. Estaremos en contacto. Voy a ver qué averiguo —esquivó el comentario y, sin más, cortó la comunicación.

Nina, que estaba atenta a cada palabra, a pesar de entretener al niño, guardó a Tambor en su jaula y le dio al pequeño un puzle, proponiéndole un reto para ver cuánto conseguía hacer por sí solo. El pequeño aceptó divertido y a ella le dio unos minutos para acercarse al policía y conocer las últimas noticias.

En cuanto se acercó a James y la miró, supo que algo iba mal.

—¿Val está bien? —preguntó alarmada.

Jim cogió aire mientras la apartaba un poco más del niño, llevándola hasta la cocina contigua.

Aún en silencio puso la televisión.

En cuanto la imagen apareció, bajó el volumen al máximo para que el pequeño no escuchara nada.

—Ella está viva —se apresuró a aclarar.

La escena del atentado estaba en todos los canales. Lo bueno era que a Valeria la habían evacuado antes de que los periodistas llegaran y no había imágenes suyas.

Nina no podía articular palabra, solo miraba la pantalla con las manos tapándose la boca y los ojos anegados en lágrimas al imaginar el horror.

Automáticamente cogió el mando de la televisión de la mano del policía y la apagó.

—Él no puede saberlo —susurró con un nudo en la garganta, mientras señalaba con el dedo en dirección al salón donde estaba el pequeño.

—No lo sabrá. Lo prometo —juró, triste por la pena que veía en ella.

—Ella está...

—Está viva —insistió—. La están atendiendo en el hospital. JJ, un *nacional* amigo mío, la protege. Estaba infiltrado en la mansión Devereux y la

vigilaba.

Las lágrimas cayeron en tropel por las mejillas de Nina.

Su amiga no se merecía lo que le estaba pasando. Era horrible.

Jim se acercó hasta ella. Cogió su rostro con las manos y lo levantó para que lo mirase.

—Valeria está bien. No le va a pasar nada. Nick ya está en camino. Mientras tanto, nosotros cuidaremos de Tommy. Yo os protegeré. Lo juró.

Y Nina lo creyó.

Aquel hombre hablaba con tanta seguridad en su voz, sus gestos, su forma de moverse, de actuar... todo él lo transmitía de forma que ella nunca dudaría.

Asintió mientras la secaba el rostro con los pulgares.

—¿Y Mark? —susurró sin voz por las emociones.

—No lo sabemos —contó sin apartar sus ojos azules de ella.

—La va a matar —aseveró aterrorizada.

—Quizá el muerto sea él.

—Eso da igual. Ella sabe demasiado. La van a matar —confirmó temblando. Valeria le había contado pocas cosas sobre su relación, pero en los últimos tiempos sabía que era más agresivo. Sumado a lo que había averiguado en sus investigaciones, no tenía dudas de que ella era un estorbo. Hasta el niño podía serlo. Un heredero podía ser un escollo en el camino.

El agente Taylor arrugó el ceño.

El asunto no pintaba bien. JJ y Nick pensaban lo mismo.

—En ese caso, la protegeremos. Os protegeremos a todos.

La mujer sonrió con tristeza.

—Ella siempre decía que no estaba con gente porque, si algún día las cosas se ponían feas, estarían en peligro... Ahora pienso que puede tener razón... Tommy es muy pequeño... el niño no tiene la culpa de...

Jim no pudo seguir escuchando como la maldad de aquel tipo y su mafia hacía estragos en la mujer que tenía delante y le había gustado desde el primer instante en que la investigó sin conocerla.

Acercó la boca a sus labios sin apartar los ojos de los suyos y con calma, la besó.

Estaba nervioso, tenía miedo, el momento era complicado, pero... quería hacerlo. Si le iba a rechazar, mejor que fuese cuanto antes.



Nina, que no esperaba aquel gesto, sintió como el corazón se le subía a la boca. Estaba nerviosa por los acontecimientos, pero también por él. Era un tipo difícil de ignorar.

Le devolvió el beso agarrándose a su cuello. Primero de forma calmada, pero poco a poco con necesidad. Despertaba en ella ese sentimiento que antes nadie había logrado.

Jim recibió su respuesta feliz. Pocas mujeres habían llamado su atención, aunque habían pasado muchas más por su cama. Nina era especial.

Con decisión puso las manos bajo sus glúteos, la cogió por ellos y la elevó haciéndola enganchar las piernas en sus caderas.

Nina gimió de placer al sentirlo y se agarró con más fuerza a él.

El policía la llevó en esa posición hasta la pared cercana donde la apoyó y pudo de nuevo coger su rostro para besarla más profundamente.

—¡Bien! ¡Lo conseguí! —se oyó a Tommy gritar desde la habitación contigua.

Ambos pararon el beso con las respiraciones entrecortadas. Casi se les había olvidado que no estaban solos.

Sonrieron sin apartar la mirada el uno del otro.

—¿A qué hora se tiene que ir a la cama? —preguntó divertido.

—¿En media hora? —consultó Nina el reloj de la pared de la cocina mientras le dejaba un beso suave en los labios.

—En media hora —contestó con voz ronca, pensando en lo lento que iban a pasar esos treinta minutos y en si podría aguantar su deseo creciente de ella.

## CAPÍTULO 13

El camino hasta el hospital fue silencioso.

La inquietud de Nick no era visible, pero estaba ahí. En su respiración, agitada a veces y otras impresa en los suspiros que intentaba ocultar...

—Tranquilo, Brook. Ella es muy fuerte, ¿recuerdas? —lo alentó Salma, mirándolo de forma fugaz por el retrovisor del coche—. Ya está atendida y pronto saldrá de ahí.

El hombre la miró cogiendo aire.

—Sí, pronto saldrá del hospital, de aquella casa, pero ¿para qué? ¿Para que la maten? Porque al final lo conseguirá. Ese hijo de puta lo conseguirá...

—No lo permitiremos —aseguró Will, sentado junto a Nick en la parte trasera, sujetándose el vendaje casero con una mano. Debían curarle la herida. No podía demorarlo más.

Alex miró preocupado a su mujer. Nick llevaba mucho tiempo diciendo que Valeria sabía demasiado y, llegado el momento, querrían eliminarla.

Aún no estaba claro qué había sucedido en ese atentado y averiguarlo no iba a ser nada fácil.

El resto del trayecto lo hicieron en silencio.

Estacionaron el coche en un *parking* cercano a la puerta principal del hospital.

Entraron por separado. Primero Salma con Nick, como si fuesen una pareja intentando no llamar la atención.

Unos pasos por detrás, Alex y un herido Will que ocultaba su herida bajo una cazadora. Ambos vigilando la retaguardia. Atentos a cualquier amenaza.

JJ los esperaba en la zona de espera de las UCI en urgencias.

En cuanto los vio, les hizo una señal para que lo siguieran a una zona segura. Había puesto al tanto de la situación al médico que atendía a Valeria y había habilitado una habitación para que los soldados no levantasen sospechas.

—¿Cómo está? ¿Puedo verla? —preguntó Nick desesperado en cuanto entraron.

JJ sabía que así sería. Había intentado recopilar toda la información

posible para poder contestar.

—Tiene una conmoción. Aún no ha despertado, pero los médicos tienen buen pronóstico.

Nick soltó el aire que retenía en los pulmones. Era una buena noticia solo a medias.

—¿Puedo verla? —insistió.

A JJ le habían denegado la visita. Los médicos la vigilaban y aún no era la hora.

—No lo han autorizado —contestó con pesar.

La tensión que se creó en aquel momento en el diminuto cuarto, fue más que palpable.

El soldado deseaba otra respuesta, pero debía suponer que sería un claro y rotundo no. No era familia y no debía estar allí.

Salma cogió a Nick de la mano, intentado darle ánimos, aunque sabía que no se iría de allí sin intentarlo.

—¿Qué sabemos del atentado? —preguntó Alex tratando de concretar todo lo posible sobre lo ocurrido. JJ tenía información de primera mano.

—No está claro qué ha sucedido —comenzó dudoso. Había diferentes versiones y ninguna buena—. Nosotros hemos abandonado la zona cero en la primera ambulancia que ha llegado tras marcharse Nick y Will.

—Han sido dos explosiones —relató el Delta Force—. Iba en mi moto al encuentro del vehículo marcado. A pocos metros de interceptarlo, se ha detonado la primera carga. Parecía como si hubiese ocurrido en un vehículo cercano y no en el propio coche de Devereux, aunque tampoco iba tan centrado en ello como para estar seguro. Lo siento —se disculpó con pesar. Era un perfeccionista, pero en los últimos días le pesaba la situación. Alex asintió comprendiendo. Cuando se implicaban de forma personal, todo se percibía de forma diferente. La adrenalina no hervía del mismo modo. No afectaba igual—. La onda expansiva me desequilibró de la moto. En cuanto me repuse, la dejé y corrí en busca de Val. Venía hacia mí, pero antes de verme se detonó la segunda bomba.

—¿Nadie más salió de los vehículos? ¿Solo la señora Devereux? —preguntó Alex, extrañado por el dato.

A Nick no le gustaba escuchar ese apelativo cuando se referían a Valeria,

pero era la realidad. Aquel tipo estaba casado con ella, no él. Se centró en el tema que acontecía como pudo.

—En el intervalo en que dejé la moto e intercepté a Valeria en la segunda explosión, no vi nada más que a ella. Lo siento.

Alex asintió comprendiendo.

—Es raro, pero solo vimos a viandantes y guardaespaldas heridos, además de divisar a Val —dijo Will.

Alex y Salma se miraron extrañados.

—¿Ni rastro de Mark? —insistió la mujer.

—Nada.

—Habrá que conseguir imágenes de las cámaras de seguridad —apuntó el ex SEAL a su mujer.

—Será difícil. Usamos un inhibidor de frecuencia para evitar ser identificados —explicó Will.

—Siempre hay rastros en algún móvil o red social —apreció Salma—. Llamaré a Spy y Matt para que intercepten todo cuanto se cuelgue en la red sobre las explosiones. Quizá encontremos algo útil.

La mujer se alejó un poco del grupo sacando su móvil del bolsillo de la cazadora de cuero para hacer esa llamada.

—¿Qué noticias tienes del equipo de seguridad? —preguntó Nick a JJ.

—Ninguna. Muchos están heridos y han sido trasladados a diferentes hospitales o centros médicos para ser atendidos, dependiendo de su gravedad. Estamos dispersos y no hemos recibido instrucciones —relató, pensando en lo extraño de la situación según lo expresaba en voz alta.

—¿La familia Cross ha sido informada oficialmente? —se interesó por los padres de la herida. Estaba seguro de que ya les habría llegado la información por la prensa, pero ¿alguien les había llamado?

—Por mi parte, no. He creído conveniente hablar con usted y su equipo antes de realizar ningún movimiento. Tan solo he informado al agente James Taylor del FBI. Es el contacto que Nick dio a Valeria hace años para usarlo en caso de necesidad y lo activó hace tan solo unas horas. Tiene en custodia a su hijo, Tommy.

Alex miró al Delta Force esperando a que se explicara.

—Hace unos años me encontré con Valeria en Nueva York. La madre de

una buena amiga falleció, nos reunimos todos en el funeral y pasamos una semana juntos. —Cogió aire. Los recuerdos eran difíciles—. Yo ya tenía pruebas de que Devereux estaba metido en negocios turbios y que ella podría estar en peligro, pero no las suficientes como para que ningún Gobierno se atreviese a intervenir. Sus negocios son importantes para demasiados intereses. —Todos asintieron. A estas alturas, ya estaban al tanto de muchos de sus trapos sucios—. No quise que tuviera miedo, bueno al menos no más del que sé que él le provoca... Tenía que ofrecerle una salida de ese infierno personal. Su padre la presiona demasiado y no es tan fácil que pueda deshacerse de esta relación, aunque creáis lo contrario. —Paró un segundo para respirar y asumir sus palabras. No lo había dicho jamás en voz alta—. Es difícil de explicar y sé que mucho más de comprender, a mí me costó años, pero ahora que conozco parte de la trama, entiendo que su posición es muy complicada... Admiro su valentía... —Respiró un segundo, cerrando los ojos para mantener la emoción a raya. Los demás lo respetaron sin preguntas. Querían que soltase todo lo que necesitaba decir—. Intenté facilitarle una opción segura dándole los datos de contacto con el agente Taylor. Ella solo sabía que debía ir a una dirección. Jim le contaría el resto y llamaría al teléfono de seguridad de la base para avisarme de su visita e ir a buscarla adonde fuese necesario... La conozco y para ella su padre lo ha sido todo en la vida... Cuando nos separaron la destrozó, nos despedazó a ambos, pero descubrir esta trama, aunque es muy doloroso, sería el detonante para su huida —miró con fijeza a Alex. Sabía que entendería las palabras que diría a continuación como ningún otro allí presente—. Y sobre todas las cosas, quise que supiera que siempre estaría para ella... aunque me costase la vida.

Se derrumbó. No podía seguir diciendo nada más porque dolía tanto la verdad...

Salma, que había terminado de dar las instrucciones pertinentes a los chicos de la unidad a tiempo de escuchar el relato, a pesar de conocer muchos detalles que él había querido compartir con ella para pedirle consejo, solo pudo acercarse y abrazarlo. Comprendía tanto su dolor...

—Bien hecho, Brook —dijo Alex, con voz tocada. La emoción de su amigo y compañero, era también suya —. Ahora nos tiene a todos. No lo dudes.

JJ, que había escuchado por fin detalles sobre las motivaciones del militar, asintió a las palabras del ex SEAL comprendiendo.

Will, hombre de pocas palabras, tan solo le apretó el hombro. Hubiese hecho o dado cualquier cosa por las mujeres de su vida si hubiese tenido la oportunidad.

El silencio invadió el cuarto unos segundos.

Salma se apartó del hombre y le sonrió cómplice. Nick arrugó el ceño sin comprender.

—Ya sé cómo vas a entrar ahí —le dijo divertida. El soldado siguió con la vista el dedo que señalaba algo tras él.

Una bata de médico colgaba de una percha.

El hombre asintió con otro semblante.

Por fin podría verla.

## CAPÍTULO 14

Mark Devereux entró en un edificio a un kilómetro de la zona de la explosión, como si de un turista se tratara. Se había quitado la encorsetada chaqueta del traje para la cena, sustituyéndola por una cazadora de cuero negro y una gorra de béisbol. Uno de sus fieles protectores le había facilitado el atuendo junto con unas zapatillas deportivas de cuero.

El plan había funcionado casi a la perfección.

Casi porque Valeria se le había escapado de entre los dedos.

No estaba seguro de si había sido intuición, una decisión en el momento exacto o que el abuso al que la había sometido un rato antes en el salón de su casa había sobrepasado sus límites. Era consciente de que había sido brutal. No quería hacerlo, no era el plan, pero la rabia al ver el desprecio en su cara pudo con él.

Si no hubiese tomado ese par de *whiskys* por la tarde, quizá no se le hubiese ido tanto la mano... Ahora no paraba de darle vueltas a su estupidez.

Ella debía haber muerto en aquella explosión. Sabía demasiado y se acercaba peligrosamente a datos importantes, además de ser la heredera universal del imperio Cross. Era lista como un demonio, aunque quisiera aparentar que solo se dedicaba al cuidado del niño y poco más. No tenía pruebas, pero su actitud y esa mirada inquisitiva que a veces no podía esconder, a pesar de que lo intentaba con todas sus fuerzas, la delataban.

—¿Dónde está el coche? —preguntó, entrando al *parking* del centro comercial Príncipe Pío.

—Enseguida llegamos —contestó uno de los dos hombres que lo acompañaban como si fuesen tres amigos que habían salido a cenar y tomar unas cervezas, marchándose a otro sitio a seguir con la animada noche.

Las sirenas de la policía, bomberos y ambulancias no cesaban y, aunque la zona estaba muy vigilada, aún no se había activado un dispositivo lo suficientemente fuerte para cortarles el paso. La gente estaba en *shock*.

La segunda explosión había sido fuerte. Con la primera solo quisieron hacer una cortina de humo para la huida, pero con la segunda... Tenían que asegurarse de que dejaban las menos pistas posibles o al menos que tardaran

tiempo en analizar los restos humanos entre el amasijo provocado por la detonación, para determinar que él no estaba entre los fallecidos.

Habían dejado restos de ADN por todo el vehículo. Sangre, saliva, pero no encontrarían ninguno óseo y eso, al final, lo delataría, aunque tardarían en llegar a la conclusión.

Hacerse con todo el monopolio que papá Cross manejaba, no estaba siendo fácil. Tampoco ampliarlo, se cerraba en banda a nuevas expansiones de negocio usando los recursos ya adquiridos. Era una pérdida de dinero escandalosa que nunca entendería. Esperaba que, con la muerte de Valeria, el viejo se diese cuenta de cuán peligroso era no ceder ante ciertas peticiones.

Por su parte, su desaparición de cara a la galería, solo era un engaño para poder manejar a su antojo la mafia de la que era dueño, chantajeando desde las sombras a su querido suegro cuando llegase el momento, aunque estaba seguro de que en cuanto se enterase del atentado, ataría cabos.

—¿Quiere que la busquemos, señor? —dijo el más joven de los dos acompañantes, mientras abría el BMW X6 blanco que les esperaba.

Devereux montó atrás. Tenía los cristales tintados y nadie debía identificarlo, tampoco las cámaras de seguridad de hoteles, *parkings* o las de tráfico, por eso no se quitaba la gorra negra y la mantenía bien calada con la visera baja.

—De momento no. Debemos desaparecer. Habrá tiempo. Hay que aprovechar la confusión para huir. Todos pensarán que ha sido un atentado yihadista gracias a los chalecos explosivos que hemos usado para la detonación. No habrá preguntas. Nadie pregunta nada en este tipo de atentados y es la tapadera perfecta que necesitamos —declaró, muy seguro de que así sería y que la tendría de nuevo en cuanto pudiera ponerse a buscarla—. Es muy probable que esté herida. La deflagración fue en la dirección en la que ella escapó, pero no nos vamos a complicar buscando en los hospitales. Papá la delatará —afirmó, con media sonrisa maléfica.

Los otros dos hombres rieron asintiendo. Así sería tarde o temprano.

No se habló nada más en el vehículo hasta que llegaron al aeropuerto privado del que despacharía el avión que los esperaba. Era discreto y rápido. Justo lo que necesitaba.

Entraron en la pista de despegue, aparcaron el coche junto al aparato,



Mark salió de él con celeridad, subió los escasos peldaños de la escalerilla de embarque y entró con rapidez al interior.

Tomó asiento en uno de los amplios butacones de cuero mientras una azafata le dejaba un vaso sobre la pequeña mesa.

—Su *whisky*, señor. Despegamos en siete minutos —le informó de forma mecánica, aunque sin perder la sonrisa.

Devereux ni la miró y aunque ella no lo supiera, era lo mejor que le podía pasar.

## CAPÍTULO 15

Nick caminó por el pasillo que llevaba a la habitación de Valeria intentando conservar la calma.

La mantenían en una habitación con una sola cama, alejada del resto de enfermos para controlar al máximo quien rondaba a su alrededor.

Salma había conseguido otro uniforme de médico en una habitación contigua y lo acompañaba para cubrirlo.

Mientras tanto, Mac y Alex esperaban a que una enfermera acudiese a valorar la herida del francotirador y JJ vigilaba que el médico de verdad no descubriera al Delta Force.

—Cinco minutos, Nick o nos descubrirán —le susurró dándole una carpeta con el logotipo del hospital impreso, para que la tapadera fuese completa.

El hombre asintió mientras cogía el pomo de la puerta, pero su mano era incapaz de abrirlo.

Salma se puso delante de él con media sonrisa cómplice, colocó la mano sobre la suya y abrió.

—Gracias —susurró en un hilo de voz. Estaba muy asustado, casi más que cuando la rescató de la explosión. Entonces la adrenalina estaba en plena ebullición. Ahora, tras mucho tiempo dando vueltas a ese momento, no sabía cómo enfrentarse a él.

La espía le pasó la mano por la espalda animándolo a entrar. Nick levantó la vista del picaporte de la puerta.

Había una cama donde alguien permanecía tumbado, pero no le veía el rostro, lo tapaba una cortina de las que usan los médicos para quitar la vista de quien entrase al cuarto.

Cogió aire mientras caminaba hacia allí. Salma se mantenía en la puerta, con ella casi cerrada, observando los pasos del hombre.

Era muy duro ver como aquel valiente soldado que daría la vida en el frente por su país, por sus ideales, se desarmaba desecho en nervios ante quien amaba.

Guardando su intimidad, cerró la puerta con sigilo. Ojalá Valeria

despertara y lo viese, supiera que estaba a salvo, que nadie más le haría daño porque él había regresado.

Sonrió imaginando el momento, el rostro del soldado.

Nick cogió la cortina con la mano izquierda, intentando mantenerla firme y no temblorosa como ahora.

Con cuidado la retiró. Tenía mucho miedo a encontrarla llena de tubos, heridas y agujas.

No fue así.

Tan solo tenía algunas heridas en la cara. La habían limpiado quitando el rastro del tizne de la explosión.

Sonrió aliviado. Estaba igual de guapa que la última vez que se vieron. No dudaba que tan bella de corazón como lo fue siempre.

Ahora era madre. Tenía que descubrir esa parte de su vida. Ella siempre quiso tener hijos y él sabía que sería una gran mamá.

Le cogió la mano haciendo que su piel ardiera al contacto mientras se le aceleraba el corazón. Con la que quedaba libre, le acarició el rostro y el pelo, colocando un mechón de cabello sobre la almohada.

—Estoy aquí, Val. Estoy contigo —susurró, con la emoción instalada en la garganta. Las lágrimas cayeron por sus mejillas en una mezcla de tranquilidad al ver que todo iba bien, que estaba viva y solo necesitaba que despertara, mezclado con el peso de todo lo que había arrastrado este tiempo, el dolor, la impotencia, la rabia...

Durante unos minutos permaneció junto a ella sentado en la cama intentando calmarse, acariciando la piel de su mano, del brazo, del rostro, sintiendo su calor que le curaba poco a poco aquel estado de ánimo. Lo añoraba cada día desde que no estaban juntos, pero mucho más desde que se reencontraron en Nueva York tiempo atrás.

Aquella semana fue tan reveladora en tantos aspectos...

Recordó cómo por unos días recuperó a la única mujer que le hizo pensar que el amor existía en los tiempos de la universidad.

Se enamoró de ella otra vez. En realidad, nunca había dejado de estarlo, pero se había sumido en un letargo ante la situación a la que se veía sometido que le provocaba un vacío difícil de explicar. Luchaba por ella cada día, pero la vida y parte de su entorno, intentaban liberarlo de esos sentimientos de una

vez por todas, aunque sin éxito.

Tras el encuentro descubrió que no podía dejar de amarla de esa forma especial de los primeros tiempos en pareja.

Nunca supo si ese estado había subsistido porque los separaron, por la lucha a la que había sometido su vida para protegerla y llegar a estar juntos de nuevo, esa cruzada que o se la devolvería o lo mataría.

Salma abrió la puerta unos centímetros, los suficientes para meter la cabeza y hablar.

—Tenemos que irnos, Brook. Te prometo que volveremos —le dijo con pesar. Comprendía la dureza del momento.

El hombre asintió triste.

Estaba decepcionado. Tenía que haberla protegido mejor para no estar en aquella tesitura, pero llegados a este punto, esperaba que ya hubiese despertado, verse, poder hablar y decirle que nunca más se separaría de ella porque no lo soportaría de nuevo, jurarle que estaría a salvo, por fin.

Se levantó sintiendo el agotamiento de las últimas horas en cada músculo de su cuerpo.

—Volveré —le prometió en un susurró emocionado al oído.

Dejó un beso en su frente y se apartó un poco para contemplarla antes de marcharse.

No se pudo resistir. Sabía que no estaba bien. Él la respetaba sobre todas las cosas, pero ¿y si la vida no le daba la oportunidad de hacerlo otra vez?

—Nunca olvides que te quiero —dijo en un hilo de voz, casi ahogado por las lágrimas acumuladas en la garganta, antes de besar sus labios con cuidado por si desaparecía al hacerlo. Sabía que no lo escuchaba, pero necesitaba decírselo.

Sin pensar un minuto más, se incorporó con cuidado, corrió un poco la cortina como la había encontrado al llegar y cogió el pomo de la puerta dispuesto a salir.

## CAPÍTULO 16

Estaba mareada, tenía ganas de vomitar y el olor a humo y metralla metido en la nariz. Lleva tiempo perdida en su mente, no sabía cuánto.

Escuchaba murmullos, sonidos como si se sucediesen a muchos metros de ella, con una sensación de flotar que no había tenido nunca.

Confundida, intentaba salir de donde fuese que estaba.

No podía hablar.

No podía moverse.

Recordaba que un sonido muy fuerte anuló su audición, un estruendo. Su piel dolía, incluso se quemaba un poco tras él.

Después tiraron de ella cogiéndola del brazo derecho mientras corría, pero no fue un alivio, sintió como si un camión le pasara por encima y ya no recordaba nada más.

Ahora todo estaba oscuro. Solo percibía sensaciones extrañas, ruidos y malestar.

De repente, un resquicio de luz. Como si hubiesen encendido una linterna o una lámpara ante ella, pero solo unos segundos.

Al cabo de un corto tiempo, cosquillas en la piel. Era una sensación placentera. ¡Por fin algo que le diera paz a aquel desasosiego!

Ese tacto no era nuevo. Conocía a quien la estuviera acompañando.

Recordó a su marido, Mark y de nuevo entró en *shock*.

Su rostro muy cerca del suyo. La espalda contra la superficie dura y fría de la mesa donde la había violado antes de montar en aquel coche del que huyó... La rabia, la furia.

Intentaba coger aire.

Respirar.

Despertar.

No quería a aquel hombre cerca de ella nunca más.

Si no había muerto en la explosión, se encargaría de que lo hiciese lo antes posible. No sabía cómo, pero no volvería a ponerle una mano encima en su vida.

Entonces sintió de nuevo la caricia y supo con certeza que no era Mark

quien estaba allí.

Se tranquilizó.

Su cuerpo se relajó en paz.

Cogió aire de nuevo.

Quién fuese, estaba sobre ella.

Tocó sus labios.

Rozó la piel de su oreja y susurró algo que no entendía, pero que ya había escuchado antes.

El olor de aquella persona entró como un torrente en su nariz poniendo todo en su lugar.

Los mareos cesaron, entendió la frase, sintió el cosquilleo que le había dejado el beso en sus labios, cómo despertaba cada músculo, cómo revivía cada centímetro de ella.

Abrió los ojos.

Ya no estaba allí.

Se había ido. Solo quedaba una tela blanca.

Intentó hablar.

No podía.

Tenía que gritar, ¡hacer algo!

*Nick, no te vayas. No te vayas nunca más.*

—Nick —lo llamó con mucho esfuerzo.

## CAPÍTULO 17

Estaba bloqueado, congelado al escuchar su nombre en aquella voz que reconocía solo a medias.

Salma lo miró con una amplia sonrisa. Se mordió el labio nerviosa, emocionada por el reencuentro.

Nick la miró con semblante serio. Estaba asustado. Muy asustado.

¿Qué le diría? Había permitido que llegase hasta ese límite que casi le cuesta la vida. No se lo perdonaría jamás. Tenía que haber entrado en esa casa infranqueable de alguna forma y habérsela llevado lo más lejos que hubiese podido.

—Brook —lo llamó Salma de nuevo—. Está despierta. Ve. Yo te cubro un poco más —lo alentó, aunque por su rostro no estaba segura de que pudiese mover un músculo de su cuerpo.

El hombre la miró. Tenía la piel blanca, temblaba y apretaba los labios.

La espía le cogió del brazo y lo obligó a girarse en dirección a la cama dándole un empujón final apretando su espalda.

El soldado caminó hasta aquel lecho de hospital con la respiración entrecortada.

Descorrió la cortina con lentitud.

Valeria lo miraba con los ojos vidriosos.

Intentó respirar. Estaba despierta.

Se agachó hasta sentarse a su lado sobre el colchón. Cogió su rostro con las manos temblando como un flan, acercó su frente a la suya y soltó el aire que le quemaba mientras apretaba los músculos de la mandíbula intentado gestionar sus sentimientos encontrados. Dolor por verla en esa tesitura. Paz por tenerla con él de nuevo.

—Lo siento —le susurró emocionado. Era lo único que podía decirle—. Lo siento tanto, Val...

La mujer no podía creer lo que escuchaba.

¡Estaba viva! Y tras verlo allí, estaba segura de que fue su mano la que tiró de ella y la cubrió con su cuerpo en la explosión. También tenía rasguños en las manos y el rostro. ¡Le había salvado la vida!

Levantó los brazos colocándolos alrededor de su cuello. Se apoyó en ese agarre para incorporarse un poco. Él tiro de ella con cuidado, ayudándola hasta quedar sentada en la cama.

Nick sintió su caricia voluntaria y su cuerpo reaccionó entero.

Nada había cambiado.

Valeria buscó sus ojos. Tenía que mirarlo, tenía que ver lo que había allí cuando la escuchara.

El soldado fijó la mirada en la suya. Ambos emocionados, con los ojos llenos de lágrimas que aún no se habían derramado, pero estaban a punto.

—Me has salvado la vida. Siempre has estado a mi lado. No tengo nada que perdonarte —dijo con la voz tomada, hasta que las lágrimas se apoderaron de ella apagándola del todo.

No había mejor forma de demostrarle sus sentimientos que con un gesto.

Sin dudar, buscó su boca. Lo besó.

Lo había echado de menos, pero no fue consciente de cuánto hasta que lo hizo.

El teniente recibió el beso como el aire fresco que te despierta a primera hora de la mañana cuando sabes que el ataque se acerca, que los «malos» se te echarán encima en cualquier momento y tienes que disfrutar del amanecer por si es el último.

Acarició su cuello para sujetarla y profundizar más el acercamiento.

Nunca habían dejado de amarse.

Nunca.

Valeria se sintió viva en cuanto él la tocó.

No solo el latido del corazón y la sangre en nuestro cuerpo nos hace estarlo, el alma necesita su dosis de vida y para ella, la suya la tenía Nick. Si él no estaba cerca, estaba muerta. Solo Tommy había conseguido que no desistiera.

Para Nick, aquel beso fue la salida a su estado de ansiedad y confusión. No sabía qué iba a hacer. Sus últimos años habían estado enfocados a su protección en la distancia, ahora se cumplía su deseo de tenerla con él, o al menos en parte. Fue como si saliera de una niebla espesa, como si la mente se le abriera y clarificara al instante.

Se apartó de ella un poco para poder confirmar lo que sentía.



Estaba allí. Sonriéndole a pesar de la conmoción.

—Te quiero, Nick O’connor y nunca he olvidado que tú también me quieres, ni siquiera cuando te he odiado por estar lejos de mí.

El soldado cerró los ojos unos segundos procesando esas palabras tan bonitas y a la vez tan duras.

—Siento no haber luchado más por nosotros. Siento no haber ido a por ti. Me lo prohibiste, pero debería haberlo hecho.

—Muerto no ibas a solucionar mis problemas... —susurró, con un escalofrío recorriéndole el cuerpo solo de pensar un segundo que así fuera.

—Vivo tampoco he sabido —confesó abatido. Quedaba mucho por hacer para ser libres. Esto no era más que un episodio en aquella trama que se complicaba cada día.

—Yo creo que sí. Estás aquí. Estoy aquí —dijo con firmeza. Tosió un poco. La garganta le dolía. Nick le ofreció un poco de agua.

—Siento interrumpir, pero debemos irnos —susurró Salma acercándose a ellos.

—¿Iros? ¿Dónde vas? No puedes irte. Yo no quiero que te vayas... Me voy contigo —balbució Valeria muy nerviosa, intentando levantarse.

A Nick aquello lo pilló por sorpresa. Estaba muy asustada. Nunca la había visto así.

Miró a Salma pidiendo ayuda con la mirada.

—Tranquila, solo vamos a la habitación contigua. Nick no puede estar aquí. Si alguien lo viese...

Valeria comprendió. Aún no estaba a salvo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó intentado tranquilizarse.

—Su marido... —comenzó Salma, pero paró un segundo a pensar—. Señora Devereux, ¿por qué estaba fuera del coche cuando explotó? ¿Lo abandonó sola o con su marido?

Nick la miró alentándola a contestar.

—Es importante, Val. No sabemos qué ha sido de Mark.

La mujer comenzó a temblar aterrada.

—Pensé que había muerto —dijo en un hilo de voz.

El Delta Force cogió su rostro con dulzura intentando calmarla.

—Mi vida, no va a hacerte daño nunca más. Te lo juro. Te doy mi

palabra. Tendrá que matarme para acercarse a ti.

A Valeria aquellas palabras la reconfortaban porque sabía que eran ciertas, pero a la vez le daban pánico. Sabía que él daría su vida por ella. Siempre.

—Lo hará y a toda tu unidad —aseguró respirando con dificultad por la ansiedad—. Después vendrá a por mí y matará a Tommy solo para ver como la pena me destroza.

—Shhhh no digas eso. No, Val. Por favor, no sigas —rogó, recogiéndola contra su pecho en un abrazo protector.

Salma, que presenciaba la escena con mucha pena, comprendió que no se podía quedar sola. De alguna forma tenían que solucionarlo.

—No os mováis de aquí. Enseguida vengo. —Miró al soldado—. Echad el pestillo a la puerta. Daré tres toques lentos para que sepas que soy yo. No abras hasta entonces.

A Nick no le dio tiempo a contestar. La mujer se había ido. Hizo lo que le pidió y regresó junto a Val.

Tenía mucho miedo. Estaba muy nerviosa.

—Salma es una exespía, ¿sabes? Ella y su marido, uno de los mejores SEAL y de las mejores personas que he conocido, nos ayudarán. Ellos sabrán qué hacer. Tranquila.

Ella lo intentaba, pero conocía demasiado a Devereux y a su padre.

—¿Por qué ha dicho que no debías estar aquí?

—Imaginamos que tu padre vendrá de camino o al menos lo hará cuando se entere del atentado. No creo que sea muy buena idea que me vea rondándote. Él no sabe que te protejo a pesar de sus amenazas, ni que tengo a un equipo SEAL y a una agencia de seguridad apoyándome. Es mejor que siga siendo así. Tendremos ventaja.

Valeria lo miró comprendiendo.

Fue inevitable recordar el momento en el que se separaron, todo lo que le dijo entonces para alejarlo de ella antes de que le destrozase su carrera militar. Eso sería lo menos que le podía pasar.

—Siento todo el daño que te he causado, el dolor, el trabajo extra... Yo...

Nick cogió su rostro con dulzura para que lo mirase, mientras negaba con

un gesto de cabeza y una sonrisa en los labios.

—No lo sientas. Gracias a todo lo que he pasado y sufrido por culpa de tu padre y tu marido, me he hecho más fuerte, mejor soldado, más hábil, mejor persona... pero lo más importante, he comprendido lo que es el amor incondicional, he sabido qué hace años encontré a la mujer de mi vida y siempre lo será, aunque no pueda estar con ella. He encontrado la paciencia y serenidad suficientes para esperar el momento adecuado para tenerla, lo que es estar dispuesto a dar la vida por ello... —Paró un segundo para respirar. Lo necesitaba—. Ha hecho que me conozca mejor de lo que jamás hubiese podido hacerlo si mi camino hubiese sido diferente, para ser mi mejor versión para ti, si aún me quieres...

—¿Si aún te quiero? —preguntó con un nudo en la garganta causado por la emoción de aquella confesión. Una lágrima se deslizó por la mejilla—. Nunca he dejado de quererte, ni siquiera cuando te dije que te odiaba, ni cuando te grité que te fueras de mi vida y no volvieras a aparecer jamás... tampoco cuando te dije que te había engañado con Mark...

—Sé que no me engañaste con Mark ni con ningún otro hombre —susurró, limpiándole las lágrimas que ya inundaban sus ojos y le mojaban la piel del rostro.

—¿Lo sabías? ¿Cómo?

—Nunca has sabido mentir, mi amor. Tus palabras dolían, pero tus ojos, la forma de hablarme, los gestos, te delataban... no eras tú. —Paró de hablar unos segundos. Le dedicó media sonrisa seductora mientras colocaba un mechón de pelo tras la oreja—. No podía creerme lo que decías cuando la noche anterior me habías dicho que me amabas, cuando cada día hacías el amor conmigo, cuando estábamos tan enamorados como para casarnos en unas semanas en secreto. Estabas dispuesta a renunciar a tu cómoda vida, por una nómada, sin rumbo fijo, para acompañarme en mi carrera militar. —La miró con fijeza mientras se humedecía los labios—. Si no me amabas entonces, es que estabas loca.

Valeria, que había escuchado cada palabra sintiendo el amor que proyectaba su voz al relatar aquel discurso, sonrió entre lágrimas mientras Nick intentaba secarlas.

—Me alegro tanto de que lo supieras. No sabes cuánto... —Sollozó—.

Quería que te alejases para no hacerte sufrir más, que hicieras tu vida y te olvidases de lo que fuimos, pero cada noche rezaba porque no fuese así... rogaba que regresaras, te enfrentases a mi padre y me sacaras de allí. —Bajó la cabeza avergonzada.

—¿Por qué no me lo pediste? Me habría fugado contigo al fin del mundo si era lo que querías.

—Lo sé y también que nos encontrarían... Yo me casaría con Mark de todas formas y a ti te destrozaban la vida o te harían desaparecer. —Paró un momento para sosegarse. Dolía, como cuando sucedió—. Prefería sacrificarme y tener esperanza. No sabes lo fuerte que te puede hacer la esperanza, los sueños, saber que lo que deseas es posible... —No podía seguir por ahí o hablaría de más. Había cosas que era mejor guardarse para sí y no hacerle sufrir.

Nick rozó sus labios con la yema de los dedos. No quería pensar en lo que había supuesto aquel sacrificio, pero intuía que más de lo que ella le confesaría jamás.

Ya tuvo bastante cuando, durante su encuentro en Nueva York, intuyó el comportamiento nefasto de su marido con ella, así como el trato sexual al que la sometía.

Ella no era como antes, no decidía en la cama, tenía miedo a equivocarse cuando lo conocía a la perfección, sabía que con él era libre de hacer o pedir, siempre se habían compenetrado y disfrutado. Algo no iba bien entonces y por el miedo que veía en ella ahora, las cosas habían empeorado.

—Siempre has sido fuerte y valiente, decidida, segura, tenaz... Ahora tienes que serlo más que nunca —le pidió. No venían buenos tiempos, aún quedaba mucho por hacer y ella tenía que estar preparada—. No sé si podré quedarme contigo o tendré que dejarte en un lugar seguro. Es probable que no puedas salir del hospital. —El miedo la azotó al instante.

—No quiero separarme de ti. Ya no. Estás aquí y no quiero perderte otra vez.

Nick la acercó hasta él y la envolvió entre sus brazos.

—Yo tampoco —confesó—, es lo último que quiero hacer en este momento, pero quizá sea nuestra única opción para terminar con esto para siempre. Tienes que aguantar un poco más. Te prometo que siempre estaré

contigo de una forma u otra. Mis compañeros cuidarán de ti. No estarás sola.

La mujer asintió entre lágrimas. Tenía razón. Ahora que ella había dado el paso para salir de allí y tenían la oportunidad de olvidarse de aquella pesadilla, no lo podía estropear.

—Prométeme que no te arriesgarás más de lo necesario.

—Lo prometo —asintió.

—Necesito que me hagas un favor muy importante —pidió, deshaciendo el abrazo.

—Lo que necesites —ofreció.

Valeria lo miró con una tímida sonrisa.

—Tengo un hijo. Se llama Tommy —confesó en un susurró.

—Lo sé —afirmó Nick dulcificando el gesto. No quería que ella pensara que le suponía algún problema que fuese madre. No era así. Sabía que ahora tenía a alguien en su vida que estaba por encima de todas las cosas y lo asumía, aunque no hablara nunca de él. Dolía que no fuese suyo.

La mujer asintió comprendiendo. Se tranquilizó al ver que él trataba el tema con normalidad.

—Protégelo. Necesito saber que pase lo que pase, él estará bien. Si le sucediese algo... yo...

El soldado negó con la cabeza cogiendo su barbilla con ternura.

—Estará bien. Jim es muy buen agente, uno de los mejores. Nos ocuparemos de él y de tu amiga Nina. No te preocupes por eso.

Val cerró los ojos y cogió aire como si se hubiese quitado un gran peso de encima. Si algo le preocupaba era el pequeño. No sabía cómo iba a sacarlo de aquella situación.

Nick se acercó a su boca contemplando cada milímetro de su piel, su gesto... La quería tanto.

Dejó los labios sobre los suyos con calma. No quería avasallar. Estaba convaleciente, aún no la había visto ningún médico tras despertar y tampoco estaba seguro de que fuese lo que ella quería, a pesar de lo que se habían confesado.

Valeria sintió su boca en la suya y de nuevo fue como si despertara tras un viaje interestelar. Podía sentir como una nueva vida se intuía en la lejanía, una que añoraba, que soñó y perdió. La que deseaba.

Se cogió a su cuello enredando las manos en el pelo, acercándolo mientras abría la boca para que pudiese profundizar el beso.

Su lengua buscando la suya no tardó en entrar.

Se besaron con calma, como si necesitasen reconocerse otra vez, pero solo duró unos segundos. Valeria se aferró a él con seguridad. Por fin lo tenía, podía besarlo como imaginaba cada día, tocarlo, amarlo.

Nick sintió la impaciencia de Val, su respiración se aceleraba.

—Tiene que verte un médico. Espera. No sabemos si todo está bien...

No le dejó seguir.

—Lo sé, pero me siento fuerte, sana y estás aquí. Te deseo y no sé si tendré otra oportunidad de tenerte.

No estaba preparado para eso. Lo dejó bloqueado. Esperaba verla, hablar con ella, besarla...

Un golpe en la puerta. Dos golpes. Tres golpes.

La pareja se miró comprendiendo.

Se les había acabado el tiempo.

## CAPÍTULO 18

Robert Cross entró al hospital rodeado de prensa. Las cámaras de televisión se habían apostado en la puerta principal, a pesar de que JJ había intentado mantener el secreto de que Valeria Devereux estaba allí.

No hizo declaraciones, tan solo entró dentro del *lobby* hospitalario donde lo esperaban unos hombres con batas blancas.

Alex corrió hasta la habitación donde todos esperaban a que Nick regresara de ver a Valeria. Había bajado al *hall* para vigilar de cerca a los periodistas, cuando Matt lo avisó por radio de los movimientos exteriores mediante las imágenes que le facilitaba un dron que había activado para protegerlos lo máximo posible.

Entró con rapidez.

Salma y Mac hablaban con JJ.

—Robert Cross está aquí. Tenemos que sacar a Nick antes de que lo descubra.

Todos lo miraron preocupados.

—¿Qué hacemos con la mujer? —preguntó Mac sujetándose un apósito que se había puesto él mismo sobre la herida. Sangraba de nuevo.

—No nos la podemos llevar. Nos delataríamos. Además, tiene que verla un médico antes de moverla.

—Alex, Valeria no se quiere quedar aquí. No sabes el pánico que tiene a volver a casa.

—¿Qué le ha hecho ese tipo? —preguntó preocupado.

—Mejor que no lo sepas —susurró el policía infiltrado. Todos lo miraron inquisitivamente. Negó con la cabeza bajando la vista al suelo, chasqueó la lengua y los miró de nuevo—. No sé cómo esa mujer ha sobrevivido a las vejaciones de ese tipo. Es fuerte como un roble y tiene una determinación increíble. Es la única explicación que le encuentro. Tenéis que sacarla de ahí ya porque después de esto, no creo que sobreviva más tiempo sola.

—¿Lo sabe Brook? —preguntó Alex preocupado.

—No. Nunca le conté cómo se comportaba Devereux con ella. Sabía que,

si lo hacía, podía cometer una locura. No sé si me lo perdonará algún día, yo no creo que lo haga...

Salma tocó el hombro de JJ.

—Seguro que lo comprenderá —lo animó.

Mac miró el apósito que tenía entre las manos. Sangraba más.

—Tenemos que movernos. Necesito alguien que me cure esto. ¿Hay sitio para alguien más en su habitación? —preguntó intentado encontrar una solución. Salma asintió—. Pues en marcha.

Todos salieron de aquel cuarto en dirección al de la mujer. Tenían que moverse rápido.

JJ fue a buscar al médico que había mantenido a Val escondida.

Lo encontró en una sala contigua revisando unos papeles.

—Señor, necesito que me ayude a proteger a Valeria Devereux.

El médico lo miró sin extrañarle ni una palabra. Aquellos policías y militares no estaban allí solo de visita, lo supo desde el minuto uno. Todo era raro alrededor de esa mujer y las cosas parecía que se complicaban.

—Creo que no tengo elección, ¿verdad? —El policía negó con la cabeza—. Dígame qué necesita.

—Una cama contigua a la de la mujer y que allí atiendan al soldado herido. Es la única forma que tenemos de vigilar sin llamar la atención.

—Hecho —cedió. Era mejor que ellos tomasen el control con su consentimiento que sin él. De una forma u otra, es lo que iba a pasar y mejor que fuese por las buenas.

—Tenemos que ir rápido. El señor Cross está en el edificio y Nick tiene que salir de esa habitación ya.

Los dos hombres salieron de inmediato de aquel cuarto en dirección a la habitación.



Nick escuchó los golpes en la puerta y, aunque estaba feliz de besar a Val, de que lo deseara, su instinto lo puso alerta.

Valeria comprendió que no había más tiempo. A partir de ahora el reloj



corría en su contra.

Deshicieron el beso.

—Lo siento —se disculpó el soldado. Sentía rabia por la situación, pero no por la interrupción.

No es que no la deseara, nada más lejos de la realidad, es que no quería que fuese así. Después de tanto tiempo esperando aquel momento, se lo había imaginado de mil formas diferentes, pero ninguna en una habitación de hospital y con prisas.

—Estás aquí. No me has abandonado. Eso es lo único que realmente necesito y me importa.

Nick dejó un rápido beso en sus labios antes de levantarse para abrir la puerta.

En cuanto lo hizo, Alex, Mac y Salma entraron a toda velocidad.

—Tenemos una idea —dijo la mujer—. En cuanto venga JJ con el médico, estará todo solucionado.

Otros tres golpes sonaron en la puerta. La espía abrió.

JJ y el médico entraron.

—Coloquen esa cama aquí. Así —les dijo el médico con premura guiándolos con un movimiento de la mano.

Los soldados hicieron lo que les pedían, mientras Salma ayudaba a Valeria a acomodarse en la cama.

—Tu padre viene hacia aquí. El doctor no va a permitir tu alta de momento para que no te lleven a ningún sitio donde no podamos estar contigo —Valeria asintió—. Mac te protegerá y JJ se queda acompañándote de momento. Es uno de los guardaespaldas de tu marido, pero en realidad es un policía infiltrado. Puedes confiar en él. Es amigo de Nick, bueno de todos —añadió, mientras los soldados asentían. JJ los miró agradecido.

—Siento no haber podido decírselo antes, señora. Espero que lo comprenda —se disculpó. Valeria entendió que él había visto y escuchado muchas cosas de las que le habían sucedido en aquella mansión. Asintió mirándolo con fijeza. Él pronunció un lo siento sin voz que ella leyó en sus labios a la perfección. Asintió de nuevo con emoción. Bajó la cabeza.

Nick miró al policía, pero este ya no decía nada. Cambió la mirada a Val. Continuaba con la cabeza baja.

Se quedó pensativo especulando con lo que aquel hombre sabía y a ella afectaba tanto.

No sabía si quería saberlo. Tenía que estar lo más lúcido posible en aquellos momentos.

—Señora, soy el doctor Escribano. La atendí a su llegada. Ya veo que ha despertado y eso es muy buena señal. Ahora le haré una revisión y un escáner. Necesitamos asegurarnos de que todo va bien —la mujer asintió—. Por otro lado, sea el que sea su estado, no le daré el alta hasta que los soldados puedan garantizar su seguridad fuera de este recinto. Hemos acondicionado la habitación para acomodar a su compañero y guardaespaldas. —Mac saludó sentado en la cama contigua—. Lo habitual es tener compañía femenina, pero diremos que el hospital está saturado.

—Mi padre querrá trasladarme a una clínica privada —aseguró con pesar—. Les agradezco el esfuerzo que están haciendo, pero no funcionará. Me tienen que sacar de aquí.

Todos se miraron entre sí.

Tenía razón. Un hombre como el señor Cross pondría todo lo que estuviese en su mano para ello.

—Simula que no te has despertado y que el doctor no autorice ningún traslado hasta que recobres la conciencia. Así ganaremos tiempo para preparar tu desaparición.

Todos miraron a Nick. Su idea era muy buena.

Valeria le sonrió.

—No tardes. Se me da muy mal mentir —repitió sus palabras de un rato antes.

El teniente sonrió cómplice.

—Lo prometo. Mac y JJ cuidarán de ti mientras regreso.

—Debes irte ya o te van a ver —le recordó el herido.

Salma y Alex asintieron. Debían irse.

—Estaremos en contacto, ¿de acuerdo? —dijo Alex, mirando a su francotirador—. Que te curen mientras tanto. Nosotros vamos a hablar con el coronel Summers y buscaremos un lugar seguro donde llevarte. No tengas miedo.

Valeria asintió agradecida.

Nick se aproximó hasta ella, acarició su rostro con media sonrisa y besó sus labios.

—Nunca olvides que te quiero —le susurró, antes de separarse de ella.

—Tu tampoco Nick O'connor. Nunca.

Salma y Alex se cogieron de la mano mientras los escuchaban.

Mac bajó la vista.

JJ y el doctor mantuvieron el tipo.

Esperaban que el plan saliera bien. Se jugaban mucho.

## CAPÍTULO 19

Nick abandonó el hospital con esperanza. Quizá había una solución para todo aquello. Quizá no iban a morir.

Entró en la base de Torrejón junto a Salma y Alex en busca del coronel Summers.

Todo el equipo los esperaba en la sala de mando.

En cuanto el Delta puso un pie en ella, Spy, Hunter, Sugar y Warrick se acercaron para darle la bienvenida y felicitarlo.

El coronel esperó en un segundo plano. En cuanto todos regresaron a sus puestos, ambos se miraron.

—Enhorabuena, hijo. Me alegro mucho de que tu mujer esté bien y hayas llegado a tiempo, a pesar de que todo estaba en contra.

—Gracias, señor.

—Sabes que esto no se ha acabado, ¿verdad?

—Acaba de empezar, señor —afirmó cogiendo aire.

—Vamos a ayudarte, Brook. Val estará bien —aseguro el jefe al mando.

—¡Hoo-Yah! —pronunciaron su grito de guerra todos los SEAL al unísono.

Nick no era un SEAL, era un Delta Force, pero no pudo contener las lágrimas al escucharlos.

La tensión acumulada era insoportable a estas alturas. No lo pudo reprimir.

Salma se pasó la yema de los dedos por las mejillas para secar las suyas.

Asistir a aquel momento era sobrecogedor.

Una vez más aquellos hombres estaban dispuestos a morir para ayudar a un compañero. Sin órdenes del Gobierno, de ninguna agencia secreta, ni mandos militares, solo porque lo necesitaba un hermano de armas.

Los admiraba cada día más.

—Nick, no somos un equipo, somos una familia. Si logramos ayudar a Salma y salvar a Alex de la amenaza que sometía su vida, podremos hacerlo contigo —aseguró el coronel.

Tras unos segundos en los que todo el mundo lidió con las emociones, Alex habló. Había que ponerse en marcha.

—Hemos dejado allí a Mac con JJ. Esperemos que todo vaya bien y sea suficiente hasta que dibujemos un plan de vigilancia, evacuación y protección.

—Lo que tenemos que pensar es qué vamos a hacer cuando le den el alta —expuso Nick.

—De momento la traeremos aquí. Pasamos la mayor parte del día en la base y es el lugar más seguro de la ciudad en este momento.

El Delta asintió. Tenían razón.

—Además, tú casi no vives fuera de este recinto. Te pasas la vida trabajando. No tienes tu casa preparada para protegerla —explicó Alex—. De todas formas, tenemos la de Salma por si fuera necesario.

—La base está bien —afirmó el soldado. No quería implicarlos más de lo necesario. Hacían más que suficiente por ellos ayudándolos a sobrevivir—. Gracias a todos por lo que hacéis por ella. Significa mucho para mí.

Todos asintieron.

No era una cuestión de ayudarse sin más, eran hermanos, se protegían en el frente, ¿cómo no iban a hacerlo en la vida? Esto era aún más importante que la guerra o una misión. Los soldados dependían de su estabilidad.

En condiciones normales, eran capaces de dejar a un lado su vida personal cuando se subían al transporte camino de la misión encomendada pero, a veces, la situación era extrema como en su caso y comenzaba a hacer mella en su desarrollo profesional. Tenían que atajar el problema cuanto antes para sobrevivir, él y todos los que lo rodeaban.

En el plano personal... Los hermanos están para ayudarse y apoyarse. Eso hacían entre ellos. Cuando uno entraba a formar parte de la familia, lo hacía para lo bueno y para lo malo.

Él ya era uno más.



Mientras tanto, Mac esperaba a que lo curasen en el hospital.

Un médico había pasado a verlo. La herida era limpia y a pesar de lo aparatoso del sangrado, solo necesitaba una buena cura y sutura.

—Parece que no es grave. Me alegro por usted —afirmó Valeria,

intentando entablar conversación con aquel soldado que habían dejado en su habitación para vigilarla de cerca.

El soldado asintió sin sonreír. La mujer era lista y estaba seguro de que no se lo tomaría a mal. Parecía haberse dado cuenta de su carácter callado y reservado.

—Me tienen que curar, pero he pedido que sea aquí. No quiero perderla de vista.

—También estará JJ. Puedes estar tranquilo.

Mac la miró entrecerrando los ojos. No iba a alejarse de ella más de lo que estaba en esa habitación. Ni hablar.

—Ese hombre depende de su marido o de su padre a efectos prácticos y no me gusta, a pesar de su buena disposición. Debo estar aquí. Si los desobedece, se puede delatar y perderemos el contacto. No nos lo podemos permitir en un momento tan delicado.

Valeria asintió. Comprendía que todo estaba llegando a un extremo difícil de resolver. Cuanto más juntos estuviesen, mejor.

—Gracias por su protección.

—Es mi trabajo, señora.

Asintió sonriéndole. Lo sabía, pero aun así estaba agradecida y se lo quería decir.

Mac imitó el gesto, pero no sonrió.

Val pensó que su historia debía ser como poco triste y difícil.

Tres toques a la puerta los alertaron de que alguien llegaba.

Estaba claro que no era el señor Cross. Aquella era la señal que avisaba de que entraba alguien del equipo o implicado en la misión y la situación, pero aun así, ella se metió en la cama y cerró los ojos. Nadie debía saber que había despertado.

—Buenas noches, dijo una mujer entrando a la habitación con una bandeja llena de todo lo necesario para la cura de Mac.

En cuanto el hombre escuchó su voz, palideció.

¿Qué hacía ella allí?

## CAPÍTULO 20

A Victoria le tembló la bandeja entre las manos en cuanto lo vio sentado en la cama, pero fue capaz de sostenerla lo suficiente para que no cayera todo el material médico por el suelo de la habitación.

—¿Will? —preguntó aun conociendo la respuesta. El soldado asintió—. ¿Estás bien? —insistió preocupada, aunque intentó no mostrar demasiado ese sentimiento.

—Es solo un rasguño. No te preocupes —dijo, procurando no mirarla a los ojos.

La mujer, más tranquila, se acercó con seguridad. Dejó la bandeja sobre la mesa auxiliar próxima a la cama y enseguida se colocó unos guantes de nitrilo que había en ella.

Se giró para proceder.

Aún estaba vestido.

Le dio la espalda unos segundos para recoger unas tijeras del material y poder respirar hondo.

Aquel hombre tenía algo que la atraía. La cercanía de aquella cura no iba a ayudar a olvidar ese sentimiento.

—Vamos allá —susurró para sí antes de girarse para enfrentarse a la situación.

El corazón se le aceleró sin control cuando lo miró dispuesta a explicarle cómo iba a actuar.

Sus miradas se cruzaron.

—Tengo que... —balbuceó más que decir, señalando la camiseta.

—Córtalo. Adelante —la animó al comprender lo que iba a hacer.

Victoria cogió la tela de la camiseta entre los dedos para dejar tirante el tejido. Cortó muy despacio, con cuidado de no rozar la piel desde el borde de la cintura en ascenso hasta el cuello.

El tejido se abrió.

Se quedó bloqueada al descubrir lo que escondía aquel torso.

No era solo músculo fuerte como el acero, allí había muchas heridas y de las que suponen más que unos cuantos puntos.

Lo miró a los ojos asustada.

El soldado sabía lo que acababa de descubrir. Esperó unos segundos a que lo procesara antes de hablar.

—Ser militar implica contratiempos —comentó sin más explicaciones.

—Graves contratiempos —susurró la enfermera, impactada por lo que leía en su cuerpo.

—Al parecer, no lo suficiente. Sigo vivo —contestó el hombre. Durante mucho tiempo había buscado la muerte o, para ser más suaves, digamos que no le interesaba esquivarla, pero no había conseguido su objetivo.

Victoria no supo qué contestar.

Su actitud arisca y solitaria denotaba una situación personal complicada, lo había comprobado en el bar donde lo vio la primera vez, pero aquel comentario tan demoledor, no dejaba lugar a dudas.

Decidió darse la vuelta para continuar con la cura. Debía limpiar muy bien toda la zona. Quizá era mejor seguir con el trabajo y no hacer más preguntas.

Valeria, tumbada en su cama, asistía a la escena en silencio sepulcral. Era mejor quedarse quietecita, entreabrir los ojos para espiarlos y escuchar. Los silencios y los gestos decían más que las palabras entre aquellos dos. Sobre todo en él.

Con cuidado, la enfermera comenzó a limpiar la herida.

Mac gruñó apartando ligeramente la piel de aquel líquido infernal que escocía y quemaba. Solo fue un acto reflejo, pero suficiente para alertar a Victoria.

—Lo siento —se disculpó la sanitaria, apartando el apósito.

—Es solo la sensación. Sigue —ordenó, mirando a la cama de Val para no mirar a Victoria. Parecía dormida, pero sabía que no era así.

Victoria se afanó en su labor. Era lo mejor, pero la curiosidad era imparable.

—¿Cómo te lo has hecho? —preguntó tras unos segundos mordiéndose la lengua. No era una herida de las que acostumbraban a curar en el hospital.

—Un disparo. Por suerte no tenían muy buena puntería. Solo es un rasguño.

Victoria sonrió. Había sangrado mucho, pero era cierto que era una



herida leve. La piel estaba abierta y algo quemada por el proyectil. Necesitaría puntos, pero nada más.

—Eso parece. Me alegro de que así fuera. Además, parece bastante limpia. ¿Te han hecho alguna cura?

—Sí. Salma me hizo la primera cura de emergencia en cuanto entré en el helicóptero. —La enfermera lo miró con los ojos muy abiertos. Will sonrió con timidez antes de explicarle nada más. Raro en él. Quizá ayudaba saber que no estaba acostumbrada a la vida de los soldados y él había olvidado cómo contar lo que le había pasado en el trabajo. Se aclaró la voz antes de continuar —. Nos rodearon. Intentábamos entrar en el transporte para salir de allí, cuando me dispararon. La mujer que me curó es quien os presentó al grupo en el bar. Ella es la piloto, pero antes de sacarnos de aquella ratonera, me curó para evitar una infección. Tenemos formación médica. Deberíamos tener un médico en el equipo, pero con los recortes del Gobierno, no nos lo han asignado.

Mac no le quitaba los ojos de encima mientras le contaba lo sucedido. No sabía por qué lo hacía, solo que estaba a gusto con ella, a pesar de querer evitar el acercamiento horas antes.

Quizá su discreción y prudencia a la hora de hablar o preguntar, era lo que más le gustaba.

—Pues deberían —dijo tajante—. La vida de las personas debería estar por encima de la crisis económica y los presupuestos de los estados. No debería estar en manos de un político decidir qué equipo militar tiene más posibilidades de vivir o morir. Todos deberían tener las mismas.

Sus manos rozaron la piel alrededor de la herida.

La sensación, el cosquilleo que le provocó junto que esa defensa, lo dejó en *shock*. Completaba lo que sentía y hacía mucho que no le sucedía. Mucho.

La enfermera continuó su cura intentado no ponerse más nerviosa de lo que estaba. La cercanía y seguridad que emanaba de cada uno de sus gestos y alientos tan masculinos, unidos al relato de lo sucedido, los provocaban.

El silencio no era incómodo, al contrario, pero a Vicky la alteraba más.

—Te fuiste muy pronto del bar el otro día —dijo, intentando romper el hielo con otro tema más amable y acercarse un poco a él.

—Sí —contestó escueto—. No me gusta mucho salir.

—A mí tampoco, pero las chicas insistieron.

Mac sonrió comprensivo.

—Los chicos también —añadió. Sus miradas se cruzaron. Se sonrieron —¿También son enfermeras?

—No. Son mis amigas de toda la vida. Una parte de nuestras vidas es diferente. Así tenemos más cosas de las que hablar. Sería muy aburrido si todas hablásemos de enfermería, ¿no crees? —soltó la parrafada sin apenas respirar. La lengua se le había soltado en un intento de mantener a raya su atracción por aquel soldado.

A Will le gustó conocer esos detalles.

Que mantuviera su círculo de amistades solo hablaba de lealtad y amor.

En los tiempos que corren, es raro verlo. Además, que se decidiera a hablar, le ponía las cosas más fáciles. Él no era nada charlatán, prefería escuchar.

—Te entiendo. Mi familia es el ejército, mis hermanos mis compañeros y a veces se echa de menos no tener a alguien fuera de nuestro mundo con quien ver la realidad —confesó por sorpresa. Aquella mujer le hacía parecer levemente la sombra de lo que fue con su mujer.

—¿No tienes familia? —preguntó, terminando de limpiar la herida dispuesta a comenzar con la sutura.

Mac la miró unos segundos.

No hablaba de ellos.

No hablaba de nada que tuviera que ver con lo que les sucedió, ni siquiera con los psicólogos. Se negó y todo el mundo lo respetó, pero ella...

Había algo que hacía que no le molestase que le preguntara.

—La tuve —dijo escueto, con la mirada fija en la suya. No fue capaz de ir más allá.

Victoria comprendió que tenía razón en lo que pensaba sobre él. Algo terrible les sucedió.

—Entiendo —susurró, observando la emoción contenida de aquella mirada, el dolor, la tristeza... Estaba solo—. Voy a coser la herida, ¿vale? Después podrás irte. No es grave.

Will asintió comprendiendo mientras recuperaba la compostura.

—Me quedaré aquí esta noche. Tengo que protegerla —explicó,

señalando la cama de Valeria.

Vicky miró hacia el otro lado de la habitación con el ceño fruncido.

—¿No es la hija de Cross? ¿El diplomático? ¿La que ha sufrido un atentado? —preguntó al ver su rostro.

—Sí. Es ella. Está en peligro y todo el que esté a su alrededor también lo estará. Debes terminar tu trabajo lo antes posible y marcharte de aquí.

La enfermera comprendió.

—Tú también lo estarás. —Fueron sus palabras.

El hombre se sorprendió.

Lo habitual sería que se asustase o huyera, que pensase en su propia seguridad, no en la de él.

—No te preocupes por mí.

—Tengo que hacerlo. Eres mi paciente —le replicó contundente.

Valeria sonrió en la otra cama. Le gustaba esa mujer que ponía contra las cuerdas al hombretón que se parecía a lo que recordaba de Nick, tanto que tenía la sensación de estar ante él.

La enfermera escuchó su risa y se giró.

—¿Está despierta? —preguntó sorprendida. Nadie se lo había comunicado.

Mac miró a la mujer tumbada que abría los ojos mientras negaba con la cabeza nada de acuerdo con que se descubriera.

—Estoy despierta, pero nadie puede saberlo —confesó la implicada.

La enfermera se levantó como un resorte para acudir a su lado.

Le tomó la temperatura con la mano y las pulsaciones a la antigua usanza.

—Parece que estás bien. ¿Cuánto tiempo estarás aquí? ¿Te han dicho algo los médicos? —preguntó, mirando la carpeta que había colgada de los pies de la cama.

—Tienen que hacerme algunas pruebas. Si todo está bien, imagino que me dejarán salir de aquí.

Victoria se giró para mirar al soldado.

—Si está en peligro, ¿dónde irá?

Will miró a ambas mujeres. Tendría que lidiar con las dos.

—No lo sé aún. Espero órdenes. Supongo que estarán ideando un plan de seguridad, un escondite y determinando su escolta. Hay que averiguar la

amenaza inminente. Los chicos están en ello —aseguró el hombre—. Ahora debes acabar con esto —declaró, señalando su herida— y salir de aquí. Su padre no va a tardar mucho en llegar. Tiene que pensar que está inconsciente. Debes salir de esta habitación lo antes posible y no volver.

—Te he dicho que eres mi paciente. Yo decido —declaró, contestando solo a esa parte de todo lo que le había contado.

Se retaron con la mirada.

Mac decidió que era mejor guardar silencio y no discutir. Llegado el momento la obligaría a marcharse.

La enfermera ayudó a Valeria a acomodarse de nuevo en su papel y regresó con su paciente más testarudo.

—Terminemos con esto —susurró, regresando a la sutura.

Valeria los miraba desde su posición. En cualquier momento esa puerta se abriría y entraría su padre. Esperaba que su visita fuese muy corta y no pusiera problemas.

Tenía que ir con Nick.

Él era su única salvación posible.

## CAPÍTULO 21

Robert Cross escuchaba a aquel médico hablar con la mente en otro lugar. ¿Cómo habían llegado a esto? Aquel malnacido de Devereux casi mata a su pequeña, no le cabía la menor duda.

Ella era su objetivo. Valeria sabía demasiado y aquel cabrón no lo podía asumir. Tarde o temprano todo se sabría y ella tendría pruebas para encarcelarlo para el resto de sus días.

Una cosa era casarla con él para asegurar el provenir de la familia y sus negocios y otro lo que había sucedido de un tiempo a esta parte, hasta llegar al atentado de unas horas antes.

Aquel tipo lleva tiempo siendo incontrolable, no atendía a razones ni personales ni en el negocio que se traían entre manos. Lo quería contaminar, diversificar para cometidos aún peores y su oposición al respecto solo tenía un fin, el peligro que corría su familia o mejor dicho su hija.

—Está estable, pero debemos realizarle unas pruebas para determinar el alcance de las lesiones —escuchaba al médico.

—Pero no le alcanzó la explosión de lleno, ¿o sí? —preguntó el padre agobiado por las circunstancias.

—No, pero la onda expansiva es igual de peligrosa. Para que usted lo entienda, es como si la arrollaran y eso le causo un *shock* que le hizo perder la conciencia. Esperamos que salga de ello pronto, pero de momento es mejor que permanezca aquí bajo vigilancia.

—¿Puedo trasladarla a casa o a una clínica privada? Me gustaría protegerla lo máximo posible de la prensa —declaró nervioso—. ¿Ha visto la puerta del hospital? Es de locos.

—Sí, lo he visto, pero no tienen acceso al recinto hospitalario. Por eso no debe preocuparse —informó con astucia—. Lo mejor es moverla lo menos posible mientras siga inconsciente, o al menos hasta saber los resultados de las pruebas.

Robert gruñó en desacuerdo con lo que escuchaba. A Malena no le iba a gustar. Él solo pensaba en que allí estaba expuesta a su marido. En cualquier momento podía aparecer uno de sus fieles miembros de seguridad y acabar

con ella sin que nadie se percatase.

—Tiene que entender que todo el mundo sabe dónde está. El nombre de este maldito hospital está apareciendo en todos los informativos nacionales e internacionales y es un riesgo para su vida. Si alguien ha intentado acabar con mi hija y su esposo, ya sabe dónde buscar —expuso alterado, mencionando a su yerno para no levantar sospechas.

—Lo entiendo, pero al menos déjeme hacer un par de pruebas para determinar el alcance de las posibles lesiones y, si todo sale bien, le daré permiso para su traslado y una guía con las condiciones necesarias para su cuidado.

Robert asintió. La seguridad de Valeria era muy importante, pero su bienestar era crucial.

—De acuerdo. Haga esas pruebas y en cuanto sea seguro sacarla de aquí, me la llevaré.

El doctor asintió.

—Me pondré a ello enseguida. En cuanto tenga los resultados, lo llamaré.

—¿Puedo verla? —preguntó con timidez. El médico se extrañó del tono empleado, las formas comedidas contrarias a su comportamiento anterior pero, sobre todo, de que hubiese dejado esa petición para el último lugar.

—Sí, señor. Por supuesto. Si me sigue, lo llevaré hasta ella.

Ambos hombres caminaron por los pasillos del hospital en silencio, seguidos de un grupo de tres hombres unos pasos por detrás de ellos.

El doctor miró de soslayo un par de veces. Desde luego no le gustaría verse en problemas con ellos. No ocultaban sus armas en demasía, dispuestos a usarlas.

Ante la puerta de la habitación estaba JJ.

El médico lo saludó con un gesto de cabeza. El señor Cross lo miró con el ceño fruncido. Se paró ante él.

—Usted es uno de los escoltas de Mark, ¿verdad? —preguntó con seriedad. El policía asintió—. No quiero verlo más por aquí. Mis hombres toman el relevo.

JJ intuía algo parecido y se había adelantado a esa situación.

—En realidad no soy escolta del señor Devereux sino de la señora Devereux —puntualizó. Había hablado con Valeria de ello minutos antes.

—¿Desde cuándo? —preguntó el padre con gesto altivo.

—Desde esta misma mañana en que su hija me pidió que fuese su sombra. Siento no haber podido salvarla a tiempo. Hice todo lo posible.

Ambos hombres se midieron con la mirada durante unos segundos ante el médico que asistía al reto sin decir palabra. Conocía los planes de los soldados que habían venido a velar por su seguridad, aquel policía pertenecía al dispositivo asignado.

—Entonces... Ella debía saber que estaba en peligro... —susurró pensativo apartando la mirada.

—Creo que nunca ha estado a salvo, señor —apreció el policía infiltrado.

Robert Cross apretó la mandíbula. Bien lo sabía él.

Echó una mirada al médico que, con un gesto de la mano, lo invitó a abrir la puerta para que entrara a la habitación. Lo hizo sin prestar más atención al guardaespaldas.



Victoria terminaba de suturar la herida de Will cuando escucharon una voz fuera de la habitación. A continuación, como JJ le contestó.

—Es él —susurró Mac a la enfermera y a Valeria—. ¿Estáis preparadas?  
—Ambas asintieron—. *OK*

La puerta se abrió.

Robert Cross entró en la habitación directo a la cama donde su hija estaba tumbada.

Miró de soslayo a Will y la enfermera que lo curaba.

—¿Por qué hay otro paciente? Pensé que la tendrían aislada.

—No hay otro lugar disponible. Además, pensamos que, si la escondíamos de más, llamaría la atención.

El diplomático asintió más o menos convencido.

Se paró ante la cama.

Durante unos segundos, la contempló. Nadie lo miraba. Nadie estaba atento a él.

¿Cómo podían haber llegado a aquello?  
Respiró tranquilo al ver que ella lo hacía.

Su pequeña...

—¿Cuándo hará esas pruebas? —preguntó, tras aclararse la garganta para arrastrar la emoción.

—En cuanto nos avisen de que la resonancia magnética está libre.

—De acuerdo, avísenme cuando tenga los resultados.

Sin más palabras, ni una caricia o acercamiento, Cross se dio media vuelta, abrió la puerta de la habitación y salió de allí sin apenas despedirse.

Valeria, que no había querido ni siquiera entreabrir los ojos un poco para ver la cara de su padre, aguantó con valentía.

Hubo un tiempo en que lo conocía tanto que era capaz de traducir su estado de ánimo solo por su forma de respirar, de hablar, de estar.

Intuía que aquella situación no la esperaba. Desde hacía tiempo, pensaba que todo a su alrededor se estaba desmoronando y quizá no se equivocaba.

Cuando escuchó el clic de la puerta, una lágrima se deslizó por su mejilla. Era muy duro que el trato con tus padres fuera tan lejano cuando en su infancia parecía cariñoso.

Victoria y Will habían asistido en silencio a la escena.

Aquel hombre se había comportado con frialdad. No había cogido su mano o acariciado su mejilla, gestos que cualquier padre tendrían con sus hijos, a cualquier edad, en una circunstancia similar.

La enfermera, que ya había terminado de tapan la herida tras los puntos, miró al soldado.

—Puedes vestirte —le dijo dejando el material de curas recogido en la bandeja.

Sin más palabras se acercó a Valeria.

—¿Estás bien? —preguntó sentándose en la cama junto a ella.

Valeria abrió los ojos mientras asentía.

—Sí. No te preocupes. Ya estoy acostumbrada a sus atenciones — declaró, incorporándose en la cama—. Aunque os parezca mentira, hace años no era así.

Victoria asintió con una dulce sonrisa, pero no dijo nada más. ¿Qué le podía decir? Era muy triste que tu propio padre no te demostrase ni una pizca



de cariño en tan difícil situación.

Unos golpes en la puerta avisaron de que alguien amigo llegaba.

A Valeria el corazón se le disparó. ¿Sería Nick? Estaba deseando salir de allí con él.

El médico entró a la habitación con calma, seguido de JJ que se quedó junto a la puerta evitando que alguien entrara. Debía escuchar aquella conversación.

La mujer se desanimó un poco.

—Debemos comenzar con las pruebas para que te puedas marchar de aquí antes de que tu padre cambie de opinión y venga a buscarte.

—¿Ha insistido mucho? —preguntó Will para evaluar la situación.

—Lo he convencido de que no es apropiado moverla aún, pero estoy seguro de que cambiará de opinión. Además, la prensa no juega a vuestro favor. La noticia está saliendo en todas las televisiones y todos saben dónde está Val. Cuanto antes salgáis de aquí, más probabilidades de que ella sobreviva.

—El doctor tiene razón. La prensa está hablando del atentado en directo. Hacen conexiones con la puerta del hospital... Debéis sacarla de aquí —confirmó JJ.

Will asintió. Todo lo que les rodeaba jugaba en su contra. Aquel recinto no era seguro, aunque él y el policía la protegieran.

—Doctor, si le parece bien, puedo ayudarlo. Cuanto antes acabemos, antes podrán marcharse —se ofreció la enfermera.

El soldado no estaba de acuerdo con eso. Quería que saliera de allí y no volviera. Era peligroso.

La mujer no le dio opción. El médico había asentido. El militar no tenía nada que decir.

Quitó el freno de la cama de Valeria y se dispuso a moverla en dirección a la puerta.

—Iré con ustedes —informó JJ—. Mac, vigila que nadie entre aquí en nuestra ausencia.

De acuerdo con la forma de proceder, todos se pusieron manos a la obra.

## CAPÍTULO 22

Mark Devereux entró en un complejo hotelero de Dubái con el grupo de escoltas que lo protegían. Llegó a la recepción y, con mucha calma, sacó un pasaporte.

—Tengo una reserva a nombre de Mark Dawson —dijo al recepcionista en perfecto inglés.

—Permítame, señor —solicitó el empleado el documento.

Se lo tendió mientras observaba el alrededor.

Sus hombres estaban vigilando el entorno con disimulo, aunque para aquellos trabajadores de hotel, era lo habitual.

Grandes magnates, personajes famosos y otros influyentes desfilaban por aquel complejo con sus escoltas.

—Aquí está, señor. Suite presidencial. Les acompañarán hasta allí —le informó haciendo una señal a un botones que aguardaba órdenes a un escaso metro del mostrador.

Mark, junto a su séquito, siguió a aquel hombre hasta los ascensores, subieron hasta la última planta, se bajaron y caminaron hasta una gran puerta doble.

El mayordomo les abrió en cuanto los escuchó llegar.

—Bienvenido a la suite presidencial, señor Dawson.

El mafioso empresario entró en primer lugar. Los hombres que lo seguían se dispersaron por la estancia para asegurarse de que todo estaba en orden.

—Muchas gracias. Sé cómo funciona la suite. Si necesito algo, lo avisaré.

El hombre, entendiendo que quería intimidad, contestó con un leve asentimiento de cabeza y se marchó. En cuanto se quedaron solos, Mark emitió un corto silbido y todos los escoltas se reunieron con él.

—¿Qué sabemos del atentado?

—Se ha generado una gran incertidumbre en Madrid, pero también en el resto de España e incluso Europa —explicó uno de los hombres—. Barajan la posibilidad de que sea un atentado terrorista.

—Justo lo que queríamos. La confusión que generan no da opción a

preguntas, solo interesa saber quién ha sido y que pague. ¿Hay noticias de bajas y quiénes son? —insistió preguntado sobre ello, mientras observaba a uno de sus hombres con gesto enfadado. Estaba mirando algo en una tableta electrónica—. Espero que eso que miras sea importante y aporte información valiosa —lo amenazó caminando hacia él, olvidando lo que acababa de preguntar.

—Lo es, señor —contestó mostrándole la pantalla.

Se trataba de la señal del noticiario del canal internacional, en el que se veía una imagen en directo de la puerta del hospital donde Valeria estaba ingresada y cómo entraba Robert Cross.

Mark cogió el aparato para verlo más de cerca.

Era un bucle de imágenes empastadas sobre el atentado, la foto de Valeria, la puerta de un hospital y Cross entrando en él.

—¿A quién tenemos en Madrid? —preguntó visiblemente enfadado. Ella no había muerto como debía.

—Algunos hombres están heridos, pero podrán estar operativos en breve. El problema es saber en quién podemos confiar. Una orden como esa solo se la puede dar a alguien de entera confianza.

Así era y bien que lo sabía.

—JJ está vivo. Lo vi en la zona del atentado en perfecto estado —aseguró uno de aquellos hombres.

Devereux visualizó en su mente al tipo en cuestión. Era de fiar o al menos lo había sido hasta ahora.

Asintió a la propuesta.

Frank, el hombre más cercano al magnate, marcó el número de JJ y se lo pasó.



Will permanecía en la habitación de Valeria del hospital, simulando ser uno de los pacientes mientras le curaban sus heridas, esperando el regreso de la mujer junto con el equipo médico y JJ.

Debía hablar con el equipo. Aquel ambiente no era seguro. Tenía que

moverse.

—¿Coronel? —preguntó la confirmación a su interlocutor.

—Informe McCoy —solicitó el superior al mando—. Estamos todos en la sala de operaciones. Lo escuchamos.

—De momento tenemos la situación controlada y la habitación asegurada entre el policía y yo, pero no podemos controlar todo el hospital.

—Estamos de acuerdo —afirmó Nick al otro lado. Llevaba mucho tiempo esperando aquella comunicación. Intentaba mantener la calma y la cabeza fría, pero conocía la realidad.

—¿Se puede trasladar el objetivo? —preguntó Hunter.

—De momento no. Están haciéndole unas pruebas y hasta que no tengamos los resultados, no podemos hacer nada.

—¿Cómo que están haciéndole unas pruebas? ¿No estás con ella? —preguntó Nick nervioso.

—JJ la protege. Yo me encargo de asegurar la habitación. Soy un enfermo, ¿recuerdas? —lo reprendió con sutileza—. Tranquilo, de momento todo está bien. El señor Cross se presentó en el hospital y solicitó un traslado. El médico ha hecho todo lo posible para retenerla aquí un poco más, pero cuando tengamos los resultados, debemos tener un plan de evacuación porque ese tipo volverá a por ella.

A Nick aquellas noticias lo inquietaban aún más.

Por un lado, estaba muy contento de saber que se acercaba el momento en que pudiese estar por fin con su mujer, pero que su padre estuviese pululando a su alrededor, le ponía los pelos de punta.

No se fiaba de aquel tipo. ¡No podía hacerlo! Les había destrozado la vida por su propio beneficio sin pensar en la felicidad de su hija, su bienestar, sus deseos. No le importaba nada más que el dinero y alguien así solo provocaba más peligro a su alrededor.

—Entendido, Mac —intervino Alex—. Salma y yo nos trasladaremos al hospital. El equipo SEAL estará prevenido para intervenir en las cercanías. El coronel Summers y Nick nos cubrirán desde aquí junto con Matt y sus drones por si es necesario buscar vías despejadas o hay alguna incidencia imprevista.

Al Delta Force no le gustó escuchar que se quedaba en la retaguardia, aunque entendía los motivos.

—Perfecto —asintió el francotirador.

—¿Qué tal JJ? —preguntó Salma.

—Muy bien. Ha colaborado en todo momento e incluso se ha enfrentado al señor Cross. —Todos los militares se miraron entre ellos. Nick arrugó el ceño.

—Eso no es buena idea. Intentad no llamar la atención para ese tipo —aconsejó el Delta.

—Tranquilo. Este individuo quería dejar aquí a alguno de sus hombres y quitarle el puesto, pero JJ ha conseguido que no lo hiciese. Todo está bien. Nos ha dado un poco más de tiempo para tomar decisiones y actuar.

—Esperamos tus indicaciones para activar el protocolo. Cuídate, Mac —le pidió el coronel.

—Sí, señor. Los mantendré informados —afirmó antes de cortar la comunicación.



JJ permanecía fuera de la sala de resonancias. No podía entrar armado. Debía despojarse de cualquier objeto metálico para estar allí y no era aconsejable en un momento tan delicado.

—Espera aquí. Solo se puede entrar y salir por esta puerta. Es una sala cerrada donde solo hay otra estancia con la máquina —le explicó Victoria dejándole asomarse a la puerta—. Yo estaré con ella y el doctor. Seguro que Valeria colabora y podemos obtener imágenes correctas en poco tiempo para que os podáis marchar de aquí. Si sucediese algo, cualquier cosa, saldré a buscarte.

El policía asintió satisfecho.

Tras la puerta había una habitación con solo dos puertas además de en la que él se encontraba. Una de ellas estaba junto a un ventanal donde se veía la máquina para la prueba de la mujer. Allí no había ningún acceso más. Era una habitación estanca.

Frente a ese ventanal había otra puerta. Hizo un gesto a la enfermera. Esta la abrió.

—Es un cuarto para que los pacientes se puedan desvestir y despojarse de los objetos metálicos. No tiene salida.

Convencido de que aquel pequeño complejo era seguro, JJ los dejó dentro mientras él se apostaba en la puerta vigilando.

No habían pasado más de dos minutos cuando su teléfono móvil comenzó a vibrar en el bolsillo.

Lo sacó y miró el número.

Enarcó las cejas.

—¿Sí? —preguntó expectante a lo que le iban a decir al otro lado de la línea. Habían tardado mucho en ponerse en contacto, pero sabía que tarde o temprano pasaría.

—¿JJ?

—Sí, señor —contestó con firmeza—. ¿Está bien? Pensé que... —preguntó simulando interés por el que era su jefe.

—Sí. Estoy bien —le interrumpió escueto—. Eres mi único enlace en Madrid. Desconozco el estado de los demás efectivos y te necesito.

JJ no estaba seguro de qué le hablaba, pero no pintaba bien.

—Yo tampoco he visto a nadie más, señor. No sé qué ha sido del equipo.

—¿Dónde estás? —se interesó por su posición.

El policía dudó en un primer momento si decirle la verdad, pero si no lo hacía, se enteraría por el señor Cross.

—Escolto a su esposa, señor Devereux.

—Entonces le será fácil terminar lo que yo no pude.

Instintivamente, sin escuchar nada más de lo que le iba a decir, JJ tocó su arma, quitó el seguro y buscó amenazas a su alrededor.

La situación había llegado a lo peor imaginable.



Will vio entrar a Valeria y al médico con premura en la habitación, seguido de Victoria y un JJ bastante preocupado.

—¿Tenemos ya protocolo de huida? —preguntó de prisa el policía tras cerrar la puerta y echar el pestillo.

El militar no entendía nada, pero si aquel tipo pedía información sobre los movimientos futuros, es que las cosas se estaban complicando.

—Está todo previsto. Solo tengo que avisar a la base —dijo por respuesta poniéndose en pie. Estaba sentado en la cama esperándolos.

—Pues hazlo y que vengan pronto. Nos vamos de aquí.

Victoria miró de soslayo a Will mientras ayudaba a Valeria a vestirse con algo de ropa que había conseguido de su taquilla. El vestido rojo con el que había ingresado estaba destrozado y no era apropiado para pasar desapercibida.

—¿Qué sucede? —preguntó llegando hasta la enfermera y Valeria.

Las mujeres lo miraron preocupadas y enseguida a JJ.

—Devereux sabe que estoy operativo y me ha llamado —Will lo miró con el ceño fruncido mientras pulsaba la marcación automática del número seguro de la base.

—Informe, McCoy —solicitó el coronel al otro lado de la línea.

—JJ tiene algo que contarnos. Pongo el manos libres.

Un silencio precedió a las palabras del policía en ambos lados de la línea.

—Tengo orden de eliminar a Valeria Devereux. Tenéis que sacarnos de aquí.

## CAPÍTULO 23

Nick estaba muy nervioso y, aunque estaba disgustado por haberle dejado en la retaguardia, sabía que era una decisión acertada.

La amenaza era firme. Devereux había dado orden de eliminar a Valeria y a su hijo Tommy.

No era ninguna sorpresa. Sabía que lo haría tarde o temprano, pero escucharlo como hecho, en boca de otros, le ponía los pelos de punta.

Intentó no recrearse mucho en los sentimientos que le causaba la situación o empeoraría su estado de ánimo ya mermado.

Había que pensar en positivo. La suerte estaba de su lado, la misión se la había encomendado al único hombre incapaz de llevarla a cabo, aunque aquel malnacido creyera que sí.

Lo mejor era centrarse en el operativo y olvidarse de todo lo demás.

No quitaba ojo a las pantallas junto a Matt.

Los drones eran el mayor adelanto militar y una ventaja inigualable de la que, por suerte, disponían para salvar a Val.

Desde aquella sala de operaciones, el piloto podía vigilar el hospital con uno de aquellos juguetes y seguir al equipo con otro.

Aunque deseaba estar en el centro de la acción, esto no era mala opción. Años atrás hubiese tenido que estar mirando una imagen satélite borrosa o a intervalos si perdían la conexión, incluso escuchar por radio el relato de sus compañeros sin señal alguna.

—Tranquilo, Brooklyn. Con mis amigos verás más allá de lo que da de sí tu visión. Tendrás información veraz de todo lo que rodea a Valeria, incluso te podrás anticipar.

—Gracias por el intento, pero no me tranquilizas en absoluto —contestó, afinando la imagen que le llegaba de la entrada principal del hospital.

Matt sonrió divertido. Entendía su situación y normal que en un momento tan comprometido no apreciase lo que le decía. Cuando comenzase el operativo cambiaría de opinión.

—Nick, tienes que entender que no podía comprometer tu posición —se explicó el coronel regresando junto a ellos para vigilar también las imágenes.



—Lo entiendo, señor.

—Sé que eres un gran profesional y cumplirías con tu deber, pero esto es personal, llevas mucho tiempo soportando una gran presión que comienza a afectarte y no puedo permitir que te suceda nada bajo mi mando.

—Lo sé, señor. Lo comprendo.

—Equipo a mil metros del complejo hospitalario —relató Matt interrumpiendo aquella conversación.

Todos miraron las pantallas.

—Estamos a quinientos metros de la puerta principal. Alex y Salma dejan su vehículo. Recorrerán el resto del camino a pie —explicó Spy.

—Oído —contestaron todos al unísono, mientras contemplaban desde sus distintas posiciones cómo la pareja dejaba aparcado el todoterreno negro de cristales tintados que usaban para los trabajos de su agencia AS.

—Contacto con Mac —anunció Nick, marcando el teléfono móvil del improvisado guardaespaldas—. Prevenidos —le dijo en cuanto descolgó al otro lado de la línea.

—Estamos preparados. Esperaremos a que lleguen Salma y Alex para salir todos juntos.

—Perfecto. ¿Está bien? —preguntó emocionado por ella. Mac hizo un gesto a Valeria para que se acercara.

—Estoy bien —contestó la mujer. Nick cerró los ojos y respiró aliviado de escuchar su voz—. ¿Cómo está Tommy? ¿Has ido a buscarlo? —preguntó. Lo pilló por sorpresa.

—Está protegido, no te preocupes por él. Primero tenemos que sacarte de allí.

A Valeria se le formó un nudo en la garganta.

—Sé que está protegido. Nina y tu amigo se hicieron cargo de él, pero...

—Confía en mí. Está bien. Están todos bien. El peligro inminente cierne sobre ti. En cuanto te saque de allí, hablaremos de Tommy. Haz caso a los chicos y enseguida estarás aquí.

No insistió más. Sabía que para él la situación era muy difícil y no quería ponérselo más.

—Lo haré.

—Activos entrando al hospital —dijo Matt, refiriéndose a Alex y Salma.

Mac recuperó el teléfono de manos de Valeria.

—Corto comunicación. Los esperamos en la habitación. Nos vemos en la base.



Alex y Salma entraron al hospital cogidos de la mano, como cualquier pareja que acudiera a visitar a un familiar o a hacerse unas pruebas médicas.

Habían pasado con rapidez ante la prensa.

Allí no parecía que hubiera posibles amenazas.

—Nos dirigimos a la habitación. Todo está despejado.

Los tres hombres que esperaban en la base, asintieron. Era cierto. Según las imágenes del dron, estaba despejado.

—Spy, ¿tenemos ojos en el interior? —preguntó el coronel.

—En tres, dos, uno... Estamos dentro —contestó el SEAL sentado en la parte trasera de un todoterreno con cristales tintados, rodeado de ordenadores. Había hackeado la señal de las cámaras de seguridad del recinto.

Nick sonrió. Aquel tipo era un as de los ordenadores.

—Eres un puto genio —murmuró el Delta mientras en otra pantalla de las muchas de la sala de operaciones de la base, comenzaban a saltar las imágenes de los pasillos del hospital.

—Se hace lo que se puede —contestó el aludido, mientras Warrick y Sugar sonreían en los asientos delanteros del vehículo. Hunter también lo hizo en su coche, desde el que cubría la parte trasera del recinto.

—Todo despejado hasta la habitación, pareja —avisó el coronel a Salma y Alex, que caminaban muy seguros tras haber escuchado a Spy.

El matrimonio entró en la habitación tras lo que cerraron la puerta con pestillo.

—Estamos dentro —informó Alex.

Nick no quitaba ojo al dron que vigilaba los alrededores. Matt le había enseñado algunas cosas para poder dirigirlo y lo movía de forma minuciosa buscando posibles amenazas.

Cuando Mac y JJ vieron entrar al matrimonio, respiraron tranquilos.

—Ya estamos aquí —dijo Salma, dirigiéndose a Valeria. Sabía que estaba nerviosa y asustada. Podía ponerse en su lugar.

Victoria le sonrió. Era cierto que ella formaba parte de esa locura.

Salma la recordó en cuanto se miraron.

—¿Trabajas aquí? —preguntó sorprendida por la coincidencia.

—Sí. Los he encontrado de casualidad. He venido a curar a Will —se explicó.

—Vaya, que bien —contestó la exespía con picardía—. El mundo es un pañuelo.

Mac resopló mientras negaba con la cabeza.

Alex le tendió una bolsa con ropa limpia y un equipo de comunicaciones con media sonrisa en la boca.

—Quizá te haga falta esto.

El aludido recogió lo que le daba, sacó la ropa y sin ningún pudor, se vistió. Con rapidez se colocó el quipo y las armas.

Victoria se giró de espaldas a él. Ayudando a Valeria.

Salma, que no la perdía de vista, sabía que le gustaba.

—Parece borde, pero solo es una coraza —susurró a la enfermera.

La mujer sonrió. En ese tiempo juntos en el hospital, lo había conocido un poco más y estaba segura.

—Eso me ha parecido.

Ambas se sonrieron.

—Nuestros hombres son los mejores, pero les cuesta un poquito abrirse. Ten paciencia —susurró Valeria, entendiendo por donde iban los tiros. Conocía a los soldados de sobra, su humor, la dificultad de sus sentimientos... Amaban como nadie, pero su tormenta interior era continua y poderosa. Había que aprender a vivir con eso y Vicky aún no lo había descubierto.

Las tres rieron llamando la atención de JJ, Alex y Will.

—Prevenidos —escucharon Alex y Salma como los alertaba el coronel.

Nick, atento a lo que escuchaba, hacía unos segundos que no quitaba ojo a dos vehículos que rondaban las puertas del hospital. Eran oscuros, no podía ver a sus ocupantes y parecían vigilar los alrededores.

Lo que le hizo convencerse de que no traían nada bueno, fue que se saltaran varios sitios libres donde poder aparcar.

—Posibles amenazas en el exterior.

El matrimonio cruzó una mirada de alerta.

A Mac y JJ no les hacía falta nada más.

Todos revisaron sus armas al instante. Comprobaron cargadores, las amartillaron. Todo estaba dispuesto para actuar.

Valeria y Vicky los observaron expectantes.

—Aguantaremos en posición hasta que despejéis las dudas —propuso Alex.

—Estamos caminando a vuestro encuentro —intervino Sugar. A su lado, Spy observaba el flanco que le correspondía con suma atención.

—Vehículos preparados para evacuación —informó Hunter—. Warrick y yo cubrimos las salidas.

—Todos listos —dijo el coronel—. Seguimos vigilando la amenaza. Aguantad.

Nick y Matt intentaban usar todos los recursos a su servicio para comprobar el interior de los vehículos, pero el ángulo disponible desde los drones, no era suficiente.

Lo intentaron con las cámaras de seguridad del exterior del hospital.

—No veo armas, pero son cuatro hombres en uno de los vehículos. Supongo que el segundo coche también estará lleno.

—¿Distingues a alguien? ¿Consigues ver si los tenemos fichados?

—No, señor. Pero no parecen amigos.

El coronel revisó las imágenes de que disponían.

—Si estos tipos se bajan de los todoterrenos y entran en el hospital, os acorralarán. Deberíais intentar acercaros a la salida. Allí está la prensa, pero si ocultáis a Valeria para que no la reconozcan, puede ser una buena opción. Esa multitud sería un buen parapeto de seguridad.

—No estoy tan seguro, señor. Si esos tipos son lo que creo, les dará igual matar a uno que a veinte —expuso Nick sus miedos.

—Lo sé Brooklyn, pero es nuestra mejor opción.

El coronel tenía razón y lo sabía. Había que intentarlo.

El Delta Force asintió.

—Prevenidos, señor —contestó Matt, atento a cualquier movimiento del enemigo.

Alex organizó en unos segundos la salida de la habitación.

—JJ y Mac, proteged a Valeria. Salma, cubre la retaguardia. No te despegues de la enfermera hasta que esté a salvo. Yo iré delante asegurando el camino.

Nick apretó la mandíbula.

Aquello empezaba, él no estaba en primera línea y no había vuelta atrás. En unos segundos, se enfrentarían al peligro. En unos minutos Valeria estaría con él.

Llamaron a la puerta.

Alex miró a Mac. Este asintió.

—Es amigo. Es la señal —susurró a Alex, aunque su mano no se apartó de la empuñadura de la pistola oculta en su espalda. El ex SEAL abrió la puerta.

El doctor entró con premura.

—Disculpad mi tardanza. No he podido conseguir los papeles más rápido. Estos son los resultados de las pruebas, Valeria. Todo está bien. Puedes marcharte tranquila. —La mujer sonrió aliviada. Aquel bestia que tenía por marido no había conseguido hacerle daño, gracias a Dios. Eran muy buenas noticias—. Puede que te duela un poco la cabeza en estos días. Es normal siempre que sea un dolor moderado. Puedes tomar un analgésico para aplacarlo. Si es muy fuerte, debes venir de inmediato o ser atendida por un médico —explicó mirando a los soldados. Ella asintió. Los hombres también—. Espero que tengas mucha suerte y puedas llevar tu vida con normalidad muy pronto.

—Ojalá. Gracias, doctor —contestó emocionada.

—Cuando todo acabe, por favor vuelve a que te haga un chequeo completo para darte el alta definitiva. Me gustaría asegurarme de que todo sigue bien, saber que estás bien.

—Lo haré —prometió cogiendo los papeles que el hombre le tendía. Él le cogió las manos apretándolas en señal de fuerza.

—Debemos irnos —apremió Alex, asomándose al pasillo. Escuchaba la respiración agitada de Nick por el intercomunicador y lo comprendía. No quería que sufriera más de lo necesario. Estaba lejos y sabía lo que era enfrentarse a algo así cuando tu familia está implicada.

—Pasillo despejado —dijo Brooklyn, intentando controlar al máximo los

nervios. Empezaba la misión.

## CAPÍTULO 24

Valeria tenía la cabeza embotada. Sabía que eran los nervios, la ansiedad que sentía por la presión del momento. No era un soldado, pero conocía los síntomas de esa tensión que viven cuando comienza la acción, cuando estar alerta es básico para sobrevivir.

Nick se lo había contado tantas veces que podía recordar cada palabra, cada sentimiento provocado por el estrés.

—Bajan de los vehículos —dijo Matt. Todos los soldados escucharon alto y claro el mensaje por el sistema de comunicaciones—. Son dos grupos. Caminan hacia las entradas.

—Nos descubrirán —murmuró Mac.

—Tenemos que pensar en algo y rápido —dijo JJ adelantando a Will en relevo para asomarse al siguiente pasillo.

—Vicky, ayúdanos. Tú conoces bien el hospital —propuso Salma.

—Buena idea —declaró Alex mirando a las mujeres.

Victoria no esperaba tener que participar de aquella intervención de forma activa.

Se quedó callada unos segundos. Tenía que pensar y rápido.

Miró alrededor para situarse.

—A unos metros de aquí hay una sala de descanso para médicos y enfermeras. Podemos escondernos ahí mientras os busco ropa del hospital. Quizá así podáis pasar desapercibidos ante la prensa de la puerta principal. Los médicos entran y salen del edificio continuamente. No llamaréis la atención.

—Llévanos —pidió Mac, colocándose a su lado. No quería dejarla sola. Sentía que, si se implicaba con ellos en la misión, era su responsabilidad.

Camaron con tranquilidad hasta la estancia indicada.

Entraron.

Todos se relajaron un poco.

Victoria, que estaba en su terreno, buscó donde sabía que encontraría la ropa que necesitaban.

Pijamas médicos y batas fueron repartidos con premura para vestirlos

sobre lo que llevaban. Mascarillas, gorros de cirugía, fonendoscopios...

—Creo que con esto será suficiente —comentó Salma terminando de adaptarse su gorrito de quirófano y la mascarilla en el cuello por si era necesario cubrirse. Valeria vestía igual.

—Es mejor que vengas con nosotros —propuso JJ a Victoria—. No podemos garantizar tu seguridad una vez que atravesemos esa puerta.

Vicky sintió miedo por primera vez desde que estaba con aquellos hombres. Si no estaba a salvo junto a los militares más preparados del mundo, ¿dónde lo estaría? No habría lugar donde esconderse y permanecer con vida.

Esas palabras sentaron a Mac como si le tirasen por la espalda un jarro de agua fría.

No quería que estuviese cerca de la acción. De hecho, hubiese preferido que ya no estuviese con ellos.

—No. Que se quede aquí. No tiene por qué seguir adelante. Saldremos solos del complejo.

—¿Y si nos acorralan y no sabemos por dónde escapar? Ella conoce el edificio a la perfección. Es nuestro mapa y no podemos desprendernos de algo así —le rebatió el policía.

Mac lo miró con cara de pocos amigos, aunque era consciente de que tenía razón.

—Intentaremos dejar que se vaya antes de que nos vean —lo animó Salma. Intuía lo que se le pasaba por la cabeza, podía ver su miedo y había aprendido que eso era muy raro en ellos. Hoy en día solo lo veía en su marido Alex, en Nick y ahora en Mac.

El soldado miró a Victoria.

—No te separes de mi lado y haz lo que yo te diga, ¿de acuerdo? —dijo, en un primer momento con dureza, pero cuando se dio cuenta de su tono, aflojó un poco. Ella no tenía la culpa de lo que estaba sucediendo.

—No lo haré —contestó con seguridad, asumiendo la orden y que, sin querer, ya no podría salir de esa situación sin su ayuda. Se acercó a un armario, cogió un bolso y lo abrió con decisión.

—¿Qué haces? —preguntó curioso.

—Es mi documentación, el móvil y la cartera. Me lo llevaré si no es inconveniente.



El soldado asintió.

Victoria se guardó todo en los bolsillos de los vaqueros, para, a continuación, colocarse junto a él como le había pedido.

—Tenéis que salir ya —murmuró Nick inquieto.

—Prevenidos —los alertó Alex acercándose a la puerta, dispuesto a poner en marcha al grupo. Tenía razón. Cuanto más tiempo estuviesen en aquel cuarto, más peligro correrían.

Salieron con decisión.

Alex en primer lugar. Mac con Victoria, después. JJ con Salma protegiendo a Valeria en la retaguardia.

—Tenéis vía libre hasta la puerta principal. Allí hay dos hombres en el lateral derecho detrás de la prensa. Si salís hacia la otra dirección, no os verán con tanta gente concentrada ante ellos —explicó Matt, revisando las imágenes de las cámaras de seguridad del recinto y comparándolo con lo que el dron le proporcionaba.

—Daos prisa —apremió Nick. Aquellos hombres no iban a quedarse quietos eternamente.

El equipo apretó el paso.

El *hall* de acceso estaba muy transitado. Era día laborable, ya había amanecido hacía un par de horas y mucha gente acudía a realizarse pruebas, a consultas médicas, atender a sus familiares o a esperar a que sus operaciones tuvieran el éxito deseado.

Era una ventaja.

Si hubiesen planeado esa huida en un horario en el que todo estuviese en calma, tendrían que rescatar a Valeria de otra forma.

Caminaron entre el gentío hasta la puerta principal.

Entraron todos juntos en uno de los dos cubículos de la puerta giratoria.

—Mala idea —murmuró Mac al verse encerrado.

—No va a pasar nada. Tranquilidad —dijo Alex con calma, controlando su alrededor. Era un espacio muy grande y no había visto bien dividir al grupo.

La puerta giró con lentitud exasperando al SEAL.

Cuando por fin pudieron empezar a salir, Nick habló.

—Amenaza moviéndose hacia vosotros. Uno de los hombres que estaba tras la prensa se desplaza a vuestra posición.

—Lo sabía —gruñó Will. Su intuición pocas veces le fallaba.

—Atención —escucharon a Matt—. El otro grupo está dentro del hospital y parece que caminan hacia vosotros.

—No podemos retroceder. Avancemos —ordenó Alex—. ¿Conocen nuestra posición? —preguntó preocupado.

—Desconozco ese dato, pero es muy probable. Parece que saben dónde deben ir. Pongámonos en lo peor. Si Spy ha hackeado la señal de las cámaras de seguridad, ellos también han podido hacerlo —explicó el coronel que había visto como irrumpían en la que fue la habitación de Valeria y Mac, comprobando que ya no estaba allí—. Salid de ahí lo antes posible.

—Equipo de apoyo delante de vosotros —dijo Spy deslumbrándolos ligeramente con un espejo para marcar su posición. Sugar lo imitó—. Tenemos controlados a los activos. Son cuatro. Uno estará ante vosotros en unos segundos, los otros tres están detrás del tumulto de la prensa.

—Oído —susurraron todos.

Valeria, consciente de que el único punto vulnerable del plan era que la reconocieran, se colocó la máscara de quirófano más cerca de la boca y bajó la cabeza.

Salma, comprendiendo que se quería ocultar, hizo lo mismo, así parecería habitual, una costumbre. JJ las imitó. A él le habían encargado eliminar a la mujer, no sabía quién más conocía ese dato, quién sabría su identidad. No se podían arriesgar. Aquel despliegue parecía decir que Devereux no se fiaba de que llevara a cabo la ejecución.

Salieron del habitáculo con paso decidido, intentando dar la espalda a la prensa y los enemigos que los rondaban.

—Vamos. Todos fuera —susurró Alex dando la espalda a los supuestos enemigos.

—Seguid, seguid, seguid —murmuraba Sugar vigilando a los tipos que los observaban—. Os miran, pero no paréis. No veo armas.

Obedecieron caminando en dirección contraria a los individuos.

—Ya está en la puerta el otro grupo —anunció Nick, apretando la mandíbula, mientras el coronel colocaba una mano en su hombro intentando calmarlo.

—Vamos chicos, casi estáis fuera.

Valeria bajó un poco más la cabeza mientras miraba a Salma. Ambas simulaban que iban cuchicheando cogidas del brazo como si de dos amigas se tratara, pero en realidad cada una vigilaba la espalda de la otra.

Mac cogió a Victoria de la cintura.

—No te separes de mí —le pidió, pasando la mano con suave firmeza por la cintura, mientras ella lo observaba con calma. A Mac le sorprendió su entereza. También lo agradeció. Cuanto más tranquilos estuviesen todos, mejor.

—Hunter. Warrick —llamó el coronel—. Situada los coches en el punto de encuentro de la parada de taxis que hay entre vuestras posiciones. Es la zona de tránsito más cercana y podremos evacuarles con discreción.

—¡Al suelo! —gritó Mac mientras empujaba a Victoria contra un seto de los jardines por los que pasaban. JJ tiró de Valeria hacia el mismo lugar, haciendo que cayera al suelo mientras Salma devolvía los disparos.

Los habían descubierto.

## CAPÍTULO 25

Nick se levantó del asiento como un resorte, cogió su cazadora de cuero y se dirigió a la puerta como un huracán. Sin pensar, sin decir ni una palabra.

—¿Dónde vas? —le gritó el coronel—. ¡Te necesito aquí!

—No puedo quedarme viendo esto. Necesito ir —explicó, mientras miraba un panel junto a la salida donde había llaves colgadas. Quería un vehículo de inmediato.

El coronel Summers se acercó a él.

—Estamos en mitad de un operativo, con un tiroteo activo. Necesito que los saques de allí, que ayudes a Matt y después, cuando estén a salvo, puedes ir donde quieras —le pidió, intentando que viera que era más útil delante de esas pantallas, que marchándose a buscarla. Entendía su reacción, pero no llegaría a tiempo.

Nick asintió con pesar. El oficial al mando tenía razón, pero los nervios, la impaciencia, la ansiedad que sentía al estar Valeria en peligro, le podían.

—Discúlpeme, señor —le pidió, cuadrándose ante su superior.

—Vamos, Brook. No necesito tus disculpas, sé que lo sientes, necesito que seas sus ojos.

El Delta Force cogió aire. Lo sería.

Tomó asiento de nuevo.

Salma y JJ cubrían a Valeria, Mac a Victoria y Alex devolvía los disparos un par de pasos por delante del resto.

—¿De dónde han salido estos? —preguntó el Delta Force.

—Ni idea —contestó Matt intentando buscar una salida—. Se nos han colado.

—Los vehículos están preparados para la evacuación. Podemos llegar hasta ellos —propuso Hunter.

El coronel sabía que era viable, pero no quería bajas civiles.

La televisión estaba allí. Toda la prensa nacional estaba siendo testigo de aquel tiroteo.

Sugar y Spy se cubrieron el rostro hasta casi la altura de los ojos con unas finas bufandas negras que colgaban ocultas de sus cuellos bajo la ropa.

No debían ser identificados. Salvaguardar su identidad era clave para desarrollar su trabajo como debían.

En el campo de batalla, la cara pintada de camuflaje, las gafas de protección y el casco, eran suficientes. En una misión urbana, estaban a merced del enemigo y no solo del físico, en la era en que vivimos, el tecnológico era mucho más peligroso.

Repelían el ataque desde su posición más rezagada afinando bien el tiro. Lo que tenían enfrente no era solo una amenaza hostil, también a sus compañeros y a quien debían proteger.

Valeria se quedó agazapada entre Salma y JJ como le habían ordenado.

Victoria se protegió detrás de Mac. Podía escuchar como intentaba controlar la respiración mientras el corazón se le salía del pecho. Nunca había visto a nadie controlar tanto una parte de su persona.

—Necesitamos salir de aquí —murmuró el militar, devolviendo uno de los disparos—. Esto es una ratonera. Tenemos que llegar a la parada de taxis o al menos a la carretera.

—No sé cómo. Para llegar hay que ir hacia ellos —le contestó, cogiéndose de los costados de su sudadera como le había pedido. Necesitaba sentirla para estar tranquilo. Tener la certeza de que estaba bien.

Mac gruñó tras esa información. No era bueno.

—Coronel. Estamos acorralados. Debería enviar a la caballería —le pidió el recién llegado a la unidad tras las palabras de la enfermera.

—Hunter, Warrick. Vayan a buscarlos. Intenten que no haya bajas civiles —rogó como en cada misión. Siempre intentaban por todos los medios que así fuera.

—¡Ya era hora! —se escuchó aullar a Hunter que estaba deseando entrar en acción.

Los dos vehículos pusieron en marcha sus motores, giraron el volante y tras acelerar uno tras otro, pusieron rumbo a sus compañeros.

En cuanto el grupo de protección vio los coches aproximarse, comenzó a devolver los disparos con más celeridad, sin pensar demasiado en los cargadores que les quedaban, como si eso ya no importara.

Sugar y Spy se adelantaron hasta llegar al grupo para salir de allí lo más rápido posible.

Sugar fue hasta la posición de Alex, era la más comprometida, aunque era el mejor tirador que había conocido.

Spy se quedó en la retaguardia protegiendo a Valeria y Victoria junto a Salma, Mac y JJ.

Hunter irrumpió en mitad del tiroteo maniobrando el todoterreno a toda velocidad. En una de sus manos, la pistola bien sujeta fuera de la ventanilla disparando a cuantos enemigos veía.

Warrick lo imitó.

Ambos coches se cruzaron ante sus compañeros con sendos trompos derrapando.

—¿Han pedido un taxi? —preguntó Hunter, con media sonrisa seductora.

—Espero que nos haga descuento por el retraso —gritó Sugar sonriendo, devolviendo un par de disparos.

Todos los soldados y agentes rieron. Valeria y Victoria se miraron sin comprender. ¿Aún tenían humor en mitad de un tiroteo? Era de locos.

Comenzaron a subir a las mujeres civiles a los vehículos, eran las más vulnerables.

Los soldados, junto a Salma, disparaban respondiendo a los ataques que les llegaban de todos los flancos.

—Dejaos de bromas y volved de una vez. Me estáis poniendo de los nervios —masculló Nick, lo más amigable que le permitía su situación.

—Tranquilo, principito, que tu chica está perfecta. ¿A que sí, preciosa? —preguntó Sugar subiendo al vehículo en el que estaban Valeria, Salma y JJ junto a Hunter.

—Estoy bien —murmuró asustada por el tiroteo, pero tranquila. Por fin, habían salido de allí y podría reunirse con Nick.

—¿Ves? Perfecta —apostilló, guiñándole un ojo a la mujer.

—Vehículo dos. Situación —preguntó el coronel.

—Todos dentro y bien. Nos vamos de aquí —comunicó Warrick, mientras Alex, en el asiento del copiloto, devolvía un par de disparos.

—¡Último cargador! —gritó el ex SEAL montando el arma en segundos.

—Creo que esa es la señal. Nos vamos a casa —decidió Hunter, que lo había escuchado a la perfección por el sistema de comunicaciones.

Los vehículos arrancaron.

—A cubierto, señoritas —pidió el SEAL más veterano, mientras se dirigía a toda velocidad hacia la carretera. No había civiles. Todos estaban escondidos a muchos metros de su posición. Tenía vía libre.

Nick respiró cuando los vio salir de la zona del alcance de los tiradores.

—No os relajéis. Aún tenéis que llegar hasta aquí —apreció el coronel—. Matt os irá guiando en caso de bloqueo.

Los conductores contestaron «oído» mientras esquivaban vehículos, se saltaban semáforos y cedían el paso en dirección a la autovía. No podían parar, si lo hacían era probable que recibiesen un nuevo ataque.

Tenían que desaparecer.

El coronel, que sabía que Nick no aguantaría mucho más ante aquellas pantallas, tocó su hombro.

—Ve, Brook —le concedió.

El Delta Force se levantó de la silla como un resorte murmurando un «gracias» emocionado.

Por fin entraba en escena, aunque solo fuese para escoltarlos.

## CAPÍTULO 26

Valeria era consciente de la velocidad a la que circulaba el todoterreno, cómo esquivaba a los vehículos, las maniobras que realizaba el experto conductor en dirección a la base, a Nick, pero ahora que se sentía fuera de peligro, su mente estaba en otro lugar. Pensaba en Tommy. Tenía que saber cómo estaba.

Su mente divagó entre imágenes de su pequeño. Su carita al despedirse antes de que todo estallara por los aires, días antes jugando con él sin pensar en que su vida cambiaría tanto, tiempo atrás disfrutando del parque... Hasta que por alguna razón su mente la situó en el día que nació.

Nunca olvidaría el momento en que escuchó su llanto, cómo todo en ella dio un giro de ciento ochenta grados sin dudar.

Cuando lo vio, supo que no se había equivocado en sus conjeturas. Solo pudo sonreír.

Años atrás, en uno de los momentos más difíciles de su vida, gestó su bien más preciado.

Aquella semana en Nueva York lejos de Mark, de su padre y de la vida que la habían obligado a llevar, vivió como deseaba, como se merecía.

Fueron como unas vacaciones de su propia vida. ¡Y qué vacaciones!

Siempre creyó que después sentiría tristeza y viviría colgada de esos recuerdos, pero no fue así. La realidad era que cada segundo vivido con Nick durante aquellos días, resultaron el motor de los últimos años hasta llegar a aquel coche que esquivaba disparos, vehículos y luchaba por sobrevivir, igual que ellos.

Sin él, su amor y la certeza de que estaba para ella pasase lo que pasase, no habría sobrevivido.

Samantha siempre supo que, sin Nick, su amiga no volvería a ser la Valeria que fue. No porque necesitase de un hombre para vivir, nada más lejos de la realidad. Simplemente ellos se completaban de tal forma que, cuando compartían la vida, eran mejores personas aún si cabe, mejores profesionales, con ideas más abiertas, innovadoras, con iniciativas estimulantes e interesantes porque se sentían apoyados el uno en el otro, seguros de sí



mismos y de quien les acompañaba.

Valeria no podía más que darle la razón. Ahora lo sabía. Había tomado conciencia de ello de la peor forma imaginable. Desde luego había reforzado su personalidad, sus sentimientos hacia Nick, su percepción de la vida, de lo que importa, disfrutarla sacándole todo el jugo.

Una ligera llovizna comenzó a mojar los cristales.

La conducción de Hunter era más tranquila. Habían llegado a la M-30, la carretera de circunvalación de Madrid. No había semáforos. Desde allí entrarían directamente a la A-2 y llegarían a la base de Torrejón en pocos minutos.

Aquella lluvia trasladó su mente a casa de Samantha, a su ciudad, a Nueva York.

Es increíble cómo la mente puede hacer que olores, imágenes e incluso el tacto de otra persona sobre tu piel, te genere un cosquilleo allí donde lo recuerdas y que se revivan.

Regresó a aquella habitación mojada por la tormenta.

Le había confesado que no quería renunciar a él de nuevo.

Nick la miró entre la sorpresa y la emoción.

—No pensé que dirías algo así en voz alta —contestó esbozando una ligera sonrisa, a caballo entre la alegría de aquellas palabras y el pesar del tiempo perdido, la pena de no haber estado juntos.

—Aquí estoy a salvo. Nadie que no sepa la verdad puede escucharme. Soy libre, aunque solo sea por una semana.

—¿Una semana? —preguntó, comprendiendo la oportunidad que se abría ante ellos—. ¿Sola aquí? ¿En Nueva York?

Valeria asintió.

Estaba nervioso.

—Le dije a Mark que quería acompañar a Sam y Andrew. Pude ver a Gina en sus últimos días, ahora necesito estar aquí un poco más. Han sido como mis padres, Sam mi hermana, esta ciudad es mi casa, mi vida... Lo necesito.

Aquella decisión le cambió la vida para siempre. Compartir aquellos días los había llevado hasta aquí, ahora. Esperaba vivir para no tener que separarse más.

Una moto se situó junto al coche.

Era peligroso. La llovizna podía jugar una mala pasada al conductor. Este no dejaba de mirar hacia ellos.

Cogió aire con fuerza tras comprender.

Pulsó el botón que bajaba el cristal de la ventanilla.

Todos miraron en su dirección.

Nick levantó la visera tintada del casco.

Valeria sonrió al confirmar sus sospechas.

El soldado se la devolvió desde la Honda que conducía.

—Te quiero —le gritó, a pesar de que era consciente de que con toda probabilidad no la escucharía.

El hombre soltó una mano de manillar, se señaló el corazón y después a ella con emoción.

Todos en el coche sonrieron.

Por fin aquel muchacho tenía algo bueno en su vida. Si hubiera tardado un poco más en llegarle, quizá estarían llorando su muerte en breve.

—Camino de acceso a la base, despejado. Buen trabajo, chicos. Os esperamos con unas cervezas bien frías. Os las habéis ganado.

Los gritos de celebración por aquella invitación de los soldados, hizo que las mujeres civiles, a pesar de haberlo pasado mal, se animaran.

Estaban protegidas casi con toda probabilidad por los mejores soldados del mundo y por ello estaban vivas. No podían pedir más.

Will, sentado junto a Victoria, bastante nervioso, le cogió la mano. Ella se sorprendió por el gesto, no creía que fuese a acercarse de esa forma y menos en un momento así, pero lo agradeció.

—¿Estás bien? —preguntó el francotirador, preocupado por lo que pensara tras el episodio vivido. No sabía qué estaba haciendo en realidad. Hacía mucho tiempo que no se acercaba a una mujer, que no le preocupaba su bienestar, que no pensaba en una como algo más que un objetivo a proteger. Estaba confuso, pero contra todo pronóstico, no le incomodaban los sentimientos que fluían hacia ella.

—Sí. Un poco nerviosa y asustada, pero gracias a ti y tus amigos, estoy viva —confesó, acariciando el dorso de la mano del hombre que cubría la otra suya.

—Lo hiciste muy bien. Sin tu ayuda no lo habríamos conseguido — confesó el soldado, con una sonrisa que pretendía ser alentadora, pero le salió *sexy*.

Victoria respiró apretando su mano contra la suya mientras se mordía el labio.

—Hice lo correcto. Era lo mejor para todos y sobre todo para Valeria. Me alegra que la hayáis rescatado.

La enfermera no conocía su historia personal, pero había estado dentro del habitáculo donde le hicieron la resonancia magnética. Esa prueba cuenta muchas cosas que no se ven en la piel, pero quedan en los huesos y el cuerpo. Debía hablar con ella cuando tuviera ocasión. Deseaba ofrecerle su apoyo y ayuda si lo necesitaba.

Estaba segura de que su vida había sido un infierno mientras estuvo con su marido, desde luego aquel hombre que la escoltaba en moto y del que todos hablaban con respeto y por el que se habían jugado la vida, no era el culpable.

—Es nuestro trabajo. Esto es lo que hacemos —confesó en un tono más bajo. Inseguro de lo que pudiese pensar sobre ello, una vez que se le pasase la euforia de la adrenalina en la sangre y comprendiera que sabían cuando se marchaban de casa, cuando se despedirían, pero que nunca podían asegurar que no fuese la última vez.

—Sois héroes —contestó, mirándolo a los ojos—. Salváis el mundo. Y lo pagáis con creces. Lo he visto hoy. Sé lo que eres y no me da miedo. Lo que ella tenía en su casa, sí.

Todos guardaron silencio.

No sabían qué había pasado dentro de la mansión Devereux, pero la expresión de JJ en el hospital, así como lo que afirmaba aquella sanitaria, no auguraba nada bueno.

¿Qué le había pasado a Valeria Devereux? ¿Por qué quería huir de su casa y había activado el protocolo que Nick le dio años atrás? ¿Era consciente el señor Cross de lo que le sucedía a su hija y sus intenciones?

Ahora empezaba la verdadera misión. Debían desenmascarar aquella mafia antes de que acabara con ellos.

## CAPÍTULO 27

Los vehículos entraron a la base sin parar en la entrada. Los vigilantes estaban avisados de la llegada de la comitiva y abrieron la barrera sin dudar.

Nick no veía el momento en el que él y Valeria pudieran encontrarse por fin. Se estaba haciendo eterno.

Aparcaron en el hangar habilitado como *parking* junto al complejo que usaban como base y dormitorios.

En cuanto paró el vehículo en el que Valeria iba, abrió la puerta sin preguntar.

Brooklyn, que ya había apagado el motor de la moto y ponía en ese momento el caballete para que no se cayera, la vio ir hacia él.

Se quitó el casco con celeridad, lo dejó sobre el asiento y corrió en su busca.

Cuando se encontraron, se fundieron en un abrazo que emocionó a cuantos estaban en aquel lugar. Fue una sensación indescriptible que, a pesar de no poder expresar, sentían como propia. Cualquiera de ellos podía estar en su lugar.

Se habían visto unos minutos en el hospital cuando fue a visitarla, pero ahora la muerte les había vuelto a pasar de cerca. Por desgracia, aquello no había hecho más que empezar.

—Cuanto te he echado de menos... —susurró el soldado, con un nudo en la garganta, bajando los labios hasta el lóbulo de su ojera.

Valeria contuvo las lágrimas. Si él supiera cuántas veces había gritado desesperada su nombre en silencio, llamándolo...

—No más que yo a ti —contestó en un hilo de voz, con la congoja de los recuerdos oprimiéndole la garganta.

Él lo notó. Sintió el temblor de su cuerpo entre sus brazos, como apretaba las manos en sus costados como si fuese lo único que la sostuviese y tuviera miedo de que desapareciera con un chasquido de dedos.

—¿Qué va mal? ¿Qué ha pasado? —preguntó, arrugando el ceño alertado por su actitud, cogiéndole el rostro entre las manos con suavidad acariciándole la piel.

—Ya nada —fue su respuesta casi sin voz, mientras las lágrimas caían por sus mejillas—. Solo necesito saber cómo está Tommy y estaré bien.

Al soldado no le convencía la respuesta, pero entendía la inquietud por su hijo.

—Enseguida podrás saber de él. El coronel Summers nos dejará un teléfono seguro para poder hablar con Nina en cuanto entremos a la base.

La mujer asintió mientras su cuerpo comenzaba a temblar. La humedad de la lluvia la había destemplado.

Nick la envolvió en una manta que Salma le tendió, y cogiéndola por la cintura, caminaron en dirección al complejo militar seguidos por todo el equipo al completo y una Victoria tímida que se sentía desubicada.

Will se puso a su lado con otra manta en la mano.

Sin pedirle permiso, se la colocó en los hombros y cogiéndola igual que el Delta Force había hecho con Valeria, emprendieron el camino tras los demás en un cómodo silencio.

—Muchachos, no sabéis la alegría que me da veros en casa —dijo el coronel Summers mientras uno a uno entraban en la sala de operaciones saludando a los que quedaban en ella.

—Esta vez ha faltado poco —dijo Alex, que entraba en último lugar en compañía de Spy y Salma.

—Bienvenida, señorita. Aquí estará a salvo. Siento que se haya tenido que ver implicada en todo esto—. Se disculpó el coronel con la enfermera que acompañaba a Mac.

—No pasa nada, señor. Me alegro de haber sido útil a sus hombres y que hayamos podido rescatarla —afirmó sincera mirando a Val.

Valeria le sonrió y tomó asiento junto a Nick en la mesa donde carpetas, documentos y cuadernos estaban en disposición para ser leídos, como si alguien lo hubiese estado estudiando.

—Me alegro de verla a salvo, señora Devereux —se dirigió el coronel a la rescatada—. Siento que tengamos que conocernos en estas circunstancias.

—Gracias a ustedes por ayudar a Nick a encontrarme —dijo templando la voz cuanto pudo—. Creo que, si no llegan a intervenir hoy, habría muerto. Nunca podré agradecerse lo suficiente. —Sollozó ante el silencio de respeto de todos los presentes.

Nick, impotente al no poder evitar que ella pasase por esos sentimientos, ese mal trago, cogió su mano tirando con suavidad hacia él. Valeria se incorporó para sentarse en sus rodillas y estar más cerca.

—Todo se lo debes a este gran soldado y mejor hombre que te sostiene entre sus brazos. Jamás ha dejado de buscarte —agregó el hombre. La pareja se miró. La intensidad de aquella mirada que hablaba sin palabras, dejó a todos con un nudo en la garganta.

—Nunca dejó de intentar rescatarte, de buscar cómo sacarte de allí... —susurró Salma emocionada, acercándose a ella para darle la mano—. Es uno de los mejores hombres que he conocido jamás. Bienvenida a la familia, Val. Te esperaba desde hace mucho tiempo y por fin estás aquí.

Nick puso su mano sobre la de ellas, después acercó su boca para dejar un beso de agradecimiento y cariño en el dorso de la de Salma.

—No sabes qué pesado es este Delta. Me tenía a punto de pedir que le destinaran a Groenlandia —puso Sugar su toque de humor, con esa sonrisa del típico *quarterback* universitario estadounidense irresistible.

Valeria se secó las lágrimas riendo por el comentario.

—Yo pensaba pedir el traslado. Tanto desayuno en ese bar en Carabanchel empezaba a pasar factura —dijo JJ dando una palmada en la espalda del soldado con media sonrisa burlona—. Eres un *crack*, tío. Un orgullo trabajar a tu lado.

Nick asintió con la emoción en la garganta.

Le había costado mucho tiempo, esfuerzo y horas sin dormir llegar hasta a este momento.

Valeria miró al policía y le sonrió con una «gracias» que lo reconfortó a pesar de no haber podido cuidarla como le hubiese gustado.

Al bajar la mirada, se topó con los documentos de la mesa. Arrugó el ceño y sin pedir permiso, alargó la mano para coger uno de aquellos cuadernos de contabilidad.

—Val, esto no lo puedes ver. Son documentos sin clasificar aún. Alto secreto —la recriminó Nick.

—¿Sabéis lo que es? —preguntó con seguridad, mirando a cada uno de ellos esperando la respuesta. Todos negaron.

—Aún no, pero si puedo contarte algo cuando lo averigüemos, no dudes

que lo haré —prometió el hombre, retirando el documento de sus manos.

La mujer negó con la cabeza y tiró del papel hacia sí.

—No, Nick. Yo sé lo que son todos estos documentos o al menos gran parte de ellos y creo que es por esto que Mark ha intentado matarme.

Todos los presentes la siguieron con la mirada, mientras ella se levantaba y comenzaba a colocar los papeles en un orden que solo ella conocía.

El coronel se acercó a la mujer mientras con una mano calmaba la ansiedad creciente en su Delta Force.

Nick estaba muy nervioso a pesar de tenerla con él. Que se siguiera involucrando en el caso no era lo que buscaba al llevarla allí.

—Ilústranos, hija —la animó con cariño.

La mujer cogió aire, observó de nuevo los montones que había puesto sobre la mesa y miró al frente.

Todo el escuadrón al completo, los operativos externos, Nick y el coronel, esperaban alrededor de la mesa.

—Mi padre tiene un negocio clandestino de pateras para que los refugiados lleguen a España en sus transportes. —La indignación se instaló en la habitación—. Es asqueroso, lo sé y quizá creáis que esto es lo peor, pero hay más, mucho más... Durante años, ha usado su posición diplomática para obtener información privilegiada sobre lo que le ha interesado para sus negocios. Imagino que viendo la corrupción que nos rodea, todos lo hacen. —Intentó entenderlo de alguna forma. No podía enlazar sus recuerdos de infancia con esa faceta de su padre. Era insoportable—. Antes de llegar a esto, nuestro negocio era legal, una empresa de transporte marítimo familiar a nombre de mi madre. Bastante fructífera, por cierto. No debía tener suficiente y comenzó a traficar con arte, sobre todo de Oriente Próximo. Las zonas de conflicto siempre han sido una fuente incansable de material que transportaba no solo en los barcos oficiales, también en los de recreo e incluso pesqueros que fuimos adquiriendo. Todos legales. Era difícil de detectar. Pero, entonces, apareció Mark en su vida. Estoy convencida de que conocía de sobra los negocios de mi padre, tanto los legales, como los ilegales... sabía todo sobre nosotros —añadió mirando a Nick, intentando que entendiese con esa mirada que él no podía salvarla porque no estaban preparados para lo que les vino encima. Cogió aire para continuar—. Al principio, se trataba de ser socios en los

negocios legales, después entró en la línea del arte y enseguida le propuso comerciar con lo que se obtenía de los saqueos del ISIS en los territorios que conquistaban, usando las rutas seguras que le habían ido tan bien. —Los soldados revisaban los documentos, mapas y notas que Valeria les tendía según hablaba, eligiendo el montón correcto, para que fuesen comprendiendo la evolución de la red de Mark—. Mi padre no quería entrar en ese negocio, era demasiado peligroso, pero de alguna forma, mi marido lo convenció para que probara. Le hizo picar y la avaricia le pudo. Les pudo a ambos porque enseguida descubrieron que la forma de transporte que usaban se quedaba pequeña y debían ampliarla. Era difícil en un mar tan vigilado que cada vez estaba más y más lleno de pateras con personas que solo querían una vida mejor en Europa. Mark vio rápido la solución a sus problemas y creó una mafia para ayudar a ese tráfico de personas en el Mediterráneo como cebo para los guardacostas, policía marítima y demás equipos que se desviven para que no mueran ahogados, pero también para que, mientras les salvan la vida, no encuentren los otros transportes donde esconde las obras de arte y lleguen al punto correcto asignado. —Hizo una pausa porque, hasta a ella que llevaba años manejando esa información, le costaba asimilarla al contarla. Todos estaban desolados—. En algún momento, algo salió mal y mi padre adquirió una deuda con él que obviamente tramó mi marido para atraparlo aún más. Una de las cosas con las que se subsanó en parte, fui yo, otras fueron favores políticos, licitaciones conseguidas y cosas similares.

—Hijo de puta —susurró Nick, con el corazón destrozado, incapaz de guardarse el exabrupto. Alex se acercó hasta él y le puso la mano en un hombro para darle entereza suficiente para seguir escuchando.

—Nick, siento mucho lo que has tenido que pasar por mí, pero si queríamos sobrevivir, tenía que acceder. —El hombre asintió, aunque sus ojos solo hablaban de venganza. La mujer apartó la mirada de él para poder continuar—. Estoy segura de que sus diferencias comenzaron con la propuesta de Mark para trabajar con arte robado de los territorios conquistados por los yihadistas. Mi padre consintió, pensando que así se relajaría la tensión entre ellos, pero enseguida le propuso usar los recursos de que disponían para el tráfico de armas. —Sugar silbó enarcando las cejas, al ver las cifras que Val le pasaba de una de las pocas páginas escritas en inglés, aunque solo había



siglas y números. Hunter y Spy se asomaron ante el gesto. No daban crédito. Eran códigos de armamento y logística—. Sé que es brutal —afirmó la mujer sabedora de lo que leían. Se dirigió a todos con calma para que entendieran a qué se refería—. Al igual que con el arte, los terroristas están entrando en los territorios conquistados donde hay material y armamento norteamericano muy valioso y en perfecto uso. Lo que no les sirve o les renta más con el contrabando, se lo venden a Mark que luego trafica con ello. Mi padre cedió de nuevo, aunque empezó a tener cada vez más conflictos con él. No le gusta donde se están metiendo, pero este último año la tensión es insoportable y sé que es porque hay algo más. Tengo mis sospechas sobre lo que está sucediendo, pero no he llegado a confirmarlo con datos. Creo que puede estar en estos documentos. Tendría que estudiarlo.

—¿Con qué más pueden traficar? —preguntó Warrick.

—Con algo que en cuanto pisa Europa quintuplica su valor como mínimo y es barato de conseguir en el país de origen —expuso Valeria muy segura. Todos en la sala la miraban sin comprender—. No sé si os habéis fijado en que de un tiempo a esta parte en Estados Unidos y más recientemente en Europa se sufre una ola de heroinómanos como no se veía desde los años 80. ¿De dónde pensáis que viene tanta droga y tan barata? La pueden conseguir en cualquier parte sin esfuerzo a tres euros la *papela*.

—Los campos de amapolas de Afganistán —afirmó Hunter, sin dudar.

Valeria asintió.

—Ahora mismo creo que solo hay dos señores de la droga que puedan traer el producto desde allí y Mark quiere ser el tercero.

—Has sido muy valiente para investigar todo esto, Valeria —apreció Salma, con preocupación.

Esa mujer se había arriesgado más de lo que Nick se podía imaginar. Lo veía en sus ojos. Estaba feliz de estar allí, pero el miedo que tenía a su marido no había desaparecido a pesar de estar custodiada por un grupo de personas que eran los mejores entre los mejores.

—Antes de tener a Tommy me daba igual cuán grande fuese el riesgo. Ya estaba muerta en vida —confesó, incapaz de mirar la tristeza y la rabia que sabía que vería en los ojos de Nick—, pero después llegó el niño y se convirtió en mi razón de existir... tenía que tener más cuidado. Me apartaron

de la empresa de mi padre porque no querían que viese los libros de cuentas, transportes de mercancías, pagos y demás cosas que no podían cuadrar con nuestra actividad habitual. La excusa del bebé les vino bien, pero la realidad era que ya había comenzado a preguntar algunas cosas y les molestaba. Estaban mezclando lo legal con lo ilegal y era un riesgo demasiado alto para todos. Incluso me enfrenté a mi padre estando embarazada porque no parecía comprender el peligro que corríamos mi madre, mi hijo y yo por sus trapicheos.

—¿Estás loca? No te podías delatar. Mark es muy peligroso —intervino JJ comprendiendo el riesgo que había corrido delante de sus narices.

—Lo sé... Lo sé de sobra... —susurró, mientras los abusos, vejaciones y amenazas sufridas que aquel policía desconocía, se le pasaban por la mente. Cerró los ojos un segundo. Cogió aire—. Con Mark nunca me enfrenté por estos temas, solo lo hice con mi padre a lo que se unió mi madre, pero no a mi favor, sino al de él... Comprendí que estaba sola con Tommy y, aunque llevaba tiempo pensándolo, decidí que era el momento de salir de allí. Por eso puse en marcha el plan que Nick me dejó cuando nos encontramos en Nueva York hace años si necesitaba huir.

El soldado respiró aliviado de que todo eso hubiese acabado. Ahora estaba con él.

—Creo que ha sido el mejor que ha trazado en su vida —susurró Salma, cogiéndose de la mano de Alex. Él hombre la recibió muy cariñoso. Como siempre.

—Si su plan es el tráfico de heroína y ha metido a tu padre, no eres la única que está en peligro —comunicó Jack, leyendo uno de los documentos en árabe. Había estado estudiándolos al detalle. Valeria lo observó preocupada. ¿De qué hablaba?—. Primero quería quitarte a ti del medio, seguramente también al niño, aunque Tommy es quien menos le preocupa. Por suerte, ambos estáis a salvo, pero tu padre está en riesgo inminente. Maneja mucha más información que tú. Algo ha sucedido entre ellos y ya no confía en él. Es un proyecto muy ambicioso que no dejará escapar... El señor Cross es el siguiente —comunicó, lanzando el documento al centro de la mesa.

## CAPÍTULO 28

Mark continuaba su viaje clandestino hacia tierras afganas en un continuo cambio de vehículo. Lo acompañaba su escolta personal y una guerrilla enviada por los negociadores con los que debía tratar, con los salvoconductos necesarios para entrar en terreno hostil de forma segura.

No se fiaba de aquella gente. Todo lo que fuese tratar con personas que no fuesen de su entera confianza, le suponía un esfuerzo que no quería mostrar en público.

A cada kilómetro que avanzaban, más posibilidades de morir, pero también más cerca de su objetivo principal.

Una vez que cerrase aquel trato, se convertiría en uno de los señores de la heroína más importante. Con el dinero extraído del resto de negocios ilegales, más las tapaderas de Robert Cross y sus transportes, no habría quien le hiciese sombra.

La avaricia no tenía límites. Había llegado a vejar, maltratar e incluso matar a su mujer. Si había llegado a ese punto, ya no había quien lo parase.

El niño podría suponer un problema. Un heredero no le convenía, pero no le corría ninguna prisa acabar con él. Nunca lo quiso.

Cuando se enteró del embarazo de Valeria, pensó en decirle que abortara, pero en el fondo ella lo necesitaba para no sentirse sola. Si no le daban problemas ni se mezclaban con esta parte de su vida, los dejaría tranquilos...

La quería, estuvo muy enamorado de Valeria y por eso fue indulgente en aquellos tiempos con el tema del crío, aunque sabía que no era un amor correspondido. Era cierto que las formas con que acordó su matrimonio no eran las adecuadas para que floreciera un sentimiento, al menos, afectuoso, pero creía que, con el tiempo y las atenciones adecuadas, ella le querría...

No sucedió, aquel soldado la encontró primero años antes y ella se enamoró como nunca lo estaría de otro.

No se lo perdonó. Aunque intentó ser complaciente con él, Valeria no lo quería y no lo soportaba. Cada día era más difícil sobrellevarlo. Entonces llegaron los maltratos y los forcejeos para tenerla. Comenzó a odiarla.

Pero ella era lista como una ardilla, más que su padre y, aunque

disimulase muy bien, sabía que de alguna forma estaba al tanto de lo que sucedía, a qué se dedicaba y lo que hacía con su padre. Era probable que lo usase como posible defensa contra él en caso de necesidad.

Lo entendía. Era una mujer muy valiente, decidida, con una gran personalidad que lucharía hasta su último aliento por sobrevivir y por el bienestar de su hijo.

Esa información podría ser una gran moneda de cambio llegado el momento. Por eso, ya no se podía arriesgar más con ella, lo podría delatar y este negocio ya no era un juego, eran terroristas de primer orden y no perdonarían un mínimo error. Eran capaces de cortarle el cuello y enviar el video a todos los informativos o ponerle una bomba en el cuerpo, dejarle en cualquier plaza del mundo y detonarlo a distancia haciéndole parecer un mártir más de la cruzada.

No le habían dejado más opción. Ellos tenían que desaparecer.

Ahora debía ocuparse de Robert Cross.

—Señor, tenemos un problema —interrumpió sus pensamientos uno de sus escoltas.

Mark miró al hombre con enfado. No quería ningún cabo suelto y por su cara de preocupación, algo no iba como debía.

—Espero que todo esté liquidado en Madrid —contestó, refiriéndose a las muertes que había encargado y debían estar resueltas antes del encuentro con los hombres sirios.

—No, señor —balbuceó el hombre. Sabía cómo se las gastaba su jefe.

Lo miró como si lo pudiese asesinar de esa forma.

—¿Qué coño ha pasado? —susurró, para que el árabe que les acompañaba no se alertara.

—La mujer ha escapado. Según nuestros hombres, un grupo organizado y profesional la ha sacado del hospital y han desaparecido.

—Será hija de puta —murmuró lleno de ira—. Son militares —dijo a su hombre convencido de ello—. Esa cabrona ha conseguido contactar con el soldadito y la tienen oculta —relató a media voz, intentando mantener la serenidad.

—Es posible, señor. Nuestros hombres han sido atacados de forma feroz. No esperaban una respuesta así y solo han quedado dos del equipo enviado.

Esperan instrucciones.

Intentando no dejarse llevar por el enfado que se lo comía vivo. Pensó rápido.

—¿Y el niño? Irá a por Tommy —afirmó convencido de ello.

—No se sabe nada del pequeño desde que lo recogió en el colegio. Iban juntos, pero en algún punto del recorrido ella se quedó sola y le perdimos la pista.

Mark no daba crédito a lo que oía.

—Entonces no contactó con él después del atentado... —susurró, pensando con rapidez—. ¡Lo tenía preparado! —dijo en un tono más alto, que hizo que el sicario que los acompañaba en el asiento delantero junto al conductor se girase a mirarlo.

Le dio una palmada amistosa en el hombro mientras le sonreía para tranquilizarlo.

El hombre asintió mientras le dedicaba una profunda mirada y se colocaba cómodamente en el asiento de nuevo.

Mark regresó a su escolta.

—Lo han preparado. Los han quitado de en medio sin darnos cuenta. ¿Cómo es posible? —preguntó con seriedad a su hombre.

—No lo saben, señor. La señora ha sido vigilada y escoltada tal y como pidió desde hace meses. Nunca se han separado de ella.

—No digas nunca. Eso no es verdad o no estaríamos hablando de esto ahora.

El hombre bajó la cabeza a modo de disculpa y asintió.

—Tenemos que pensar cómo sacarlos de su escondite. Todos alertas y pendientes de los movimientos del señor Cross. Él será nuestro cebo. Lo eliminaremos como estaba planeado y ella saldrá de su escondite.

—¿Y el niño? —preguntó el guardaespaldas, rezando porque no le tocara esa parte.

—No lo vamos a encontrar. Si a alguien han escondido bien, es a él. Robert es el objetivo.

## CAPÍTULO 29

Valeria habló con Tommy y Nina después de aquella reunión. Necesitaba saber que el niño estaba bien.

Ambos se quedaron más tranquilos tras la breve conversación. El coronel había acondicionado una pequeña sala para que Valeria pudiese hablar en privado por una línea segura. No podían arriesgarse a que uno y otro fueran localizados.

Nick no se apartó de su lado, aunque se mantuvo en un discreto segundo plano. Ahora sería su sombra día y noche.

—¿Todo bien? —preguntó el soldado, acercándose a ella tras colgar. Se había alejado un poco para dejarle intimidad.

—Es increíble cómo se adaptan los niños a las situaciones, ¿sabes? —le contó, tirando de su mano para que se sentara junto a ella—. Nina le ha presentado a su mascota, es un conejito enano llamado Tambor y dice que ya no tiene miedo.

Levantó la vista con los ojos humedecidos por las lágrimas, pero una sonrisa en la boca.

—Si es la mitad de valiente que su madre, estoy seguro de que no tendrá. —Valeria asintió mientras Nick le limpiaba las lágrimas que resbalaban por sus mejillas—. Con Jimmy estará muy bien. Es uno de los mejores agentes del FBI que he conocido. Protegerá al pequeño y a Nina hasta que vayamos a buscarlos.

—No. No podemos ir a buscarlos. Si vamos, ellos los encontrarán. Me siguen. Saben dónde estoy. No podemos ir —relató de forma atropellada con los nervios en la garganta, mientras el pánico se reflejaba en su rostro.

—Tranquila, Val. Tranquila —le susurró Nick, acariciándole las mejillas con sus manos, intentando calmarla con ese gesto.

La puerta del despacho se abrió.

—¿Va todo bien? —preguntó Salma preocupada.

Estaba observando la escena desde la sala de operaciones junto a los muchachos, mientras buscaban cómo convencer a Robert Cross para que se dejase proteger por ellos y no solo por su equipo de seguridad.

—Sí —contestó Nick mirando a Valeria y no a ella—. La situación es complicada. Es normal que esté nerviosa. Tommy aún es pequeño y nunca han estado tanto tiempo separados.

Valeria lo miró agradecida de que supiese explicar parte de lo que le sucedía. La emoción no la dejaba hablar.

—Si necesitáis algo, cualquier cosa, decidlo.

La pareja asintió mientras Salma salía de la sala.

—¿Cómo están? —preguntó Alex a su espalda. Salma no se sobresaltó, pero pensaba que no se había dado cuenta de que se había alejado de la reunión.

—Nerviosos, asustados, prudentes, anhelantes...

Alex sonrió. Sabía lo que le pasaba a su mujer. Valeria le recordaba a ella, pero no tenía la preparación militar que le salvó la vida. Por otro lado, Nick solo la veía a ella, como le pasó a su marido. Tenía más miedo a que él pudiese cometer una locura por protegerla que al peligro al que se enfrentaban.

—Podemos dejarles tu casa. Está preparada como refugio. Allí estarán escondidos y se pueden reunir con el pequeño —propuso el ex SEAL.

Salma lo miró con el ceño fruncido.

—El niño no puede estar encerrado por tiempo indefinido. Mi casa solo es opción para un par de días. Hay que buscar otro lugar.

—Tienes razón —asintió el hombre pensativo—. De momento les dejaremos una de las habitaciones de oficiales para esta noche y pensaremos un plan para reunirlos en las próximas horas. No podemos demorarlo más. Debemos esconderlos a todos.

—Alex, siento interrumpir, pero te necesitamos en el puesto de mando. Parece que han reconocido a Devereux en unas imágenes de Instagram. Puede estar en Oriente Próximo —dijo Spy tras ellos.

—Vamos a ver esas fotos —asintió, cogiendo a su mujer de la mano—. Estoy deseando pillar a ese mal nacido y que todo esto acabe.

Mientras todos los operativos investigaban las fotografías y videos de una cuenta pública de Instagram donde, gracias al identificador facial habían encontrado a Mark y sus hombres en el hotel de lujo en el que se habían alojado, Nick y Valeria se mantenían al margen en aquella pequeña habitación.

—No vamos a poder huir de Mark. Lo sabes, ¿verdad? —preguntó Valeria a Nick, con el convencimiento de que al menos ella no viviría para contarlo.

—Estás protegida por los mejores hombres del mundo y no solo militares. Salma, la mujer que ha entrado hace unos minutos, era un gran espía del CNI y su marido el mejor francotirador vivo de la historia de los SEAL, con permiso de Chris Kyle... Ya estás aquí conmigo, con nosotros —se corrigió rápido. No quería incomodarla—. Si te quiere a ti o a Tommy, primero tendrá que matarme.

Valeria no pudo contener las lágrimas.

Sabía que así sería, daría su vida por ellos.

—No digas eso. Tienes que vivir para proteger a Tommy. Él...

Val dudó si seguir hablando. Aquel lugar no era el más adecuado para un tema tan delicado.

Tuvo suerte. Fuera estaba sucediendo algo importante. Había demasiado movimiento y la atención de Nick se desvió de inmediato hacia allí.

Que todas las miradas se dirigieran a aquel habitáculo en el que se encontraban, no ayudaba.

Vio como el coronel se acercaba hasta la puerta.

Miró a la mujer y se levantó para recibir al superior como debía.

Tras abrir y saludar, se fijó en que traía un documento en la mano.

—¿Señor? —preguntó tendiendo la mano para que le diese el papel.

—Lo siento mucho, hijo. He hecho todo lo posible por mantenerte aquí.

Nick leyó aquel papel.

Le obligaban a cambiar de destino con efecto inmediato.

Tenía que abandonar Madrid en veinticuatro horas en un avión que iba camino de la base para llevarlo a Afganistán. Debía cumplir servicio en Jalalabad, en el puesto avanzado estadounidense más activo que existía, que sería su nuevo emplazamiento durante la misión.

Nick arrugó el papel con furia mientras emitía un grito de rabia. Sabía que, tanto el padre de Val como su marido, llevaban años intentando quitarle de en medio usando sus contactos. No podían haberlo logrado en peor momento.

Valeria se incorporó con premura, se acercó a él con decisión y le abrazó



con fuerza.

Tenía miedo.

Mucho.

Iban a morir.

## CAPÍTULO 30

Robert Cross regresó a casa rodeado de guardaespaldas tras la visita al hospital y entrevistarse con algunos contactos influyentes.

Malena lo esperaba intranquila. La situación se les estaba yendo de las manos. Era posible que Mark hubiese muerto, Valeria estaba en el hospital, además de que no sabían dónde habían dejado a Tommy y nadie les comunicaba su paradero.

En cuanto la mujer escuchó la puerta, se acercó al mueble bar, sacó unos hielos de un pequeño congelador, los puso en los vasos de *whisky* y sirvió dos bebidas.

El hombre entró al salón con el rostro desencajado.

—¿Qué sucede? ¿Hay noticias? —preguntó alarmada.

Robert cogió el vaso que llevaba en las manos la mujer y se lo bebió de un solo trago. Cogió aire, caminó hasta la mesa baja que había ante la televisión y puso las noticias con el mando a distancia.

Malena ahogó un grito nervioso cuando vio el titular de la pantalla y los estragos del tiroteo en la puerta del hospital.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Val? ¿Y Tommy? ¡Ay, mi niño! —exclamó, cogiéndose el rostro entre las manos.

El marido se giró con seriedad al escucharla.

—¿Desde cuándo te importa tu nieto? Ya no digamos tu hija... —contestó el diplomático, pero visiblemente molesto.

—¿Cómo puedes decirme algo así?

—Porque tengo razón. Nunca quisiste tener hijos, no llevaste bien la infancia de Valeria y la adolescencia fue una guerra. Solo respiraste cuando se fue a vivir con sus amigas mientras iba a la universidad y después con el soldado. Casarla con Devereux fue un alivio para ti porque suponías que al tener una buena posición no le harías falta. Al niño lo soportas porque es un encanto y no es tu responsabilidad directa. —La mujer achicó los ojos escuchando todo aquello. Eran acusaciones muy duras, pero ciertas, aunque no quisiera reconocerlo—. Nunca me has engañado, Lena.

—Aunque eso fuese verdad, es mi hija, mi nieto, sangre de mi sangre y

ver este horror no es agradable.

Robert movió la cabeza de lado a lado como negación.

—No hace falta tanto paripé, de verdad, pero si insistes, haré como que me lo creo y te diré que cuando la visité estaba inconsciente por el *shock* y le iban a hacer pruebas, pero está claro que una de estas personas que huye del tiroteo del hospital es ella, lo que no sé es cómo ha conseguido todo este apoyo logístico. Son profesionales —comentó el hombre, congelando la imagen que emitía el noticiario observando las armas, las posturas disparando, la habilidad que desprendía cada uno de ellos.

En la era de los videos en las redes sociales, algún usuario lo había transmitido en directo en Facebook y los periodistas estaban haciendo uso de ello.

—Ha huido con premeditación —asumió la mujer, sin atisbo de duda—. No creo que le diera tiempo a reunir un grupo tan numeroso de escoltas si no tuviese pensado marcharse.

El hombre miró a su esposa señalándola con el dedo repetidas veces.

—¡Eso es! Lo tenía planeado. ¡Chica lista! ¡Bien por ella! —exclamó, contento de que se hubiese salvado por segunda vez.

Al contrario de lo que todo el mundo pensaba, él estaba muy preocupado por su hija y su suerte. Era el culpable de aquella amarga vida que llevaba desde que se casó y no se lo perdonaría jamás.

Durante muchos años estuvo enfadado con ella, fue mientras estaba con aquel soldado que solo iba a estropearle el porvenir, su relación se deterioró y cambió a una fría y distante. Ella estaba enamorada de aquel tipo que pretendía llevar a su hija tras él por el mundo en el mejor de los casos, o abandonarla meses y meses sola en casa mientras se marchaba a pegar tiros a la guerra de turno. No estaba dispuesto a que eso sucediera y decidió forzar la boda con Mark, un hombre hecho a sí mismo, con infinidad de negocios y empresas en auge que le daría estabilidad y estatus social, justo lo que debía tener.

Lo que no pensó es que, aquel tipo cautivador de sonrisa de anuncio, fuese un encantador de serpientes que los atrapase hasta llegar al extremo en el que hoy se veía. Su hija huyendo para salvar la vida por segunda vez en veinticuatro horas, su nieto desaparecido, él en paradero desconocido y ellos

al borde del abismo porque este tipo no era de los que dejaban cabos sueltos ni siquiera por clemencia.

Mientras no le enseñasen el cadáver de aquel mafioso, para él seguía vivo, y mientras estuviese vivo, tendría una pistola apuntándole a la cabeza. Esperaba que Malena lo entendiera porque no había tiempo para explicar la versión extendida. A ella solo le había importado el dinero y la posición social, firmaba los papeles que le correspondía de las empresas pantalla y acudía a los lugares que se le requería, pero no sabía hasta donde llegaban los negocios.

—¿Se puede saber qué está pasando? —preguntó Malena, sin entender nada de aquella actitud.

Robert cogió aire, se quitó la chaqueta e hizo un gesto a su mujer para que tomara asiento en el sofá frente a la televisión.

Lo hizo mientras él cerraba las puertas que accedían a la sala, quedándose los dos solos sin oídos indiscretos.

Rellenó los vasos de *whisky*, le tendió uno y se sentó a su lado.

—Sé que no te importan los negocios, solo nuestro estatus económico y posición social, pero ahora es necesario que lo sepas para que comprendas lo que está pasando.

—No me gusta nada lo que escucho —lo interrumpió, antes de dar un trago al vaso ancho que sostenía.

—Te haré un resumen rápido porque no creo que tengamos mucho tiempo para hablar de ello antes de que suceda algo irremediable. —La mujer arrugó el ceño.

—Me estás asustando.

—Debes estarlo. Eso te mantendrá alerta y prevenida.

Mantuvieron la mirada el uno en el otro unos segundos. Era una situación difícil.

—¿Qué está pasando, Rob?

El tono de voz temeroso le hizo saber que la tenía donde quería. Ella debía sobrevivir y la única forma de conseguirlo era que tuviera miedo, él probablemente no correría esa suerte.

—Mark Devereux no es el yerno amable, atento y detallista que tú conoces. —La mujer arrugó el ceño—. Lo interpreta muy bien, es normal que

estés extrañada, pero créeme, es un tipo despreciable, manipulador, peligroso y sanguinario, que no dudará en enviarnos a un grupo de sicarios para matarnos a todos, si con ello consigue lo que quiere.

—¿Valeria lo sabe? ¿Y Tommy? ¿Desde cuándo están así las cosas?

Robert no pudo evitar una carcajada. Creía que se había dado cuenta de algunos detalles, sobre todo últimamente que el tipo estaba bastante desquiciado y no era tan cuidadoso, pero por lo visto su mujer también estaba descuidando su sexto sentido.

—¿Valeria? —preguntó, con sonrisa triste—. Ella descubrió hace mucho tiempo con qué clase de hombre la había obligado a casarse. ¿Por qué te crees que me odia? ¿Por qué piensas que huye? El atentado de anoche solo tenía una razón de ser, matar a Val y hacerlo desaparecer a él. Es probable que seamos los siguientes en su lista.

—¡Cómo puede ser! ¡Robert! —exclamó asustada—. ¡El niño! ¡Hay que proteger al niño!

El diplomático cogió la mano de su mujer intentando calmarla.

—No sé dónde está el niño. Creo que tu hija ha sido más lista que todos nosotros y lo ha puesto a salvo antes de que la situación saltase por los aires. No estoy seguro de quién la ayuda, pero... ¿recuerdas a Nick? ¿El soldado por el que tú casi mueres de un infarto al enterarte de que se habían prometido? —La mujer asintió cerrando los ojos—. Creo que él la ha encontrado. No me preguntes cómo porque no lo sé, pero es la única forma de que hayan llegado a tiempo.

—Él la quería. Se colaba en su habitación por las noches a pesar de tu servicio de seguridad. Era muy inteligente. Estaban muy enamorados —recordó, con sonrisa triste. Fue una necia con aquel muchacho solo porque no era lo que quería para su hija sin pensar que era lo que ella necesitaba para ser feliz—. Es posible que nunca perdieran el contacto, aunque nos hiciesen creer que sí.

—Pues no sabes lo que me alegraría que tuvieras razón. A Mark los negocios se le han ido de las manos, Lena. Trafica con personas, con arte, con armas y ahora quiere usar las rutas que siempre nos han ido tan bien para meter heroína en Europa. Está loco —murmuró, consciente de la envergadura de sus palabras. Su mujer susurró un «madre mía» que no le pasó

desapercibido—. No creo que salga vivo de esto. Va a matarme, sé demasiadas cosas y me he negado a participar en el narcotráfico. Debes huir. Salir del país. Vuelve a Nueva York, ve a visitar a tu hermana a Australia. Hace demasiado tiempo que no os veis. Tienes que irte lejos.

Su relación de pareja se había enfriado hacía tiempo, las diferencias que fueron surgiendo sobre todo por los negocios y Valeria habían creado un abismo entre ellos, pero aun así, era duro decir adiós. Había sido su compañera de vida...

—¿Y esto es todo? —preguntó, con un nudo en la garganta—. ¿Todos separados, perdidos por el mundo sin saber de los otros quizá nunca más?

—Eso creo... al menos ahora debe ser así. Si las cosas cambian, podremos reencontrarnos.

Malena lo había querido, pero nunca le podría perdonar la soledad a la que la sometió cuando fue madre sin querer serlo.

No quería que estuviese alejada de la pequeña igual que él debido al trabajo, deseaba que la niña tuviese una referencia parental continua y la anuló casi por completo de la vida social a la que acostumbraba hasta que Valeria cumplió ocho años y creyó que podía ser más independiente, pero el daño estaba hecho.

Fue injusta con él porque en realidad, visto en perspectiva, solo le pidió bajar el ritmo, no enclaustrarse de por vida, algo lógico con niños tan pequeños, pero no lo entendió así porque tener a Valeria nunca había entrado en sus planes.

Sus sentimientos hacia él se apagaron, pero aguantó a su lado porque compensaba aquella soledad con el estatus, viajes, dinero y poder social. Ahora no hablaba de que estuviesen arruinados o la hubiese engañado, hablaba de huir para sobrevivir en su caso y morir manteniendo a la familia en el de él...

Duro de escuchar.

Difícil de asumir.

Se mantuvieron la mirada con una mezcla de recuerdos, amor, tristeza y miedo que no sabían identificar. Habían perdido mucho tiempo entre el rencor y los reproches. Ya no había más.

Robert, consciente de lo que estaba por venir, ella aún lo estaba

procesando, le cogió el rostro entre las manos y la besó.

Malena no se esperaba un beso como aquel, con pasión, como antes... la dejó en *shock*, pero no desperdició la ocasión. Lo echaba tanto de menos... Se lo devolvió de la misma forma.

El hombre creía tener más posibilidades de llevarse un bofetón, a que se lo devolviera. Tenerla entre sus manos dispuesta, lo excitó.

Deshizo el beso incrédulo.

Se miraron sin decir ni una sola palabra. Solo un gesto fue suficiente.

Malena deslizó sus manos por su torso hasta el cinturón. Rob observó aquel recorrido conteniendo el aire. Vio como ella desabrochaba el complemento y después el pantalón sastre.

Con el pulso un poco acelerado, deslizó su mano con delicadeza por la tela del vestido, levantándolo con cuidado. Ella jadeó ante la sensación. Robert la miró. Malena se cogió de su cuello.

—Si va a ser la última vez que nos veamos, despedámonos —le susurró al oído.

—Ha sido una vida complicada, pero... hubo un tiempo en el que lo pasamos bien juntos. Esa parte es la que no quiero olvidar.

—No la olvides —le pidió, metiendo la mano en el interior del pantalón.

Rob la besó disfrutando de esa sensación que echaba tanto de menos, mientras deslizaba las manos por debajo del vestido para terminar lo que habían empezado.

Era su despedida.

## CAPÍTULO 31

Tras el disgusto por conocer las noticias sobre su futuro, Nick y Valeria estaban consternados.

Era un momento muy delicado para ella. Aún no se había reunido con su hijo y él no podría ayudarla.

Todo el equipo estaba muy ocupado buscando a Mark e intentando borrar los vídeos que se habían filtrado a la televisión sobre el tiroteo en el hospital. Cuantas menos pistas dejaran sobre ello, más seguros se mantendrían. No les interesaba que la policía los confundiera con un grupo armado desconocido y se cambiara la alerta antiterrorista a un estadio mayor. JJ ya estaba en ello informando a los mandos de la policía nacional sobre la situación y trabajar juntos si era necesario. Manejaba mucha información que parecía no tendría lugar dentro de nuestras fronteras, pero si la acción se trasladaba de nuevo a Madrid, debían estar preparados.

—Debéis descansar —aconsejó Salma, abriéndoles la puerta de la habitación que les había preparado con la ayuda de Vicky, la enfermera acogida también en la base—. Nick, intenta no pensar demasiado. No es el momento, ya lo hacemos nosotros por ti. Somos una familia. Estamos trabajando en todas las posibilidades para que mañana no tengas que coger ese avión, ¿entendido? Céntrate en este momento y nada más —le pidió, consciente de lo difícil que era la situación, pero sabiendo que no podía perder la oportunidad de estar unas horas con la mujer de su vida por si no había otra ocasión.

—Lo intentaré —susurró, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera que en unas horas abandonaría de nuevo a Valeria si nada ni nadie lo remediaba.

La exespía lo abrazó con cariño.

—Todo irá bien. Confía, Nick. Hemos llegado hasta aquí. Está a salvo —dijo, acariciando el brazo de la mujer con ternura—. No nos vamos a rendir. —El soldado cerró los ojos. Quería creer esas palabras, pero todo estaba en contra—. Esa bolsa sobre la cama tiene algunas cosas de aseo personal para ti. —Se dirigió a Valeria deshaciendo el abrazo con Brooklyn—. Siempre tengo aquí cosas extra porque a veces tengo que estar varios días sin poder ir



a casa. Espero que te sirvan.

—Gracias —susurró la mujer, emocionada. La abrazó, aunque aún no tenían confianza, pero con ese gesto y otros similares desde que se habían conocido, ya le había demostrado suficiente.

Nick las contempló con esperanza de que al menos, si él tenía que marcharse, Salma cuidaría de ella y el pequeño Tommy.

Con una sonrisa alentadora, la exagente del CNI se fue cerrando la puerta tras de sí con un nudo en la garganta.

Aquel soldado se merecía algo mucho mejor y ella una vida feliz por fin, y no con aquel loco con el que la habían obligado a casarse. Entre todos, tenían que encontrar la forma de conseguirlo, igual que hicieron con ella tiempo atrás.

Valeria, nerviosa por lo que se le venía encima, decidió caminar hasta la pequeña maleta para entretener su atención unos minutos entre lo que allí había y tranquilizarse.

Nick la contempló entre la paz que le daba tenerla junto a él y la angustia de lo que vendría en unas horas.

Ya no eran la pareja que compartió vida hacía tantos años, tampoco la que se vio en Nueva York tiempo atrás y revivió su relación por unos días. Eran otras personas, con más cargas, heridas y vivencias de las que te cambian la vida, solo que, aquella mirada cansada, la tensión de su cuerpo aun conociéndolo, habiendo compartido cama, casa y vida, sabiendo que sus sentimientos hacia ella nunca se desvanecieron, no le gustaban. Había algo más.

—Creo que me daré una ducha —le dijo, sacándolo de sus pensamientos—. Sé que tengo estos apósitos puestos en las heridas más profundas, pero necesito ducharme.

—No te preocupes, la enfermera está por aquí y todos tenemos una base médica para tratar ciertas lesiones. Luego te curaré de nuevo o si lo prefieres, llamaré a Vicky para que lo haga —ofreció enseguida esa posibilidad para que no se sintiera incómoda.

—Si te tengo a ti, no necesito una enfermera —declaró, dejándolo fuera de juego. Se aclaró la garganta sin saber qué decir. No estaba preparado para escuchar frases que antes formaban parte de su intimidad.

—Mientras tanto, iré a por la cena a las cocinas. Así estarás tranquila y tendrás tiempo de relajarte un poco —anotó un número de móvil en el taco de notas junto al teléfono fijo en la mesita del cuarto—. Si necesitas algo, llámame.

Valeria no contestó, solo asintió mientras se acercaba hasta él.

Con dulzura tiró de la sudadera negra que llevaba, haciendo que bajase la cabeza hasta ella. Lo besó.

Nick recibió aquel casto beso como si le diera la vida.

Creía que nunca más estarían juntos y sucedió en Nueva York años atrás. De nuevo creyó que no llegaría a tiempo de salvarla de aquel loco, pero lo consiguió, aunque acabasen un poco magullados.

Ahora estaba en la base, con él, en una habitación de oficiales sin saber muy bien cuál era su lugar, el de ambos...

—No tardes, por favor —le pidió en un hilo de voz—. No quiero estar sola.

—Volveré antes de que te des cuenta. Lo prometo —juró, cogiéndole el cuello con cuidado de no enredarse en su pelo y no hacerle daño en las heridas. Acarició su mejilla. Ella cerró los ojos como siempre, como antes... Ahora la besó él, pero esta vez ambos fueron un poco más allá. Los segundos se convirtieron en un par de minutos.

Se apartaron de acuerdo en dejarlo ahí porque, si seguían, ninguno de los dos haría lo que se había propuesto.

Nick esbozó una ligera sonrisa mientras apretaba la mandíbula y le saltaban los músculos del cuello y el rostro.

Val le acarició allí donde había tensión, sonrió y sin más se dio media vuelta para encaminarse al baño.

El soldado la observó intentando llegar a la puerta sin tropezar.

Finalmente la dejó sola.

Valeria se metió en la ducha sin pensar mucho en el duro camino que le quedaba por recorrer.

Si Nick se marchaba a Afganistán, no se volverían a ver nunca más. Uno u otro moriría.

Aquello era una trampa para él. No sabía si ordenado por su padre o su

asqueroso marido, quizá por ambos, pero en cuanto Nick pusiera un pie en Jalalabab, alguna bala perdida lo mataría en un operativo o intentarían contra su equipo dejando todo en un ataque por algún grupo radical.

Estaba segura, había escuchado a Mark hablar de cosas así a escondidas en otras ocasiones, así se hacían con los terrenos, vehículos, armas, equipo técnico o lo que necesitasen, incluso no tener ojos indiscretos donde no debían estar, como los escondites de la heroína, zulos con armas, posibles puntos de intercambio de dinero o materiales...

Allí su vida no valía nada.

Pero es que para ella misma no había mejores augurios. Mark ya había intentado matarla sin éxito y lo volvería a intentar sin remordimientos.

Tommy estaba protegido, pero no iba a ser eterno. Al final, los encontraría a ambos. Su padre no iba a correr mejor suerte y su madre, dudaba que la dejase con vida. No era hombre de dejar cabos sueltos.

Intentó relajarse aprovechando ese instante, deseando que Nick regresara. Si era su último día juntos, no quería perder ni un segundo más sin él.



Nick llegó a la cocina del complejo como un autómata.

Dentro de su zona exclusiva, había un pequeño salón y unos soldados se dedicaban a cocinar para ellos.

Recogió dos raciones de lo que tenían preparado, postres, fruta, botellas de agua y se dirigió de nuevo a la habitación.

A mitad de camino, Hunter lo abordó.

—Entra aquí —ordenó, empujándolo dentro de una sala vacía.

Nick lo conocía y si estaba haciendo aquello, sus razones tendría.

—¿Qué sucede? —preguntó, dejando las bolsas sobre una mesa.

El veterano le tendió su teléfono.

Nick leyó.

Era un mensaje de un contacto identificado tan solo con un código, había escrito un WhatsApp a Hunter explicando que, en cuanto pusiera un pie en Afganistán, lo matarían.

Todo estaba preparado.

Habían pagado a un francotirador para asesinarlo en cuanto tuviera ocasión. Iba a conocer sus movimientos en todo momento y dispondría de múltiples oportunidades para derribar a su objetivo.

El soldado no daba crédito.

—¿Cómo es posible? —preguntó, indignado por la facilidad con la que se exponían a la muerte, no solo él, muchos hombres marcados por terroristas o desquiciados.

—Dinero, solo que este hijo de puta tiene más tentáculos de los que pensábamos y la orden es irrevocable.

—No voy a morir —dijo con seguridad—. Haré lo que tenga que hacer, pero ese tío, si quiere matarme, tendrá que venir personalmente a por mí.

Hunter puso una mano sobre su hombro asintiendo. Conocía su valentía, su arrojo en el frente y honor, pero esto se les escapaba a todos de las manos porque hablaba de un topo dentro.

—No estás solo. Somos una familia. Voy a hablar con el coronel para ver cómo actuamos a partir de ahora, pero quería que lo supieras primero. Tienes derecho a conocer todo esto antes que nadie.

—Gracias, Jason.

—De nada, hermano —. Contestó asintiendo. El veterano estaba a punto de salir de la habitación, con la mano en el pomo de la puerta, cuando se volvió hacia él—. Sabes que solo hay un camino posible, ¿verdad?

Nick lo miró cogiendo aire.

—Lo sé —contestó con tristeza.

—No es el fin del mundo. Hay mucho más que hacer con nuestras habilidades que servir al ejército. Se puede servir a un país, a personas o al mundo en general, puedes elegir, pero si estás vivo. Muerto no nos sirves.

El Delta Force asintió sonriendo al comprender su propuesta.

Aquel hombre llevaba tiempo intentando replantearse la vida laboral y lo habían hablado días atrás.

Visto así no era mala idea... Estaba seguro de que Alex y Salma lo contratarían sin problema y continuaría estando en la familia, pero no entraba en sus planes hasta que estuviese preparado para retirarse.

Se despidieron sin más palabras, dirigiéndose a direcciones opuestas.

Hunter a la sala de operaciones, Nick en busca de Valeria.

## CAPÍTULO 32

Nick abrió la puerta con respeto. Allí dentro estaba toda su vida real, la que recordaba antes de que todo se volviera una locura tras arrebatársela.

Valeria era lo único que tenía fuera del ejército. Era duro acariciarlo con la punta de los dedos y perderlo en un pestañeo...

Abrió con las manos temblorosas, aunque al cargar con las bolsas de comida lo disimulaba un poco.

Estaba en el baño. Veía la luz salir por la puerta abierta y la habitación tenía una temperatura más cálida.

Había música. Una pequeña radio sonaba en la habitación. Conocía ese programa, era sobre música R&B, la que compartían cuando estaban juntos en Estados Unidos. También lo escuchaba, aunque no conocía la canción de ese momento.

Se asomó con cautela. No quería violentarla, pero deseaba decirle que ya había regresado.

Estaba frente al espejo, con una camisola de algodón a medio muslo, el pelo mojado y el rubor del calor del vapor.

Sonrió tímido a la mujer que lo miraba a través del espejo, recordando a la chica que conoció en la universidad. Esa imagen era muy parecida, pero sus ojos hablaban de otra edad. No física, psicológica. La madurez que te arrolla con las experiencias vividas.

Sintió miedo. Ella parecía tan distinta...

Valeria se volvió hacia él. Caminó los escasos pasos que los separaban y lo abrazó.

Nick la envolvió con sus brazos respirando su olor, sintiendo las cosquillas de su pelo en la barbilla que se enredaba con la barba de un par de días o tres.

Ninguno habló.

A veces las palabras sobran porque la vida habla sola.

—Te quiero, Nick. Antes de que todo se vuelva una locura, de que no tenga oportunidad de decírtelo si morimos o nos separan otra vez... Te quiero. Diga lo que diga después de esta noche, pase lo que pase, nunca olvides que te

quiero —confesó, recordando lo que siempre le decía en las despedidas cuando se marchaba a una misión, lo que le ponía en las notas que le dejaba sobre la almohada, las cartas que le gustaba escribirle desde lugares remotos sin nombre porque era alto secreto...

Sin poder hablar por el nudo en la garganta, asintió cerrando los ojos apretándola contra su cuerpo.

Las lágrimas resbalaban por la cara empapando la piel.

La mezcla de alegría por estar juntos, paz del alma por lograr salvar a lo más importante de su vida y la angustia de que no se hiciese de día porque se tendría que marchar, lo machacaban.

Cogió su rostro con las manos para que lo mirase.

Ella también lloraba.

—Lo sé, mi amor. Lo sé... —confesó, apoyando su frente en la de ella.

Valeria se secó las lágrimas con el dorso de la mano, levantó la cabeza deshaciendo esa unión, se puso de puntillas para llegar a sus labios y lo besó.

Solo fueron unos segundos, no podía dejarlo seguir o no le diría lo que necesitaba.

—Quiero estar contigo esta noche, quiero hacer el amor contigo, olvidarme de todo lo que me ha pasado estos días, estas semanas, estos años... quiero sentirme viva, pero no quiero que te asustes por las marcas de mi cuerpo o si reacciono de alguna forma extraña cuando me toques. —Cogió aire, tenía que templar las emociones—. Las cosas no son como en Nueva York, cambiaron mucho después de aquellos maravillosos días juntos que me dieron la vida. —Respiró un par de segundos. Era importante lo que le tenía que decir—. Aunque estoy desando sentirte, hay cosas que me asustan a pesar de que sé que me quieres y que jamás me harías daño.

Nick no sabía que decir ante todo eso.

¿Qué le había hecho aquel animal?

Sentía la rabia y la impotencia vibrar en su sangre, pero no quería asustarla. Se estaba entregando a él con sinceridad.

Mataría a aquel cabrón malnacido en cuanto lo tuviera a tiro, pero ella no debía tener miedo nunca más, mucho menos por un malentendido por su parte.

La besó con los labios mojados por las lágrimas que recorrían su rostro.

Era un hombre que no escondía sus sentimientos y con ella mucho menos.

Estaba siendo sincera con palabras. Él no podía articularlas, tenía el corazón destrozado por lo que escuchaba. Intentaba procesarlo, pero se sentía en parte responsable de lo que le había pasado.

—Lo siento... —susurró en su boca, cuando tuvo fuerzas—. Siento no haber llegado antes, no haberte sacado de allí, no haber luchado por ti... Lo siento.

Valeria no lo dejó seguir.

Él no tenía la culpa de lo que había sucedido, los únicos culpables eran sus padres, Mark y ella misma por no huir.

—Debía haber escapado el primer día, pero estaba sola, asustada y era una cría. Pensé que ayudaba a mis padres, creí la historia de que estábamos arruinados y era la única forma de mantener a flote a la familia... le dejé hacer a pesar de perder al amor de mi vida... Fui una imbécil, ellos no me querían ni me quieren. Tú, sí. Siempre —contestó, intentando quitarle un poco de esa carga—. Te enviaron lejos a un destino donde era tan difícil localizarte que, aunque lo intenté, no lo logré. Tú te enfrentabas a un juicio militar si te negabas a ir... como ahora... No había salida. Supongo que todo estaba previsto para que así fuera... Doy gracias a Dios por no encontrarte y que hoy seas un gran soldado con recursos para mantenerte vivo e intentar hacerlo conmigo.

—Soy una mierda, Val. No voy a poder protegerte... —confesó, al borde de la rendición—. En cuanto me monte mañana en ese avión, habré firmado mi sentencia de muerte, pero si me quedo y no cumplo las ordenes, es desertión, me harán un consejo de guerra e iré a la cárcel militar donde me matarán igualmente... Estoy atrapado y te he atrapado conmigo...

—Entonces, aprovechemos esta noche juntos si puede ser la última... Mañana nos enfrentaremos a lo que nos depare la vida. No tengo miedo. Estamos juntos.

Nick la miró con tal intensidad ante su determinación, que Valeria se quedó sin respiración.

Con cuidado la cogió en volandas haciendo que las piernas se enroscaran en su cintura.

Ella se cogió de su cuello, acarició los labios y lo besó.

El soldado caminó hasta la cama, se subió en ella de rodillas y Valeria se



deslizó por su cintura y sus piernas para colocarse en la misma posición.

Le quito la sudadera y le sacó la camiseta sin esperar ni un segundo.

—¿Te acuerdas cuando te colabas en mi habitación saltándote la seguridad de mi casa antes de irme a vivir con las chicas? Mi padre se volvía loco contratando guardaespaldas —recordó, haciéndole sonreír mientras le desabrochaba el pantalón vaquero.

—Era muy divertido porque eran malísimos —dijo negando al recordar lo fácil que resultaba cuando se suponía que eran profesionales igual que él—. Me he colado más veces de las que me has visto —confesó a media voz provocando que ella parase sus movimientos mirándolo a los ojos. Él sonrió más—. Te he visto dormir muchas noches, Val. Me quedaba en tu cuarto cuando volvía de una misión solo mirándote, oliéndote, sintiendo como mi cuerpo se relajaba y la mente sanaba...

Estaba sorprendida. No lo sabía ni lo había notado.

Cuando estaba lejos lo extrañaba tanto, que pensaba que era su mente quien le jugaba malas pasadas, aunque su madre muchas veces decía que su habitación olía a Nick aun sin haber estado en ella. Ahora lo entendía.

Sonrió. A pesar de lo enfermiza que podía parecer esa confesión, conocía la razón por la que lo hacía y se sintió bien al saberlo, así como de servir para que él se mantuviera sano.

—Entonces hemos perdido mucho tiempo, ¿no? Entre las separaciones y las noches que has entrado de incognito sin despertarme, habrá que recuperar.

Hacía mucho que no reía a carcajadas y fue tal la que emitió al escucharla divertida como antaño, que se escuchó por el pasillo de oficiales a pesar de que les habían preparado una habitación alejada para preservar su intimidad. Más de uno sonrió en el descanso de su espacio personal.

Cuando uno de los nuestros es feliz, lo somos todos.

—A sus órdenes —susurró en su boca, mientras reconocía los primeros acordes de la canción de la radio. La sensual *Redbone* de Childish Gambino.

Deslizó las manos por sus muslos con cuidado, para sacarle la camisola que se había puesto tras la ducha.

No llevaba nada más.

La imagen lo impactó.

Vio que tenía marcas ya blanquecinas, como cicatrices de arañazos o

cosas similares en las que prefería no pensar.

Se esforzó en no mirarlas más.

Se concentró en el deseo.

Estaba preciosa, como había sido siempre.

Lo miró asustada. Sabía lo que había visto, aunque intentase disimular.

—No voy a preguntarte, Val. Tampoco sé si estoy preparado para saber lo que te ha pasado con detalles, aunque puedo imaginarlo y... me duele tanto que no puedo pensar con claridad.

—No pienses —rogó entre lágrimas, consciente de lo que había descubierto.

Los moratones se difuminan, las heridas se curan, pero dejan un rastro en la piel más difícil de hacer desaparecer, a veces nunca se van, a pesar de usar productos para intentarlo.

La miró con intensidad, cogió aire y la besó como siempre, como si no hubiese pasado el tiempo y se acabase de colar en la habitación de su casa una vez más.

Valeria jadeó excitada al sentirlo, de la sensación de su cuerpo desnudo contra el del hombre que amaba, el que la hace sentir deseo y con el que soñaba cada día, cada noche, en cada encuentro con el indeseable de su marido.

Nick, sosteniéndola con un brazo, la dejó sobre la cama para poder desprenderse de los pantalones y el bóxer. Se colocó sobre ella apoyando las manos y las rodillas, sin rozar su piel.

Acercó sus labios a la boca, la besó unos segundos y después comenzó a descender por su cuerpo. El cuello, un hombro, el otro, los brazos, los costados obviando los pechos...

Valeria se estremeció, él sonrió pícaro sin que lo viera. Besó su tripa, hizo amago de bajar más, pero al segundo lo tenía de nuevo en su boca.

Valeria sonrió. Era igual de travieso a como recordaba.

Nick deshizo el beso, la miró sin abandonar su ligera sonrisa tan *sexy* y bajó hasta un pecho besándolo largo tiempo.

El cuerpo de la mujer se estremeció. Jadeó respondiendo a sus caricias y besos mientras lo cogía del pelo, acariciando su cabeza.

Con la mano, el soldado dio atenciones al otro seno solitario y dejó caer

su cuerpo sobre ella.

Se revolvió al sentir el peso, él paró en seco con miedo a que no se sintiera cómoda. Se miraron.

—Sigue. Estoy bien —jadeó.

Obediente, continuó un rato hasta que comenzó el descenso hasta su sexo.

Valeria se arqueó temblando por la sensación que le provocaba.

Hacía tanto tiempo que no sentía placer, que no lo recordaba.

Su respiración entrecortada y el cuerpo tiritando entre sus brazos, era todo lo que Nick necesitaba saber.

Seguía siendo capaz de excitarla, de que sintiera deseo y, si su memoria no fallaba, pronto pediría más.

Se incorporó sobre ella.

Valeria se quejó con un gemido por la separación, pero lo cierto es que era el momento para que entrase en ella.

Seguía leyéndola como si la hubiese escrito él mismo. Esperaba no sobresaltarse y asustarla.

Estaba excitado, pero lo notaba contenido. Se movía con sumo cuidado sobre ella, atento a cada respiración.

—Tranquilo. Estoy bien —susurró, acariciándole el torso, subiendo sus manos hasta los hombros y el cuello. Lo miró a los ojos—. Tú jamás podrás hacerme daño. No eres como él. Mi mente te ha recordado tantas veces reviviendo una y otra vez nuestros encuentros, que ahora me siento desbordada de sensaciones. Te deseo, Nick.

No sabía qué contestar a eso. Él también estaba al límite.

La besó con calma.

Valeria exploró su boca con la lengua, invitándolo a hacer lo mismo mientras deslizaba una mano hacia su miembro excitado.

En cuanto lo acarició, él gimió.

Ambos abrieron los ojos.

Se miraron.

La cogió por las caderas con cuidado y se colocó para penetrarla. No quería que le tocara y se perdiera el deseo entre sus manos.

Ella se arqueó al sentirlo dentro, gimió, se agarró a las sábanas, se quedó sin respiración.

Nick aguantó sin moverse, aunque lo estaba deseando.

No era momento de tener sexo duro y salvaje como habían mantenido en otros tiempos. Si la vida se lo permitía y la suerte estaba de su lado, quizá lo recuperaran.

Valeria se movió buscando más placer. Él sabía lo que quería y cómo dárselo.

La penetró algunas veces en esa posición, pero la conocía.

Cogió sus caderas y cintura haciéndola incorporarse sobre él que se colocó de rodillas en la cama.

En cuanto sintió la penetración más profunda, se sostuvo a su cuello jadeante. Él sonrió. Ella también.

La dejó moverse sobre él buscando el clímax que no tardaría en llegar, mientras acariciaba sus pechos y aguantaba el propio como podía. Ella tenía que tener su orgasmo a toda costa.

Intentó no gritar al conseguirlo, pero no pudo contener un pequeño grito. Nick, al escucharla, se dejó ir también llegando al suyo.

Nunca pensó que ese encuentro sería en una base militar al borde del abismo, con la amenaza de muerte sobre ellos y con muchas posibilidades de que fuese su última noche juntos, pero no lo cambiaría por nada en la vida porque se amaban aquí o donde el destino los llevara. Antes, ahora o dentro de diez años.

Eran ellos y nadie más.

## CAPÍTULO 33

No podía dormir. Aun estando con ella cerca, abrazada a él y habiendo calmado su deseo una vez más, el futuro lo mantenía alerta.

Tenía que tomar una decisión. La más importante de su vida laboral. Más que marcharse y entrar en los Delta Force después de su separación de Val años atrás.

Parecía que habían pasado décadas...

Se levantó con sigilo.

La miró mientras se vestía.

Estaba preciosa, era como recordaba, como anhelaba, aunque tenían mucho de qué hablar y qué contar.

—Te prometo que arreglaré esto —susurró, en un hilo de voz.

Se marchó del cuarto.

Se puso la capucha de la sudadera negra caminando por el pasillo.

Salió al hangar que había al lado de los barracones, contempló la lluvia que caía de forma torrencial y sin importarle el hecho, salió del tejado protector bajo ella, levantó la cabeza, dejó que cayera en su rostro despejándolo y comenzó a correr. Lo necesitaba.



El coronel Summers también estaba despierto. Había intentado por todos los medios revocar aquella absurda orden sin suerte.

Nadie sabía de dónde venía con certeza, algo que solo los llevaba a un final y no iba a consentir que mataran a uno de sus hombres de esa forma. Antes se sacrificaría él.

Lo vio cambiar la carrera por el trote tan característico del boxeo, acompañándolo con puñetazos al aire hasta que, después de unos minutos, lo escuchó gritar de impotencia.

El coronel bajó la cabeza con tristeza. No se rendiría hasta que aquel puto avión entrara en su hangar y se lo llevaran a la fuerza. Hasta entonces,

intentaría salvarle la vida, aunque para ello tuviera que desertar, aunque tuviera que desertar el equipo en pleno.

—Señor —le llamó Hunter, tras tocar la puerta con los nudillos dos veces y entrar. Ya lo había avisado que ante cualquier novedad fuese a comunicárselo enseguida.

—Dime, Jason —pidió, sin apartar la vista de Nick en el exterior. El veterano lo acompañó colocándose a su lado.

—Hemos localizado a Robert Cross. Está en su casa con la señora Cross. Se niega a tener más escoltas, pero los solicita para que su mujer huya del país.

—Si se cree que sacrificándose va a conseguir algo, se equivoca, pero no nos podemos dividir mucho más de lo que lo vamos a hacer... —Se giró para mirarlo. La situación se complicaba—. Necesito a Nick con Valeria y Tommy en un lugar seguro, que alguien vigile a Robert Cross, otros escolten a la señora Cross y un equipo siga buscando a Devereux... Demasiados frentes, Jason. El equipo corre peligro con esta disección. Temo que no podamos volver con vida.

Hunter lo sabía. Unidos eran lo más cercano a la invencibilidad que se podía estar y, aunque habían aumentado en número de forma considerable tras los últimos acontecimientos, no era suficientes o al menos no los que desearía para mantener su seguridad.

—Lo sé, señor —afirmó con pesar. No tenían más equipo, ni opciones, ni posibilidades. Debía ser suficiente o morirían.

Ambos contemplaron a Nick doblarse sobre sí mismo para recuperar el resuello después del esfuerzo físico, con las manos apoyadas en los muslos.

—Él es lo más urgente, Jason. Debemos encontrar una solución —lo apremió.

—Solo hay dos opciones, o deserta o muere. Creo que un consejo de guerra a estas alturas con su currículum, no es tan grave.

—Lo licenciarán con deshonor. Tú sabes lo que eso significa para cualquier soldado.

—Sí y también lo que supone pertenecer a la élite militar y que todo lo aprendido no sirva para salvar a la persona más importante de tu vida. Que muchos sigan vivos gracias a ti y lo que te ha hecho volver a casa durante

años, luchar por vivir en los peores momentos, muera en un atentado terrorista. —Miró a su coronel, tras pronunciar esas dolorosas palabras y ver como el Delta Force se marchaba al interior del complejo—. Elegiré a Val sobre todas las cosas, incluida su vida. Tenemos que ayudarlo.



Nick regresó a la habitación un poco más tranquilo, pero solo porque el ejercicio lo había despejado calmando la ansiedad, aunque sabía que era una analgesia temporal que regresaría en cuanto llegara el alba.

Entró con sigilo. Valeria estaba dormida.

Aunque estaba feo pensarlo, lo agradeció.

No es que no quisiera hablar con ella o compartir sus sentimientos, nada más lejos de la realidad, solo necesitaba poner su mente en orden unos minutos más, asumir sus sentimientos y decisiones para después contárselo.

Además, por mucho que la amase, su vida había sido solitaria, sin dar explicaciones a nadie desde que se separaron y costaba recordar que ahora había alguien más interesado en lo que acontecía en la suya.

Se dio una ducha rápida, se puso un pantalón de algodón oscuro y se acostó junto a ella.

Le daba la espalda. No podía verle el rostro, pero su respiración parecía tranquila. Mejor así.

Pasó una mano por su cintura, abrazándola hasta acurrucarse muy pegado a su cuerpo.

Valeria se tensó de inmediato. Nick se apartó. No quería asustarla.

—Perdona —susurró. Recordó lo que le había pedido horas antes, paciencia si notaba gestos raros.

En su duermevela fue consciente de que no era Mark en cuanto notó como se separaba de ella con respeto.

Le cogió de la mano girándose un poco. Tiró de él para que volviera a colocarse a su lado.

Como si no hubiese pasado el tiempo, se acoplaron el uno al otro. Ella tiró de su mano e hizo que la abrazase más.

Nick respiró.

No le había echado de su lado y al menos esa noche estaba segura.  
Mañana sería otro día.



## CAPÍTULO 34

Cuando salió el sol, el puesto táctico ya llevaba operativo al menos una hora.

El coronel había dormido escasas cinco horas y los demás más o menos lo mismo en distintos turnos.

Todos, menos Nick y Valeria, se reunieron en la sala.

Casi todos con un café en la mano, leían documentos de aquella mina de oro que habían sacado del búnker en Siria días atrás y los iban clasificando sin cambiar el orden en que Valeria los colocó horas antes.

—Señores —comenzó el coronel Summers nada más abrir la puerta, echando una ojeada a todos. Se fijó en Mac. Se dirigió hasta él—. ¿Qué hace aquí señor, McCoy? Esa herida necesita descanso.

—Cuando la señora Cross esté a salvo y encontremos a Devereux —contestó con seguridad.

—Después de esta reunión, quiero hablar con la señorita Victoria. Ella me dirá lo que necesito saber sobre su estado físico. Después usted y yo hablaremos —aseguró.

Mac asintió. No podía discutir a su comandante en jefe.

Esperaba que la mujer lo dejara hacer su trabajo. Estaba descansando en una habitación cercana a la suya. La acompañó después de la cena que compartieron con el resto del equipo, menos Nick y Valeria que se retiraron antes.

Pensó que estaría más asustada, pero la veía tranquila. Su profesión también le hacía vivir momentos de mucha tensión y se notaba que estaba acostumbrada a ellos.

Le hubiese gustado hablar un rato más con ella, pero no creyó que fuese el momento oportuno. Las circunstancias eran muy complicadas y ¿quién sabía si saldría vivo de la misión? Era mejor no implicarse demasiado.

Se despidió cortés tras acompañarla a su cuarto y regresó al suyo intentando concentrarse en descansar para recuperarse lo máximo posible para lo que estaba por venir, aunque el plan no había resultado como esperaba. Había dormido poco dando vueltas en la cama y solo ganó una buena migraña

que intentaba disimular y aplacar con analgésicos militares.

La herida no ayudaba, pero la cercanía de Victoria tampoco.

Se concentró en su superior al mando. Era lo mejor.

El coronel se situó en un extremo de la mesa, los demás, la rodearon tomando asiento.

—Como saben, la señora Devereux...

—Valeria —interrumpió Salma. Todos la miraron—. Perdonad, pero ruego que la llaméis por su nombre de pila. No creo que le apetezca que la llamemos por el apellido de este delincuente impresentable, por describirlo de forma suave... A Nick tampoco creo que le guste escucharlo.

—Tienes razón, Salma. Discúlpame. No se volverá a repetir —pidió perdón el oficial a la exespía. Se sonrieron. Todos asintieron. El coronel continuó—. Os he reunido aquí con urgencia porque tenemos que decidir cómo vamos a abordar esta situación. He dejado que Brooklyn descanse porque hoy se enfrenta a un día complicado. El avión que lo trasladará a Jalalabad tardará escasas horas en llegar aquí y no tiene muchas salidas al respecto. Hunter, por favor, informa.

Jason se dirigió a todos sus compañeros con gesto serio.

—Según informaciones que he conseguido, extraoficialmente, de un contacto fiable en Afganistán, Devereux se las ha ingeniado para contratar a un francotirador sirio para que acabe con Brook en cuanto salga en el primer operativo. Eso solo nos lleva a dos puntos importantes, Nick no puede salir de la base a no ser que encontremos un lugar seguro para él, Val y el pequeño Tommy y... hay un topo en el puesto avanzado de Jala.

Los hombres se miraron con tristeza. La corrupción estaba a la orden del día y el motivo siempre era el mismo: dinero.

El coronel retomó la palabra.

—Bien, ante esta situación, he solicitado unas horas más de margen antes de que Nick tenga que decidir si desertar o morir, pero mientras esa tregua llega, tenemos más cuestiones de las que ocuparnos. —Cogió una *tablet* donde había hecho un organigrama y al tocar la pantalla, se visualizó en una pizarra electrónica de gran tamaño delante de los operativos—. Tenemos que proteger a la familia Cross con tres equipos diferentes. Uno irá con el padre, otro escoltará a la madre y otro estará con Valeria y su hijo a falta de determinar si

los reuniremos. Por otro lado, tenemos que continuar con la búsqueda de Devereux para intentar dismantlar la más que posible organización que está montando en Oriente Próximo y además tenemos que investigar todo este material.

—Es demasiado —murmuró Alex.

—Lo sé, pero no nos queda más remedio que dividirnos, al menos de momento. —Se acercó a la pantalla y señaló un equipo—. El equipo Alfa protegerá a Valeria. Serán Brooklyn, Mac y el agente Taylor del FBI que se ocupa de la protección del pequeño Tommy. Luego retomaremos este tema y pensaremos un plan específico. El equipo Bravo protegerá al señor Cross. Sé que se ha negado a recibir protección, pero sabemos que es un objetivo prioritario y debe tener vigilancia, aunque sea en la distancia. Nos permitirá identificar a alguno de los hombres de Devereux que queden aquí si se le acercan. Lo formaréis Hunter, Alex y Salma. Spy, Sugar y JJ serán el equipo Charly y los encargados de escoltar a la señora Devereux en su salida del país. Cuando esté segura en el avión, volvéis a la base a esperar instrucciones. El equipo Eco será el de investigación y apoyo a los que están fuera en caso de necesidad. Lo formarán Warrick, Matt, Scott y yo mismo. El equipo Charly nos ayudará a su regreso. Jack será el Delta y buscará a Devereux con ayuda de la CIA. Espero que esto funcione y todos volvamos con vida.

—Yo también —susurró Alex, soltando el aire retenido mientras cogía de la mano a Salma. Spy, sentado frente a él, intercambió una intensa mirada de preocupación.

—Sé que es un plan muy arriesgado, pero de momento no encuentro otra forma de atacar lo que tenemos encima. Se admiten sugerencias, por supuesto.

Hubo un silencio unos segundos donde la preocupación era sin duda la protagonista.

—Tenemos que llevar al niño a un lugar seguro. Hay que reunir a la familia y hacerlo ya. Esa es la prioridad. Si Nick se tiene que ir o hacer lo que tenga que hacer, que sea con la tranquilidad de que ellos están a salvo —comentó Salma, con un nudo en la garganta. Todos asintieron de acuerdo.

—Nick me habló de un amigo al que ayudamos hace tiempo de manera extraoficial. Es un exmilitar español afincado en un pueblecito cercano a Madrid con una casa-hotel. Ya se ha usado este lugar como refugio y él sería

una protección extra a los que lo acompañen. Además, hay otro niño allí para que Tommy no esté solo y no le afecte tanto todo esto. Al final, aunque intentamos ocultárselo, ellos se dan cuenta de que algo no va bien y sería una distracción —contó el coronel.

—¿Está dispuesto a poner en peligro a más civiles? Sabe que esta gente no se anda con rodeos. Mire lo que han hecho en pleno centro de Madrid o en la puerta del hospital —consultó Spy, como jefe de unidad. Solo quería que Summers se lo pensara bien. Una vez que el operativo comenzara, no habría marcha atrás.

—Creo que es un buen sitio, desconocido fuera del entorno de la familia o de las personas cercanas a Devereux. Puede funcionar y, si detectamos cualquier acercamiento a ellos, podemos dejar a Tommy allí y hacer volver al resto para atraerlos.

—A sus órdenes —contestó Spy. Esperaba que todo saliera como lo imaginaban en su cabeza o no podrían ayudarlos...

—Tendremos que preguntar a Nick si está de acuerdo con este plan y sobre todo a su amigo, si está dispuesto a acogerlos con todo lo que eso conlleva —puntualizó Alex.

—Por supuesto —asintió el coronel.

—Creo que lo mejor sería que el niño, el agente del FBI y la amiga de Valeria vinieran al cuartel. Es el sitio más seguro que les podemos ofrecer, a pesar de que no sea un sitio adecuado para un menor —intervino Salma.

—Dejaremos que Nick y Valeria decidan con nosotros la mejor opción, ¿de acuerdo? —dijo por finalizada esa conversación el superior al mando.

—Lo que no entiendo es por qué la señora Cross se marcha —comentó Sugar—. Lo lógico es que se quedara junto a su marido y aceptasen la protección.

—Hay demasiadas cosas que no se comprenden en esta familia. Será mejor que no le deis demasiadas vueltas —intervino un JJ muy callado hasta el momento. Seguía junto al equipo después de lo acontecido en el hospital y no pensaba moverse de allí hasta que encontraran a aquel tipo que tanto le había hecho trabajar y tanto daño causaba a todo el que estaba cerca.

—¿Cuándo empezamos? ¿Lo haremos coordinados o cada equipo a su tiempo?

—Los equipos que cubren a los señores Cross pueden salir en cuanto estén preparados. Jack está trabajando en Devereux desde anoche. Nosotros seguimos con la documentación y en cuanto termine esta reunión, hablaré con Nick. ¿Alguien tiene algo que añadir?

—Coronel, creo que podría investigar un poco sobre el arte robado, quizá nos dé una pista sobre donde puede estar Devereux —propuso JJ. El coronel le pidió que continuara hablando con un gesto de la mano—. Existe una unidad especial sobre delitos contra el patrimonio, tengo algún contacto allí. Deje que los llame, podrían darnos información sobre las rutas calientes o qué obras se están demandado.

—Perfecto, JJ. Ponte con ello en cuanto acabemos. Le diré a Jack que estas estudiando esos documentos para que os coordinéis en la búsqueda de Devereux —aceptó la propuesta—. Si no hay nada más, suerte ahí fuera. Quiero que volváis todos.

La reunión se disolvió haciendo que los subequipos se organizaran con rapidez.

Summers, dejándolos trabajar, se retiró a su despacho. Tenía algunas llamadas que hacer antes de ir a hablar con Nick.

## CAPÍTULO 35

A pesar de la delicadeza de toda la unidad, Nick y Valeria estaban despiertos desde hacía un par de horas.

La incertidumbre sobre lo que podía pasar a partir de ahora los comía por dentro, tanto para lo bueno como para lo malo.

Él sabía lo que tenía que hacer. Solo le habían dejado una salida compatible con la vida, la deserción.

Nunca pensó que acabaría así su vida militar, pero si era el único camino para proteger a Valeria de la muerte y tener una vida, que el futuro diría si sería feliz, no tenía dudas de que fuera lo correcto.

—En qué piensas —susurró Valeria, acurrucada sobre su pecho. Sabía que había salido después de su encuentro sexual. La cabeza no paraba de pensar y hacer ejercicio siempre lo había ayudado a despejarse. Lo vio ponerse ropa deportiva y marcharse con sigilo.

—En nuestras probabilidades.

—No tenía muchas hace unas horas. Cualquiera, por mínima que sea, la acepto.

Nick la miró con media sonrisa. Ella siempre era optimista.

—Lo sé, pero mi deber es ofrecerte lo mejor que te pueda proporcionar, como militar y como hombre. A mí no me vale otra opción.

—A veces hay que bajar el listón, coger lo que tienes a mano para sobrevivir y seguir con la esperanza de llegar a la meta más tarde, pero llegar.

No supo qué decir a eso. No entraba en sus posibilidades conseguir algo mediocre, aunque válido. Estaba acostumbrado a la excelencia que le exigía pertenecer a la unidad de la élite.

Alguien llamó a la puerta.

La pareja intercambió una mirada nerviosa antes de que él se levantara de la cama para abrir.

—Señor. —Se cuadró en la puerta al ver que el coronel era quien estaba al otro lado.

—Descanse, Brook. ¿Puedo pasar?

El teniente giró la cabeza en dirección a la cama.

Valeria se había levantado y estaba terminando de vestirse.

—Adelante.

El hombre saludó con un gesto de cabeza a la mujer que se disponía a preparar un poco de café en la cafetera eléctrica que había sobre la nevera, tipo hotel, de un extremo del cuarto.

—Espero que hayáis estado cómodos. Siento no poder ofreceros algo mejor.

—Señor, no es necesario. Estamos bien.

Asintió conforme.

Miró a la mujer.

—¿Qué tal se encuentra, Valeria? Espero que un poco mejor.

—Sí, coronel, estoy mejor. Solo han sido rasguños y el ligero dolor de cabeza de la conmoción, pero se va pasando. —Le sonrió agradecida—. Sobre todo, más tranquila. Gracias por dejar que me quede aquí —añadió.

—Por supuesto, señora. Es el sitio más seguro para usted ahora mismo y es donde debe estar.

La mujer sonrió agradecida.

—Prepararé café —propuso, para dejarlos la poca intimidad que la habitación permitía—. O si es necesario, me iré a dar una vuelta.

—No. Tiene que escuchar lo que he venido a decir.

La pareja se miró expectante.

—Dispare, señor —lo animó Nick.

—Siento comunicarte que aún no he recibido respuesta a las peticiones de aplazamiento de tu traslado. —Nick asintió. Lo imaginaba, pero aun así, dolía—. Por tanto, solo quedan dos opciones...

—No voy a ir a Jala. No voy a dejar a Valeria —lo interrumpió decidido.

El coronel asintió y se acercó a él. Le puso una mano en el hombro dejando el protocolo militar a un lado.

—Sé que no la vas a dejar, hijo. Ninguno haríamos semejante locura, pero ese camino solo nos lleva a un desenlace.

Nick asintió bajando la mirada. Lo tenía claro, había estado toda la noche dándole vueltas a pesar de que era difícil de asumir.

Unos golpes en la puerta hicieron que los tres se mirasen entre ellos.

El coronel se dispuso a abrir.

Valeria se acercó a Nick. Lo cogió de la mano.

—Todo irá bien. Sea como sea, estaremos bien —le susurró, cogiendo su brazo con la otra mano. Él bajó la cabeza para besarla.

Hunter entró a la habitación.

—Siento interrumpir, señor. Es importante.

—Hable, Jason —le dio paso el superior.

—Acabamos de saber que el avión que debía llevarse a Nick ha sido desviado para un transporte de emergencia y han pospuesto su traslado.

—¿Cómo? —preguntó el coronel extrañado por el giro de los acontecimientos.

—No estamos seguros, pero JJ cree que el señor Cross ha tenido que ver —dijo, mirando a Val—. Es casi imposible que a estas alturas no sepa que has tenido ayuda militar para salir del hospital. En las imágenes de la prensa, no se nos reconoce, pero es fácil dilucidar que somos especialistas. Creo que ha enlazado cabos y es posible que no sea tan mal padre.

La mujer los miró incrédula.

—¿Creéis que le ha liberado para que me proteja? —preguntó, aunque sabía la respuesta.

Todos asintieron. Solo algo así podía librar a Nick de la misión. Solo una llamada a altas esferas por alguien poderoso haría algo así y por desgracia, el coronel Summers no entraba en ese estatus.

—Es posible que quiera arreglarlo, pero quizá sea demasiado tarde —susurró, aún sorprendida.

—Puede ser, pero nos da una gran oportunidad —confesó el coronel.

—Señor, nosotros marchamos a realizar la cobertura al señor Cross. Lo mantendremos informado.

—Gracias, Jason. Buena suerte —se despidió, pensando con rapidez el siguiente paso. De momento se habían librado de la deserción, pero no duraría mucho, con eso ganaban algunos días. Tenían que ponerse en marcha.

—Amigo, cuídate. Nos vemos pronto —se despidió de Brook.

—Gracias. Vuelve, hermano —le pidió, dándole un gran abrazo. Él lo entendería sin más palabras. Ya sabía que no quería sacrificios inútiles por la causa, por mucho que ya le pesara el tiempo sin Estela. Debía vivir.

El hombre se marchó dejando una gran incógnita en esa habitación.



—Bien —habló el coronel—. Hemos pospuesto un gran problema de la ecuación. Ahora tenemos que solucionar vuestra ubicación.

—Creí que nos quedaríamos aquí —dijo confundido.

—Esta es una ubicación obvia que, aunque es difícil de atacar, no es infranqueable, mucho menos si todos nos movilizamos para resolver los cabos sueltos y se queda casi vacía. Considero que tampoco es un sitio óptimo para un niño pequeño. —Miró a Valeria cuando pronunció esas palabras. La mujer asintió, pero no le importaba quedarse—. He recordado el hotel de ese amigo tuyo al que ayudamos hace un tiempo. ¿Te parece un buen sitio para esconderos? No está vinculado con ninguno de vosotros y nadie conoce su ubicación excepto nosotros. ¿Crees que Tony os alojaría? Sería un escolta extra y os podríais reunir con el pequeño.

Nick procesaba la petición lo más rápido que podía.

Si se marchaban a Cid, Tony tenía que estar al cien por cien de acuerdo con ello, sin dudas, porque estar allí, implicaba también a Diana y su hijo Quique.

—Creo que él accedería sin dudar, se siente en deuda conmigo, con todos nosotros, por lo que hicimos por Diana, pero yo no estoy dispuesto a poner en peligro más vidas —confesó el soldado—. Estar allí implica ponerlos en un riesgo que no merecen. Lo siento.

—Lo entiendo, Nick. No te preocupes. Evacuaremos al pequeño y sus escoltas hasta la base. Pronto os reuniréis con él —decidió Summers.

Sin más palabras, el hombre abrió la puerta y se marchó.

Nick miró a Valeria.

Estaba muy preocupada. No hacía falta que lo expresara con palabras.

—Creo que la mejor opción es que Tommy, Nina y Taylor vengan aquí. El cuartel es el lugar más seguro, aunque no lo sea al cien por cien, pero no creo que a tu exmarido le dé por atacar una base urbana en una ciudad europea como hacen en Siria, Libia o Afganistán. No quiero implicar a nadie más porque todo el que se acerca a nosotros corre el riesgo de morir. Pronto estarás con tu hijo.

Valeria lo miró con intensidad.

Tenía que decírselo.

No podía tomar las decisiones sobre Tommy estando él de vuelta en su

vida. Si había guardado el secreto era por miedo a las consecuencias si Mark o su padre se enteraban. Ya no tenía que seguir ocultándolo.

—Nick, no puedo decidir yo sola sobre Tommy. Tienes que saber algo importante sobre él. —Le cogió de la mano y tiró de él hasta sentarse junto a ella en la cama. Estaba confuso, pero respetó sus tiempos. Cuando estuviera preparada, hablaría. La vio coger aire antes de hablar. Era el momento—. Nunca se lo he dicho a nadie. He guardado el secreto para no ponerlo en peligro.

—¿En peligro? ¿Qué pasa, Val? ¿Qué le pasa a Tommy? —preguntó preocupado. Si había otra amenaza debían saberlo de inmediato.

—El padre de Tommy no es Mark —confesó, mirándolo con intensidad. Hizo una pausa para que él asentara esas palabras en su mente. El ligero entrecerrar de ojos la marcó el momento en el que él se dio cuenta de a qué se podía referir.

—Val, habla, por favor.

—Aquellos días que compartimos en Nueva York no solo me dieron la vida a mí. Tommy es tu hijo, Nick —confesó, por fin, la verdad.

Tenía miedo de su reacción. No porque no la creyera, sino porque no estuviera preparado para algo tan grande en su vida.

Siendo realistas, había pasado años apartado de ella y, aunque aquellos días fueron maravillosos, fueron lo único entre ellos en años. Era un *shock* averiguar que ella estaba en peligro real, dispuesta a huir de su marido y además asumir la paternidad de su hijo. Debía dejarle un poco de tiempo para hacerse a la idea.

Nick no sabía qué decir.

Había estado mucho tiempo intentando no hablar del pequeño, no pensar en él porque no era capaz de asumir que ella mantuviera a una criatura inocente en aquel ambiente, con aquella gente, en peligro constante cuando le dio una salida tiempo atrás.

Luego entendió que, si Val no había sacado al pequeño de allí, era porque la única forma de mantenerse vivos era en aquella casa. Sus padres no la iban a ayudar a huir y con un bebé hubiese sido una locura. Ahora entendía por qué no lo hizo, por qué no se acercó a él antes.

Si sospechaban que el niño no era de Mark... No quería ni pensar lo que

hubiese sucedido.

—Tommy es mío —susurró, en una afirmación que dejó a Valeria fuera de juego. No creía que lo pusiera en duda, él no era así, pero la frase había sonado como si lo tuviera asumido.

—¿Lo sabías? —preguntó sorprendida.

—No, pero no puedo negarte que lo deseaba —confesó, esbozando media sonrisa mientras lo hacía.

Val sonrió también feliz de escucharlo.

—Es igual que tú —contó, con las lágrimas de emoción inundando sus ojos.

Nick no podía articular palabra, solo podía sonreír y reír.

Cogió el rostro de Val entre las manos.

—Gracias —susurró, pegado a su boca.

—Gracias a ti. Sin Tommy, no creo que hubiese sobrevivido.

El militar masticó aquella agri dulce confesión como pudo antes de besarla.

Necesitaba resolver todo aquello cuanto antes para plantearse por fin un futuro, uno que anhelaba y se había planteado tantas veces que dolía como latigazos en el corazón. Ahora debía resolverlo y disfrutarlo.

—Traeremos aquí a Tommy de inmediato. Hablaré con el coronel y montaremos un operativo para ir a buscarlo. Todo saldrá bien, te lo prometo.

Los próximos días iban a ser muy duros, pero al menos el pequeño estaría a salvo.

## CAPÍTULO 36

Valeria permanecía en el puesto de mando junto a Nick, escuchando cada decisión que se tomaba con respecto a la seguridad de Tommy.

El traslado era inminente.

Permitieron a Val hablar con el pequeño por un teléfono seguro para explicárselo y que se mantuviera tranquilo.

—Nos veremos pronto, ¿de acuerdo? Haz todo lo que te digan Nina y Jim. Mamá te espera —le dijo con esperanza. Por fin se iban a reunir.

Tras una breve despedida. La llamada finalizó.

—Todo irá bien. El traslado es delicado, no te voy a engañar, pero piensa en positivo como haces siempre. Enseguida lo tendrás aquí —afirmó el teniente sonriente.

—Lo tendremos —corrigió, la mujer nerviosa—. Espero que tengas razón.

Que el pequeño se mantuviera en la base con los soldados y con ella, era un alivio, pero aquello no se había acabado.

—No va a pasarnos nada. Tommy estará bien y nosotros sobreviviremos como lo hemos hecho hasta ahora. Te lo prometo.

—Prométeme que lo protegerás. No quiero que dudes si algo sale mal y tienes que decidir entre el niño o yo —pidió dejándolo aturdido. Lo abrazó emocionada.

Nick sintió cómo el corazón se le partía en dos ante aquella petición. No quería pensar en esa situación extrema que rondaba su cabeza sin descanso y a ella no se le había escapado.

—Lo juro —prometió, cerrando los ojos, asumiendo lo que acababa de hacer.

Valeria se agarró a él con más fuerza. El hombre no pudo contener las lágrimas.

El coronel, que no perdía detalle de la pareja, cogió aire intentando mantener la cabeza fría. Los niños eran la parte más delicada de su trabajo, la que más los afectaba. Ellos no tenían que estar expuestos a estas situaciones en ninguna parte del mundo. Nunca.

El sonido metálico de la comunicación de algún equipo interrumpió sus pensamientos.

—Equipo Bravo a centro de mando —habló Alex, alto y claro—. Tenemos a Robert Cross localizado. Está en su casa, pero parece que se dispone a salir.

—Bien, equipo Bravo. No lo pierdan de vista —dijo el coronel mientras la imagen vía satélite que enviaba el equipo se reproducía en una de las pantallas.

—Equipo Charly a centro de mando —habló Spy, por otra línea—. La señora Cross se dirige en coche al aeropuerto Adolfo Suárez. Suponemos que va a abandonar el país como estaba previsto. La escoltamos hasta que coja su vuelo.

—Entendido, equipo Charly. En cuanto ese avión esté en el aire, vuelvan al centro operativo —pidió el superior.

Otra pantalla se iluminó con la imagen en movimiento de la vigilancia de un vehículo.

Nick, con Valeria entre sus brazos, escuchaba en la privacidad de la salita cada paso por el sistema de escucha que se había colocado por si era necesaria su intervención. Tenían que incorporarse al equipo. Cuantas más manos y ojos, antes acabaría aquel infierno.

—Equipo Alfa uno en camino. —Se escuchó a Mac.

Nick cogió aire. Valeria notó su inquietud.

Levantó la vista para mirarlo a los ojos.

—Mac ya va camino de la casa de Nina a buscar a Tommy. Todo está bien —contó con una contundente sonrisa alentadora. La salida de casa de Nina era uno de los momentos más difíciles. Podían estar vigilándolos si habían atado cabos. Valeria respiró asintiendo.

—Oído, Will. En cuanto llegues, escoltas al paquete y vuelves al centro de operaciones.

—A su ordenes, señor —contestó, sin quitar ojo de la carretera y su alrededor.

No conducía él, lo hacía Victoria.

La mujer se había ofrecido voluntaria para conducir. Era una forma de pasar desapercibidos, parecían una pareja de lo más normal y Mac tendría

visión total del entorno, así como capacidad de respuesta en caso de que algo fuera mal.

Ella también llevaba uno de esos sistemas de escucha que había visto en tantas películas y series de televisión, pero no se acostumbraba a escucharlo hablar por allí. Su voz era fuerte y rotunda, pero carecía de vida por su seriedad característica, algo que no era igual cuando lo tenía frente a ella. Lo que no cambiaba era su seguridad y eso la hacía creerse capaz de cualquier cosa si estaba cerca, de atreverse a llegar a límites que nunca antes había ni imaginado.

—Victoria, gracias por su servicio —dijo el coronel. No quería olvidarse de ella.

—De nada —acertó a decir, ruborizándose. Era inquietante que la incluyeran en aquel operativo, pero a la vez excitante. Estaba en un ambiente muy diferente al habitual en su trabajo, pero comenzaba a descubrir que le gustaba aquella tensión.

Mientras tenía lugar esa conversación, Matt, Warrick y Scott entraron en el centro de operaciones junto a JJ.

Nick observó a los recién llegados desde la ventana de aquella habitación. Deshizo el abrazo con Valeria para mirarla a los ojos.

—Tenemos que salir a la sala. Hay que seguir buscando a Mark para cazarlo cuanto antes.

La mujer asintió.

Nick la besó. Salieron cogidos de la mano de la habitación para unirse al grupo.

Se sentaron alrededor de la mesa donde se podía ver toda la información.

—Informa, JJ —le pidió, tras ver que colgaba el teléfono—. Por favor, pongan las imágenes de la cámara de Mac en la pantalla principal. Quiero que las tengamos presentes mientras trabajamos —ordenó, antes de que nadie interviniera.

Valeria sonrió agradeciéndole el gesto.

—He estado hablando con expertos en el tráfico de arte, las rutas, incluso de nombres de galeristas interesados en obras expoliadas de zonas de conflicto, también de qué obras están moviéndose en el mercado actual. Es obvio que Palmira y sus tesoros son de gran interés, pero también es lo más

difícil de ocultar y mover.

—Yo creo que ya se puede vender cualquier cosa. Es increíble —comentó Valeria.

—Por desgracia, así es —asintió el coronel.

—¿Desde cuándo exporta tu familia arte de zonas de guerra? No creo que siempre haya traficado con este tipo concreto de obras. Hay que estar muy seguro del punto de venta y los clientes. Suelen ser encargos —preguntó JJ a Val.

—No estoy segura. Creo que desde hace cuatro o cinco años. Fue antes de que naciera Tommy.

—¿Y sabes a quién se lo vende? ¿Alguna vez has oído un nombre de algún experto en arte?

—No. No lo sé.

—¿Sabes dónde lo almacenan? ¿Puedes pensar qué ruta crees que podría estar usando para esto?

—No. No me dio tiempo a averiguar cosas tan concretas, solo intuyo que las rutas que usaba mi abuelo para sus negocios legales, ahora las usa mi padre traer inmigrantes, arte robado o traficar con otras cosas por encargo de Mark —añadió, esto último con timidez, casi sin voz—. Quizá esté en estos documentos, pero no lo sé —concluyó intentando recomponerse.

—¿Por qué es tan importante el arte? —preguntó Nick.

—Los expertos creen que, si esas rutas funcionan bien, pueden ser una tapadera para el tráfico de heroína, incluso para regresar a España por una de ellas. Suelen usar la más segura para sus movimientos. Hay que descifrar cual —contestó JJ.

—Es difícil que lo encontremos en Oriente. Allí es fácil esconderse, pero si averiguamos por donde va a volver, lo podremos coger —dijo Jack, entrando en la habitación tras dejar su móvil y dispositivos no seguros fuera de la sala en el cajetín—. Según están las cosas no puede regresar a España por las vías legales, todo el mundo lo busca. Usará una de sus rutas y las de arte son las menos peligrosas.

—Bienvenido, Jack —le dio paso el coronel.

—Gracias, señor —devolvió el saludo, antes de comenzar con su exposición—. He estado preguntando a contactos extranjeros y Devereux es ya

un viejo conocido. Según mis fuentes, ha desbancado al señor Cross de sus funciones, ha tomado el mando de todo el negocio, contactos y demás. No tiene que responder ante nadie, solo ante sí mismo.

—Eso no es bueno. No tiene límite —murmuró Valeria, preocupada.

—Si—contestó Jack—, pero también puede suponer un punto débil ya que, al no tener a nadie por encima de él, puede hacerle cometer un error. Puede ser nuestra oportunidad.

—¿Y cómo vamos a provocar ese error? —preguntó Nick.

—Tenemos que evaluarlo, pero...

Jack no terminó la frase. Miró a Valeria y eso fue suficiente.

—No pienso usar a Val como diana. ¡No! —contestó, dando un golpe en la mesa mientras se levantaba enfadado para enfrentarse al espía.

—Tranquilo, hermano. Solo es una opción. Hay que evaluar la situación para decidir.

—No vamos a evaluar nada —contestó furioso.

—Deja que acabe —le pidió Valeria, tirando de su brazo con cariño. Nick se quedó en *shock*. ¿Estaba dispuesta a colaborar?

—Solo digo que él la quiere a toda costa y si se lo ponemos en bandeja, va a venir como oso a la miel.

—No —murmuró el Delta Force con furia, sentándose como le pedía la mujer.

—¿Quieres decir que me podéis usar como cebo para atraerlo mientras vigiláis todos? —preguntó a media voz.

Nick se contuvo. No estaba dispuesto a exponerla de esa forma. Si algo salía mal, las consecuencias serían devastadoras, pero no quería discutir con ella en público. Dejaría que Jack hablase y después decidirían.

—Exacto.

—Si Tommy está protegido y seguro, colaboraré con vosotros.

Brooklyn sintió como cada palabra le rompía algo por dentro.

Conocía ese tipo de operaciones, las había hecho mil veces, pero no con alguien tan importante para él.

En muchas ocasiones no acababan bien.

Val no podía morir por algo así después de todo lo que había pasado para ser libre.



—Equipo Bravo a puesto de mando. Equipo Bravo a puesto de mando — se escuchó a Alex gritar. Todos se pusieron en tensión dirigiendo la mirada a las pantallas que tenían ante ellos.

—Adelante, equipo Bravo. ¿Qué sucede? —le dio paso el coronel, analizando la persecución que veían en imágenes.

—Un vehículo se dirige a toda velocidad al paquete. Hemos intentado interceptarlo, pero no lo hemos conseguido. Ha...

La imagen se fundió a negro y las comunicaciones se interrumpieron.

Valeria se levantó del asiento acercándose a la pantalla. En pequeño, en una esquina, podía ver el seguimiento a Tommy. Se acercaban a la base.

Su padre había pasado a un cuarto o quinto plano desde hacía tiempo, no se había portado bien con ella. Lo único que le preocupaba era que hubiese más ataques a los coches que se vigilaban y fueran a por el pequeño.

—Un tiroteo... Me... Escuchan... Nos dispa... —se escuchaba a Salma entrecortada.

—Deben tener inhibidores —susurró Jack, preocupado por ella. Siempre lo estaría.

Los hombres se revolvían en sus asientos ante la impotencia.

—Ponga todas las imágenes de los seguimientos en pantalla. Espero que no haya más incidentes. No tenemos capacidad de respuesta—pidió el coronel, comprendiendo lo que hacía Val y lo que podía suceder.

—Colisión —se escuchó a Alex— ¡protegeos!

La imagen regreso en ese instante para ver cómo se golpeaban contra un muro de hormigón.

Jack no lo aguantó más. Cogió su pistola y fue directo a la puerta.

—Mantennos informados, por favor y ten mucho cuidado —le pidió el coronel.

El espía asintió desde la puerta justo antes de echar a correr.

Nick analizaba cada imagen con preocupación. Se les estaba yendo la situación de las manos y él no podía salir de allí.

—Equipo Charly a centro de mando. Mamá en el aire —dijo Spy—. Repito. Señora Cross en el aire. Acudimos al punto de conflicto como refuerzo.

Los hombres corrían por el aeropuerto camino del vehículo que habían

aparcado en una zona reservada para policías gracias a JJ.

—No vamos a llegar a tiempo, Spy —sufría Sugar.

—Llegaremos —lo contradijo, aunque sabía que era imposible.

Los tres se metieron en el coche a toda prisa y JJ pisó el acelerador saliendo a gran velocidad del aeropuerto.

# CAPÍTULO 37

APOCOS KILÓMETROS DE LA BASE AÉREA  
DE TORREJÓN DE ARDOZ EN MADRID

Mac estaba inquieto. Tenía una misión crucial que realizar. Llevar a Tommy a la base sano y salvo, eso era ahora mismo lo más importante para Nick y Valeria.

Sabía que el foco de atención no estaba en el niño, pero aun sí, estaba deseando llegar al portón de acceso y entrar en zona segura.

El trayecto en coche se le estaba haciendo eterno.

—Tranquilo. Ya casi estamos llegando —lo alentó Victoria, con media sonrisa y un tono de voz dulce y delicado que le hizo respirar por un segundo.

—Menos mal que solo Taylor está escuchando en ese coche —murmuró, con la mano en el arma, mirando a cada vehículo que los rodeaba en la circulación normal de la carretera de Barcelona.

—Lo sé —susurró pensando en los que estaban en aquella refriega.

—En cuanto lleguemos, pediré permiso para acudir. Tú quédate en la base para atender al niño.

—No. Iré contigo. Puede que os sea útil —contestó mientras veía en la lejanía la entrada a la base sin quitar ojo a la carretera.

Mac no contestó. Solo la miró con intensidad unos segundos y cogió aire. No estaba preparado para eso, pero si lo pensaba bien, no estaba preparado para nada que tuviera que ver con el sexo femenino, ni siquiera con la vida normal. Solo tenía vida profesional.

CARRETERA M-40. TÚNELES DEL PARDO  
MADRID

—¿Estáis bien? —gritó Alex, llevándose la mano al pecho. El airbag dolía.

—Estoy bien —escuchó a Hunter por el intercomunicador. Su coche había parado junto al suyo.

Alex miró hacia su compañero.

Estaba sacando el arma y apuntando a la amenaza que había más allá de

lo que le alcanzaba la vista, cubriéndolos mientras abría la puerta y salía del vehículo.

—Salma —susurró el ex SEAL. Su mujer no contestaba.

Estaba inconsciente sobre su airbag.

Le tomó el pulso con premura.

Aquellos segundos fueron eternos, pero lo tenía. Estaba viva.

Respiró intentando templar los nervios.

—Equipo Bravo a centro de mando, ¿me escuchan? —intentó comunicar. Nadie contestó—. Equipo Bravo, ¿me escucha alguien?

—Alex, estoy llegando —escuchó a Jack alto y claro. Volvían las comunicaciones.

—Llama a una ambulancia, Jack —pidió intentando no dejar fluir los sentimientos, pero la mujer que estaba inconsciente ante él y sangraba por la cabeza era su esposa y a quien más amaba en el mundo—. Date prisa.

El espía apretó el volante con rabia.

Salma no podía morir así. Ella tenía que vivir mucho más tiempo que él. No podría sobrevivirla.

—Entendido —susurró, con la emoción en la garganta.

Hunter, que estaba escuchándolo todo, se giró para mirar a su compañero, a su hermano.

Él sabía lo que se siente al perder a tu otra mitad, pero Salma no se iba a marchar a ningún sitio, ella no iba a morir. Era fuerte y lo lograría.

Si no permanecía atento, los matarían a todos. Aquellos tipos no parecían tener límites.

Se centró en lo que tenía ante él.

Vio el accidente desde otra perspectiva.

Los vehículos que circulaban a toda velocidad siguiendo al padre de Valeria, lo habían provocado.

Eliminaron el coche de su escolta personal y colisionaron contra él a propósito, como unos kamikazes, ocasionando aquel accidente múltiple con varios coches implicados, no solo ellos.

Unos metros más adelante vio el coche de su protegido.

Estaba despedazado, con trozos de carrocería esparcidos por la calzada, una rueda colgaba del eje partido, las lunas estaban rotas.

Empezó a acercarse con sigilo.

Unos hombres bajaron de otro vehículo situado antes de llegar a la colisión.

Recogieron a los heridos del coche que había chocado contra el señor Cross y los metieron en el suyo lo más rápido que les permitían las lesiones.

Después caminaron de nuevo en dirección al accidente y se situaron a los lados del vehículo.

Al SEAL no le dio tiempo a llegar hasta él... Sin pensárselo dos veces, aquellos tipos sacaron sus armas con silenciador y ejecutaron al padre de Valeria, sin intercambiar ni una palabra, sin darle oportunidad.

Estaba vivo antes de eso, Hunter había visto cómo se movía y los miraba. Fue lo último que vio.

Corrió todo lo que le permitía la situación. Coches cruzados en la calzada, heridos, restos de vehículos...

Vio marcharse a los asesinos.

Memorizó la matrícula.

4258WPD

No sabía si les valdría para algo, pero era lo único que tenía.

—Señor, Cross —susurró mientras buscaba el pulso en el cuello.

Tenía heridas incompatibles con la vida...

Nadie sobreviviría a algo así.

Había muerto.

—Equipo Bravo a centro de operaciones. El señor Cross no lo ha conseguido —dijo con delicadeza, sabía que Valeria estaría escuchando—. Repito. El Señor Cross ha muerto.

—Entendido, Hunter —confirmó el coronel.

—Salma está herida. Jack ha llamado a una ambulancia, pero hacen falta más. Muchas más —murmuró, mirando a su alrededor.

Aquellos tipos habían arrasado con todo solo para acabar con la vida de Robert Cross, sin importarles si con aquel accidente morían o herían a más personas. El panorama era desolador.

Al provocar el accidente a tanta velocidad, habían creado un choque en cadena con multitud de vehículos.

Era con ver una zona de conflicto urbana de las que tantas veces habían

salido indemnes a kilómetros de allí.

—Equipo Charly a equipo Bravo, estamos a tres minutos de la zona de colisión. Tres minutos —comunicó Spy mientras JJ conducía a toda velocidad.

—Equipo Alfa a equipo Bravo, también estamos en camino con ayuda médica —comunicó Mac. Habían dejado al pequeño Tommy, Nina y Taylor en la entrada de la base y habían dado media vuelta para ir a ayudar a sus compañeros.

Alex escuchaba la voz de sus hermanos acudiendo en su ayuda una vez más, con las lágrimas mojándole las mejillas. El pulso de Salma cada vez era más débil y no sabía cómo ayudarla. Tenía miedo a moverla y causarle más daño.

—Oído —contestó, con un hilo de voz.

#### BASE AÉREA DE TORREJÓN DE ARDOZ

Nick y Valeria esperaban la entrada del vehículo donde venía Tommy, en uno de los hangares seguros de la base, igual que sucedió cuando la rescataron del hospital.

Estaba abrazada al soldado, intentando procesar lo que había pasado minutos antes con su padre.

La mala relación era patente y hacía mucho tiempo que se sentía huérfana, porque en realidad ninguno de sus progenitores velaba por su seguridad, su bienestar, ni felicidad, pero eran sus padres, no tenía otros... ahora era definitivo. No iba a volver.

—Lo siento, mi vida —susurró Nick en su oído, apretándola contra él. Aunque quisiera disimular, le dolía—. Sé que no fue el padre ideal, no se portó bien contigo y nos obligó a vivir una vida que no deseábamos, pero nadie se merece un final así...

—Ha sido un capullo, pero hubo un tiempo en que no lo fue. Siempre esperé que volviera. Ya no sucederá.

Guardaron silencio abrazados, esperando que llegara el coche.

—Te prometo que yo no lo seré con Tom. Lo juro —le susurró al oído.

Valeria no contestó, solo se aferró más a él.

Sabía que Nick no era así, pero agradecía el gesto.

El sonido del motor de un vehículo les hizo mirar en esa dirección.

El todoterreno negro del agente Taylor entró en la zona.

Nick miró detrás. No había más.

—¿Y Mac? —preguntó a James nada más abrir la puerta.

—Han ido a socorrer a tus amigos. Parece que el accidente ha sido grave.

El Delta Force arrugó el ceño.

—Me hubiese gustado ir con él. En casos como este, toda ayuda es poca.

—Creo que no, soldado. Usted hace más falta aquí —intervino el coronel Summers, llegando al vehículo para recibir al agente y los protegidos.

Sin más palabras y solo con poner la mano en el hombro de Nick, el soldado lo comprendió.

No había dejado a Mac entrar para no perder tiempo y para que él no quisiera subirse a ese vehículo. Salma le había salvado la vida tiempo atrás y estaba en deuda con ella, con Alex por su apoyo, por tratarlo como a un hermano, como un miembro más de la familia, pero si salía fuera de la base, era probable que encontrara una bala con su nombre.

—Espero que vuelvan pronto.

—Volverán.

Brooklyn asintió y se alejó de ellos para dejarles conocerse y presentarse, él se acercó a la parte trasera del otro lado, allí estaba Val recibiendo a Tommy y la mujer que lo había cuidado.

—Gracias, Nina. Sin ti no habría podido conseguirlo. Gracias —le susurraba al oído, abrazadas con Tommy recostado sobre la pierna y cadera de su madre sin soltarla.

—Me alegro de que estés bien, Val, por un momento pensé que... —se interrumpió al recordar la cercanía del niño.

—Estoy bien. Estamos bien y juntos. Todo irá bien.

Nina vio por el rabillo del ojo a Nick esperando un poco más atrás.

No hacía falta que nadie le dijese quién era o cómo era, solo había que fijarse un poco en su mirada o los gestos para saberlo.

—Tú debes ser Nick —preguntó, sin rodeos.

—Sí, soy yo —asintió, con la voz y un gesto de cabeza.

—Gracias por salvarla, por salvarnos a todos.

El soldado negó con la cabeza cerrando los ojos por las palabras.

—Aún no ha acabado. Dámelas entonces.

—No, Nick, te las doy ahora. La salvaste en Nueva York, lo demás son consecuencias de sus decisiones y de las de otras personas.

El hombre asintió comprendiendo.

Nina deshizo el abrazo con su amiga, besó su frente, dio un cariñoso beso a Tommy en el pelo y se alejó de ellos.

El soldado cruzó una mirada emocionada con Valeria.

—Tommy, quiero que conozcas a alguien.

El pequeño miró a su madre y después a Nick.

—Hola —saludó serio el niño. No quería decir ni hacer nada, solo quería estar con su madre.

Nick se puso en cuclillas para estar a su altura.

—Hola, campeón. ¿Estás bien? ¿Te ha gustado el viaje? —le preguntó con media sonrisa.

—Sí. Normal —contestó dudoso. Había sido un viaje raro sin su mamá, días raros sin su mamá, todo estaba mezclado y le costaba ordenarlo.

—Eso está genial —le dijo, sonriendo más—. ¿Sabes? Aquí hay muchas cosas chulas que ver, ¿te apetece descubrir algunas?

El niño asintió más conforme.

Valeria lo miró sonriente. Era buena idea enseñarle el sitio y que se fuese familiarizando con él. Era grande y había lugares donde no podría estar. Podía funcionar como distracción y a la vez le enseñaría las normas con rapidez.

Verlos juntos era chocante.

Lo había imaginado muchas veces. Deseaba contarle que tenía un hijo y que pudiese disfrutar de él, pero era peligroso y se tendría que conformar con la esperanza de que sucediese un milagro.

Allí lo tenía.

El milagro había sucedido.

Tommy cogió la mano de Nick con confianza, como si algo le dijese que era de él de quien debía fiarse, como si lo hubiese hecho toda la vida sin ni siquiera mirar a su madre para pedirle permiso.



## CAPÍTULO 38

Mark Devereux había conseguido su objetivo. La reunión con el señor de la droga de aquella zona siria, controlada por el ISIS, fue a la perfección. Había comprado los campos de amapolas y contratado a la gente del poblado para su cuidado, recolecta, tratamiento, empaquetado y envío a España siguiendo las rutas que el señor Cross y la familia de su esposa habían usado para el comercio legal.

No podía estar más contento.

La inversión había sido grande, pero merecía la pena. Los beneficios iban a ser descomunales una vez que la droga entrara al mercado en la península y más territorios cercanos en Europa.

En cuanto todo estuviera en marcha, estudiaría la incursión al mercado estadounidense. Cuantos más largos los tentáculos, más dinero.

—Señor, el equipo ha eliminado al Señor Cross como ordenó.

Esa noticia lo envalentonó más.

Ahora sí que empezaba todo a asentarse como él quería.

Solo había un problema. La herencia de su suegro ahora recaía sobre su esposa desaparecida... La empresa de transportes fue herencia de la señora Cross, pero hacía muchos años que le cedió la gestión a su marido mientras viviera y tras su muerte, pasaría a su hija. Ella no quería saber nada de los negocios, solo su porcentaje de los beneficios.

Ahora estaban en ese punto. Esperaba poder eliminarla pronto y así hacerse con todo el patrimonio familiar. No lo haría directamente, él no era el heredero universal, suponía que sería el niño y, como menor de edad, necesitaría a alguien como albacea hasta su mayoría de edad.

Era tiempo suficiente para mover el negocio y multiplicar los beneficios.

Siempre había creído que eliminar al menor era principal para que Valeria sucumbiera debido a que no lo quería cerca, pero visto desde esta perspectiva, era mejor así, el niño no daría problemas, no tendría ni voz ni voto.

—Perfecto. Ahora sí que va todo como la seda. Ella saldrá de su escondite para enterrar a su padre y será nuestra oportunidad.

—Los hombres se están reagrupando a la espera de sus órdenes. Algunos más se han recuperado y quieren unirse a la operación.

—No esperaba menos. Nosotros también debemos regresar.

—Todo está preparado, señor. El barco nos espera.

## CAPÍTULO 39

Jack paró su vehículo junto al de Alex con una frenada en seco.

Tardó escasos segundos en llegar junto a Salma y el ex SEAL.

—¿Cómo está? —preguntó tomándole el pulso.

—Estable —contestó Hunter, que se había unido a la pareja tras ver que no podía hacer nada por el señor Cross, ni seguir a los asesinos. El accidente en cadena se lo impedía.

—Espero que Mac llegue pronto con la chica nueva.

—Vicky —le aclaró Hunter la identidad de la mujer—, y no es la chica nueva, solo es una enfermera a quien le ha pillado todo esto en medio.

Jack asintió para no contradecirlo, pero la actitud que ella tenía frente a lo que estaba pasando, la voluntad con la que se unía al equipo y las incursiones, hablaban de alguien a quien le gustaba lo que hacía en esas circunstancias. Pocas veces se equivocaba al respecto.

—Allí vienen —susurró Alex, viendo cómo se paraba otro coche junto a ellos y bajaban el soldado y la enfermera.

Se acercaron corriendo hasta donde estaba Salma con dos bolsas médicas.

Victoria no dudó en qué hacer.

Sacó un collarín del equipo médico y se lo colocó con cuidado.

El ritmo cardíaco era estable y la tensión, aunque algo baja, estaba dentro de lo normal dadas las circunstancias.

Había mucha sangre en la cabeza.

Cogió una gasa grande y la roció con solución salina.

Limpió cuanto pudo y comprobó que había una herida. Era la causante de aquel desastre.

—Parece que por aquí todo está bien. Solo necesita puntos de sutura y la hemorragia cesará del todo. Al quedar la herida abierta ha hecho que no se coagule internamente. Eso es bueno —les explicó lo que hacía.

—No la he movido.

—Has hecho bien, Alex, y no vamos a hacerlo hasta que no venga la ambulancia con la tabla espinal. Es mejor. Voy a coserle la herida para que

pare la hemorragia.

Sin más explicaciones, sacó el equipo de la bolsa para proceder mientras Mac la miraba con admiración. Lo tenía loco con aquella seguridad cuando las circunstancias eran más adversas y todos estaban nerviosos.

—Equipos Alfa, Bravo, Charly y Delta a centro de mando —habló Hunter, mientras veía llegar a Spy, Sugar y JJ—. Todos estamos bien. Repito, todos estamos bien. Victoria está atendiendo a Roma en el punto de conflicto mientras llega el resto de sanitarios.

—Aquí Summers. Entendido, Hunter, manténgame informado. El paquete ha llegado —comunicó, para que supieran que no todo había salido mal y que Valeria y su hijo se habían reunido por fin.

—Son muy buenas noticias, señor. Gracias.

—Sí que lo son. Vuelvan a la base en cuanto puedan. Salma también, si es viable. Ahora estamos en más peligro si cabe.

—Lo intentaremos, señor.

Todos permanecían alrededor del coche, con los ojos puestos en la herida, pero también en todo lo que los rodeaba.

—Estad atentos. Han salido de la nada, no nos ha dado tiempo a reaccionar —explicó Alex.

—Oído —confirmaron la información.

Victoria seguía cosiendo la cabeza de Salma.

—¿Falta mucho? —preguntó Mac.

—Un par de puntos más y estará.

Salma gruñó dejando a todos paralizados.

—¿Salma, me escuchas? —susurró Vicky parando la costura—. Has tenido un accidente, tranquila. Estoy arreglando tu cabeza.

—Salma, mi vida, ¿puedes oírme? —preguntó Alex, esperanzado.

—Sí —murmuró en un tono de voz muy débil.

—Gracias a Dios —contestó el hombre, con las lágrimas deslizándose por el rostro por la tensión acumulada.

—¿Puedes moverte? ¿Se mueven tus pies y manos? ¿Notas alguna presión? —continuó la sanitaria su trabajo.

—Tengo las piernas entumecidas, pero puedo mover los pies. Las manos las tengo dormidas. Sacadme, por favor.

—Quería esperar a la ambulancia, ellos están mejor preparados que yo.

—Los chicos tienen formación sanitaria. Te ayudarán. Es mejor no estar aquí cuando llegue la policía y los medios. Somos fantasmas.

—Fantasmas —susurró Victoria, comprendiendo.

Con un gesto de la mano llamó a Mac y Alex.

—Vamos a moverla. Montar la tabla espinal portátil.

Los soldados se movilizaron al instante. Sacaron el material de la bolsa médica y en unos segundos tenían lo que necesitaban.

—De acuerdo —contestó, a su rápida respuesta—. Allá vamos —murmuró, mientras colocaba la tabla tras el cuerpo de Salma—. Tienes que ayudarme.

La espía colaboro siguiendo al pie de la letra las indicaciones hasta que quedó tumbada en la tabla.

—Centro de operaciones, aquí Hunter. Volvemos todos a la base —comunicó con su superior.

—Deberían verla en un hospital —intervino Victoria.

—No podemos dividirnos más —dijo Salma, cogiéndola del brazo para que le hiciese caso—. Estoy bien, siento cada milímetro de mi cuerpo y solo me duele un poco la cabeza por el golpe. Créeme, he estado en peores circunstancias.

—Doy fe —murmuró Jack, al otro lado de la camilla junto a Alex.

—En la base hay equipo médico —declaró Spy—. No será la primera vez que tenemos que usarlo. Contigo allí será más fácil —quiso quitar hierro al tema y hacerla participe.

—Está bien. Vayamos a la base.

—Nos vamos, equipo Charly —confirmó Hunter por el comunicador, mirando a la lejanía. Sugar y JJ se habían acercado al vehículo del empresario en busca de alguna pista.

—Vámonos. Aquí no hay nada más —declaró JJ, cogiendo el móvil de la víctima tras revisar el resto de pertenencias.

## CAPÍTULO 40

En cuanto llegaron al cuartel, llevaron a Salma a hacerle un chequeo. Alex se quedó con ella, Jack acompañó al resto de soldados al centro de mando. Aquellos acontecimientos indicaban que Devereux había movido ficha y se enfrentaban a unos días inciertos.

Nick y Valeria también fueron a la reunión junto a Taylor. Nina se ocuparía de Tommy, como había hecho los días anteriores, hasta que la situación se resolviera.

Estaban sentados alrededor de la mesa mirando hacia las pantallas. El coronel Summers esperaba para hablar.

—Como sabéis, tenemos un nuevo miembro en el equipo. El agente James Taylor del FBI, amigo y enlace de Nick, ha venido con el hijo de Valeria y su amiga Nina. Estará por la base para echar una mano.

El hombre asintió mirando alrededor como saludo a todos.

—Valeria, siento mucho lo que le ha sucedido a su padre. Nadie merece morir así.

—Gracias, coronel —contestó con tristeza—. Ya no era el padre que debería y necesitaba, pero lo fue y ahora solo puedo recordar esa parte...

Nick cogió su mano y le besó la sien.

Sabía qué la sucedería. Ella siempre esperó que volviera aquel cariño, sobre todo desde que era madre y le resultaba inconcebible no querer a un hijo. Lo echaba de menos.

—Hemos comprobado que a Devereux no se le escapa nada y como veis, se nos ha adelantado —continuó el hombre, después de unos segundos de respetuoso silencio—. Está claro que, con este atentado, lo que pretende es poner a Valeria en el punto de mira, ya no es necesario que lo provoquemos.

—Ha sido más listo y más rápido que nosotros —susurró Hunter, mirando a Jack.

—Creo que necesita el camino libre —intervino la mujer—. Con la muerte de mi padre, soy la heredera universal. Si muero, será Tommy quien lo posea todo, pero no es un problema hasta que llegue a la mayoría de edad. Él tendrá el control de todo como su albacea.

—Lo imaginaba —susurró Jack.

—Pero la realidad es que, si yo muero, él no va a poseer nada —declaró la mujer por sorpresa. Los presentes la miraron expectantes—. En una de mis escapadas para preparar la búsqueda de Nick, Nina me llevó a un abogado para hacer un testamento que Mark no pudiese manipular y ella sacaría a la luz si me pasaba algo.

—¿Entonces? —preguntó Brooklyn confuso.

—Si yo muero, tú eres el albacea, tutor legal y quien tendrá su guardia y custodia.

La sala enmudeció.

¿Nick era el padre de Tommy?

El hombre no parecía sorprendido, así que lo sabía, pero estaban seguros de que era reciente o hubiese cometido una locura. No hubiera consentido que el niño estuviese bajo el mismo techo que aquel desequilibrado.

El Delta Force miró con intensidad a Valeria.

—¿De verdad? —preguntó, cogiendo aire.

—Por supuesto. Eres su padre. No podría pensar en nadie mejor.

El resto de presentes se cruzaron miradas, contentos por la noticia.

—Al final iba a contar en su vida —susurró emocionado.

—Siempre has contado en su vida, aunque no fuese seguro que supiera que Mark no era su padre. Es demasiado pequeño y no se le da bien guardar secretos —explicó con cariño—. Tampoco es que a su papá se le dé bien mantener la calma en una situación así. Era mejor que no lo supiera o cometería un error que nos habría puesto en peligro. —Guardó silencio unos segundos, mirándolo a los ojos—. Era más seguro así —confesó, en un hilo de voz.

—Enhorabuena, Nick —le dijo el coronel dándole una palmada cariñosa en el hombro—. Es una gran noticia. Serás un gran padre para el muchacho y un buen ejemplo a seguir. Me alegro mucho por la suerte de Tommy.

Valeria cogió aire. Era cierto, el pequeño por fin tendría un padre en el que fijarse. Al menos algo había hecho bien.

—¡Felicidades, Brook! —gritó Sugar, continuando con silbidos y palmadas intentando dar alegría a la noticia. Les hacía falta y él siempre animaba al grupo. Esta ocasión no iba a ser menos.

Todos lo siguieron y como si lo hubiesen hecho más veces, golpearon la mesa con las manos como si fuese un tambor.

El Delta sonrió disfrutando de esos segundos de evasión.

—Gracias —contestó emocionado.

Valeria sonrió.

El coronel agitó las manos arriba y abajo en señal de calma para que todos volvieran a concentrarse.

—Tras esta alegría y pequeña celebración, volvamos a lo importante —pidió, cambiando el tono a otro más serio—. Está claro que el sepelio del señor Cross va a ser el momento elegido por Devereux y sus hombres. Otra posibilidad es el tiempo anterior o posterior.

Jack levantó la mano. El coronel le dio paso.

—Creo que deberíamos intentar buscar la ruta por la que entrará e interceptarlo antes de que llegue aquí.

Todos guardaron silencio unos segundos.

—Eso exigiría una intervención marítima en aguas internacionales —declaró Spy—. Tenemos el equipo y la licencia para operar, pero nos tendríamos que volver a dividir.

Scott levantó la mano por primera vez. Nunca había intervenido en una reunión con aquellos hombres.

—Si me permitís. Creo que aquí hay hombres que no estamos preparados para una intervención de ese calibre, sencillamente porque pertenecemos al ejército de aire o tierra, pero podríamos defender el fuerte aquí.

—Es obvio que los agentes Taylor y JJ, Nick y Scott, podrían quedarse cubriendo a Valeria, Nina y Tommy. Spy, Warrick, Matt, Hunter, Mac y yo mismo, podríamos intervenir en el mar, pero no tendríamos equipo de apoyo.

—Señor, yo podría operar en alta mar —intervino Jack.

—Lo sé, pero tendría que acatar órdenes directas —ambos se miraron unos segundos. El espía era un poco rebelde y, sin Salma poniendo orden, no estaba seguro de si saldría bien. Además, no sé dónde nos sería más útil.

El hombre asintió. Esperaría acontecimientos cuando el plan estuviese trazado.

—No se olvide de Salma y Alex —recordó Hunter.

—No los olvido, pero de momento los dejaré al margen hasta que



sepamos cómo está ella.

—Existe otra opción —intervino Nick—, estaríamos menos expuestos al tener a todos los operativos juntos. Lo esperamos aquí y que mueva ficha.

—Se reagrupará con sus secuaces y montarán una guerrilla que nos atraparé —explicó Jack muy seguro de lo que hablaba.

Uno de los soldados que trabajaba con la documentación que rescataron del búnker, le tendió una *tablet* al coronel.

—Parece que las rutas con más probabilidad para entrar a España se han reducido a dos.

Pulsó la pantalla táctil y compartió la información en la televisión gigante para que todos lo vieran.

Apareció un mapa de España, África y Oriente Próximo con dos rutas marcadas, por mar. Una llegaba hasta el puerto de Barcelona y la otra hasta Valencia.

—¿Estáis seguros de que va a llegar en barco hasta aquí? —preguntó Valeria incrédula.

—¿Tú no lo crees? —preguntó Jack, frunciendo el ceño.

—No. No creo que aguante un barco más de un día y esa travesía supone más, sobre todo si es un carguero. Tampoco es de los que hace el viaje en balde. Es tacaño, un usurero para todo lo que no tenga que ver con su persona. El barco será lento, a pesar de disponer de otro tipo de embarcaciones rápidas para los robos a los inmigrantes en alta mar —contestó mirando el mapa. Todos asimilaban cada palabra con rapidez. Escuchado en un civil era más duro si cabe. Los miró un segundo—. Sé que los asaltan para robar los motores en alta mar a las lanchas, para usarlos en el siguiente viaje sin importarle si esa gente muere. Es un hijo de puta sin corazón —declaró rotunda. Bien lo sabía ella—. Además, a mi padre no vamos a tardar más de dos días en enterrarlo, no llegaría a ver el espectáculo y este no se lo va a querer perder —dijo con frialdad—. Ya me escapé una vez, no permitirá más fallos y es probable que quiera hacerlo él.

—Valeria —susurró Nick, consternado al escucharla, pero tenía razón.

—Es la verdad —contestó en un tono sin emoción, que dejó a todos sin palabras. Se dio la vuelta al notar aquel silencio—. Conozco a Mark, sé cómo funciona y lo que hace cuando algo se le escapa en sus narices. Al fin, va a

servir para algo todo lo que he vivido en estos años —declaró, señalando un punto en el mapa.

—Sicilia —leyó el coronel.

—Algunas veces ha mencionado un aeródromo en esa zona. Hace años investigué un poco a escondidas y deben usarlo como lanzadera cuando necesitan que algo llegue a España o cualquier otro punto con más celeridad. Creo que irá hasta allí y después vendrá en avión a algún aeropuerto poco vigilado o aterrizará en alguna pista clandestina, pero no sé dónde.

Los SEAL se miraron, ya lo habían vivido en otra ocasión cuando Grisha Romanov, el doble espía ruso, los ayudó.

—Después irán a por ti —continuó Nick, mirándola con intensidad—. Y lo cogeremos —terminó la frase incapaz de pensar en otro desenlace.

—Tendrás que estar muy expuesta. A la vista de todo el mundo —retomó el coronel la dirección de la reunión—. Tommy se quedará en la base con Nina y Victoria.

—No hay problema, para él no tengo amigas, ni conozco a nadie que no conozca él.

—Sam... —murmuró Nick. A ella sí la conocía— Hay que avisarla para que no venga.

Valeria lo miró con miedo. La muerte de su padre había salido en todas las noticias del país y tendría repercusión internacional inmediata.

El soldado empezó a marcar el número de Samantha, pero nadie contestaba.

Saltó el buzón de voz.

—Sam, soy Nick. En cuanto escuches este mensaje, llámame. Es muy urgente.

—¿Quién es Sam? —preguntó Spy, aunque todos estaban ansiosos por saberlo.

—Mi mejor amiga. Vive en Nueva York y, a pesar de no poder mantener contacto con ella en los últimos años, cogerá el primer avión disponible sin pensárselo ni avisar, como hice yo cuando a su madre le quedaban horas de vida —contó, pensando en cuantas personas podría cazar aquel psicópata para hacerle daño.

—¿La conoce? —preguntó Sugar.

—La conoce —contestó Nick—. Nos conoce a los tres.

—Tenéis que localizarla y si es cierto que viene de camino, necesita escolta.

—¿Mi madre ha aterrizado ya? —preguntó la mujer incapaz de pensar más allá de ese instante. El miedo se lo impedía, pero no por ella, por Sam, Tommy, Nina o incluso su madre.

—En una hora —declaró JJ mirando el reloj.

Todos guardaron silencio.

Demasiados civiles en la ecuación.

—Bien, vamos a priorizar. Nick localiza a Samantha y cuando la tengáis trazamos un plan. JJ en cuanto el avión de la señora Cross aterrice, quiero que le comuniquen la noticia. Debe saberlo. Lo que haga después es cosa suya. Los demás, buscad aeródromos cercanos a Madrid viables para que Devereux pase desapercibido. Ya lo hemos hecho antes y funcionó. Confío en vosotros. Valeria, debe atender las necesidades del sepelio de su padre, organizarlo, tomar decisiones... Nick, Mac y Hunter la ayudarán. Cuando lo tengan, me lo comunican. —Levantó la vista para mirar a todos—. Señores, nos esperan horas difíciles. Sé que estarán a la altura.

## CAPÍTULO 41

Valeria pasó más de una hora intentando organizar el velatorio y entierro de su padre, pero era difícil concertar cita con el seguro de decesos porque a la base no podía acudir.

También diversas personalidades intentaban ponerse en contacto con ella y la asistente de la casa familiar no sabía qué decir.

—Tengo que ir a casa de mis padres. Mi madre no sé si vendrá y si lo hace, tardará al menos otro día en regresar —contó a Nick, resoplando—. Sé que es ponerme en la diana, pero en eso consiste este plan, ¿verdad?

El soldado intentaba posponerlo de todas las formas posibles, pero sabía que tarde o temprano tendrían que ir allí.

—No me gusta la idea, pero si queremos actuar con normalidad, va a tener que ser así —contestó, cogiendo un mechón de pelo rebelde de su trenza para colocarlo en su sitio.

—Tommy no vendrá. Pediré a Nina que se quede con él en la base. Aquí estarán seguros. ¿Te parece bien? —le preguntó, haciéndolo partícipe de la decisión.

—Sí —confirmó Nick—. También estará el coronel y más soldados. Es lo mejor.

—Sabéis que estamos aquí, ¿verdad? —preguntó Hunter con sorna.

Valeria sonrió antes de mirarlo.

—Creo que tienes razón —intervino Mac—. Tienes que atender esto desde la casa de tus padres, pero si tu amiga Sam está de camino como pensamos, también tendrá que ir allí y exponerse como tú. Se lo tendrás que contar.

—No. Sam no debe saber nada.

—Es lo mejor, Val —contradijo Nick—. Por su seguridad, es mejor que sepa lo que puede hacer y lo que no.

—Pero si se lo contamos, actuará de forma diferente e igual no es tan creíble.

—Nos tendremos que arriesgar. Sam tiene que saberlo.

—Debemos hablar con Summers —propuso Mac—. Hay que preparar

material y hombres para trasladarse allí. Podemos pasar por equipo de seguridad, amigos o ambos, pero tenemos que organizarnos.

Unos golpes en la puerta los interrumpieron.

JJ entró tras darle permiso.

—Tu madre ya ha aterrizado. Nuestro contacto la ha retenido en Nueva York. Debes llamarla.

Valeria cogió el teléfono de línea segura que le tendía el policía.

—Cuéntale la verdad. Ha salido en todas las noticias y ella sabía a lo que se exponía junto a Robert —aconsejó Nick—. Tranquila. Todo irá bien.

—De acuerdo. Necesito otra cosa más. Quiero que busques a Silvana. Id a buscarla, JJ, tiene que venir con nosotros, ella siempre me ayuda cuando tengo problemas con Mark y temo que le hará daño si aparece por allí. Buscadla por favor.

El policía asintió. La sirvienta de la casa Devereux era un gran apoyo para Valeria y tenía razón, podría usarla en su contra llegado el momento.

La mujer marcó el número del teléfono móvil de su madre tras la petición, no quería dejar cabos sueltos.

—¿Sí? —contestó Malena de inmediato. No reconocía el teléfono de quién le llamaba.

—Mamá, soy Val.

La progenitora comenzó a temblar como si un aire gélido la hubiese robado todo el calor corporal.

Algo grave había pasado para que su hija la llamase.

—¿Dónde está tu padre? ¿Está bien Tommy? —preguntó nerviosa.

Valeria cogió aire. No pensó que sería tan duro contarle a su madre lo sucedido.

—Mamá, papá no lo ha conseguido. Lo siento, mucho. Sé que lo querías —dijo casi sin respirar, pero enseguida se arrepintió. Quizá pudo ser más delicada.

—¿Qué? —preguntó en un hilo de voz mientras se sujetaba al policía que la había retenido—. ¿Cómo ha sido?

—No lo voy a adornar. Ha salido en todas las noticias y saldrá en todos los periódicos en la próxima edición impresa. En la digital ya es público. —Respiró un par de segundos—. Lo han asesinado en la M-40 mientras intentaba

huir o esconderse. Lo siento...

—Tengo que volver... —murmuró la viuda, como un autómata.

—Sé que quieres volver, pero si lo haces, estarás en peligro igual que yo —explicó sin remordimientos—. Mark no va a parar hasta hacerse con el control de todo y yo soy la siguiente.

—Lo sé —contestó sin aliento.

—¿Lo sabes? —preguntó desconcertada—. ¿Has contactado con él?

—¡No! Por el amor de Dios, ¡no! Tu padre me contó lo que estaba pasando con Devereux y que era probable que quisiera atentar contra todos, por eso me fui, él me lo pidió... Tenía razón —susurró la última parte, sintiendo el peligro de cerca.

—No creo que tú le intereses. No tienes control sobre la empresa ni sus movimientos, pero estar cerca de mí implica un riesgo.

—Iré.

—Van a cazarlo, mamá. ¿Estás conmigo o con él? —preguntó con valentía. Necesitaba saber si iba a ser una aliada o un blanco. Cuanto antes, mejor.

—Contigo —contestó rápida y segura.

—No está mal que esta sea la primera vez en tu vida que estás de mi lado —gruñó. No lo pudo evitar— y de tu nieto, que no tiene la culpa de nada.

—¿Dónde está?

—No te preocupes por él. Está en el mejor sitio donde alguien en peligro puede estar, custodiado por los hombres más valientes que he conocido nunca —declaró emocionada. Lo sentía de corazón.

—Me alegro, hija. Me alegro de que estés con él —contestó sabiendo que hablaba de Nick.

—Nunca he dejado de estar con él. Puede que nos separases físicamente, pero la mente es mucho más fuerte. El amor no tiene barreras ni límites —dijo, mirando al hombre de su vida. Al otro lado de la línea se escuchó un sollozo. Tras unos segundos continuó—. Coge el primer avión disponible y vuelve. Te esperaré para enterrar a papá. Envíame el código de vuelo y hora de aterrizaje. Irán a buscarte al aeropuerto.

Colgó sin más. Sin despedidas, ni falsedades.

No quería perder ni un minuto más con eso.

—El teléfono de Sam está operativo —dijo Mac, tendiéndole otro terminal seguro a Nick.

—Vamos allá —dijo el soldado mirando a Val. En cuanto tuviesen resuelto aquel tema y las llegas al aeropuerto, hablarían con el coronel y se irían a la mansión Cross.

## CAPÍTULO 42

Valeria se despidió de Tommy otra vez. Demasiadas despedidas para un niño tan pequeño... Cuando todo acabara, esperaba compensarlo de algún modo.

En la base, solo se quedaban el niño, Nina, Salma que, aunque mejorando mucho, seguía en observación atendida por Victoria y el médico de la base, Alex que no la dejaría sola, Jack, el coronel y el agente Taylor.

Los demás hombres se preparaban para convertir la mansión Cross en un búnker.

Iba a pasar por allí demasiada gente y cuanto más fueran y más seguro el recinto, mejor.

Los compañeros que se quedaban en el cuartel servirían de apoyo táctico en caso necesario. Era una misión compleja en territorio urbano sin conflicto bélico, lo que implicaba demasiados civiles cerca y con un objetivo que se escabullía con facilidad, tenía recursos y gente que lo protegiera. Lo habían comprobado en primera persona.

Mac terminó de preparar su equipo con rapidez. Quería ausentarse unos minutos antes de marcharse de la base.

Caminó hasta la zona médica donde Victoria permanecía con Salma y Alex.

Tocó la puerta con los nudillos.

—Te veo bien —declaró al ver a la exespía despierta y hablando con su marido.

—Gracias, Mac. Yo a ti también —dijo, guiñándole un ojo.

—¿Sabes dónde está Victoria?

—Creo que en la sala de al lado —contestó Alex levantándose para estrecharle la mano—, ¿Cómo va todo? ¿Hay novedades? —se interesó por lo que se estaba preparando. Escuchaba el ajetreo de la base.

—Tengo orden de no decirte nada. El coronel vendrá a veros más tarde.

El hombre asintió comprendiendo.

—Siento no poder estar ahí —se disculpó—, Nick es un hermano y...

—No digas tonterías. Has hecho mucho por todos, Alex. Ahora tienes que



estar con ella y en cuanto os recuperéis, estaréis con nosotros.

—Gracias por la visita, Mac. Estamos bien. Dale un beso a Nick de nuestra parte y ve a buscar a Vicky —los interrumpió Salma. Estaba segura de que solo tenía unos minutos y los estaba malgastando.

El francotirador caminó con seguridad en busca de la enfermera.

Tenía una sensación extraña, mezcla de nervios, miedo y ganas de verla.

Respiró hondo un par de veces antes de entrar en el cuarto indicado.

Se asomó a la puerta.

Estaba sentada ante unas pantallas de ordenador analizando imágenes.

Enseguida supuso que serían de Salma.

La contempló uno momento en plena concentración.

En ese tiempo, analizó sus sentimientos.

Aquella mujer le gustaba casi tanto como lo hizo su esposa años atrás y él estaba dispuesto a intentar ser normal si salían vivos de aquella trampa.

Victoria estaba concentrada en el análisis de las radiografías y escáner de Salma. Parecía no tener lesiones. Era un alivio para todos.

Aquel equipo tenía un halo de buena suerte sobre ellos. Esperaba que siguiera así hasta que resolvieran la situación.

El olor a la mezcla de gel de ducha y ligero *aftershave* de Mac llegó hasta ella.

Se giró en la silla.

Estaba mirándola con intensidad, apoyado en el marco de la puerta con las manos en los bolsillos.

—Hola —consiguió decir, a pesar de la atracción que sentía en ese momento por aquel hombre.

—Hola —contestó incorporándose. Caminó con lentitud hasta ella. Tomó asiento en la silla contigua—. ¿Está bien? —preguntó, señalando las pantallas.

—Es sorprendente. Todo está perfecto. Con un poco de descanso será suficiente.

—No creo que Salma quiera descansar. Va a salir a la calle a cubrir a Nick y su familia al segundo siguiente de que se lo confirmes.

—Debería descansar —murmuró intentando convencerlo, pero ya lo intentó antes y no lo logró.

—Es nuestra vida, Vicky. Nuestro trabajo es así —explicó, intentando

justificarse también, no solo a ella—. Si el dolor es soportable y puedes mantenerte en pie, sigues. A veces, aunque el dolor no lo aguantes.

—Lo sé. Veinticuatro horas, siete días a la semana, trescientos sesenta y cinco días al año de forma ininterrumpida a no ser que estés muerto —le dijo, casi sin respirar.

Mac esbozó una sonrisa triste.

—No estamos siempre de servicio, pero cuando lo estamos, es al cien por cien. Cuando un hermano o su familia están en peligro, no hay descanso.

Vicky asintió comprendiendo. Lo había visto en ese tiempo con ellos.

—¿Os vais? —preguntó cambiando de tema.

—Sí. Valeria tiene que atender todos los asuntos del sepelio, a los seguros, personalidades y demás. No podemos olvidar que su padre era diplomático y un hombre importante para la sociedad de la ciudad.

—Sí, es cierto —confirmó recordando cómo se agolpaban los periodistas en la puerta cuando fue al hospital.

—Estaremos allí protegiéndola, porque no sabemos cuándo van a atentar contra ella ni dónde. El niño se queda aquí con Nina, estará el coronel, Salma, Alex y también tú. Es lo mejor —ella asintió con media sonrisa para animarlo—. Si algo fuese mal, ellos serán el equipo de respuesta rápida.

—Entendido.

Se mantuvieron la mirada unos segundos. Hablar de lo que estaba por venir, del operativo o las lesiones de Salma, era fácil. Hacerlo de lo que sentían o su atracción mutua, no tanto.

—Cuando todo esto acabe... —empezó Mac la frase, pero paró buscando las palabras adecuadas—. Si aún no te has asustado por lo que hago, el horario y las contraindicaciones. —Victoria sonrió por el comentario. Él le devolvió otra nerviosa—... Me gustaría invitarte a cenar, tomar una copa y hacer algo diferente fuera de aquí.

—Me encantaría —contestó con rapidez. Sabía que le había costado mucho lanzarle esa propuesta. Si le hacía dudar, nunca quedarían y ella lo quería conocer como hombre, porque como soldado ya sabía que era extraordinario.

Will sonrió cogiendo aire, haciendo que se le hinchara el torso y pareciera más imponente si cabe.

—De acuerdo —asintió, en un tono de voz tan alegre que Victoria sonrió más—. Espero volver pronto. Muy pronto —La mujer rio mordiéndose el labio inferior—. Ahora tengo que irme. Me están esperando —explicó mientras se disponía a levantarse.

Vicky no lo dejó. Cogió su rostro con las manos y le dio un dulce beso en los labios.

—Cuídate mucho, Will McCoy —susurró, rozando los labios.

El soldado no se lo esperaba, se quedó paralizado un instante mirándola, pero en cuanto se repuso de la sorpresa, la cogió con dulzura del cuello y el rostro y la atrajo hacia sí.

—Tú también —susurró, antes de besarla.

Un carraspeo desde la puerta interrumpió el beso.

—Vamos, Romeo —le dijo Hunter, desde la puerta con sorna—. Es increíble la suerte que tenéis los nuevos —continuó su parloteo sin moverse del sitio.

La pareja sonrió divertida.

—Nos vemos pronto —se despidió la mujer de Mac en voz baja—. Adiós, Hunter. Cuídate —le dijo, levantado la mano.

—Tú también, preciosa. Nos vemos en unos días —contestó, antes de salir detrás de Will—. Lo cuidaré bien.

Victoria asintió emocionada. Había escuchado a Salma decir que ellos sabían cuando se iban, pero no cuando volvían ni si lo harían, a Will también, pero entendía el sentimiento que se entrelazaba con ello. Por primera vez sintió el escalofrío del miedo por lo que significaba.

## CAPÍTULO 43

Valeria entró a la casa de sus padres de la mano de Nick. No lo habían podido hacer en mucho tiempo, en realidad allí nunca había sucedido. Ellos vivieron su historia de amor en Nueva York, cuando la ciudad de los rascacielos era su hogar, más jóvenes y con muchos sueños juntos.

—¿Estás bien? —preguntó el soldado.

—Sí. Creo que sí. Es raro estar aquí contigo.

Un grupo de hombres entró en la casa haciéndola callar.

Habían entrado en la propiedad en furgonetas de mantenimiento o como operarios de limpieza, con el material de seguridad oculto en bolsas de lona y carros.

—La primera cita es dentro de sesenta minutos —les dijo Spy. Debían prepararse—. Es el agente del seguro de decesos. Actuar como una pareja normal.

—Eso no es problema —contestó Nick. Valeria le apretó la mano dándole la razón.

—¿A qué hora llegan mi madre y Sam? —se interesó por su familia.

—Samantha llegará en pocos minutos —confirmó mirando su reloj—. Sugar ha ido a buscarla al aeropuerto con Warrick. Tu madre tardará aún algunas horas. —La mujer asintió pensativa. Había algo que necesitaba saber.

—¿Voy a tener que ir a identificarlo? —preguntó miedosa, refiriéndose a su padre. Llevaba un rato dándole vueltas. No quería enfrentarse a ese momento.

—JJ ha hablado con sus compañeros de científica y los forenses. Les ha confirmado la identidad para evitarte el mal trago, pero nos dicen que no podemos saltarnos el protocolo de identificación. Vendrán un par de inspectores de su confianza en media hora, con una imagen del cuerpo en el anatómico forense. Tendrás que verlo, lo siento, pero al menos no hay que ir allí.

—Os agradezco el esfuerzo y las atenciones, Evan. De verdad que lo hacéis todo mucho más llevadero —dijo usando su nombre de pila y no el militar. En ocasiones, le parecía que perdían su verdadera identidad y ella no

lo iba a permitir.

—Gracias, Val. Es nuestro trabajo —declaró, antes de marcharse tras una palmada en el hombro de su compañero.

—¿Tienes aquí ropa para cambiarte? —preguntó Nick centrándose en lo que debían hacer.

—Sí, tengo cosas aquí. Hubo una temporada en que Tommy estuvo enfermo. —A Nick se le cambió la cara. Estaba preocupado—. No te preocupes, no fue grave, pero sí pesado —explicó mientras subían a la planta superior—. Cogió una gripe estomacal que tardó mucho en curar. Mark comenzó a desesperarse con tantos lloros y noches en vela, así que decidí venirme aquí. No es que fuera el mejor de los sitios, la relación con mis padres estaba muy deteriorada, pero aquí nadie nos miraba mal, ni nos gritaba cada dos segundos. Creo que Tommy no mejoraba por el ambiente negativo en el que se vio envuelto en aquella época.

—Es un cabrón —susurró el soldado conteniéndose.

—Es mucho más que eso. Es el demonio en la tierra. No puedes imaginar hasta dónde llega su maldad, pero lo conseguimos. —Cogió aire un segundo—. No pudo con nosotros —terminó, mirándolo con seguridad. Había que ver el lado bueno de las cosas para seguir adelante o la maldad acaba con nosotros.

Entraron a lo que en otra época fue la habitación de Val.

Cuando vinieron a España, tras obligarla a romper con Nick, estuvo viviendo unos meses allí. No se sentía con fuerzas para alquilar un apartamento o compartir casa con nadie. No tenía ánimo para pensar en qué muebles debía comprar, de qué color pintaría las paredes o hacer una lista de productos básicos imprescindibles.

Sobrevivió como pudo en aquella casa, en su país de nacimiento, pero donde casi no había vivido, no tenía amigas, ni raíces y con un Mark que no esperó ni una semana para pedirle su primera cita, a la que ya le advirtió su padre que no podía faltar.

—Vaya —susurró Nick. No se parecía a lo que recordaba que ella tenía en Nueva York. Era una habitación impersonal, como si fuese la de un hotel—. Tus padres no han conservado nada de ti.

—La habitación es así desde que vinimos.

La confesión le dejó *KO*.

Ella era muy detallista y tenía decorado cada milímetro de su cuarto en Nueva York, de la casa que compartía con las chicas en la Universidad, con mil cosas que hablaban de ella y de la gente a la que quería.

Tenía fotos de todos sus amigos colocadas en la pared, de ellos dos juntos, de Sam, dibujos, frases bonitas y todo salpicado de guirnaldas de luces tenues que compraba en Navidad para decorar su cuarto porque entonces solo se usaban en aquella época del año.

Tenía cajas de madera pintadas por ella con cientos de recuerdos dentro... Entradas de cine, de conciertos, las notas que le escribía, cartas, flores secas de los brazaletes de los bailes a los que habían ido juntos o de los ramos que le regalaba un día cualquiera...

—Nunca hubiera pensado que fuera tuya —confesó manteniéndole la mirada.

—Destruyeron casi todo lo que tenía de ti... tus cartas, las notas que me dejabas, fotos... todo —contó, con un nudo en la garganta—. Creyeron que, si hacían desaparecer los objetos físicos, olvidaría los recuerdos... por suerte no pudieron quitarme también eso.

Nick no habló más. ¿Qué podía decirle al respecto? Ella sabía qué padres tenía. Era mejor no removerlo más.

La besó despacio intentando hacer desaparecer la desagradable sensación que les dejaba recordar todo aquello.

Valeria se lo devolvió feliz de tenerlo de vuelta, pero con una punzada de miedo que la mantenía alerta. Miedo a que desapareciera otra vez de su vida.

El beso se tornó nervioso e impaciente.

El soldado se apartó un segundo. No era su intención mantener una relación sexual en aquel momento, estaban en medio de un operativo en el que se jugaban la vida, pero ella era irresistible.

—Prométeme que vas a cuidar de ti, no solo de mí —le susurró con la boca pegada a él. Nick entrecerró los ojos un par de segundos—. Sabes a qué me refiero —contestó al gesto—. No quiero que te sacrifiques por mí, quiero que nos defiendas a los tres.

—Lo intentaré —prometió a media voz.

—Ya he vivido sin ti, Nick... No quiero volver a hacerlo. No me gusta la

sensación de vacío que me provoca.

—A sus órdenes, capitana —contestó, con media sonrisa.

—Debo cambiarme. Sam llegará pronto, los policías y los tipos del seguro, sin contar con mi madre, pero ¿dormirás conmigo hoy? —preguntó en un tono de voz muy *sexy*.

—Te lo juro —dijo, tras humedecerse los labios y antes de besarla de nuevo.

—Vete —le pidió tras el beso—, o no te dejaré salir de aquí.

Nick le dio un ligero beso en los labios y se alejó de ella con una sonrisa radiante. A él también le costaba mantenerse apartado.



Todo fue sobre lo previsto. El equipo SEAL colocó los dispositivos de vigilancia y seguridad en casa de los padres de Valeria antes de que comenzaran las visitas. También dispuso armas en sitios estratégicos para poder defenderse en caso de necesidad.

Valeria no se sentía incómoda con todo aquello en la casa, al contrario, era un gran alivio.

Tuvo suerte, los policías amigos de JJ llegaron antes que Samantha. Fue un descanso porque no quería que ella estuviese presente cuando le mostraron aquella fotografía.

Esperaba algo peor, pero tanto el equipo forense como el policial, habían tenido cuidado de no mostrar más que el rostro. Lo habían acribillado a balazos y era delicado.

Aun así, fue duro. Nick no se apartó de su lado en ningún momento. Hunter y Mac permanecieron cerca, lo comprendían mejor que nadie.

Cuando se marcharon, Val tuvo un momento para reponerse antes de la llegada de Samantha. Ella estaba segura de que contarle qué pasaba iba a alterar su comportamiento, pero también comprendía lo que los soldados le decían. No podía permanecer ajena a lo que estaba sucediendo porque podía morir. Si quería marcharse, la escoltarían de vuelta al aeropuerto y cogería el primer vuelo de vuelta.

El sonido de un motor en el jardín les anunció que ya había llegado.

—¿Estás bien? —preguntó Nick.

—Sí. Tengo muchas ganas de verla. No he podido estar con ella desde que murió Gina... Mark no me dejó volver y no la dejé venir...

—Hiciste bien. Cuanta menos gente esté dentro del radar de tu marido, mejor. Menos posibilidades de hacerte daño.

—Eso he hecho. Solo me relacionaba con las mamás del cole de Tommy y con Nina. Él no sabe nada de ella, nunca la ha visto. La conocí cuando me casé con él y congeniamos, pero la mantuve en secreto. Al menos tenía a alguien con quien desahogarme o escapar si las cosas se ponían difíciles...

A Nick no le dio tiempo a contestar, la puerta se abrió, pero cada vez que ella contaba un detalle de lo que había vivido en este tiempo, él sentía su corazón despedazarse por la culpabilidad.

Samantha corrió en busca de su amiga. La abrazó con fuerza como si con ello pudiese reparar el daño sufrido, como hizo Valeria cuando murió su madre.

—Lo siento, Val. Lo siento tanto... —susurró entre lágrimas, manteniendo el abrazo.

Valeria se lo devolvió de la misma manera, pero no por su padre fallecido, sino porque estaban juntas una vez más.

Sugar y Warrick se colocaron junto a Nick observando la escena.

—¿Todo bien? —preguntó el Delta Force a sus compañeros.

—¡Oh! Ya lo creo —confesó Warrick, sin quitar ojo de la recién llegada — Qué calladito te lo tenías.

Nick cerró los ojos cogiendo aire intentando no reírse. Aquellos hombres siempre le sacaban una sonrisa pasase lo que pasase. Sabía que les impactaría su amiga, era guapa y elegante, pero prefirió no dar detalles para que la sorpresa fuese mayor. Lo había logrado.

—Las amigas de Val son muy guapas, pero no tanto como ella —confesó Brooklyn—. Yo solo veo a una amiga.

Sugar lo miró inquisitivo unos segundos sin poder creerse lo que oía mientras las mujeres comenzaban a hablar.

—¿En serio? —preguntó con sorna— ¿Tienes los ojos en el culo o algo así? ¿Ya no piensas en tus hermanos?



Nick sonrió.

—Voy a saludar a mi amiga, casanovas —contestó con guasa.

—Es increíble —murmuró Warrick ante el gesto.

Samantha le devolvió la sonrisa que traía en los labios en cuanto lo vio acercarse.

—Madre mía, Nick O'connor. Estás más guapo que nunca. No sabes lo contenta que estoy de que estés aquí con Val —había empezado la frase con entusiasmo, pero en cuanto el recuerdo de lo que habían ido a hacer allí le invadió, la voz se quebró.

—Tú sí que estás guapa, Sam —contestó, recogéndola entre sus brazos. La mujer se lo devolvió—. Tienes revolucionados a mis compañeros —le susurró al oído. Ella sonrió entre lágrimas

—Ellos también son muy guapos—le dijo muy bajito.

—Lo son —confesó Val—, y eso que no los conoces a todos.

—Lo estoy desando —contestó, buscando a más con la mirada— y también saber qué sucede para que tengas tanta escolta —dijo, sin dar más vueltas. Conocía aquel ambiente y lo que significaba— ¿Qué le ha pasado a tu padre, Val?

—Creo que será mejor que vayamos al salón. Te lo contaré todo.

## CAPÍTULO 44

A Samantha la pillaron por sorpresa algunos aspectos de la vida de los padres de Val, de los negocios de Mark y Robert, pero no lo que había vivido Valeria.

Siempre supo que no era feliz con su marido y no le gustaron algunos gestos o formas de hablarla en las escasas ocasiones en que se habían visto. Él intentó ocultarlo casi todo el tiempo, pero es difícil ser una persona que no eres y sobre todo recordar mentiras de una vez a otra.

La intuición no le había fallado, pero se sentía culpable de no haber intervenido o haber insistido a Valeria sobre el tema.

—Sugar será tu escolta mientras estés aquí —le dijo Spy, sacándola de sus pensamientos, al tiempo que el soldado al que había mencionado sintiera como los nervios lo invadían. Ambos se miraron unos segundos—. No puedes estar sola. No sabemos qué va a pasar ni cuándo. Él será tu sombra.

—De acuerdo —contestó a media voz, sin apartar la mirada del hombre con el que compartiría los días que estuviera allí.

—Lo más importante cuando estemos en el exterior, es que te comportes con la máxima normalidad posible dentro de las circunstancias, no pueden sospechar que los estamos esperando y esto es una contravigilancia.

—Entendido —asintió con seguridad. Valeria le cogió la mano, se sonrieron.

—En unos minutos, vendrá un agente del seguro de decesos para que Valeria concrete el sepelio del señor Cross. Acompáñela con normalidad, ayúdela a tomar las decisiones y esté tranquila. Nosotros nos encargaremos del señor Devereux.

La mujer asintió. No tenía miedo, aquellos tipos imponían un poco, no iba a mentir, pero también hacía que se sintiera muy segura. Solo estaba algo nerviosa, igual que todos.

—Me alegra mucho saber que estás aquí —dijo la recién llegada a Nick, que estaba sentado junto a Val. Le cogió las manos— y también que te hayas traído a muchos amigos y sus juguetes. Ahora sí está todo bien —confesó, dejando claro que la presencia de todos ellos era lo mejor que podía suceder

en esos instantes. Nick sonrió—. Solo quiero que lo machaques. Es insoportable. Machacadlo por todo lo que le ha hecho a mi amiga, por favor, por lo que les ha hecho a mis amigos. —Lo incluyó pidiéndoselo a todos. Los soldados asintieron mientras ella los miraba uno a uno.

—Lo haremos —contestó Sugar, ya a su lado.

Valeria se secó una lágrima rebelde. Samantha era como la hermana que nunca tuvo y siempre estaba ahí a pesar del tiempo o los sucesos.

El timbre sonó sin tiempo a más.

—Recordad, actuar con normalidad. Todo está bien —repitió Sugar aquel mantra que les acompañaba siempre que había civiles a los que proteger.

Todos asintieron.

La puerta se abrió.

—Señora, ¡gracias a Dios! —gritó Silvana al verla sana y salva.

Valeria se levantó de inmediato al ver entrar a la mujer al salón. Las lágrimas le cayeron sin control por el rostro. Se abrazaron.

—Menos mal que estás bien. Menos mal. —Sollozó Valeria aliviada de que así fuera.

—Y usted, señora y usted —susurró emocionada la mujer.

—No podía dejarte allí —le explicó por qué la había sacado de su casa JJ—. Si te hace daño a ti también por cuidarme, no me lo perdonaría.

Todos los presentes se emocionaron por el encuentro. Era sincero lo que sentían la una por la otra, algo así como una madre y una hija. Valeria miró a JJ y le susurró un «gracias» emocionado. Él asintió con media sonrisa.

—¿Y el niño? ¿Dónde está mi pequeño Tommy? —preguntó enseguida al no verlo por allí.

—Está bien. Está en la base militar con mi amiga Nina y un agente del FBI.

—Menos mal, mi vida, menos mal —murmuró, más tranquila.

Miró alrededor. Había muchos hombres fuertes y grandes en aquel salón, en los que veía cariño y respeto por su señora, pero enseguida vio a uno que la miraba diferente. Sonrió.

—¿Es el soldado? —preguntó muy bajito a su oído, sin quitarle ojo.

Tiempo atrás Valeria comprendió que Silvana tenía que conocer la existencia de Nick. Ella la cuidaba, pero si a Mark se le iba la mano, Tommy

tenía que marcharse con alguien que le pudiese proteger. Tras hablarlo con Nina, le contó quién era Nick y lo que hacía. Le dijo que, si las cosas se ponían feas, llamara a Nina o al teléfono seguro de Nick. Solo así se salvarían.

—Es el soldado —contestó con media sonrisa.

—Pues es más guapo de lo que me había contado y que venga con sus amigos me ha gustado mucho.

Las dos mujeres rieron. Los hombres también.

—¿Te acuerdas de mi amiga Samantha? Ha venido desde Nueva York para acompañarme en el funeral.

—Sí, claro que me acuerdo. Poca gente buena ha pasado por su casa, a los ángeles no se les olvida. Qué feliz fue usted esos días —apreció, emocionándolas a ambas.

—Me alegro de verla, Silvana.

Las dos se cogieron las manos en señal de cariño.

El timbre sonó de nuevo.

—Señoras, sigan el plan previsto. Son los agentes del seguro. Concreten el sepelio del señor Cross con naturalidad —ordenó Spy, mientras Hunter y Mac iban a abrir la puerta y los demás pululaban por la casa como si fuesen un servicio de seguridad privado.

Y así lo hicieron.

Durante una hora decidieron todos los aspectos necesarios para que el duelo por el fallecido tuviese lugar al día siguiente y el entierro veinticuatro horas después.

La policía no podía entregarles el cuerpo hasta que la sección científica analizase las evidencias.

También debían dar tiempo a regresar a la señora Cross y a que Mark hubiese llegado a España.

Iba a ser pesado y muy cansado, pero lo importante era que después de esas cuarenta y ocho horas, todos estuvieran a salvo.

Silvana, junto con la mujer que llevaba la casa Cross, se puso manos a la obra a preparar habitaciones para que los hombres pudiesen descansar por turnos, así como comida, zumos y tentempiés.

Según la tradición norteamericana, tras el entierro, los asistentes se

trasladan a casa de la familia y pasan unas horas juntos comiendo y recordando al fallecido.

En esta ocasión, y a pesar de ser conscientes de que a la señora Cross le hubiese gustado respetarla, no iba a suceder.

Que las mujeres estuvieran juntas en la casa era un señuelo, pero no podían dejar que se llenase de inocentes y Mark se volviera loco.

—Eso sí le va a parecer extraño —apuntó Samantha—. Yo creo que está esperando ese momento.

—No podemos dejar que ataque aquí o que, entre el tumulto de la gente, se lleve a Valeria o a ti —explicó Sugar, mientras la acompañaba a su habitación—. Es un tipo muy peligro, más de lo que puedas recordar, y no vamos a dejar que os haga daño. Pensaremos otra cosa.

Samantha asintió mirándolo.

—Gracias. Hacéis una labor encomiable. Sentíos muy orgullosos por ello —declaró con la emoción del orgullo patriótico en la garganta. Ambos eran estadounidenses y su familia era de las que estaban orgullosos de tener un ejército como el que tenían.

—Gracias, señora —contestó.

—Señorita, soy señorita —explicó con rapidez mostrando las manos. En Estados Unidos el estado civil es importante y sobre todo los anillos de compromiso y boda.

—Señorita, pues —contestó, con media sonrisa seductora, mientras dejaba la maleta y la bolsa de mano sobre la cama. Se atraían desde el instante en que se vieron en el aeropuerto, se notaba a leguas.

—¿Se puede saber tu nombre o te llamas Sugar de verdad? —preguntó con curiosidad comenzando a ordenar sus cosas en la habitación.

—Me llamo Justin.

—¿Por qué te llaman Sugar? Val decía que los mote tienen explicación.

El soldado sonrió mientras la observaba guardar cada efecto personal.

—Dicen que soy el más simpático y guapo del grupo, el icono americano, un algodón de azúcar de feria —enumeró, mientras negaba como si no se creyera que representase todo eso—. Por eso me llaman Sugar en acción, aunque a mí no me parece el nombre de un guerrero, pero lo cierto es que el de ninguno de nosotros lo es.

—Es divertido —confesó Samantha mientras terminaba de colgar la ropa en el armario.

—Ayuda a mantener el anonimato cuando estamos en un operativo y también acorta las comunicaciones.

—Entiendo... —Le pareció que divertido no había sido el adjetivo adecuado.

Guardaron silencio unos segundos. El hombre no sabía qué hacer. Ella lo ponía nervioso.

—¿Quieres descansar? Me marcharé si es así. Aquí estás segura y con este dispositivo puedes avisarme en cualquier momento. Es similar a una alarma antipánico. Llévalo siempre encima.

Sugar le había dado un rosario de mano y señaló la unión de los brazos de la cruz como el botón del que le hablaba.

Lo pulsó y una alarma comenzó a sonar en el reloj digital que llevaba él en su muñeca haciéndolo vibrar. A continuación, pudo ver un pequeño mapa de la casa y un punto rojo donde estaban.

—Tiene GPS, aunque también instalaremos uno en tu móvil. Spy está en ello. Si algo sucediera, te localizó de inmediato, aunque no pulses el botón.

—Vaya, es una pasada. Muchas gracias —declaró, asombrada por la tecnología que usaban.

—Ellos usan los mismos sistemas de vigilancia que nosotros, tienen tecnología de última generación, por eso te doy el rosario. Es fácil que te quiten el móvil, pero el rosario no es un objeto peligroso para ellos.

—Es una gran idea, Justin.

—Valeria me dijo que sois creyentes y que sueles usarlos. Necesitaba algo que no parezca tecnológico. El chip GPS que lleva es de última generación y es muy difícil que lo puedan detectar.

Sus manos se rozaron mientras se lo daba. Ambos se miraron.

—Ojalá no haga falta usarlo —le dijo, porque significaba que todo había salido bien.

—Ojalá —susurró, intentando ser positivo para ella.

## CAPÍTULO 45

Las últimas horas de paz antes de que empezara de verdad el operativo, pasaron demasiado deprisa.

La madre de Valeria llegó a la hora prevista.

Hunter fue a recogerla al aeropuerto junto a JJ. Era mejor que viese una cara conocida y aunque el policía infiltrado no era un asiduo a su casa, sí lo había visto en varias ocasiones junto a su marido y Mark.

Malena Cross fue obediente y no preguntó nada sobre su marido en público. Salió con rapidez al *hall* de recepción de viajeros y en cuanto vio a JJ se dirigió hasta él.

Guardó silencio todo el camino.

JJ la observaba por el espejo retrovisor.

Estaba triste y cansada, era lógico después de hacer ida y vuelta de Nueva York casi sin pisar suelo norteamericano. No tenía fuerzas para nada más que llegar a casa y dormir.

En cuanto el coche entró en la casa, Valeria fue a la puerta a recibirla.

La mujer dejó el bolso en el suelo y fue a abrazar a su hija.

—Lo siento, mamá. Lo siento mucho —susurró de corazón en su oído, a pesar de no tener buena relación.

—¿Crees que nos matará también a nosotras? —preguntó temblando.

Valeria se separó de ella un poco para mirarla a los ojos.

—No lo sé, conmigo ya lo ha intentado, pero tú sabrás a que malnacido metisteis en mi vida y mi casa.

—Él no era así, hija. Era un buen hombre y un gran partido para ti.

—No puedo creer que me estés diciendo esto nada más llegar. —Los escoltas que había en la habitación, Mac y Spy, además del policía y Hunter, se miraron entre sí—. ¿Un gran partido para mí? —preguntó elevando el tono de voz. Samantha y Nick que aguardaban en el salón, se asomaron. Valeria los vio—. Él es un gran partido para mí —declaró bien alto, para que se enterase bien, además de que se girase y viese a quién señalaba.

—Nick O'connor —susurró Malena sin mirarlo aún—. Lo sé...

—¿Lo sabes? —preguntó escéptica—. Pues si lo sabías, podías haberme

ayudado un poquito, haber quitado de la cabeza a papá las ideas de aquel matrimonio, haberme dejado ser feliz y mantener a ese hijo de puta fuera de nuestras vidas, pero no lo hiciste y ahora papá está muerto y nosotras tenemos una diana así de grande en la cabeza. —Hizo un gesto con los brazos para que quedara claro—. Y ellos también por protegernos —incluyó a los hombres que velaban por su seguridad.

—Lo sé, lo siento... —repetía una y otra vez, pero sus gestos no acompañaban el sentimiento de esas palabras.

—Pues demuéstalo. Haz caso a estos hombres y ten respeto por ellos mientras estemos aquí.

Las dos mujeres se mantuvieron la mirada.

El tenso ambiente podía cortarse con un cuchillo.

Nick se adelantó a dar el pésame a aquella mujer a la que odió mucho tiempo atrás, pero no iba a perder el respeto y saber estar por ella. Necesitaba paz mental hasta que aquello acabara. Solo había una guerra que librar de momento.

—Señora Cross, siento que Robert haya muerto. Espero que nos perdone la intromisión en su casa. El teniente le explicará las normas que debe seguir hasta que el conflicto se solucione.

—Gracias, Nick —contestó escueta. No quería meterse en más problemas.

Sin más, el soldado se situó junto a Valeria.

—Hola, señora Cross —saludó Samantha—. La acompañó en el sentimiento —dijo sincera. Su relación con ella era diferente y aunque pensaba igual que Val respecto a lo que hicieron con ella y Nick, eran momentos delicados.

—Gracias. Sam. Estás guapísima, hija. Te agradezco mucho el viaje tan largo para acompañarnos. ¿Qué tal tu padre?

—He venido para acompañar a Val igual que hizo ella cuando murió mi madre. —El tono de voz estaba claro que era serio y contundente. Aunque el matrimonio fue muy amigo de sus padres, cuando Gina falleció no acompañaron a su padre. Le dolió mucho, pero con la visita y atenciones de Val, lo olvidaron. Ahora toda esa rabia resurgía con las desafortunadas palabras y actitudes de la reciente viuda—. Mi padre está muy bien, gracias a



Dios.

—Entiendo —contestó la mujer, con sonrisa triste—. Sentí mucho la pérdida de Gina, pero nuestra relación ya no era como antaño... —intentó explicarse—. Además, las circunstancias en casa tampoco eran adecuadas para viajar en aquel momento. Val sí pudo ir y agradecí mucho que al menos ella estuviera —mintió. No fueron porque Robert no quiso volver a Estados Unidos en aquel momento al tener ya muchos asuntos turbios con Mark. Si lo detenían allí, la justicia sería severa con él. Prefería quedarse en España o moverse por Europa como mucho, pero eso no lo podía confesar—. Me alegro por tu padre.

El silencio se instaló en aquel gran *hall*. No habían pasado de aquella estancia y ya había discutido con todos.

Malena cogió aire antes de colocarse el bolso en el antebrazo y disponerse a entrar al salón.

—Si me permite, señora. Mis hombres llevarán sus cosas al dormitorio mientras le explico las normas mientras estemos en este operativo y cómo vamos a actuar —le dijo Spy, acompañándola al caminar.

La mujer desapareció en el salón mientras los tres amigos se quedaban en el *hall* de entrada.

—No ha ido mal —dijo Samantha divertida a pesar del rifirrafe, para quitarle hierro al asunto.

—Podía haber sido peor —contestó Valeria dándole la razón.

—Mucho peor —continuó Nick—. Espero que no haya más asaltos como este o acabará con nuestra paz mental.

—No creo que ya pueda hacernos mal. Lo hizo en su momento —dijo su hija.

—Y no vamos a dejar que lo haga más —contestó su amiga con confianza.

—Espero que sea de fiar o estamos vendidos —confesó Nick.

—Yo también —dijo por respuesta Val.



Tras una pequeña charla con Spy, Silvana sirvió la cena para las mujeres y los hombres que pudieron descansar en un primero turno.

A Malena no le hacía gracia que se sentaran a la mesa con ellas, pero Valeria había dejado claro que era ella quien mandaba allí. Todos eran sus amigos y no iban a comer como intrusos en la cocina o en su puesto asignado.

Tampoco le gustó a la viuda que su sirvienta se quedase en la cocina y Silvana llevara la batuta de la casa, pero en cuanto todos se marcharan, las cosas volverían a la normalidad.

El cansancio hacía mella en las invitadas, los viajes habían sido largos y agotadores. No había velatorio aún, por tanto, podrían descansar toda la noche, el día siguiente sería largo.

Cenaron con ellas a la mesa Nick y Sugar, encargados de escoltar a Valeria y Sam, así como Hunter, encargado de la seguridad de Malena.

Las tres parejas ascendieron a la segunda planta en cuanto acabaron, dejando paso a parte de los compañeros para que todos pudiesen comer.

Era obvio que Nick no se iba a quedar en el pasillo vigilando la puerta. En cuanto llegaron al cuarto de Val, entró con ella.

La señora Cross resopló levemente, pero lo suficiente para que Samantha y los escoltas lo apreciaran.

Incómoda, la viuda se adelantó, Hunter la siguió y se metió en su cuarto en cuanto el hombre se cercioró de que era seguro.

El veterano se apostó en la puerta con naturalidad.

Sam y Sugar llegaron a la suya.

Él comprobó la seguridad. Tras un vistazo, salió.

—Ya puedes entrar. Si necesitas algo, me llamas o aprietas el botón del invento —le guiñó un ojo refiriéndose al rosario.

—Gracias —contestó, pero no se movía de sitio. Lo miró un segundo antes de hablar— ¿En serio vas a estar toda la noche aquí fuera vigilando?

—Una parte de ella, sí. Luego vendrá algún compañero a relevarme para descansar un rato. —La mujer puso cara de pena—. No te preocupes, estamos acostumbrados.

—Ya, pero si ahora todo está tranquilo... Esta habitación es muy grande y tiene un sofá estupendo, puedes entrar a dormir aquí si quieres, por mí no hay problema.

Hunter, que lo estaba escuchando todo desde su posición, carraspeó un poco.

—No sé si será buena idea —murmuró el soldado, dudando de qué hacer, aunque cuanto más cerca estuviese de ella, mejor para su trabajo en caso de ataque.

Hunter tosió fuerte con cara de desconcierto.

—Creo que tu amigo trata de decirte algo —apreció Sam.

—Está bien, de acuerdo, dormiré en el sofá —aceptó Sugar.

—Mucho mejor —dijo Hunter sin ronquera.

La pareja rio ante el comentario.

—Adelante, Justin —le dio paso haciendo que una punzada de nervios dejara al soldado fuera de juego. Hacía tanto tiempo que una mujer no le llamaba por su nombre. Cuando ella lo hizo, fue música para sus oídos.

## CAPÍTULO 46

La noche fue tranquila para el operativo. Pudieron descansar y organizarse.

A primera hora, Jack comunicó la posición de Devereux.

Como Valeria había dicho, atracó en Sicilia en un puerto franco poco vigilado cerca de Siracusa, donde tenía contactos para su carga. Él cogió un avión privado con destino Ibiza y desde allí volaba a Madrid hasta una pista ilegal, pero no sabían cual.

Las noticias pusieron a todos nerviosos. Estaba cerca, ya podían sentir su aliento.

—Bien, comunicó Spy a Nick y Valeria en privado. Sabemos que estará en la ciudad en breve, pero no qué movimientos hará. Nuestra única pista es el coche que huyó del atentado. Todos estamos alertas para localizar esa matrícula. Creemos que cuando Mark esté cerca o se vaya a cometer el atentado, estará cerca.

—No se lo cuentes a mi madre —susurró Valeria mirando la puerta.

—¿No te fías de ella? —preguntó el jefe de operación.

—No lo sé... anoche no me gustó lo que vi, lo hablé con Nick en la habitación y no sé de parte de quién está —los soldados se miraron.

—¿Me estás diciendo que igual hemos metido al enemigo en casa? —preguntó Spy alertado.

—Es posible —contestó Nick—. Anoche estuve dándole vueltas y hablando con Valeria sobre ello. Si lo piensas bien, ella no tiene nada que ver con los negocios del señor Cross, ni con la empresa de transporte, cedió su control a Robert y este a Val en el testamento. Cuando todo estaba en manos de su marido, se aseguraba una pasta mensual haciéndose la sorda, la ciega y la muda con los trapicheos que se traía entre manos con Mark, pero si Valeria se hace con la empresa, ese chollo se acabará porque se deshará de los negocios ilegales.

—Espero que no tengas razón —murmuró Spy asimilando todo eso.

—Cuando dijo que volvía para el entierro, le pregunté si iba a ser aliada o un blanco, pero no me contestó con rotundidad. No sé qué pensar...

—De acuerdo, no se lo digáis a nadie más. Voy a hablar con el coronel y los chicos, pero ni Sam ni tu madre deben saber tus sospechas. —Valeria asintió—. Hemos intervenido su móvil, lo cogimos mientras cenabais y de momento no hay comunicaciones. No ha llamado ni escrito a nadie. Es un poco extraño para una persona que acaba de quedarse viuda. No hay condolencias.

—No es de extrañar, la gente con la que se codeaban no eran amigos reales, solo negocios o intereses mutuos. Esas condolencias llegarán en persona cuando se abra el tanatorio o en el entierro, todo de forma oficial. Mis padres eran un fraude en todas sus facetas. Los verdaderos amigos los tenían en Nueva York y la avaricia hizo que los perdieran.

—De acuerdo —contestó Spy—. Desayunad y preparaos para el velatorio. El cuerpo del señor Cross será trasladado desde el anatómico forense en un par de horas. Ya hemos pasado a la empresa la nota de prensa oficial para la ocasión.

—Gracias —contestó Valeria con tristeza. Todo aquello apestaba demasiado.



Como estaba previsto, el velatorio del señor Cross comenzó a las once de la mañana en un tanatorio nuevo con pocos sepelios. Estaba en una zona verde donde no habría demasiados civiles cerca, exceptuando los familiares de otros fallecidos, y con zonas amplias y diáfanas fáciles de vigilar.

En cuanto los soldados se presentaron en el lugar a primera hora de la mañana y explicaron con discreción la seguridad que requería el velatorio, les asignaron una de las salas más grandes en la planta baja y con fácil acceso y salida.

Valeria y Nick llegaron los primeros junto a Sam y Sugar.

Malena irían en un coche diferente unos minutos más tarde. Aquella nota de prensa de la empresa había provocado el efecto llamada del que hablaban por la mañana y se retrasaría para atender los asuntos más urgentes junto a Hunter.

En la casa, quedarían un par de efectivos de la policía secreta, amigos de

JJ, y las sirvientas, todos los demás se trasladaron con la familia.

Aquel retraso dio pie a que Valeria pudiese decidir sobre algunos aspectos.

No quiso ver a su padre, no quería recordarlo así, a pesar de todo lo que le había hecho, también pidió que el ataúd permaneciera cerrado y se colocara una corona de rosas blancas con un texto en el que se leía: «De tu esposa, hija y nieto que te aman».

Durante muchas horas la gente fue yendo y viniendo por la sala. Desde conductores, contables, secretarias, administrativos, servicio de limpieza o de informática de la empresa, así como los ejecutivos y sus esposas; otros empresarios del sector, gente del ambiente diplomático, incluso alguna personalidad importante.

Nick observaba a Valeria desde la distancia. No podía estar a su lado, no era su sitio de cara a la galería, allí debía estar su marido y de momento no había noticias de su paradero, lo hacía Samantha, que no la dejaba sola ni un segundo, ya que su madre había ido a descansar un rato a casa. El viaje le había restado energía y los velatorios son muy cansados.

Aunque en las noticias de todo el mundo se supo del atentado que ella sufrió, el equipo SEAL se las ingenió para que nada se supiera sobre Mark. Eso facilitó mucho las cosas porque cuando le preguntaban a Valeria por él, ella contestaba con total naturalidad que no estaba en España cuando han sucedido los atentados y que por su seguridad era mejor que no regresara por el momento.

En realidad, nadie ajeno a aquella operación sabía la verdad sobre él y eso le facilitaba los movimientos.

Valeria lo observaba también desde la lejanía. Estaba incómodo allí, lo notaba, porque su sitio debía ser junto a ella, pero no podía ser.

—Lo están haciendo muy bien —susurró Sugar junto a él sirviéndose una taza de café del *catering*, que continuamente reponían para los numerosos asistentes.

—Sí. Son unas campeonas —declaró, tendiéndole una taza para que le sirviera otro.

—Espero que esté bien cargado, estoy cansado —declaró el guaperas.

Nick lo miró un par de segundos con intensidad para que hablara, pero no

dijo nada más.

—Escucha una cosa, casanova, Sam es mi amiga, cuidado con lo que haces —lo advirtió con seriedad.

—Pero ¿quién te crees que soy? Solo estuvimos hablando un rato en su habitación. Te recuerdo que estamos en mitad de un operativo —susurró, entre dientes cerca de su oído para que le quedase claro—. Fue muy amable dejándome dormir en el sofá, he descansado muy bien, pero llevamos muchos días con demasiada tensión y ya se va notando.

—De acuerdo —contestó Nick, lo creía. Valeria se lo había contado tras hablar con Sam. A su amiga le gustaba el más guapo del batallón, pero no iba a darle pie a nada estando en peligro—, pero te estaré vigilando, Justin —lo amenazó con media sonrisa divertida.

—Eres un capullo —le espetó Sugar, entendiéndolo todo. Las chicas habían hablado—, pero esto quiere decir que voy por buen camino. Al menos hoy he recibido una buena noticia.

Ambos sonrieron antes de llevarse la taza de café a la boca para tomar un sorbo, cuando escucharon a Mac por la radio avisar de que el coche con la matrícula que anotaron tras el asesinato de Cross estaba merodeando por los alrededores.

No tuvieron tiempo ni de dejar la taza en la mesa.

Todo se volvió negro, los oídos pitaban con fuerza y el dolor de cabeza era devastador.

Nick no veía nada, una nube de humo y polvo lo cegaba.

—Sugar —gritó para que Justin le contestara.

—Aquí —dijo el compañero, intentando levantarse del suelo tras quitarse un trozo de madera de encima de las piernas. Era la mesa en la que iba a dejar la taza un segundo antes.

—No las veo —dijo, intentando arrastrarse hacia el lugar donde las mujeres estaban segundos antes.

Justin encontró unas botellas de agua intactas en una caja cercana. Abrió una y se echó el líquido limpio por la cara y los ojos.

En cuanto la vista se le aclaró un poco, cogió otra y sacó la pistola de la cinturilla del pantalón.

Se cubrió como pudo en aquel caos de gritos, olor a pólvora, fuego y

humo.

—Nick —lo llamó de nuevo, para guiarse por su voz.

—¡Aquí! —contestó el soldado.

En cuanto llegó a su lado, le tendió la botella.

Tras realizar le mismo gesto que Sugar y verlo todo más claro, intentó contactar con el resto.

—Delta dos a Delta uno —preguntó por Spy. No hubo respuesta—. Deltas dos y tres a Deltas, ¡contestad!

—Delta cuatro siguiendo al coche sospechoso por la autopista M-40 —dijo, fijándose en la posición que le marcaba el GPS del coche—. No sé dónde nos dirigimos. ¿Estáis bien?

—Delta uno a Delta dos y tres, no veo a las mujeres. ¿Están con vosotros?

Nick y Sugar intentaban encontrarlas entre el caos, pero no estaban.

—Negativo, Delta uno —contestó Nick, con rabia.

Sugar notó una vibración en su muñeca. Cerró los ojos con rabia. Eso significaba que Samantha había activado el botón del pánico del rosario.

—Delta tres a Deltas. Se han llevado a las mujeres —dijo con rotundidad—. Repito, se han llevado a las chicas. Activad protocolo de búsqueda con urgencia.



## CAPÍTULO 47

Los hombres, a excepción de Hunter que permanecía junto a la señora Cross en la casa familiar, entraron en la base abatidos. Decidieron no volver allí para tener una respuesta más rápida y completa.

La rabia de no poder ayudar a sus compañeros estaba haciendo mella en su carácter, pero lo intentaba ocultar, necesitaba templanza para aquellos momentos.

Intentó escuchar lo que Nick y Sugar relataban por el sistema de comunicaciones.

—El coche lo avistó Mac un momento antes de la detonación, por tanto, el explosivo estaba ya en el lugar o conocían donde lo tenían que instalar y qué capacidad necesitaban para reventar el velatorio, pero no cometer una atrocidad y cargarse a los objetivos —contaba Nick muy nervioso—. Alguien ha filtrado la información, no cabe duda.

—Esa información solo la sabía la familia y los que estábamos aquí. Estoy seguro de que no hemos sido nosotros, ni JJ, Valeria por descontado que tampoco, solo quedan dos personas, Sam o Malena —susurró Hunter desde el pasillo, alejado de la puerta de la viuda. No le había dicho nada sobre lo ocurrido aún.

—Tiene que ser ella —acusó Sugar.

—También puede ser el servicio —apreció Hunter.

—Silvana odia a ese tipo, no creo que haya sido ella y la otra mujer no tiene relación con él —contestó Nick.

—Entonces, ¿tengo entre mis manos a la sospechosa?

—Casi con seguridad —declaró Jack mostrando los registros de telefonía de la viuda—. Tengo varias llamadas a un número prepago entre anoche y la hora justa en que se marchó del velatorio. Es mucha causalidad que todo sucediera en el tiempo en que ella no estaba.

—Bien, pues decidme qué hago. ¿La detengo? ¿Le sigo el rollo? —pidió ordenes el veterano.

—Sigue con ella e informa de todo lo que suceda —ordenó el coronel—. Cuéntale lo que ha sucedido y veremos cómo actúa al respecto.

—Oído.

Cortaron la comunicación con Hunter. Ya estaban preparados para ir tras las mujeres. La señal del GPS era clara. Estaban moviéndose en dirección a Guadalajara.

Iban hacia los todoterreno cuando se toparon con Salma, Alex, Victoria, Nina, Tommy y el agente Taylor.

Nick los miró contento de que Salma estuviera en pie y se recuperara del accidente, pero muy preocupado por el futuro de Tommy si no era capaz de salvar a su madre.

Alex, que estaba al tanto de todo, se adelantó hasta él.

—Lo conseguiremos —declaró mientras Spy le tendía su equipo.

Nick lo miró emocionado.

—Alex, quédate con ella. Te necesita —pidió de corazón.

—Yo también voy, ¿o qué te creías? —dijo la mujer cogiendo la bolsa que le daba Matt.

El Delta Force no pudo controlar las lágrimas. Su familia no le fallaba nunca, ojalá Valeria hubiese tenido la suerte de tener una real, en vez esa que la vendía al mejor postor.

Tommy lo miraba preocupado.

Se secó las lágrimas mientras se ponía de rodillas ante él.

—Te prometo que mamá volverá enseguida —atinó a decir con un nudo en la garganta.

—¿Y tú?

—Espero que sí, pero lo importante es mamá.

—Yo quiero que vuelvas también. Quiero que seas mi papá, el otro no me gusta —explicó, sin saber que lo era. Nina se secó las lágrimas. Esperaba de corazón que aquella familia pudiera serlo de verdad.

—Volverá, te lo prometo —dijo Alex cogiendo del hombro al soldado antes de que se derrumbara del todo.

El niño abrazó a Nick por el cuello con sus pequeñas manitas y le dio un beso en la mejilla. El soldado lo apretó con dulzura contra él unos segundos y se levantó. Debían marcharse, la emoción era demasiado grande.

—Cuidaré de él. Ve tranquilo —prometió el agente del FBI.

Victoria miró al equipo. Ojalá hubiese podido ver a Mac.

Sugar entendió el gesto. Se acercó a ella un segundo antes de marcharse.

—Está bien. Está haciendo el seguimiento. Volveremos —dijo con rotundidad y media sonrisa alentadora.

La enfermera asintió devolviéndosela. Con esa seguridad era difícil no hacerlo.

El resto del equipo, excepto el coronel que se quedaba en el centro de mando y Mac que iba en el coche en persecución, cogió los vehículos y salieron de la base al rescate.

Las mujeres no tenían mucho tiempo.



Mientras tanto, en el coche en el que viajaban con los secuestradores, Samantha apretaba una y otra vez la cruz del rosario con la esperanza de que Justin recibiera la señal GPS.

Como la advirtió, lo primero que les quitaron a ambas fueron los teléfonos, pero el rosario se lo dejaron.

Valeria miraba por la ventanilla totalmente derrotada.

Era la segunda vez que intentaba matarla y al final lo iba a conseguir.

Sam le dio la mano y se apoyó en su hombro como si intentara animarla.

—Nos encontrarán —le susurró al oído levantando ligeramente el rosario—. Me lo dio Justin.

Las dos se apretaron la mano que entrelazaban.

Aún había esperanza.

## CAPÍTULO 48

Los coches entraron en una especie de finca con varias naves viejas y descuidadas, pero con una valla de acceso con un sistema de seguridad de última generación.

Rodearon las edificaciones hasta llegar a una especie de hangar abierto de donde salía una pista de aterrizaje y despegue.

Estaban en mitad de la nada, era difícil detectarlos si no sabías donde buscar.

Las bajaron del coche y las metieron a cubierto dentro de una especie de oficina sin decirles ni una palabra.

Se situaron juntas en un hueco al final del habitáculo lo más alejado posible de la puerta, como si así pudiesen evitar que el próximo que entrase no les hiciera daño.

—¿Qué quieren de nosotras? ¿Por qué nos traen aquí? —preguntó Valeria a los hombres que las escoltaban. Nadie contestó—. Os envía Mark, ¿verdad? —No los conocía, pero no tenía ninguna duda de que así era. El silencio continuó—. Ya me tenéis aquí, es lo que él quiere. Dejad que ella se vaya —pidió que soltaran a Samantha—. No la necesita. No tiene nada que ver con lo que le interesa. Soltadla, por favor.

Ninguno de esos tipos contestó. Salieron de la habitación y cerraron la puerta.

Las dos mujeres se quedaron muy juntas sentadas en el suelo, con sus vestidos negros llenos de polvo por la explosión y algunas heridas en el cuerpo por las esquirlas.

Valeria se quitó los zapatos de tacón. Si tenía la oportunidad de huir serían un estorbo.

—Quítate los tacones —recomendó a su amiga, mientras miraba alrededor buscando qué podría aprovechar para escapar o defenderse.

Samantha obedeció al instante. Tras hacerlo, apretó de nuevo el botón del GPS. Val la miró unos segundos. No debía mostrar demasiado el objeto. Si lo perdían no serviría.

—Solo quiero asegurarme de que recibe la señal —susurró intentado

explicarse.

—O la han recibido ya o estamos solas. Es a cara o cruz, Sam. Tienes que llevarlo como algo natural que forme parte de ti. Es un rosario de muñeca. Póntelo como pulsera y no lo toques más. Si te lo quitan o lo destruyen, dejará de funcionar y perderán nuestra señal. —La mujer comprendió y procedió a colocárselo como le decía.

—Es mejor pensar que estamos solas en esto, ¿no? Es lo que tú haces —preguntó comprendiendo su actitud defensiva.

—He estado sola ante el peligro mucho tiempo y es mejor pensar así, te hace estar en alerta continua y desarrollas un instinto diferente sobre las amenazas.

—¿Te lo enseñó Nick? —preguntó, admirando cada palabra.

—Él me contó la teoría, pero por desgracia me lo enseñó todo el infierno que viví con Mark.

Guardaron silencio unos segundos.

Valeria continuó su investigación en el habitáculo. Había un armario medio abierto, parecían taquillas de empleados.

—Lo siento mucho, Val... Ojalá lo hubiese sabido, te habría ayudado.

—¿Y ponerte en peligro? ¡Ni hablar! —contestó, mientras se encaminaba hasta el mueble para ver si había algo que les sirviera en el interior.

—Al final es lo mismo, estoy aquí secuestrada contigo —murmuró siguiéndola—. ¿Qué buscas?

—Cualquier cosa que nos sirva para defendernos.

Abrieron las puertas. Encontraron monos y botas de trabajo, camisas masculinas y zapatos.

Lo primero que inspeccionó Valeria fue el calzado. Había unas botas muy grandes, pero dos pares de zapatos de vestir de caballero más pequeños.

—Toma, son un cuarenta y uno, te servirán. Coge ese botiquín y pon algodón en la puntera así ajustarán mejor por si tenemos que correr —le dio a Sam un par. Su amiga tenía un treinta y nueve y medio. No le iban a estar demasiado grandes.

—¿Y tú? —dijo obedeciendo a sus indicaciones.

—No te preocupes, seguiré buscando.

Valeria se colocó una camisa blanca sobre el vestido sin mangas. Allí

hacía un poco de frío y era más cómoda que una chaqueta. Sam tenía la chaqueta puesta cuando todo reventó. La suya estaba colgada en el armario de la sala de la funeraria.

En el fondo del armario encontró herramientas. Un cúter, destornillador y una llave inglesa.

Volvió hasta el rincón donde habían estado sentadas y cogió sus zapatos.

Calculó por donde podía cortar el tacón para que la forma del zapato no fuese demasiado incómoda al pisar, pero más bajos.

Serró con el cúter los dos y volvió a colocárselos.

—Mucho mejor —murmuró al probárselos.

Se levantó la falda del vestido y colocó el cúter en el interior del muslo por dentro de la blonda de la liga de las medias que llegaban allí. Era la única zona en la que ocultarlo sin que se notara con la estrecha prenda.

—Tu guarda esto —dijo a su amiga tendiéndole el destornillador.

El ruido de un motor de avión aproximándose las hizo palidecer.

—¿Qué es eso? —preguntó Samantha asustada.

—El demonio —contestó Valeria, cerrando los ojos y cogiendo aire. No había tiempo para más—. Escúchame, Sam. No hagas ninguna tontería, ¿de acuerdo? No digas nada, no te muevas, no te interpongas entre él y yo porque solo conseguirás que te haga daño también. Si me pega, no hagas nada, estoy acostumbrada, lo soportaré.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó la amiga, con lágrimas en los ojos al escuchar tal horror.

—Solo te cuento la verdad. Sugar vendrá a por ti, lo sé, solo tienes que aguantar un poco más, ¿lo harás? —pidió emocionada. Samantha asintió—. Haz otra cosa por mí... Dile a Nick que nunca olvide que lo quiero, dile que no tiene la culpa de lo que ha pasado, que sé que me ha protegido cuanto ha podido, pero que no se arriesgue demasiado porque uno de los dos tiene que vivir para cuidar de Tommy. —Ambas lloraban a mares. Era muy duro escuchar a su amiga despedirse—. Quiero que Tommy sepa que lo amo con el alma y... a ti darte las gracias por estar siempre conmigo a pesar de todo.

—Por favor, para ya. No digas más tonterías... —Sollozó abrazándola. Las dos se fundieron en un abrazo.

Unos pasos furiosos anunciaron que alguien se dirigía hasta aquella

habitación.

Samantha tocó por última vez el botón del rosario.

Valeria cerró los ojos recordando los besos de Nick, la sonrisa y los «mamá, te quiero» de Tommy.

## CAPÍTULO 49

Los vehículos de los SEAL ya se habían reagrupado y se aproximaban a la zona donde habían perdido la señal del GPS de Samantha.

Matt desplegó un pequeño dron vigía para conseguir una imagen elevada y adelantarse a posibles contingencias.

El coronel Summers había pedido refuerzos para conseguir imágenes oficiales, pero aún no las tenían.

—Parece una vieja construcción en mitad de la nada —dijo Matt, manipulando el robot para obtener mejor ángulo.

—Fíjate en eso —apreció Spy junto a él—. Es una pista de aterrizaje y esos postes en la valla del perímetro, corresponden a un sistema de seguridad de última generación.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Mac por el sistema de escucha, al ver las imágenes que les enviaban. Conducía el otro vehículo junto a Sugar y Warrick—. Quiere parecerse a una granja, pero no lo es.

—Es una guardería de droga —contestó Salma acelerando, ella era otra de las conductoras.

—¿Una guardería? ¿Aquí? —preguntó Scott escéptico. Pensé que era algo exclusivo de la zona sur de España.

—Ya no —contestó Jack—. Este tío mueve la heroína de otra forma y ha creado su propio método. Aquí es más difícil que lo detecten.

—Sí. El tráfico aéreo es tanto, que pasa desapercibido. Además, está en medio de la nada en campos alejados de la ciudad —explicó Alex, refiriéndose a la zona rural de Guadalajara en Castilla-La Mancha. Muchos más deshabitada que la ciudad y sus polígonos industriales.

Nick y Sugar guardaban silencio. Necesitaban mantenerse concentrados.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó JJ, era el tercer conductor.

—Yo voto por meterle un pepinazo a la puerta y arrasar con todo. Seguro que a las mujeres las tienen cerca del avión —dijo Warrick, pensando en los explosivos que llevaba.

—No podemos hacer eso. No sabemos su posición y hemos perdido la señal del GPS. Debemos aprovechar el sigilo, nos ayudará a mantener el factor



sorpresa —contestó Salma, negándose a ponerlas en más peligro del que estaban.

—Necesitamos cortar la señal del inhibidor —murmuró Mac.

—Quizá pueda hacer algo, aunque perderemos las comunicaciones más allá de cinco kilómetros a la redonda —propuso Matt, tecleando con rapidez algo en el programa del dron. Dadme un par de minutos.

—Mientras mantengamos las nuestras, no hay problema. Aquí estamos solos, pero no tenemos dos minutos, colega. Llegaremos en uno y medio.

—Bajad el ritmo, merecerá la pena, lo prometo.

Los tres vehículos levantaron un poco el pie del acelerador para dejar que el experto hiciera fluir su magia.

—Ya está —dijo al minuto, haciendo que el punto rojo que señalaba la posición de Samantha volviera a aparecer en la imagen.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Sugar con otro ánimo.

—He reprogramado una parte del dron. Lo bueno es que las tenemos localizadas, lo malo es que debe estar muy próximo a la zona y nos pueden detectar.

—Si lo detectan, bum —contestó Mac.

—Pero de momento no ha hecho bum, así que, acelerar, abuelitas —los retó Salma, desviándose de la carretera secundaria para entrar en un camino de tierra.

Los otros dos conductores pisaron el acelerador, mientras los hombres se preparaban con el equipo de asalto.

Iban vestidos con ropa de calle, con la intención de no asustar a cualquier pastor o agricultor que estuviera trabajando en sus tierras, pero llevaban su chaleco antibalas reglamentario, las pistoleras, armas de todo tipo y sus cascos con los visores nocturnos y térmicos para situaciones adversas. Era difícil no inquietarse si te los encontrabas con todo lo necesario para actuar.

Alex preparaba los rifles de precisión de él y Mac, mientras Warrick lo hacía con los explosivos y Spy y Matt intentaban acceder al sistema que cerraba el recinto para hackearlo.

—Señoritas, estamos llegando —declaró Spy, dejando la informática al recién llegado, él debía comandar a su unidad.

## CAPÍTULO 50

La puerta de aquel simulacro de despacho se abrió de par en par. Dos hombres armados y con traje entraron en primer lugar, apartándose enseguida para dejar paso a alguien que venía detrás.

Mark Devereux entró en la habitación con semblante serio, pero en cuanto vio a las mujeres, les dedicó la sonrisa más maquiavélica que habían visto.

Samantha tembló de miedo al verlo. Sabía que no era trigo limpio, pero aquel gesto, le heló la sangre. Era como si ya no tuviera sentimientos ni corazón, solo maldad.

—Vaya, vaya, vaya, mira qué tenemos aquí —dijo con sorna. Las dos mujeres permanecieron en silencio—. ¿Creías que te ibas a poder escapar porque habías encontrado al soldadito? ¿En serio? —preguntó, colocándose delante de Valeria—. Veo que no has aprendido nada en todo este tiempo conmigo, es increíble que aún no sepas que tengo ojos y oídos en todas partes.

—¿Qué quieres? —preguntó Valeria, al ver que se aproximaba a su amiga de forma peligrosa sin entrar en su juego.

—Creo que ya lo sabes —contestó entrecerrando los ojos, pero sin mirarla a ella, solo miraba a Sam.

—No, no lo sé —lo retó, intentando llamar su atención para que la dejara en paz y dirigiera toda la concentración hacia ella.

Surtió efecto. Dejo a Samantha sin darle tiempo a percatarse de sus zapatos de hombre en lugar de los de tacón que Valeria sí llevaba, en definitiva, a que no prestase atención a esos detalles que delataban querer huir.

—Con tu padre fuera de juego por fin, todo es tuyo y me estorbas. Si mueres, pasara a ser de Tommy que es menor de edad y necesitará un albacea hasta que cumpla dieciocho años. ¿Quién mejor que su padre y tutor legal para ello? —La mirada que acompañó aquella frase le hacía percibir el horror que le esperaba al pequeño si eso sucedía. La dejó sin palabras—. Lo ató bien el muy cabrón —continuó. Era tan prepotente que una vez que empezaba a hablar no podía parar—. Tu querida madre no ha podido revocar las firmas de la cesión, así que, tendrás que morir. —A Valeria le afectó saber que su madre

estaba implicada. Si había intentado anular aquel contrato, no cabía duda de ello, aunque en el fondo se lo esperaba. La relación con ella siempre había sido mala y con su padre... observó hace tiempo que convivían, pero distanciados. Lo disimuló para que no lo pudiera usar en su contra—. La pena es tu amiga Samantha, no debía estar aquí, pero los chicos son nuevos y entre el polvo de la detonación, no estaban seguros de quién era cada una. Lo siento.

A ambas mujeres les cayeron las lágrimas por el rostro de pura impotencia.

—Eres un cabrón —espetó Valeria, sin miedo a lo que pudiese pasar después. Iba a morir igual.

—Desde luego que sí y me pienso divertir antes de liquidaros —dijo a las dos mujeres—. Necesito unos minutos para organizar una entrega importante y enseguida estaré con vosotras.

Sin más palabras, se acercó a Valeria y la besó.

El asco que sintió en ese momento ya no pudo disimularlo aun sabiendo que lo pagaría.

Llena de rabia le mordió la lengua.

—¡Joder! ¡Será hija de puta! —gritó, cruzándole la cara de un guantazo con tal fuerza que la tiró al suelo.

Valeria solo oía un pitido en el oído del lado en el que la había golpeado, sentía como le palpitaba el rostro como si el ojo hubiese reventado, veía borroso. También sentía una punzada más aguda en el pómulo.

Se llevó la mano a la cara.

Sintió la piel rota. Le había clavado el anillo que llevaba de la fuerza con la que la había golpeado.

A pesar del dolor y las secuelas, se sintió bien. Por fin le había devuelto la agresión.

El tipo salió de la sala con rapidez, escupiendo a cada paso la sangre que emanaba del mordisco.

—¿Estás bien? —preguntó Samantha acudiendo a su lado con celeridad para ayudarla.

—Mejor que nunca —contestó, con el ojo medio cerrado, sangre en el oído y una herida profunda en el pómulo, pero sonriente.

—Estás loca —declaró en voz baja, sonriéndole también.

—Sí, pero solo tenemos una oportunidad que se llama Nick O’connor y sus amigos SEAL, entre ellos Justin. Necesito ganar algo de tiempo para ti hasta que lleguen y lo he conseguido. Lo he enfadado, la ira lo cegará y vendrá a por mí en cuanto pueda. Espero que sea suficiente para ti.

Samantha no podía parar de llorar al comprender.

—No lo hagas. Lucharemos juntas —rogó rota.

—Sé que lo harías por mí, pero es mi marido, mi problema, mi familia... tú solo estabas en el lugar equivocado en el momento más inoportuno.

—Tu madre, Val... no puedo creerlo... —Sollozó con los sentimientos patas arriba. Conocía a aquella mujer desde hacía tanto tiempo de una forma que nada tenía que ver con la mafia ni sus tejemanejes, que era incapaz de procesarlo.

—No lo sabía, pero no me extraña. Nunca se ha portado del todo bien conmigo y mi padre. No estaban pasando una buena racha desde hacía tiempo. Además, aunque cedió el control de la empresa a mi padre y estuvo de acuerdo en que yo fuera la heredera universal si él faltaba, siempre estuvo demasiado pendiente de las cuentas y los beneficios. Creo que se arrepintió de firmar aquellos papeles y ha intentado recuperar su poder de otro modo. Lo que no sabe es que este demonio la matará sin contemplaciones. Se cree a salvo por estar de su lado y nada más lejos de la realidad.

—Se merece todo lo que le pase —murmuró Samantha—. Ahora mismo siento mucha rabia hacia ella.

—Tranquila. Es mejor que la olvides. Céntrate en no llamar la atención cuando aparezca por aquí y guardar silencio.



El equipo de asalto aparcó los coches a un kilómetro de la finca donde tenían secuestradas a las mujeres. Era mejor no llamar la atención y jugar con el factor sorpresa.

Su desventaja era enorme siendo un operativo de día. La noche era su aliada para ser los fantasmas que debían en cualquier misión, pero a veces era necesaria su intervención a plena luz del sol, como en esta ocasión.

No podían demorar más el asalto. Si lo hacían, las mujeres tendrían solo dos opciones y ninguna era buena. O se las llevaban en el avión a un destino desconocido o las mataban. Si lo intentaban, al menos había esperanza.

—De acuerdo, chicos —habló Spy—. Comprobando radio. —Todos levantaron el pulgar mientras se terminaban de colocar el equipo y de preparar las armas—. Alex y Mac seréis las Águilas uno y dos. Buscad un par de puntos elevados en los laterales de la finca, uno a cada extremo. Haréis fuego de cobertura. Tened en cuenta que estaréis fuera del recinto.

—Oído. Salimos ya —dijo Alex, dando un golpe con el puño al hombro de Mac en señal de despedida y un beso en los labios de Salma. Salieron a paso ligero por un lado diferente, cargando una bolsa de lona negra con el rifle de francotirador listo para disparar.

—Matt, continúa con el ordenador. Intenta abrir la puerta y sobre todo no pierdas la señal GPS de las mujeres.

—De acuerdo, señor. A sus órdenes.

—Sugar, Brooklyn, Warrick y yo, seremos el equipo de asalto Delta uno. Iremos delante. Scott, Salma, Jack y JJ seréis el equipo de asalto Delta dos de cobertura. Lo comandará ella —todos asintieron.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Nick, intentando no dejar que los sentimientos le prohibieran actuar.

—Lo ideal sería que Matt nos abriera la puerta, entonces entraríamos sigilosos y tendríamos tiempo para buscarlas, así aseguraríamos el objetivo antes de abrir fuero. Si la puerta no se abre, Warrick tendrá que usar los fuegos artificiales y será como si hubiésemos llamado el timbre. En ambos casos, nos dividiremos para intentar que la búsqueda sea rápida y haremos la extracción de inmediato. Recordad que no tenemos apoyo externo. Estamos solos.

—¿Nos podemos ir ya? —preguntó Sugar inquieto como nunca antes.

—Adelante —afirmó Spy—, tened cuidado, este tío y sus hombres son muy peligrosos.



En la sala de operaciones tácticas de la base de Torrejón de Ardoz, el

coronel Summers intentaba recuperar las comunicaciones con sus hombres, pero era imposible.

—Riper uno a Delta uno y dos —insistía en la radio, mirando al técnico de comunicaciones, mientras el agente Taylor estudiaba las imágenes del dron que por fin habían conseguido que sobrevolara aquella finca.

—Creo que no va a poder contactar con ellos, señor —dijo acercándose a la pantalla—. ¿Ve este punto? Es el dron de Matt y aún no lo han debido detectar porque sigue operativo. Son buenas noticias señor, aunque estemos mudos.

—Sí que lo son, pero están en peligro sin comunicaciones.

—Pero tenemos ojos, señor —lo rebatió, mirando las imágenes—, y tienen sus móviles. Si hay cobertura, podrán contactar.

Victoria miraba las pantallas como si entendiera lo que veía, pero solo la preocupaba más.

El coronel se fijó en cómo apretaba las manos.

—¿Ve estos puntos que se mueven? —le preguntó, haciéndole partícipe de lo que estaban hablando—, son mis hombres. Hay dos grupos grandes de asalto. —Los señaló moviéndose hacia la finca—. Este que se queda atrás debe ser Matt para manejar el dron.

—Uno de esos es Will —afirmó la enfermera señalado los dos puntos solitarios en las laderas laterales—. Es francotirador. Necesita un punto elevado para cubrirlos —murmuró, como si se lo contara para sí, aunque todos la oían.

—Exacto. Uno es Mac y otro Romeo, es decir, Will y Alex.

—Y todos estos puntos que se mueven en el interior de la nave son los malos —continuó el agente Taylor— y puede que estos dos puntos apartados sean nuestras chicas.

—¡Llaman a los móviles! ¡Hay que decírselo! —exclamó la mujer.

—Lo podríamos intentar, pero no lo van a coger. Están demasiado ocupados —contestó el coronel.

—Bueno, puede que, si llamamos a uno solo sí, pero si llamamos a todos a la vez o los enviamos un mensaje simultáneo, verán que algo sucede.

—Gran idea —dijo el agente del FBI—. Crearemos un grupo de discusión con el mensaje, así entrara la foto de la imagen del dron en todos a la vez.

No dudaron ni un segundo. James hizo la foto a la pantalla, hicieron el grupo con los números de los móviles de operaciones especiales y lanzaron el mensaje.

—Ojalá funcione —susurró Vicky, sin perder de vista los puntos solitarios a los flancos de la construcción.

—Funcionará —dijo el coronel, confiando en que así fuera.

# CAPÍTULO 51

Los dos grupos de asalto se apostaron a los lados de la valla. Con aquel sistema de última generación no necesitaban que nadie la vigilara en persona. Era una ventaja porque evitaban matar a nadie o un posible fuego cruzado... si conseguían abrirla, claro.

Matt trabajó muy duro durante interminables minutos y, cuando el cierre electrónico cedió por fin, no pudo evitar sonreír.

Miró bien el lugar donde había hecho clic. Metió la mano sin rozar aún el metal, los miró un segundo y...

De un tirón fuerte y sin pensar, la puerta se abrió lo suficiente para pasar sin problema de dos en dos.

—Buen trabajo, Matt —lo felicitó Spy.

Un par de hombres colocaron una pesada piedra que tenían preparada sobre el raíl para evitar quedarse encerrados si la volvían a activar.

—Delta dos está dentro —dijo Salma, mirando a la zona elevada donde estaba su marido, mientras caminaba en dirección a la primera edificación.

—Águila uno en posición —comunicó Alex, mirando a su mujer por la mira del arma mientras quitaba el seguro y dejaba el dedo descansar sobre el filo del arco que protege el gatillo. Ella le sonrió un segundo antes de seguir.

—Águila dos en posición —dijo Mac, mirando el alrededor de la nave, buscando enemigos y armas.

—Delta uno avanzando hasta el siguiente edificio.

Los hombres vigilaban cada flanco de su alrededor, turnándose dependiendo de su posición, esperándose para reagruparse, tocando el hombro del que estaba por delante para avisar de su llegada sin hablar.

Spy colocó una rodilla en tierra mientras se asomaba a las ventanas del segundo edificio. Había movimiento, pero ni rastro de las chicas.

Estaba a punto de comunicarlo a los demás, cuando el móvil que llevaban en los operativos comenzó a vibrar.

Todos sintieron la vibración en los pantalones vaqueros. Se miraron entre ellos.

Spy y Salma hicieron un gesto a sus hombres para que se agacharan en un



punto seguro y poder ver qué sucedía.

—Águila uno al resto de equipos. Es una foto de un dron vigía que nos envía el equipo táctico. Las mujeres están en la nave más grande en una zona alejada del avión y los hombres, pero dentro del hangar.

Todos sacaron sus teléfonos y miraron bien la imagen.

—Delta uno en posición. Estamos a escasos metros de esa sala. Intentaremos ver el interior por las ventanas para saber cómo está la situación. Resto de equipos, esperad.

Esa era la peor parte, la espera.

Nick y Sugar se miraron. Estaban en el equipo correcto. Se movían hacia allí.

Comenzaron a andar agachados por el exterior de la construcción, asomándose con precaución a todas las ventanas.

—Quietos. —Escucharon a Alex. Todos se congelaron en el acto—. Tres malos se acercan a vosotros de frente. —Los segundos eran eternos. Los hombres apuntaban en esa dirección menos Warrick que era el último y cubría la retaguardia—. Parece que se paran. Van a fumar —explicó Alex—. Los tengo controlados. Continudad, pero no hagáis ruido.

Con sigilo extremo, los cuatro hombres se situaron bajo las ventanas del despacho.

Spy hizo una señal para que esperasen, iba a ser él quien se asomara.

Vio una puerta frente a él que debía dar directamente con la zona de carga, había una mesa y las dos mujeres estaban sentadas sobre ella de espaldas.

Tocó el hombro de Nick para que lo viera.

El Delta Force respiró aliviado cuando comprobó con sus propios ojos que Valeria estaba de una pieza. Después Sugar hizo lo mismo para comprobar el estado de Sam.

—Premio —comunicó Spy por radio a todos—, el premio está aquí.

Salma y el equipo dos se acercaron hasta su posición para cubrirlos, mientras ellos intentaban entrar para proceder al rescate.

—Águila uno a Deltas. Parece que los fumadores se alejan. Vía libre.

—Oído —confirmó Spy las buenas noticias—. Cubridme, voy a intentar desatornillar esta ventana. Si nos las llevamos sin ruido, tendremos ventaja

para huir.

El SEAL sacó las herramientas de un bolsillo del chaleco y procedió a ello con ayuda de Nick por el otro extremo, mientras el resto obedecía la orden.

Estaban a punto de descolgarla cuando la puerta del despacho se abrió y tuvieron que esconderse.

—Ya ha llegado la hora, Valeria. Tú y yo vamos a pasar un buen rato juntos. A tu amiga la voy a dejar para el final. —Escucharon al otro lado del muro con repugnancia.

Los hombres sujetaron en su posición a Nick y Sugar.

Nadie quería estar en su piel, pero eran una familia y esa piel les cubría a todos.



Mark cogió a Valeria del brazo y tiró de ella arrastrándola para separarla de su amiga.

La llevó dentro del pequeño avión de pasajeros que tenía preparado para volver a huir.

—Tranquila, no vamos a ningún sitio. Al menos tú no —le dijo riéndose, mientras la empujaba con fuerza contra los asientos.

—No me toques —le plantó cara con un buen bofetón cuando él intentó acercar su boca a la de ella.

Valeria sabía que se la iba a devolver con más furia, pero prefería morir de una paliza antes que la violase que después.

De nuevo, la pegó en el rostro, aunque estaba vez ella lo esperaba y puso el brazo para parar el golpe.

—¿Con que esas tenemos? Mira la mosquita muerta como se revuelve —gruñó entre la furia y la diversión.

—He dicho que no me toques, cerdo —contestó con rabia, sintiendo que le daba fuerzas, aunque fuese para enfrentarse al final.

—Ven aquí, no te vas a escapar —dijo cogiéndola de la cintura con mucha fuerza para derribarla sobre el sofá de la parte trasera y abalanzarse sobre ella.

En esa posición no tenía muchas opciones, pero aun así, luchó.

Mark levantó la falda de su vestido intentando bajarle la ropa interior, pero Valeria seguía moviéndose para no dejarle y que descubriera el cúter que tenía escondido.

—Para, esto solo te hará más daño —ordenó con rudeza, pero ella seguía moviéndose para no darle oportunidad.

Él intentaba forzarla, pero Valeria luchaba y luchaba, hasta que consiguió darle un rodillazo en sus partes íntimas.

Mark se retorció de dolor quedando de rodillas en el suelo.

—¡Serás zorra! —gritó con mucho dolor.

Valeria sacó el cúter de su escondite dispuesta a usarlo.

—Y tú un cabrón —lo amenazó con la cuchilla.



El tiroteo fue inevitable.

Tenían que entrar a por Valeria en plan suicida en cuanto rescataran a Samantha.

El equipo Delta uno continuó con el plan inicial en cuanto Mark se llevó a Valeria. Desmontaron la ventana y entraron a rescatar a Sam.

—Justin —susurró, al ver quién iba directo a ella nada más atravesar la ventana.

—Te prometí que te encontraría, nena y aquí estoy —contestó con su mejor sonrisa. Aún no estaban a salvo, pero ya habría momento para las malas noticias.

En cuanto lo tuvo cerca, le cogió del chaleco antibalas y tiró de él hacia sí.

Lo besó con pasión y la adrenalina a mil por hora.

—Guau, nena —contestó divertido—. Espero que podamos seguir hablando de esto más tarde.

—Yo también —dijo por respuesta, confiando en que así fuera.

—Sugar, deja a Samantha con Roma y vamos a buscar a Val —dijo Spy con seriedad, la misión aún no había acabado.

—Te veo luego —dijo a la mujer, con una sonrisa muy *sexy*.

—Estará bien, es un guerrero —le dijo Salma a la mujer—. Salgamos de aquí tú y yo.

Samantha vio como los hombres salían de la habitación pillando por sorpresa a los hombres del hangar.

El tiroteo comenzó al tiempo que las mujeres salían por la ventana.

—Llevo a Samantha a los vehículos —dijo Salma por radio.

—Aquí Águila uno, te veo. Tienes vía libre, están todos muy ocupados con la sorpresa del hangar.

—Perfecto —contestó Salma mientras corría con Samantha en dirección a la puerta de seguridad.



Nick disparaba sin pensar. Solo quería encontrar a Valeria viva porque si pensaba en lo que estaba haciéndole aquel animal, cometería un error en la acción y pondría en peligro a todo el batallón.

—¡No lo veo! —gritó Spy refiriéndose a Devereux.

—No hay ni rastro —declaró Sugar haciendo un barrido rápido.

—Está dentro. No ha salido al exterior —informó Mac, disparando a unos cuantos matones del mafioso que habían salido a disparar al exterior con armas automáticas.

—Voy a mirar en el avión. Soy el que está más cerca —dijo el Delta Force caminando ya en esa dirección.

—Negativo —ordenó Spy sabiendo que a estas alturas era la zona más probable para llevarse a Valeria y que lo que se iba a encontrar lo iba a volver loco—. JJ y Jack mirarán en el interior del avión.

Pero Nick ya no escuchaba nada. Subía por la escalerilla del transporte con el corazón en la garganta y zumbándole en la cabeza.

Apuntó en dirección a la cabina, pero estaba vacía. Solo escuchaba su respiración junto al ronroneo del latido. Intentó respirar profundo.

Giró sobre sí mismo.

Valeria estaba tumbada sobre el sofá del final del avión y Devereux

estaba encima de ella con mucha sangre en el traje.

—¡Eres una bruja! ¡No vas a poder conmigo! ¿Quién te crees que eres? ¡Te voy a matar! —decía mientras ella se revolvía.

Nick avanzó con sigilo hasta colocarse detrás de él.

Valeria no podía verlo.

Le colocó el cañón del rifle en la nuca.

—Levántate, cabrón. No te lo voy a repetir —dijo entre dientes con furia contenida.

Valeria pudo ver la cara de sorpresa de Devereux. No se lo esperaba a pesar del tiroteo exterior.

En cuanto escucharon los disparos, ella se despistó un segundo y él intentó hacerse con la cuchilla. En el forcejeo, Valeria consiguió hacerle un buen corte en el costado que le había debilitado, pero no lo suficiente como para dejarlo fuera de juego.

El mafioso se incorporó con rabia. Aquel soldado siempre estaba en medio.

Nick se asomó a ver a Valeria en cuanto tuvo un ángulo que se lo permitía.

El alma se le cayó a los pies.

Tenía la mejilla rasgada, estaba llena de sangre y el ojo morado y a medio cerrar.

—¿Qué te ha hecho este hijo de puta? —preguntó, con lágrimas en los ojos, incapaz de entender la finalidad de aquella paliza y sometimiento a ningún ser humano, mucho menos a su mujer.

—No importa, estoy bien y ya estás aquí —contestó con la voz quebrada. Siempre habría creído que no llegaría a tiempo.

—Date la vuelta —pidió al impresentable—. Quiero verte la cara cuando te meta un tiro entre ceja y ceja.

—¿De verdad vas a hacerlo? —Lo retó, mirándolo con sorna—. Eso es una ejecución, soldadito, no defensa propia.

Nick hizo una señal a Valeria para que volviera a su lado.

La mujer se incorporó con cuidado y en un segundo estaba casi junto a él.

—No tan deprisa —dijo Mark tirando de ella hacia él y colocando una pistola en su sien.

—¡Suéltala! —gritó el soldado con la respiración agitada intentando controlarse.

—Si yo muero, ella también. Si sales de este avión y nos dejas marchar, ella vive. Así de fácil.

—¡Déjala vivir de una puta vez, cabrón!

—Ha vivido y muy bien, por cierto, no se ha quejado nunca de mis atenciones hasta que has vuelto, así que desaparece ya. Tenemos hasta un hijo ¿te lo ha contado?

Valeria, aterrada hasta ese momento, dejó de estarlo.

—No es tu hijo, Mark. Gracias a Dios no es hijo tuyo.

—¡No digas tonterías! ¡Es mío! —gritó a la vez que JJ, Jack, Spy y Sugar entraban en el avión.

—Es lo único que he hecho bien desde que te conocí —dijo Valeria, feliz de que así fuera—. Me puedes matar, violar, pegar, es igual, soy feliz porque él no es tu hijo, es su hijo —declaró orgullosa, mirando a Nick con todo el amor que sentía por él.

Aquella declaración dejó a Mark fuera de juego unos segundos en que aflojó la pistola de la sien de Valeria.

Ella lo sintió y guiñándole el ojo a Nick se separó de Mark de inmediato.

El Delta Force no lo dudó ni un segundo, disparó tres veces. Uno en la cabeza de Devereux y dos en el pecho para cerciorarse de que lo había matado, aunque la escasa distancia desde la que detonó el arma, eran garantía de éxito.

Nick expulsó el aire dos veces con fuerza.

Le temblaban las manos como nunca antes.

Valeria contempló la imagen de su marido tirado en el suelo de aquel avión.

—Ojalá te pudras —murmuró con rabia.

Sin demora, pasó por encima del muerto y se abrazó a Nick.

—Te quiero —le dijo en el oído, mientras él bajaba el arma. Ese era el mayor premio que conseguiría jamás y a Tommy.

—Te quiero —susurró con el pulso a mil, estrechándola entre sus brazos con cuidado de no hacerle daño.

—Equipo Delta uno, objetivo abatido. Repito, equipo Delta uno, Mark

Devereux ha muerto —repitió Spy.

—¡Qué buenas noticias! —Escucharon al coronel Summers, por fin—. Enhorabuena, muchachos. Volved a la base. Esto aún no ha acabado. Traed toda la documentación escrita y digital que encontréis.

—A sus órdenes, señor —contestó Evan—. Ya habéis oído chicos, recoged todo lo que podáis.

#### MANSIÓN CROSS MINUTOS DESPUÉS

Hunter permanecía junto a Malena Cross en la casa familiar desde que le notificaron el atentado en el velatorio de su marido.

Jason confirmó que estaba implicada en cuanto le comunicó lo que sucedía.

Se mostró demasiado efusiva en la muestra de sus sentimientos, cuando todos habían sido testigos de la mala relación con su hija y lo poco que le importaba en realidad su marido.

El SEAL guardó el secreto. Siguió comportándose con normalidad ante ella, esquivando preguntas incómodas sobre cómo iba el operativo y si ya las habían encontrado.

Mediante el teléfono móvil que usaban en las operaciones especiales, informó al coronel Summers de lo que intuía, esperando instrucciones y manteniéndolo al corriente de la operación de rescate.

El plan era contarle a la señora Cross que Devereux había muerto en cuanto tuviera la confirmación y ver cuál era su reacción.

En cuanto recibió el mensaje del coronel, se dirigió al cuarto de la mujer. Llamó a la puerta.

—Señora Cross, tengo noticias de su hija —anunció tras los dos toques en la puerta.

No se escuchaba nada al otro lado.

Le extrañó, pero aun así insistió de nuevo.

—¿Señora Cross? —preguntó tranquilo. Nadie había entrado ni salido de aquella casa. Estaban solos con las mujeres de servicio.

Viendo que nadie contestaba. Abrió la puerta para averiguar qué pasaba.

Nunca hubiese imaginado lo que encontró.

## CAPÍTULO 52

BASE DE TORREJÓN DE ARDOZ  
UNA HORA DESPUÉS DEL ASESINATO DE DEVEREUX

—¿Sabemos algo de Hunter? —preguntó Alex preocupado. No habían vuelto a contactar desde que le comunicaron que Mark había muerto.

—Nada. No hay comunicación con la casa —declaró el coronel.

—Nos marchamos —contestó Alex de inmediato, cogiendo unos cargadores de repuesto de su arma corta.

Todo el equipo menos Sugar y Nick, lo imitaron.

—Chicos, no sabemos lo que os vais a encontrar. Id con calma, ¿de acuerdo? —les pidió el coronel.

—¿Tenemos imagen? —preguntó Matt dispuesto a prepararla él mismo.

—Hemos tenido imagen desde que nos instalamos allí y no ha entrado ni salido nadie desde que Hunter y la señora Cross regresaron del tanatorio antes del atentado.

Valeria miró a Nick.

—Es mi madre —susurró pensando en Hunter—. El otro enlace de Mark aquí, es mi madre. Ella nos delató, por ella sabía dónde era el velatorio, la sala concreta...

—¿Crees que le ha podido hacer daño a Jason? —preguntó sorprendido por la revelación.

—Sí —contestó con dolor. Era un buen hombre y no se merecía acabar así.

Todos los hombres la miraron.

Hunter era uno de los miembros más queridos de la unidad, el más veterano después del coronel.

—Lo siento —se disculpó la mujer con tristeza—. Siento lo que os ha hecho mi familia... Lo siento...

—Tranquila, sospechábamos que tu madre podría ser el topo y Hunter lo sabía, pero tú no eres tu familia, Valeria, no tienes que pedir disculpas por algo que no has hecho—dijo Alex con cariño—. Ahora esta es tu familia —hizo un círculo con la mano para abarcarlos a todos—. Porque él es nuestro



hermano, ¿entendido? Nunca estarás sola

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas asintiendo, mientras Nick la apoyaba en su hombro y agradecía a Alex sus palabras asintiendo con la cabeza.

—De acuerdo, nos vamos a buscar a Hunter. Valeria, Vicky te mirará esas heridas antes de que te vea Tommy. Está durmiendo un rato y no se ha enterado de tu llegada. —Organizó el coronel—. Sugar y Nick sois libres de hacer lo que necesitéis —los dejó decidir.

Sin más, ambos besaron a sus chicas.

—Lo siento, pero tengo que ir a buscar a Jason. Me ha cuidado todo este tiempo para que no cometiera una locura y ahora no puedo fallarle —explicó Nick, con el corazón dividido.

—Estoy bien —contestó Valeria acariciándole el rostro—. Ve a por él y tráelo de vuelta.

El Delta Force la besó de nuevo con cariño. Odiaba separarse de ella, pero debía hacerlo.

—Volveré pronto —dijo Sugar a Samantha—. Espero que podamos hablar sobre lo que dejamos a medias antes.

—Aquí te espero —contestó sonriéndole, eso lo animaría para este último operativo.

Todos regresaron a los vehículos de nuevo y pusieron rumbo a la casa Cross.

El camino fue tranquilo y nada más llegar a los alrededores vieron que todo parecía normal.

Entraron con la llave de seguridad de la verja de acceso con la que habían estado trabajando en las últimas horas allí.

La casa estaba en calma. La puerta cerrada.

Nick entró con la llave de Valeria. Los demás lo siguieron.

Por señas, Spy los repartió por la planta baja. Aseguraron cada habitación y al llegar a la cocina, confirmaron que algo estaba sucediendo.

Spy se agachó hasta donde estaban las mujeres.

Habían amordazado a Silvana y a la chica de servicio de la casa dejándolas atadas en el suelo junto a la despensa.

Los soldados hicieron un gesto de que se mantuvieran en silencio a las

dos. Ellas asintieron.

Les quitaron las mordazas y cortaron las cuerdas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el jefe operativo a la mujer.

—Oímos un disparo y cuando subimos a ver, la señora llevaba un arma en la mano y bajaba las escaleras. Nos hizo sentarnos para atarnos pies y manos. Después nos tapó la boca y se fue —explicó Silvana—. Hace rato que escuchamos pasos en la planta superior. Ha estado en el despacho del señor Cross, hemos escuchado ruido de papeles, mover libros, abrir cajones, pero ha subido arriba, al despacho de la señorita Valeria. Está allí.

—De acuerdo. Ahora quiero que se metan en la despensa y no salgan de ahí hasta que venga a buscarlas, ¿entendido? —les pidió—. Estarán seguras y no nos confundiremos de mujer en caso de tiroteo. Es importante.

Las dos mujeres asintieron y se metieron allí de inmediato.

—Vamos a dividirnos en dos grupos. Uno subirá por la escalera de servicio y el otro por la principal. Intentaremos acorralarla. Ajustad el tiro. No sabemos dónde está Hunter.

Los hombres se dispersaron por la casa como habían acordado.

Se reunieron en la planta superior y avanzaron en dirección al despacho.

Al llegar a la habitación de la señora Cross, Nick se asomó.

Hunter estaba tendido en el suelo sobre un charco de sangre.

Con un gesto señaló el interior y se separó del grupo entrando.

Spy miró hacia el interior.

Ver a un compañero caído provoca una sensación de vacío tan extraña que te deja *KO* unos segundos.

Dejó a Nick en la habitación.

Salma entró también. Los demás siguieron.

—Hunter, amigo. Ya estoy aquí —le susurró Nick al oído. Tenía que escucharle—. No estás solo, estamos contigo —insistió quitándole el chaleco.

—Joder, ha entrado por debajo de la placa —susurró Salma abriendo su mochila con el equipo médico—. Aguanta, Jason.

—Vamos, amigo, esto no es nada. Enseguida estarás bien —le dio ánimos el soldado, aunque no contestaba.

—Ayúdame a girarlo. Tengo que ver si ha salido la bala —pidió la mujer. Lo giraron ligeramente y comprobaron que sí había orificio de salida—.

Buenas noticias. La bala ha salido. Vamos a estabilizarlo, el pulso es débil. Ha perdido mucha sangre.

Salma le puso una vía en el brazo y sacó una bolsa de salino que comenzó a fluir de inmediato.

El pulso comenzó a recuperarse un poco.

—¿Roma? —preguntó el veterano—. Siempre llegas a tiempo, princesa. Era un ángel —declaró, abriendo los ojos—. Y aquí tenemos al Delta Force desertor —dijo intentando sonreír.

—Aún no he desertado —contestó contento de que el hombre despertara.

—Del ejército, no, pero ya eres más SEAL que nosotros, colega —bromeó cerrando los ojos, necesitaba descansar—. ¿Ella está bien? —preguntó por Valeria.

—Sí. Se recuperará. Es muy fuerte.

—Es especial, tío. Cuídala —le pidió, con la respiración muy débil.

—Necesito evacuación, repito —solicitó Salma por radio—. SEAL herido, repito, SEAL herido —pidió con urgencia. Hunter perdía la vida por momentos. No podía parar la hemorragia.

Mientras tanto, unos metros más allá, el resto de hombres rodeaba la puerta del despacho de Valeria. Estaba abierta y se podía ver a la señora Cross de espaldas revolviendo papeles.

Entraron con sigilo, colocándose en fila ante ella con las armas apuntándola, preparadas para disparar.

—Señora Cross, dese la vuelta muy despacio con las manos en alto ya no tiene salida.

Malena sabía que aparecerían tarde o temprano, pero esperaba tener más tiempo.

—Sois rápidos, jodidos militares —masculló, girándose con el arma apuntándoles.

—Por favor, señora, no queremos hacerla. Deje la pistola en el suelo y aléjese de ella —pidió Spy, consciente de que no lo iba a hacer, pero tenía que intentarlo.

—¿Para qué? ¿Para ir a la cárcel y no salir en treinta años? No, eso no me interesa.

—Por favor, señora. No queremos hacerle daño —insistió.

—No creo que puedas hacerme más del que me he hecho a mí misma. Mi marido ha muerto, mi amante también y mi hija me odiará el resto de su vida. No me queda nada, prefiero que me mates.

—No la voy a matar, señora Cross. Quiero que tire el arma.

—Es inútil. Yo ya no estoy aquí en realidad. No tengo dinero, todo lo ha heredado mi hija, no encuentro los papeles originales de la venta para poder revocarlo y no puedo usar el negocio clandestino porque Mark no llegó a darme los datos que necesito para operar con los contactos. Ya no tengo nada que hacer aquí.

Cargó el arma haciendo que los soldados dieran un paso al frente y colocaran los dedos en los gatillos.

—No lo haga —rogó el soldado.

Todos esperaban el momento.

Si prestabas atención, podían escucharse sus respiraciones calmadas en contraste con la inquietud de la mujer.

Spy no esperó más.

Apretó el gatillo y le disparó a la cabeza un segundo antes de que ella disparase. Vio la intención en sus ojos, como si le cambiaran de color cuando estuvo segura de querer disparar.

Los hombres guardaron silencio sin moverse.

Ellos no querían matar a esa mujer, la habían protegido, convivido unas horas con ella... pero no habían tenido otra opción. No la quiso.

—Delta uno a puesto táctico —dijo Spy con tristeza, sabía que Valeria estaría escuchando—. Blanco abatido. Repito, blanco abatido.

## CAPÍTULO 53

Era temprano cuando Valeria se despertó, a pesar de lo cansada que estaba cuando se acostó.

No recordaba un día tan largo en toda su vida.

Tampoco tan duro.

Tras el rescate de Hunter, tuvo que acudir a su casa hasta que la policía y el juez levantaron el cadáver de su madre.

Aún estaba dolorida de la última paliza de Mark, sin ver a Tommy y devastada por cómo se habían desarrollado los acontecimientos, pero debía hacerlo.

Nick no quería que fuese allí, pero entendió que tenía que hacer frente a su vida, a lo que había sucedido. Esconderse no era propio de ella y mucho menos tras llegar a este punto de la historia.

Cuando la vio tendida en el suelo tapada con una manta, no sintió pena por la pérdida, sintió tristeza por todo lo que podían haber sido y no fueron, por lo que se iba a perder de la vida.

Sabía todo lo que su padre y Mark hacían, pero que su madre hubiese llegado a este punto, no lo esperaba.

Quedaban días duros en los que la avasallarían a preguntas, pondrían sus vidas encima de una mesa y se investigaría cada movimiento, documento o respiración, pero no le importaba. No tenía nada que ocultar y con Nick a su lado, se sentía más fuerte que nunca.

Reconoció el cadáver allí mismo y en cuanto los liberaron, todos acudieron al hospital.

Hunter estaba siendo operado. Salma estaba con él.

Los soldados de la unidad SEAL dejaron sus armas y equipo a Scott, quien se encargó de llevarlo de vuelta a la base.

La espera fue larga, la operación era delicada, pero tras unas horas, dos personas pudieron entrar a verlo.

Nick fue una de ellas y salió emocionado.

Hunter había sido una mezcla de padre y amigo desde que se incorporase a la base para la investigación de su marido y su padre. Tenerlo herido entre la

vida y la muerte había sido un momento muy duro, pero gracias a Dios, lo había conseguido y se pondría bien.

Miró a su alrededor.

Tommy se acurrucaba contra ella. La ausencia de los últimos días tendría efectos secundarios. Estaba segura, pero no le importaba. Hubo momentos en que pensó que no lo volvería a ver jamás.

Pasarían semanas hasta que se independizara un poco de ella, no iba a querer separarse ni de día ni de noche. Era muy pequeño para vivir lo que le había tocado. Por suerte ya se había acabado.

Había estado muy asustado a pesar de que se lo pasó bien con Nina y el agente Taylor. Era muy valiente. Tenía que decírselo muchas veces. Debía saberlo.

Le besó la frente con mucho amor, todo el que podía demostrar con ese gesto que a ella apenas le habían regalado en su niñez. Cuando nació, se prometió que recibiría todo el amor que ella fuese capaz de darle a pesar de que a su alrededor no lo hubiera. Él nunca sentiría su vacío.

Olió su pelo. Aún conservaba el aroma de bebé, pero lo iba perdiendo poco a poco al crecer.

Las lágrimas fluyeron sin control.

Estaba muy sensible, había vivido en la cuerda floja demasiado tiempo y, a pesar de que estaba seguro, había pasado mucho miedo por él.

Sintió una mano masculina acariciando su cintura.

No la asustó. Él no le había dado miedo jamás. Ni siquiera en los tiempos de sus pesadillas nocturnas tras algún día difícil, ni por la dureza de la vida militar. Habían pasado mucho tiempo separados, pero él seguía siendo el mismo hombre que dejó.

Le acarició la piel por debajo de la camiseta que le había prestado para dormir. La acercó más a él.

—Aún no es de día —susurró Nick al oído al notar su inquietud—. Tommy está bien, todos estamos bien. Descansa. Duerme tranquila. Estáis a salvo.

Con cuidado para no despertar al niño, se giró con suavidad hasta quedar frente a él.

Seguía teniendo el rostro juvenil que recordaba en otra cama, en otra

casa, en otra ciudad, pero la vida y la dureza de su trabajo lo habían curtido.

Acarició sus mejillas, con las ligeras arrugas bajo los ojos, los párpados aún cerrados.

Estaba despierto, aunque no los había abierto.

Ante sus atenciones sonrió seductor.

—No quiero dormir más —confesó cogiendo aire para ver si así podía relajarse un poco—. Sé que todo ha acabado, pero queda algo pendiente y siento esa responsabilidad —susurró, rozándole los labios con la yema de los dedos.

—Hoy habrá acabado todo de verdad y nos podremos ir de aquí a donde quieras, a donde quiera Tommy —declaró con seguridad.

—Iremos donde te destinen —contestó rotunda. Nick abrió los ojos de golpe.

—No hará falta que me sigáis, yo iré con vosotros.

—¿Y tu trabajo? —preguntó confusa. El ejército era su vida.

—Hay muchas maneras de ayudar a la gente en el mundo, Val. El ejército es una parte importante de mi vida, pero no tanto como vosotros. Hay otras opciones.

—¿En qué estás pensando? —indagó más.

—Alex y Salma tienen una agencia privada de seguridad aquí. Es una buena opción y podríamos quedarnos en la ciudad, además de trabajar con el equipo, aunque vuelvan a su base en Virginia Beach. Los altos mandos la tienen en muy buena consideración y podemos ir donde nos necesiten.

—¿Quieres hacerlo por nosotros o por ti? —preguntó intuyendo que había algo más que ellos.

Nick cogió aire y sonrió mientras le acariciaba la cadera para que se pegara más a él. Valeria lo hizo sin dudar.

—Por todos. La agencia me permite tener horarios más flexibles, estar en casa. No siempre serán misiones difíciles en el extranjero, también son escoltas de políticos y gente importante o personajes públicos.

—Eso está bien, pero a ti te gusta la primera línea, lo sé. Sucede algo más.

—Si me presento a mi mando de Fort Bragg, no creo que vuelva a trabajar con los chicos. Me destinarán a otro lugar o nos tendremos que mudar

allí.

—No me importa mudarme a Carolina del Norte, Nick. Es un buen lugar para Tommy.

Saber que ella estaba dispuesta a seguirlo lo mantenía tranquilo, pero no quería eso para su familia.

—Gracias —susurró, acercándose a sus labios—, pero eso solo durará unos meses, unos años. Me pueden destinar a otra base en cualquier momento y después a otra y... no quiero eso para vosotros. —Valeria asintió comprendiendo—. Quiero que Tommy tenga amigos y los conserve, que tú puedas tener un trabajo si quieres o llevar la empresa de tus padres, si así lo decides, sin abandonarlo porque yo tenga otro destino.

—Lo entiendo —contestó. No quería insistir. Se lo contaría cuando estuviera preparado.

Le acarició el pelo, pasó la mano por su mejilla y dejó un beso en sus labios.

—Pero tienes razón, hay más —confesó tras unos segundos. A ella no se lo podía ocultar—. No quiero dejar a mi equipo. Me mandaron aquí como apoyo del servicio de inteligencia para investigar a tu familia por mis sospechas sobre sus actividades y he estado aquí mucho tiempo. Si vuelvo a Fort Bragg no creo que me dejen trabajar con ellos otra vez. No he desobedecido a mi mando, pero tampoco lo he hecho como mis superiores querían.

—Era personal —apreció Valeria, que sabía bien que ellos tenían prohibido involucrarse en acciones con gente cercana.

—Sí y ellos se lo han ocultado a mis comandantes para que no me apartaran del caso, pero se sabrá, aunque Spy borró todo rastro de nuestra relación. La verdad siempre sale.

Valeria lo besó de nuevo intentando animarlo. Estaba triste a pesar del éxito de la misión y ya sabía por qué.

Nick se lo devolvió con pasión contenida. La tenía pegada a él como deseaba cada noche. Ya no era un sueño, estaba allí y podía contarle lo que le preocupaba o entristecía como antes.

El beso continuó un poco más hasta que la emoción de los sentimientos, se mezcló con el deseo y, sin recordar que el niño estaba cerca, acarició a



Valeria por debajo de la camiseta y el beso se convirtió en más.

Ella lo deseaba, desde luego que sí, era el amor de su vida, el único hombre capaz de despertar la pasión en ella y eso nunca nadie lo iba a poder evitar ni con toda la violencia ni la degradación a la que la habían sometido, pero no podían dejar fluir sus deseos en ese momento.

—Para —gimió en su boca—, Tommy —acertó a decir.

Nick asintió intentando controlar su respiración para bajar el ritmo cardíaco y tranquilizarse, como si de una misión peligrosa se tratara, pero no era lo mismo.

—Ven —susurró tirando de ella para que se levantara de la cama, mientras conectaba un sistema de escucha nocturno para niños sobre la mesilla, que habían preparado por si era necesario.

Cogió el otro comunicador y a Val de la mano.

Salieron al pasillo y anduvieron unos pocos pasos hasta la habitación contigua que estaba vacía.

Entraron y Nick cerró la puerta con un pestillo.

Valeria lo observaba mientras él hacía todo aquello. Ahora comprobaba que la señal del aparato llegaba hasta allí para poder escuchar al niño.

Lo dejó sobre una pequeña mesa.

La miró.

Estaba esperando paciente a que él dijera o hiciera algo. Lo observaba entre divertida y excitada.

—¿Así es como actúas cuando estás en una misión? —preguntó conteniendo una sonrisa pícara.

Nick arrugó el ceño, cerró los ojos y apretó los labios intentando que creyera que le molestaba el comentario, pero no pudo.

—Sí, es el método habitual para la instalación de sistemas de escucha ocultos.

—Excitante —contestó, acercándose a él—. ¿Y los de detención? —continuó con la broma—. ¿Incluyen cacheos? —preguntó, mientras pasaba las manos por su cintura, costados y fue bajando por las caderas muy cerca de su cuerpo.

—Creo que te dejas la parte más importante —contestó, cogiéndola de la cintura acerándola a él para que notase la erección. Ella pasó la mano por su

sexo haciéndole sisear.

—Yo creo que no —lo retó, mientras metía la mano dentro de su ropa interior.

Nick echó la cabeza hacia atrás al sentir la mano acariciar su miembro.

—Espera —le pidió con la voz entrecortada por la excitación, cogiendo la muñeca con suavidad para que parase.

Sus miradas se cruzaron.

Él la cogió por la nuca y acercó los labios a su boca.

La besó con deseo desbordado mientras tiraba de ella con suavidad para que caminara. Lo hizo.

Se sentó en el borde de la cama. Ella se arrodilló sobre el colchón colocando las piernas a los lados de sus caderas. La acopló sobre su sexo. Valeria gimió al sentirlo excitado, ella también lo estaba.

Nick puso las manos en sus caderas, cogió el borde de la camiseta y en una caricia fue tirando de la tela hasta que interrumpieron el beso para sacarla por la cabeza.

Valeria se cogió de su cuello para continuar besándolo en cuanto la prenda estuvo fuera.

—Agárrate fuerte —susurró en su boca, mientras la levantaba cogiéndola de la cintura. Ella obedeció—. Quítamelos —pidió que se deshiciera de su bóxer. Valeria tiró de ellos para desajustarlos de las caderas y en cuanto estuvieron liberados, cayeron al suelo. Estaba muy excitado. Lo miró. Él también.

Sin dejar de mirarse, la dejó de pie en el suelo, se agachó y repitió el movimiento con su ropa interior.

Valeria suspiró nerviosa por la sensación y la anticipación a lo que estaba por venir.

Nick acercó la boca a su sexo. Ella gimió en cuanto lo sintió cerca, sin ni siquiera tocarla. Cuando lo hizo le temblaron las piernas por la excitación.

No se demoró mucho allí, solo lo suficiente para prepararla.

Acarició la piel con su boca, dejando besos en las caderas, la tripa, las costillas, hasta sus senos.

Ella acarició su pelo, cerrando los ojos por las sensaciones.

Gimió de nuevo cuando besó un pecho.

Pasó su mano por el cuello y tiró de él para que lo dejara.

Obedeció.

Besó su boca de nuevo y la cogió de la cintura tirando de ella con suavidad para que lo siguiera.

Se sentó en la cama y ella se volvió a colocar sobre él, pero esta vez, sin barreras que entorpecieran sus deseos, dejó que su miembro erecto entrara en ella.

La respiración entrecortada de ambos era claro signo del deseo.

El soldado dejó que Valeria marcara el ritmo. No conocía toda su historia con su marido, pero no le hacía falta, sabía que ella tenía que sentirse libre otra vez también en el sexo, como lo fue antaño con él.

—Tú mandas, mi amor —susurró en su oído, mientras ella dejaba que la penetrara más profundo.

# CAPÍTULO 54

VEINTICUATRO HORAS DESPUÉS DEL RESCATE

Valeria asistía al entierro agotada psicológicamente.

Solo habían pasado tres días desde su muerte, pero esas últimas setenta y dos horas habían sido tan intensas que tenía la sensación de que lo había vivo como si fuesen semanas.

Miraba al cura dar el responso, pero en realidad no lo escuchaba, daba vueltas en la cabeza a lo sucedido y, si lo pensaba fríamente, no estaba muy segura de por qué estaba allí.

Los tres ataúdes se disponían en línea para ser enterrados en sendas lápidas en la misma disposición.

Nick le cogía la mano a su lado, acompañándola en todo momento. No iba a dejarla sola fuese cual fuese su voluntad.

Lo habían hablado y aunque en realidad no quería a ninguno de los tres fallecidos, no tenía la maldad suficiente para desentenderse de ellos.

No había muchas flores, solo una corona encima de cada ataúd con el mensaje vuestro nieto no os olvida en las de los padres de Valeria y otra sin texto en la de Mark. Era la incluida en las disposiciones fijas del seguro de decesos que contrató.

—¿Quiere decir unas palabras? —preguntó el sacerdote.

Valeria lo miró unos segundos sorprendida por la propuesta, ¿qué iba a decir?

Miró a los asistentes. La acompañaban todos los SEAL, la agencia AS, Samantha, Nina, JJ y el agente Taylor, solo faltaba Silvana, su fiel sirvienta que con mucho amor se ofreció a cuidar de Tommy para que no asistiera a aquel horrible momento; allí no había nadie más y si todos ellos estaban, era por ella, por Nick, no por los fallecidos.

—Lo siento, creo que no hay nada que decir —se excusó con el religioso. El hombre arrugó el ceño sin comprender.

—Pensé que como hija y esposa los querría despedir.

Nick dio un paso adelante.

—Lo haré yo —dijo al hombre. El sacerdote le cedió el sitio más

conforme. El soldado miró a los presentes. Sonrió a Valeria antes de comenzar —. Quizá el sentido de despedir a unos padres y un marido sea diferente para el resto de personas, nosotros hemos venido con sentimientos distintos — empezó con calma y pensando muy bien cada palabra—. Hoy no estamos aquí para dar el último adiós a estas tres personas —dijo señalando los ataúdes—, en realidad hemos venido para acompañar a la persona más generosa que he conocido y que, a pesar de todo el infierno que ha vivido junto a ellos, ha decidido darles sepultura con dignidad. Estamos aquí para acompañarte, Valeria, porque somos una familia y queremos que sepas que esta sí es de verdad, de corazón, para ayudarte y apoyarte en lo bueno y en lo malo, yo el primero. —La mujer se emocionó escuchándolo. Conocía sus sentimientos hacia ella, no habían cambiado, pero no esperaba que fuese a decir algo así en aquel momento—. Nunca más vas a estar sola, ni rodeada de gente que te quiere por interés o lo que puedan conseguir de ti, ellos son hombre y mujeres de honor, y yo... —Se le quebró la voz—. Yo solo quiero darte las gracias por estar en mi vida, por regresar a mí... por no olvidar nunca que te quiero.

Todos los compañeros le sonrieron orgullosos de él, de sus palabras que siempre acompañaban a sus actos.

Sin más, miró al sacerdote y adelantó la mano para estrechársela. El hombre estaba desconcertado. ¿Qué había sido aquello? Le dio la suya y se colocó de nuevo en su lugar mientras el soldado regresaba junto a la mujer.

Nick cogió la mano de Valeria otra vez.

Ella miró aquella unión con un sentimiento de felicidad tan inadecuado para un cementerio, que se sintió incómoda, pero no podía sentir otra cosa. Todo lo que había dicho Nick de forma tan respetuosa, era cierto.

—¿Alguien más quiere hablar? —preguntó de nuevo el hombre.

Valeria no acudió a su lado, lo que tenía que decir no era para los fallecidos, ni para aquel sacerdote, era para los que estaban a su lado. Se giró para mirar a los soldados.

—Gracias. Nunca olvidaré lo que habéis hecho por mí, por mi hijo, por Nick —dijo, con la voz quebrada—. Quería deciros esto en otro momento y lugar, pero él me ha hecho pensar con sus palabras, que es aquí donde debo hacerlo —continuó refiriéndose a Brooklyn—. Hubo un momento en mi vida en que pensé que era mejor irme y no sufrir más —confesó con lágrimas en los

ojos. Nick apretó su mano dándole fuerza—, pero lo que ha venido después, hasta hoy, me ha enseñado que merece la pena si hay amor a tu lado, sea de un hijo, una pareja o amigos. Ojalá hubiese venido de quienes debería, pero al final del camino estabais vosotros y solo por eso ha merecido la pena. —Se dio la vuelta emocionada, secándose las lágrimas. Se serenó respirando antes de continuar—. No sé si hay algo más después de morir, solo espero que allí encuentren la paz que aquí no quisieron disfrutar, a pesar de la buena vida que hubiesen podido tener. Lo que sé, es que nosotros sí lo vamos a hacer —miró al cura con media sonrisa. El hombre estaba desconcertado—. Sé que no entiende nada, padre, pero todo está bien. Puede proceder cuando quiera.

El hombre, aún confuso, dio orden a los enterradores para que comenzaran a bajar los ataúdes a sus tumbas.

Todos se colocaron alrededor de Nick y Valeria mientras el entierro finalizaba.

—Ahora empiezo mi vida donde la perdí. Ya es un hecho —susurró para sí, pero Nick la escuchó.

—Solo fue un punto y aparte, nunca la perdiste. Nunca me perdiste —contestó, mirándola completamente seguro de lo que decía. Estaba enamorado hasta la médula, ahora y antes.

—Lo sé y por eso sigo viva.

El soldado tiró de ella con suavidad y susurrando un «ven aquí» emocionado, la abrazó con el dolor de pensar en esas palabras.

Los presentes los dejaron unos minutos solos y tras despedirse del sacerdote, todos abandonaron el sepelio en dirección al hospital. Querían ven a Hunter.

Estaba en una habitación privada, especialmente acondicionada por Victoria, que ya había vuelto al trabajo tras resolver el caso y no estar en peligro.

—Vaya, que bien acompañado va a estar —declaró la enfermera encargada en ese momento de la visita rutinaria, para tomar la temperatura y darle uno de los calmantes prescritos, admirando a cada uno de los hombres que entraba en la habitación. Eran altos, fuertes, imponentes. Se puso nerviosa.

—Solo estaremos unos minutos —declaró Salma, adelantándose para que la mujer respirase y calmara un poco su creciente interés por todos ellos.

—Por mí se pueden quedar para siempre —confesó mirando a Sugar. Sus ojos azules y la sonrisa perfecta llamaban la atención. Samantha carraspeó un poco al darse cuenta. Él giró el rostro en esa dirección y la miró. Le tendió la mano para que fuese junto a él.

—Si no lo veo, no lo creo —declaró Warrick, enarcando mucho las cejas ante aquel gesto.

—Yo tampoco —confesó Hunter riendo desde la cama. Lo había visto todo.

—¡Oh, vamos! Callaos —intentó ordenar Justin con Sam a su lado.

—Tú no mandas —le replicó Spy, su superior al mando, muy divertido por la situación.

—Bueno, ¿qué tal ha ido todo, cariño? —preguntó el herido a Valeria—. Siento no haber podido acompañaros —incluyó a Nick—. Lo siento mucho.

—Gracias, Jason, pero solo era un mero trámite. Ya ha pasado y podemos comenzar una nueva vida —contestó la mujer cogiéndole la mano.

—Siento lo que te ha pasado. Nadie merece algo así. Lo siento, muchacho —le dijo también a Brooklyn.

—Ya está solucionado. Nunca más les harán daño. Están conmigo sanos y salvos. Eso es lo importante. ¿Cómo estás tú? —intentó desviar el tema.

—Deseando que me larguen de aquí, pero creo que aún pasaran unos días.

—No tengas prisa, hermano —aconsejó Mac—. No nos vamos a ir a ningún sitio.

—Pero yo sí —confesó convencido de sus palabras.

Todos lo miraron expectantes. Conocían sus dudas respecto a su futuro.

—Sea donde sea, estaremos para ti —se adelantó a decir el coronel Summers.

—Gracias, señor. Lo sé. Sois mi familia, pero hay que dejar hueco a las nuevas promesas —declaró mirando a Will y Matt, también al piloto Scott—. Ha llegado el momento de tomarme las cosas con más calma y asentarme en algún lugar. Creo que Madrid me gusta y Alex me hace un hueco en su agencia. AS va a ser una buena casa y continuaré trabajando con vosotros.

Los hombres asintieron contentos por la decisión. Se iba del equipo, Matt lo reemplazaría, pero seguiría cerca de ellos.

—Bienvenido, amigo —dijo Alex, estrechándole la mano feliz.

—Gracias —susurró Salma. Le había cogido mucho cariño a aquel gruñón con el que no empezó con buen pie. Era un gran soldado y mejor hombre a pesar de sus formas y apariencia.

—A ti por salvarme la vida, preciosa. Eres un ángel.

Se abrazaron con mucho cariño. La emoción se palpaba en el ambiente.

—¡Pero esto qué es! —se oyó al fondo de la habitación una voz. Todos se giraron. Victoria sonreía divertida—. ¿Hay reunión de soldados y nadie me ha avisado?

Mac, que estaba en un extremo, sonrió estirándose para que lo viera, como si pudiese pasar desapercibido para ella.

—No sabíamos si era tu turno. ¿Cómo te has enterado? —declaró Salma, muy segura de cómo había ocurrido.

—Pues ha sido casualidad. Como un grupo de hombres de este calibre pasa desapercibido, nadie se ha enterado de que el escuadrón de soldados americano que opera en Madrid está en el hospital —contestó sarcástica, riendo mientras Salma y Valeria se carcajaban. Los hombres las miraron divertidos.

—Sentimos si nuestra visita ha generado alguna alteración en sus quehaceres. Nos vamos enseguida —se excusó Summers.

—Coronel, no se tienen que marchar, por favor. Es solo que cuando vienen de dos en dos, no llaman tanto la atención. En grupo... es otra cosa e impresiona.

—Entiendo —sonrió, divertido.

—¿Se sabe algo de lo que hemos recuperado de las viviendas de Cross y Devereux? —se interesó el herido. Estaba desconectado de toda información desde que lo hirieron.

—Valeria hereda todas las empresas y finanzas familiares. Es una ventaja porque nos va a permitir investigar a fondo las cuentas y movimientos empresariales —contó el coronel mirándola—. Quiere limpiar su herencia de todo rastro ilegal y para ello el patrimonio será intervenido hasta que esté limpio, pero ya sabemos que Devereux estuvo en Siria y se entrevistó con un nuevo líder. Se han encontrado documentos en el avión donde tuvo lugar el rescate de Val y creemos que es un nuevo señor de la droga, un terrateniente



sirio que ha comprado campos de amapolas en Afganistán y con el que Mark pensaba abrir mercado en Europa. Puede ser una tapadera para introducir más material para los terroristas, financiación de la yihad o incluso abrir nuevas vías de reclutamiento, pero eso requiere mucho estudio y análisis. Inteligencia ya está en ello, aunque nos van a permitir hacer nuestra propia investigación.

—Espero que sirva de algo y nos lleve a dismantelar parte de la red de financiación.

—Bueno, han enviado al equipo negro sobre el terreno y van a dismantelar la infraestructura creada por las mafias de tráfico humano. Valeria nos pidió que fuese lo primero que se interviniera y el Gobierno ha accedido. Es una operación conjunta con el ejército español y estamos seguros de que será un éxito.

—¿Vosotros no vais? —preguntó Hunter. Sabía que a los chicos les gustaría intervenir. Habían logrado descabezar la trama y siempre querían resolver los casos hasta el final.

—Estamos en alerta 1. Nos llamarán cuando sea necesario.

El herido asintió satisfecho.

—Yo quiero decir algo —interrumpió Nick. No quería irse sin decirlo cuando estuvieran todos. Valeria lo miró sorprendida. No sabía qué iba a hacer—. Ha sido un honor servir con vosotros, sois mis hermanos y nunca haría nada que perjudicara al equipo. —Todos lo miraron con seriedad, ¿qué estaba pasando?—. Creo que ha llegado el momento de tomar decisiones y pensar también en mi familia. —Cogió la mano de Valeria y la besó con media sonrisa tranquilizadora. Ella se la devolvió. Lo seguiría a cualquier parte, se lo había dicho la noche anterior y así sería—. Por eso no voy a volver a Fort Bragg. No quiero obligar a Val y a Tommy a llevar una vida nómada y llena de incertidumbre. Mi misión ha acabado aquí y creo que es el momento de salir de los Delta Force.

El silencio arrasó en la habitación. Los hombres no sabían qué hacer o decir. Perder a Nick como operador era triste. Era un gran soldado y lo echarían de menos.

—Claro que sí, tío. La familia es lo primero —contestó Sugar, intentando darle apoyo ante tanta falta de palabras.

—¡Vamos! Alegrad esas caras que solo me voy de las operaciones

especiales, no me he muerto —declaró, emocionado por la tristeza que veía en su despedida. Esos hombres lo apreciaban de verdad. Aquello lo demostraba.

—Espero que te vaya muy bien la vida, Nick —declaró el coronel, conforme con la decisión. Aquel muchacho necesitaba la paz y la estabilidad que le daría su familia. Era un buen camino que emprender.

—Entonces... —comenzó Alex, sonriendo—. ¡Bienvenido a AS! —gritó eufórico con sus nuevos fichajes. Era el único que sabía cómo sería su futuro.

Los soldados comprendieron que no se marchaba del equipo, solo cambiaba la forma en que iba a operar con ellos.

Todos se abalanzaron sobre él felices de que se quedara con ellos igual que iba a hacer Hunter.

Las mujeres se apartaron un poco para dejarles celebrarlo.

—Me alegra tanto que os quedéis en Madrid —confesó Salma a Valeria—. Por fin tendré con quién hablar sin tener que ocultarle cosas.

—Esa va a ser la mejor parte y también en la que me cuentas lo que hacéis cuando salís de misión. Tú vas con ellos —contestó riendo.

—Dalo por hecho.

—Si no os importa, me llamáis para cotillear —intervino Victoria.

—Desde luego que sí. ¿Os viene bien los jueves que no haya misión? —dijo Salma, estableciendo un día fijo para las chicas.

—Me voy a tener que mudar aquí —confesó Samantha uniéndose.

—Los jueves está muy bien —contestó Valeria, feliz de que todo encajara en su lugar, de formar una familia en un hogar y también otra en la ciudad. Por fin iba a sentir Madrid como debía haber sido.

Los móviles de todos los hombres comenzaron a sonar.

Los sacaron de sus bolsillos para leer los mensajes o contestar a la llamada en el caso del coronel Summers y de Alex.

—¿Ya os vais? —preguntó Hunter inquieto por no poder ir con ellos—. ¿Dónde os mandan? ¿Qué ha sucedido? ¡Contadme! No me dejéis así —rogó, mirando alrededor.

—Cuídate, hermano —le dijo Alex, con cariño—. Te quiero al cien por cien cuanto antes.

—Tranquilo, Jason. Pronto estrás de vuelta —lo animó el coronel, estrechándole la mano—. Cuídate.

Todos fueron dándole la mano y abrazándolo a modo de despedida.

Nick, por el contrario, se acercó a Valeria. Él había solicitado un permiso para descansar de todo lo que había implicado aquella misión antes de despedirse de los Delta Force y unirse a AS.

—¿No vas? —preguntó curiosa.

—Acabo de volver y como bien dices, esto era algo personal. Lo que tengo que resolver está aquí. Se las arreglarán sin mí.

—Pero te echaremos de menos, hermano —dijo Sugar, acercándose a despedirse.

Nick agradeció el comentario con un gesto de cabeza. Sugar le dio un abrazo.

Mac, Alex y los demás, hicieron lo mismo.

A Brooklyn aquel gesto lo emocionó. En realidad, solo se ausentaría unas semanas, pero era gratificante saber que contabas para tus compañeros. Valeria no se apartó de su lado.

Justin se acercó a Samantha mientras los demás estaban ocupados.

—Solo quería despedirme —dijo nervioso—. Siento que no podamos cenar o tomar algo antes de que te vayas. Quizá si vuelvo a Virginia Beach puedas venir unos días a la playa —intentó buscar una solución para volverla a ver.

—Quizá tengas suerte y cuando vuelvas, siga aquí —contestó mordiéndose el labio inferior antes de sonreír.

A Sugar se le cambió la cara. No lo esperaba.

—¿Te quedas? —preguntó entusiasmado.

—De momento, sí. Quiero ayudar a Valeria con Tommy para que pueda solucionar todo el tema de la empresa y disfrutar un poco de Nick. Se lo merece y él también. Son mis amigos.

—Me parece una gran idea —aceptó los planes con esperanza. Nunca se había sentido así con una mujer a la que ni siquiera había besado. Le gustaba esta sensación.

—Ve. Te están esperando. Cuando regreses, llámame —propuso cogiéndole de la camisa. Tiró de la prenda con suavidad hacia sí. Justin obedeció y obtuvo su recompensa. Samantha acercó los labios a su boca y lo besó.

En otra ocasión, Sugar habría tomado las riendas de la situación, pero con ella todo era delicado y no quería que huyera. No es que fuera rudo con las mujeres, nada más alejado de la realidad, era solo que no quería perderla e iba con más cuidado de lo normal.

La mujer se separó de él emocionada por las sensaciones que le aportaba su rescatador. Nunca pensó que podría estar secuestrada, mucho menos por el marido de su mejor amiga y ni por asomo que la rescatase un hombre como él.

—Estoy deseando volver —susurró cerca de su boca. Ella rio y tras un rápido beso, Justin se marchó.

Valeria y Nick habían observado la escena sin decir ni una palabra.

—Nunca lo había visto así —declaró el Delta Force.

—Me alegro. Ahora me gusta más —contestó la neoyorquina feliz.

Mac intentó ser aún más discreto.

Se despidió de los primeros con ambos compañeros, cogió a Vicky de la mano y ambos salieron de la habitación.

—¿No hay por aquí un cuarto de esos donde vais a llorar, gritar o esconderos? —preguntó, mirando los carteles de las puertas.

—Creo que ves demasiadas series de televisión —contestó, tirando de él hacia una puerta donde podía leerse: cuarto de lavandería.

Abrió la puerta, entraron, echó el pestillo y le pidió que se quedase dónde estaba.

Comprobó que no había nadie y justo cuando regresaba a buscarlo, se topó con él. La había seguido y estaba pegado a ella.

Estaban rodeados de estantes llenos de sábanas, toallas y pijamas preparados para los médicos y enfermos, muchos de ellos empaquetados en bolsas precintadas.

Cuando lo tenía ante ella tan cerca, siempre se ponía nerviosa por el deseo contenido. La imaginación le reproducía mil escenas posibles en su cabeza donde daba rienda suelta a la pasión que no sabía si él podría gestionar.

Respiró esperando a que él diese el primer paso.

—Tengo que irme —dijo refiriéndose a la misión—. Siento que no podamos tener esa cena pendiente. Las cosas se han complicado y...

—Lo sé. No pasa nada. Iremos cuando vuelvas —lo interrumpió en un

susurro. Deseaba besarlo. Se contuvo.

—Tengo unos minutos antes de irme y... —dijo mientras avanzaba hasta ella. Vicky dio un par de pasos hacia atrás hasta apoyarse en una estantería. Se miraron a los ojos—. ¿Podemos pasar al postre?

No hubo más palabras.

Durante unos segundos se miraron. Solo se escuchaban sus respiraciones nerviosas.

Victoria acercó los labios a su boca y lo besó.

El suspiro inmediato al sentir como aceptaba el beso y entraba en su boca, la excitó al instante.

Mac la abrazó acercándola más a él. Bajó las manos por la cintura hasta sus nalgas y la elevó haciendo que colocara las piernas rodeando sus caderas, enganchando los tobillos para no separarse.

Victoria gimió.

Mac también, con un sonido profundo muy masculino. Sentirla sobre su sexo era una sensación olvidada. Ahora no sabía cómo había podido aguantar tanto.

—Tienes que irte —dijo ella, con la voz entrecortada mientras él besaba su cuello y sus sexos se rozaban volviéndolos locos de pasión.

—Lo sé —contestó, consciente de que, si no iba a acabar lo que había empezado, era mejor dejarlo ahí.

El móvil había vibrado en el bolsillo al menos cuatro veces.

—Te están buscando —dedujo la enfermera, cogiendo aire. Buscó sus ojos. El deseo los cegaba, pero Will se tenía que ir—. Ve a salvar el mundo y en cuanto pongas un pie en la base, sea la hora que sea, me llamas y terminamos esto —propuso, antes de besarlo.

—Lo prometo —dijo con los labios pegados a su boca, mientras la bajaba al suelo. La besó de nuevo y se marchó.



A pocos metros de allí, JJ se despedía de Nina y el agente Taylor.

—Espero que podamos trabajar juntos en otra ocasión —le decía el

policía.

—Yo también. Esta vez me he perdido la acción de primera línea, pero ha estado muy bien trabajar con todos vosotros. Ha sido un gran caso —reconoció, estrechándole la mano.

—Sí. Espero que la información que han sacado de los operativos sirva para desarticular todo el entramado.

—Estaría bien. Dejar a unos cuantos malos fuera del mercado, siempre es positivo para el mundo —contestó el agente—. Si alguna vez necesitas algo, ya sabes cómo encontrarme —se ofreció.

—Lo mismo digo. Señorita, encantado de haberla conocido —se despidió de Nina—. Cuidaos mucho.

JJ dio media vuelta y se marchó a por su coche para ir camino de la comisaria. Debía escribir el informe y esperar su próximo destino.

El agente Taylor cogió la mano de Nina y sin hablar entre ellos empezaron a caminar.

—¿Te llevo a casa? —preguntó a la mujer—. Estarás agotada después de todos estos días como niñera.

—Sí, quiero ir a casa, pero no estoy tan cansada —contestó con picardía—. ¿Quieres tomar algo? Puedo preparar algo de comer y tengo vino —propuso, con una mirada intensa que él supo interpretar a la perfección.

—Vamos —aceptó, abriéndole la puerta del coche.

Cuando pasó por delante de él, la cogió por la cintura y sin mediar palabra la besó.

—Me gusta tu estilo, vaquero —confesó, devolviéndole el beso al norteamericano.



Nick y Valeria salían del hospital a paso lento, como si todos los acontecimientos vividos les pesaran en las piernas.

Él la cogía de la cintura.

—¿Estás preparado? —le preguntó seria.

—Estoy preparado para todo —contestó eufórico, con una gran sonrisa

en contraste.

Se sentía libre, ligero, capaz de todo, con la mente despejada. Era una sensación tan maravillosa que no deseaba que desapareciera nunca.

—Genial, porque ya va siendo hora de contarle a Tommy la verdad — confesó feliz. Estaba deseando decirle a su hijo que su padre no era el hombre despreciable que lo había ignorado durante los primeros años de su vida, sino un valeroso soldado del que sentirse orgulloso.

—Lo estoy deseando —dijo antes de besarla. Por fin las piezas encajaban en su vida.

Fin

# AGRADECIMIENTOS

A la primera persona a la que tengo que agradecer que esta novela vea la luz, es a mi editora, Teresa.

Gracias infinitas por dar a la historia de Nick la oportunidad de llegar a las lectoras que tanto tiempo han estado esperando una historia de SEAL.

A Merche Diolch, por animarme a seguir haciendo lo que más me gusta y luchar, luchar y luchar.

A Elena y Soraya, pero sobre todo a Soraya, por alentarme sin descanso todos estos años, hasta que he puesto punto y final a la novela de su Delta Force. ¡Lo conseguimos!

Gracias a las tres por apoyarme en lo bueno pero sobre todo en lo malo, que es donde más cuenta.

A Belén, por ayudarme con sus consejos en cada una de mis locuras literarias.

A Lidia, por invitarme a una reunión de Las Hadas de la Lectura, un grupo de lectoras, que me recibió con inmenso cariño, y me hizo saber que podía seguir, que debía seguir. Gracias por darme aliento en el momento adecuado.

No puedo olvidar a mi familia y al resto de amigos por apoyarme, pero sobre todo a mis padres y mi marido por ayudarme con mi pequeño rockero cuando necesito un tiempo extra para acabar, llegar a las fechas o adelantar trabajo. Sin vosotros no sería posible en muchas ocasiones. GRACIAS.

A Nur LV, a Eva, mi mallorquina y a todos los blogs, webs, páginas, clubs de lectura y redes sociales por haceros eco de mi trabajo, pero, sobre todo, a vosotros lectores, por haber llegado hasta aquí. GRACIAS por dar una oportunidad a mis novelas y acompañarme en el camino. GRACIAS.

Cada historia es una nueva aventura. Yo ya estoy preparada para la próxima. ¿Y vosotros?

Mientras tanto, disfrutad de cada día al máximo y sed felices.



# LISTA DE CANCIONES

***Passionfruit*** – Drake

2017 © Young Money Entertainment / Cash Money Records

***Give it away*** – Red Hot Chili Peppers

1991 © Warner Bros Records

***Redbone*** – Childish Gambino

2016 – Glassnote Entertainment Group LLC